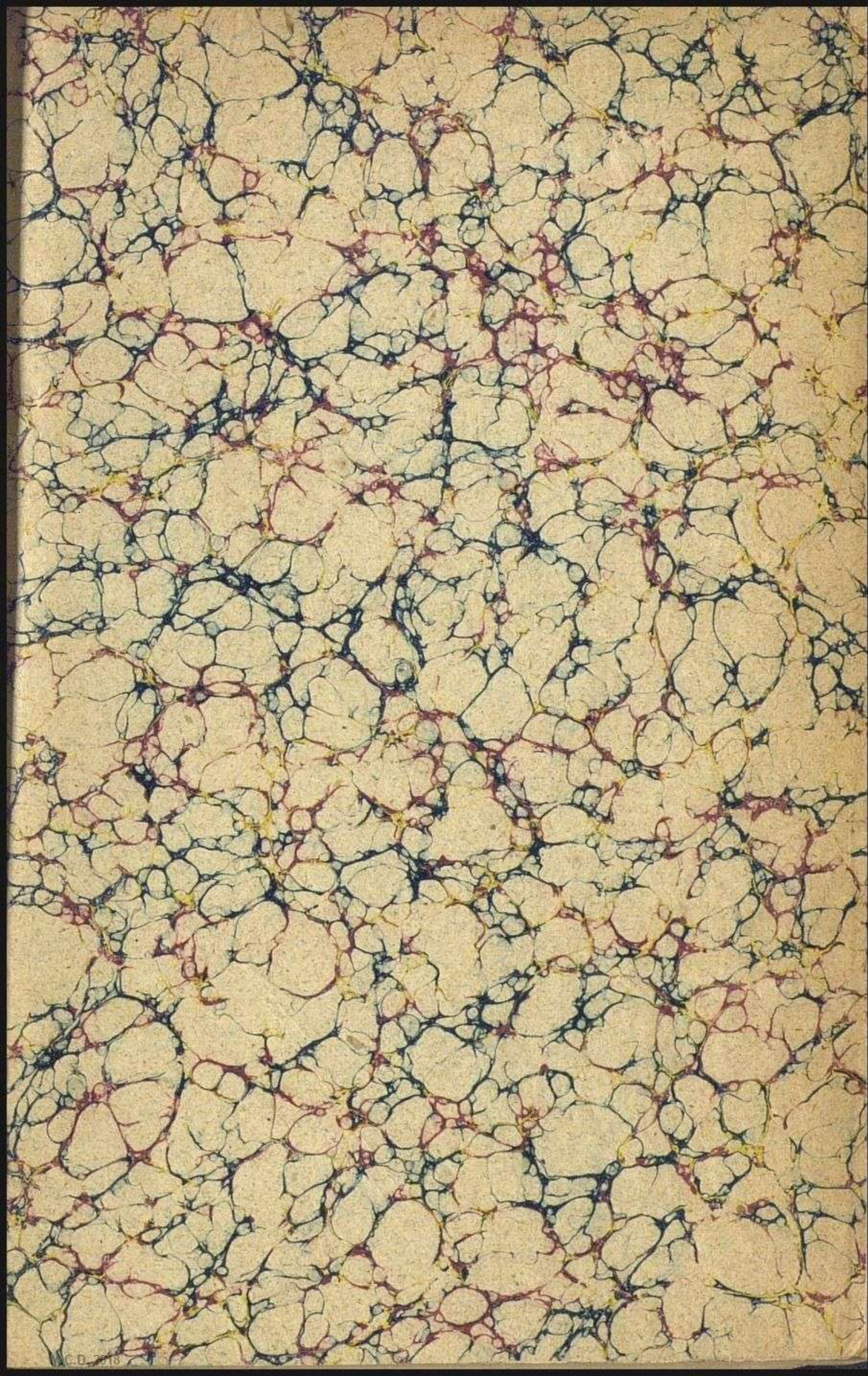




D

707











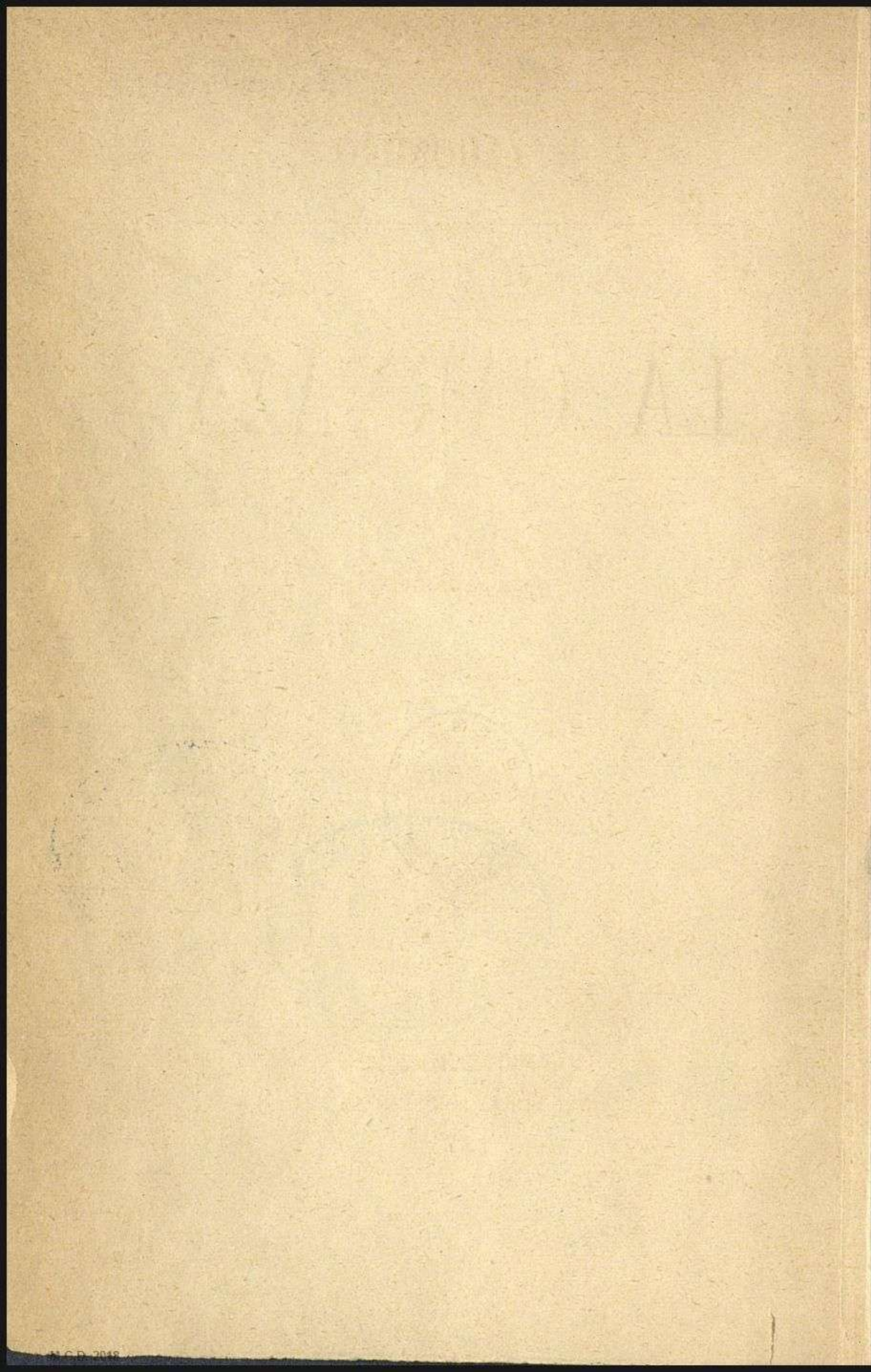
Marzo 88.

Compra  
Bj

LA CARNAZA









~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~  
J. ZAHONERO

~~~~~  
D  
707  
LA CARNAZA

NOVELA ORIGINAL



ADMINISTRACIÓN  
MONTERA, 18, TERCERO  
1885



ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---

MADRID.—Imprenta de Manuel G. Hernández,  
Libertad, 16 duplicado



## A MARIANO DE CAVIA

*envía esta novelilla, compuesta de cuadros, manchados  
rudamente, con poca luz tal vez y muchas sombras, duros  
y borrosos, pero hechos por buena voluntad y con ánimo  
lleno de entereza,*

su compañero y amigo,

JOSÉ ZAHONERO.

*Madrid, febrero, 1885.*



THE CHINESE





## AL LECTOR

---



**H**ABÍA yo encargado á un amigo que me buscase persona encopetada para que la tal diera un prologuito, muy palabreado, florido y terso, en el cual saliese á la defensa mía exponiendo cuanto yo le indicaba era mi deseo viniese en él bien señalado y claramente dicho.

Recibo, en efecto, un voluminoso sobre, le rompo, hallo algunas cuartillas y comienzo á leer: «Es el arte en la vida de los pueblos la más alta y grandiosa, la más elocuente y digna expresión del progreso. Apenas en los albores



de la civilización, cuando en la noche del pensamiento... cuando la inteligencia puramente subjetiva...»

¡Basta, no más! ¡Qué fárrago de cosas en pomposo estilo! ¡Qué de verdades de Pero Grullo puestas en cultiparlante gusto! ¡Qué mucho de aquello de establecer diferencias entre lo psíquico y lo físico, lo real y lo ideal! ¡Qué académicas pulideces seguían á las primeras ya copiadas líneas!—me dije—agradezco la intención, pero no me sirve abogado que al defenderme hace por lucirse, echando fuera su trasnochada ciencia. Nada por la resolución y energía se parece tanto á un yankee como un español de buena voluntad, sincero y arrojado. Pues no, sino que para decir al público lisa y llanamente: «este libro, que es mi segunda obra, va con el intento de aparecer y ser realmente mejor que la primera y dejar, por sus desaciertos, estímulo para que en otras ponga el mayor cuidado y esmero mi voluntad recia y tenaz,» había de permitir que se sacaran á cuento todas esas gallardías, retorceduras, lindezas y sonsonetes de palabras.

Alla va, pues, mi novelilla; quiera el buen Dios, que cristianamente se lo pido, te coja el libro con ánimo propenso á la tolerancia y satisfechas sean mis esperanzas, y te produzca mi trabajo recreación y contento; si tal sucediere,



obligado mayormente estaría á hacerme aceptable en obras sucesivas. Algún pensamiento sirve de alma al presente empeño, que bien quisiera haberle hecho perceptible y claro, pues no es esta la menor dificultad con que se tropieza al elaborar escritos de puro deleite, encaminados á promover con el relato de hechos tan reales como puedan acaecer en la realidad y tan ideales como lo son todos los sucesos, si con penetrante vista se les mira, el sentimiento muchas veces embotado por la fatiga del trabajo, ó ciego por la oscuridad del ambiente que nos rodea.

Si este mi intento resultare, si no se confunde por pesadez de las tintas, dureza del dibujo ú otro de los muchos defectos que en la novellita habrá, quedaré como el pintor que hubiere pintado un caballo en un cuadro, y mostrándole, goza al ver que los que le miran no hacen del alazán, mestizo ó asno, sino que hallan que es propiamente un caballo; esto me acaecerá si tuve fortuna; mas no he de hacer cuenta con los que por enfermedad de la vista podrían no ver la propiedad del cuadro referido, sino ver en él su propia imagen, tomando el cuadro por retrato.

Seguirá á esta obra otra ya en prensa y compuesta de pequeños trabajos, «los cuentos pequeños», y luego si tú, ¡oh mi único señor!



favoreces este mi empeño acometido con fe y con enérgico é independiente esfuerzo, ofrezco á tus ojos «Flora-Trinidad.»

No quites de sus manos este mi libro á tu linda esposa. Aunque nada te habrá asustado el título, pues bien sospecho que sabrás el castellano, malos é inquietos enemigos dieron en asustarse de él achacándole vicios de barraganía literaria y por ser el autor un poco dado al realismo del maestro Galdós, del montañés ingenioso D. J. María de Pereda, del dulce y perspicaz Armando Palacio Valdés, del correcto é intencionado Picón, del astuto Alas (Clarín), y de tantos otros y más que devoto de una coruñesa por quien se derriban solas las monteras, se extienden las capas y se alzan los sombreros de la gente de gusto, Emilia Pardo Bazán; creyeron que habría yo de exagerar, y en el pecado llevan su castigo, pues mostraron no saber lo que la palabra significa, y que esto de «carnaza» no es lo que se echa á perros, sino á peces, y cuando los medios de pervertir á los hombres haciéndoles perder su libertad son groseros, bien les cuadra á tales medios el nombre de carnaza.

Sólo me resta decirte, que si luego no te agradare, si no hubiere yo cumplido como bueno (el editor)... daríame al diablo olvidando que éste no carga con desventurados.

Otro quizá no te hubiere hablado de sus cui-



tas; pero yo me debo esta justicia, y sobre todo, espero de ti bondad y tolerancia, no por dichos motivos, sino porque has de hacerte cargo de que á nadie es dado «contravenir á naturaleza.»

Esto no ha de impedir que me defienda de los necios cuando la ocasión llegare, que este es uno de los principales deberes de todo hombre libre y que por tal se estime.

Ahora, pues, inclinado respetuosamente como hujier á perfil de tapiz, te saludo á ti lindísima lectora, y á ti muy afectuosamente, amable lector, y me quedo en el portalillo del prefacio, y doblad la hoja y cójame Dios confesado cuando hubiéreis leído el libro.





THE  
JOURNAL  
OF  
THE  
ROYAL  
ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE  
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND  
VOLUME 38  
PART 1  
1908

CONTENTS

THE  
JOURNAL  
OF  
THE  
ROYAL  
ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE  
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND  
VOLUME 38  
PART 1  
1908





# I

## En el saco



ERÍAN poco menos de las doce del día; el tiempo se hallaba revuelto; en el cielo se anunciaba próximo el estallido de una tempestad.

El viento se había desatado rugiendo, ya por todas partes dejaba oír prolongadamente su silboso zumbido, ó causaba estremecimientos y golpes bruscos, cerrando con violencia las puertas, y moviendo con estrépito las persianas; las calles se hallaban nubladas por el sucio y menudísimo polvo que el viento revolvió; el pueblecillo de Tetuán y la sierra que desde los extremos del barrio de Salamanca se divisan, desaparecían bajo un denso velo for-



mado por la lluvia que allá descargaba copiosa é incesantemente.

El calor era insoportable.

Juanote volvía de recorrer el barrio; había salido por una punta de éste, que toca con la puerta de Alcalá y el frondoso Retiro, y entraba por el lugar en que hoy se ven un sombrío convento de monjas, el hospitalillo de San Luis de los Franceses de un lado, y de otro, el nuevo asilo de Nuestra Señora de las Mercedes.

Volvía el pobre muchacho cargado con su pesado saco de tela gorda y recia, y armado de su gancho de rebusca, caminando por un sendero abierto entre los rastrojos de dos campos de centeno recientemente segado, se dirigía á su casa, situada en medio de los andamiajes de dos edificios en construcción, dos obras que quizá llegarían á ser soberbios palacios, pero que en período rudimentario sólo eran dos esqueletos, dos jaulas gigantescas.

En aquella casita vivían Juanote y su padre, guarda de las dos obras.

El mozo, sin duda, por no estarse mano sobre mano, había buscado una industria á que dedicarse: se había hecho trapero.

Era un muchacho bajo y rechoncho; tenía el saludable color del hombre del campo; no era muy ágil, pero sí fornido y recio. A los ojos de esos hombres que en todo valúan la utilidad y el ahorro, Juanote se hallaría seguramente dotado de la cualidad que hace de un mérito inapreciable á los animales de carga: la resistencia.

Hacía poco que habían llegado del campo él



y su padre, llamados por el amo de las obras.

Juanote era un poco huraño; había pasado hasta entonces en la soledad, trabajando en los surcos en que rebulle el topo, ese solitario ciego, y sobre que canta la alondra, ese pajari-  
llo de los campos.

El señorito Rafael, un sobrino del amo, llegaría á Madrid de un momento á otro.

Juanote se había criado con él, y con gran deseo aguardaba la llegada del señorito; los recuerdos de otros tiempos agolpábanse de un modo informe á su memoria, consolándole en cierto modo de su tristeza; aquellos recuerdos eran su vida, su país y su infancia, que se reproducían en su espíritu; recordábanle, no sólo su aldea, sino su libertad, cuando ni aun se le obligaba al rudo trabajo de labor, ni se le condenaba á la soledad del zagal de ganado, cuando el temor de verse algún día lejos de su pueblo no le apretaba el corazón; servía de criado y de camarada al sobrino del amo, que tenía menos edad, y todas sus ocupaciones consistían en ir á buscar nidos al bosque, cazar con red en las fuentecillas, cosechar zarzamoras en la ribera y piñas en el monte, sentarse en los trillos por julio, merodear en las viñas á fines de agosto, visitar á los pastores en los apriscos, y comer los frutos de los huertos antes que los picotearan los pájaros.

Ellos se confundían con las cuadrillas de segadores en los altos trigos, vagaban con las es-  
pigadoras por los rastrojos, iban á la cata de las colmenas y preparaban grandes piras de ra-



mas leñosas y paja, para hacer los días de matanza la hoguera en que tostar al lechón que degüellan cuando apenas lucen los primeros esplendores de la claridad temblorosa del alba y aún centellean las últimas estrellas.

Muchas veces, á la hora de Angelus, veníale voluntad de gritar llamando á su madre, y creía oír la voz de su hermano que exclamaría alegre á aquellas horas:

—Madree, me de usté la rebanaa, que tocan al Avemaría.

Y pensaba en su madre y en su hermano, que habían quedado en la aldea, y se acordaba con envidia de la rebanada de hogaza impregnada de miel de la orza, que solían darles de merienda.

Madrid infundía un miedo profundo á Juanote; le admiraba á veces, pero como buen campesino, jamás se rendía á esta admiración; en medio de aquel pueblo rumoroso y movible, se creía en ciertos momentos como entre muchos enemigos, se imaginaba que cuantos pasaban por las calles y las plazas, luchaban, se perseguían, intentaban engañarse mutuamente, se hacían la guerra y podrían hacérsela á él; esperaban acechando el momento oportuno de arrebatarse unos á otros la ración; creía que aquel era un lugar de lucha donde todo se escatimaba, como á él le escatimaban hasta la basura de las calles. ¡Miserable Madrid, codicioso de sus estercoleros!

Juanote se había detenido, y miraba con tristeza hacia Madrid; para él todo edificio grande



era ó podía ser ó un hospital ó una cárcel. Nunca como aquel día había recordado su país.

Juanote se había parado; había dejado el saco y miraba hacia Madrid.

La villa parecía venírsele encima.

Mirando desde la altura en que se hallaba Juanote, Madrid se ofrecía en masa; en apretadas filas los edificios, las torres, los tejados parecían agolparse; era un todo de manchas oscuras, rojas, cenicientas, blancas y amarillas aquel conjunto pesado y agradable, igual y variado; sin embargo, dábanse notables diferencias en la altura de las torres, forma de las casas, distribución simétrica ó desordenada de las ventanas, balcones y miradores.

A la vista de Juanote, aquello se daba en ese misterioso y no bien fijado aspecto con que lo inanimado aparece á los ojos de los niños. La realidad escapando de sus cerradas y duras líneas, y mezclándose á la indecisión de la luz crepuscular, como pronta á descomponerse en la vaguedad de los sueños.

Miraba Juanote las casas lujosas, alineadas correctamente, como damas en un salón; los destartalados y tristes edificios de los barrios pobres, apiñándose como una multitud que se estrecha para encubrir sus miserias; los severos palacios públicos con su arquitectura rígida, cuadriculada, uniforme; los cuarteles, los campanarios negruzcos de ojivas oscuras; las torrecillas de donde parten palomas blancas en lo azul del espacio y en el rojo oscuro de los tejados; los jardines, rompiendo con su verde es-



meralda el frío de aquel color blanco y gris de las tapias.....

Hallábase el mozo recostado en su saco, y cerca de una caseta medio derruida, y en la que no hacía dos meses había un puesto de bebidas y un merendero.

El merendero había estado cubierto por un toldo y cercado de una empalizada; servíase allí anchos y humeantes platos de callos, espolvoreados de especias, vino tinto en todo tiempo, castañas y pardillo por los Santos; acudían á él soldados, criados y obreros; se oían desde allí los domingos la música de un baile cercano y el rabioso griterío de la Plaza de Toros.

Juanote permanecía como enclavado á unos doscientos pasos de la embocadura de su calle y frente por frente de su casa.

Veía el muchacho un hierbajo de flores amarillentas, que servía de penacho al tejadillo de su casa, agitarse furiosamente, y los grandes árboles del hotel Fincat, balancearse con fuertes vaivenes, azotando sus ramas unos contra otros.

La nube se presentaba ya en todo el cielo y amagaba romper formidablemente.

El cielo estaba entoldado por la tempestad.

Juanote miraba al cielo con mayor admiración que al gran Madrid; creía que alguien hablaba y gesticulaba en el fondo oscuro; parecía que en la nube se daban variados cambios de expresión. Aquella nube estaba preñada de enconos y de horror.



Se alzaban, se extendían, se desvanecían en ella luego de asomarse un instante monstruosos espectros; la tormenta había extendido su lienzo y mostraba sus caprichos chinescos; aparecían ojos iracundos, cejas en arco, prodigiosas y terribles sombras... todo en humareda densa y blanquecina... Juanote sentía un miedo supersticioso; cuanto veía parecía reflejarse en él, se creía amenazado de un peligro.

El viento cesó un instante; apenas se podía respirar; el pobre muchacho sentía esa impresión ardiente, que da á la vez por todos lados, como si el que la siente se hallara en medio de una hoguera; repentinamente un vivísimo rasgueo de luz agrietó la nube. Resonó un trueno espantoso, y gruesas y pesadas gotas comenzaron á caer, siguieron largos cordones de agua, y por último, descargó una lluvia torrencial.

Cuando Juanote quiso continuar su camino, le fué imposible; el agua caía con violencia, azotaba la tierra con fuerza impetuosa.

Cargó con su saco y se dirigió á la caseta abandonada.

El viento había abierto la puerta resquebrajada y carcomida; Juanote entró y resolvió esperar allí. Pero no quería perder el tiempo; acercó su carga á un gran cajón de madera vieja, que había servido sin duda de mostrador al tabernero, y se sentó en el suelo.

El día había salido mal; la carga era mucha, pero toda la mañana había estado en el trabajo; si esperaba más, perdería lastimosamente el tiempo; se hallaba en un sitio mayor que la



habitación de su padre; podía, pues, apartar; en cuanto cesara la lluvia volvería á recoger los montones en otros sacos. Para cada cosa su saco correspondiente. Todo un trabajo de clasificación.

Tratábase de ver lo que había caído, lo que todas aquellas prodigalidades de la espuerta habían vertido en su costalón. Todas las mañanas, primero atacaba los montones de las calles antes que el carro municipal, su competidor, y después recogía en los portales lo que dejaban los criados, ó subía el agua á las habitaciones, dejando en tanto su tremendo saco en un portal cualquiera. Cuando había acabado su trabajo de aguador y el saco estaba lleno, á casa. Allí apartaba los huesos, los papeles, los pedazos de hierro, los pedazos de madera, fragmentos de vajilla y cristales; y con los apartijos de lo que él recogía, y lo que le vendían otros traperos, hacía una carga pesadísima que llevaba al pueblecillo de Tetuán, al patrón que le tenía á jornal.

Los verdaderos artistas de este trabajo se ven animados por una eterna esperanza; el saco del trapero está abierto á lo inesperado; la última y más humilde codicia se halla estimulada por la más ilusoria de las esperanzas; el descuido, la inadvertencia, el capricho de la fortuna, que puede muy bien desvalijar las talegas de un banquero en el zurrón de un mendigo, oradar el arcón de un avaro, para vaciarle en el saco de un trapero.

Juanote no esperaba nada de esto.



Dió un empuellón al saco, cayó pesadamente y se desocupó á la mitad; le zarandeó nuevamente; no acababa de vaciarse, había un obstáculo.

Juanote metió un brazo y tocó allí un objeto pesado, la mano tanteó, no era muy voluminoso.

Juanote se sirvió de sus dos manos para sacar aquello que él recordaba no haber metido, y que sin duda habría introducido alguna criada de las que vaciaban su espuerta en el saco mientras Juanote se ocupaba en subir el agua á los pisos.

El objeto estaba rodeado de trapos y atado por girones, trizas convertidas en cintajos.

El terrible y oscuro presentimiento que le había infundido la tormenta, le acometió. Sin explicarse cómo, sentía miedo de descubrir aquello. No esperaba seguramente hallar una riqueza, porque en todo aguardaba la maldad; cosechaba de las calles lo sucio, lo despreciable, y de las gentes la burla ó la violencia.

Comenzó á desatar aquel lío de nudos fuertemente apretados, halló manchas rojas y húmedas que le produjeron miedo, aquello era sangre; en el envoltorio había dos números del periódico satírico de Viena *Le Ilho*.

—¡Pillastres!...—murmuró con voz sorda al descubrir completamente el sucio envoltorio, y al ver ante sus ojos una masa informe de carne... el cadáver mutilado de un recién nacido. Hacía la villa desperdicios y basura de sus propios hijos.

La sensación fué brusca, los hechos son



de la misma naturaleza de las sensaciones que producen. En Juanote el olfato y el tacto, los sentidos más obtusos, se hallaban dotados de una ruda sensibilidad; por ella el espanto y el asco se confundían en horror supersticioso, parecía que por una corriente, un calofrío producido por la repugnancia, se reflejaba en él aquella masa en descomposición, y un odio terrible respondía en su corazón al criminal encono que acusaba aquel cuerpo destrozado, ensangrentado y horrible.

¡Ah bribonas! Todas las que él conocía, cualquiera de las que le llamaban Juanote, el animal de carga, miserables mujerzuelas de Madrid, echaban sobre la espalda del pobre Juanote todo el peso de sus más horrendos pecados, ocultaban su infamia en el saco del trapero.

Entonces, al pensar esto, Juanote sintió un miedo intenso; era posible que le achacaran complicidad en aquella «picardía tan asquerosa, tan villana, tan criminal.» Recordó que un día que paseaba por la Castellana viendo los magníficos trenes que se dirigían al Hipódromo, se apoderó de él un guardia de orden público, le condujo á la prevención, de allí al Gobierno civil y de allí le hicieron ir hasta su pueblo á pie, de donde tuvo que volverse asimismo á pie. Le habían tomado por un mendigo; no le valieron las protestas; cuando su padre quiso evitarlo, ya estaba Juanote en el pueblo. ¿Qué no harían entonces?

Había cesado la lluvia y el viento soplaba con menor fuerza; por el lado del Mediodía se



habían abierto las nubes formando una aureola de luz brillante; el sol iba á aparecer. Juanote vió á mayor claridad.

Buena había sido la jornada.

¿Qué partido tomar? Estas cosas se averiguan, y cuando llegan á saberse, el fin es terrible. Juanote no daría parte, se sospecharía seguramente del pobre mozo. Ocultaría aquello; pero ¿cómo? ¿cuándo? ¿dónde?

Los presentimientos anteriores se cumplían; la nostalgia, aquella tristeza de la que no podía darse conciencia perfecta y que le había acometido al mirar á Madrid; el terror que no podía definir y que le dominó al contemplar la nube, se habían resuelto en aquel suceso. Aquello lo había arrojado Madrid, el acaso misterioso, el genio que toda superstición da como alma á las tempestades, le había complicado en aquel delito... del que era inocente...

Asomóse á la puerta de la caseta temiendo ser visto... de pronto una alegría inesperada llenó su corazón... por el sendero mismo que él había andado poco antes, se le apareció un hombre muy conocido y muy amado de los pobres del barrio.

Uno de esos hombres que las gentes buenas y agradecidas llaman santo, los indiferentes un buen sujeto.

Era un médico del barrio á quien Juanote había servido.

Juanote le conoció por «el modo de andar,» descubrió después su levitilla negra y no muy larga, su sombrero de copa, su bastón, su ros-



tro joven y grave. Cuando el individuo aquel se acercó á la caseta, Juanote le llamó escondiéndose. D. Darío, D. Darío... Venga V. á la caseta, soy Juanote.

El médico se volvió al oír al mozo.

—No puedo, Juanote, no puedo... Voy muy de prisa—dijo.

—Venga V., señorito... Corra V. y que no le vea nadie, *pasa una cosa muy mala*,—dijo Juanote mostrando al médico su rostro demudado y pálido, y hablándole en voz trémula...

El médico se dirigió á la caseta y penetró en ella.

Pocos momentos después, algunas mujeres pobremente vestidas, algunos hombres del pueblo, formaban corrillo frente á la caseta; la policía había llegado; sobre la húmeda hierba un chicuelo, indiferente á la general curiosidad, jugueteaba con un perrillo, el sol secaba con sus ardorosos rayos la tierra, el cielo estaba completamente despejado.







## II

### La ciudad en sueños

**D**E muy prudente y muy sabia habían calificado las gentes á la Sra. D.<sup>a</sup> María Garcés, viuda del coronel Peña Rosales, porque ésta, en vez de vivir de su pensión, no muy crecida, y sus rentas no cuantiosas, en una gran población, se había retirado á un pueblecillo que existe entre las provincias rivales Avila y Segovia, y en el que poseía dicha señora algunos bienes. Allá se fué con sus dos hijos, una joven de veintitres años, viuda de un oficial muerto en la guerra, y un joven de veintiuno. Agradábale á la señora verse en su casa, pues hasta entonces había pasado su existencia, como ella decía, «en pie de guerra,» de casa en casa, de barrio en barrio y de población en población; no viviendo del todo bien, ni gozando de quietud en parte alguna. Le ale-



graba hallar por fin descanso, partir el tiempo entre sus gustos de religión y los quehaceres de su casa; poseer anchos corrales con un pueblo de gallinas, cerdos bien cebados, gansos y conejos, un palomar en el castillejo de su casa y una vaca ó dos en el establo, tesoros de provisiones en la despensa y riqueza de frutas en la huerta. ¿Qué gozo le restaba ya, sino el de recorrer sus dominios con paso majestuoso al compás de la musiquilla del llavero prendido á la cintura, ó preparar alguna hermosa capa bordada á la Santísima Virgen del Cubillo?

Bien que no otra más acertada resolución pudo ocurrírsele, teniendo en cuenta que su hija, su pobre Carmencilla, había apenas ceñido la corona de flores de azahar y los blancos atavíos de desposada para trocarlos en los ramos de siemprevivas y en los negros trajes de la viudez; allá no lejos del campo, tal vez olvidase un tanto sus penas y restableciera su salud quebrantada.

Estaba la buena señora, según decía, más que desengañada de todo: el brillo de una posición oficial, el bullicio de la sociedad, cuanto ella conocía y de lo que ella hubiera podido disfrutar, no fueron nunca sino motivos de inquietud y causas de un constante disgusto.

—¡Ah! Si mi hijo Rafael hiciera caso de mis consejos, atendería á aumentar sus bienes, á regirlos con tino y á progresar sin salir de su aldea. ¡A progresar, sí señor! Pues qué, ¿no estaba la agricultura en lamentable atraso?

D.<sup>a</sup> María había visto mucho y sabía algo;



había visto la campiña francesa y sabía que podía tocarle á cada uno mucho que hacer sin necesidad de dar ni dos pasos más allá de su casa.

Ni cazador, ni amigo, sin duda, de las labores del campo era Rafael, y con viva impaciencia aguardaba que le avisase un hermano de su padre, residente en Madrid, para irse á este punto, y allí... ¿cómo en concreto expresar lo que allí esperaba conseguir?

Había sido educado en el más entrañable y apasionado cariño; su madre daba á su voz un acento tan dulce al hablarle, abríale constantemente los brazos, besábale apasionada y ciega; su padre bubo de ser para él no menos cariñoso. Su hermana le miraba como encantada.

Para la madre de Rafael todo era motivo de amorosa confianza; no cabía en el alma de aquella mujer ni recelo ni duda alguna; hablaba á las gentes con la sonrisa más afable, desvivíase por complacer á todo el mundo, era de las que se ven siempre rodeadas de protegidos, y piensan constantemente en verse estimadas y queridas; su marido había sido un militar que mirando con el ardor de la fantasía sus deberes, había siempre cumplido con ellos celosamente; gozaba aún en sus últimos años en lucir sus cruces, y era caballeresco á punto de afirmar mil veces que no creía ni pensaba mal de nadie. «Prefiero—solía decir—el dolor de un desengaño al rubor de una desconfianza,» y gustábale mucho esta conocida frase: «A veces, mejor quiero morir una vez que recelar y temer siempre,» esto es lo mejor que dijo César, repetía.



Carmen era delgada, de ojos llenos de melancolía; con cierta dejadez elegante; con voz de un acento sumamente meloso y expresiones insinuantes, era en algún modo bella; había leído siempre novelas de sentimiento, recitaba con nerviosa conmoción versos sonoros de los poetas de más exaltada inspiración, y desde que la terrible desgracia afligía su alma, se creía separada para siempre de la vida que un tiempo había soñado llevar. Guardaba varios retratos de su marido, encerrábase á orar, y mil veces á la caída de la tarde, solía vérsela sentada á la ventana mirando al Occidente, con los ojos bañados de lágrimas.

Era esta la más sencilla y buena familia que puede pensarse; ningún recio vaivén de fortuna había dado paso entre ellos á los violentos estímulos de la codicia ó á los trastornos terribles de la miseria.

Mas Rafael, hidalgo como su padre, cándido como su madre, era un soñador más exaltado aún que su hermana.

El padre había sido militar pundonoroso, y un republicano ardientísimo, y le había comunicado la severidad rígida y el entusiasmo ferviente. Por su padre, antes de estudiar derecho, había cursado Rafael filosofía y letras en la Universidad de Valladolid; había deseado aquél hacer del joven un gran escritor, «la espada abre el surco; la palabra siembra; yo he servido á la libertad de aquel modo, tú sírvela de éste,» le había dicho un año antes de morir, y le había dejado este ensueño.



La voluntad de Rafael era entera y firme; señal evidente de salud física, é innegable prueba de cultura moral; había hecho suyas las esperanzas de su padre.

Para realizarlas contaba con su tío; era este un hombre poco grave, pero inteligente, algo cortesano según se decía, mas de nobles sentimientos; había amado siempre muchísimo al joven, al que no veía hacía algún tiempo. «Deseo ver al cabellerito; será ya un hombre,» escribía. «¿Conque escritor, eh? Vaya, mientras su tío sea rico, puede ir pidiendo el muchacho libertad para hacer locuras,» apuntaba en otras cartas. Ciertamente que con los cuatro mil duros á que ascendería la fortuna de Rafael, no era fácil vivir en la corte; Rafael aceptaría la protección de su tío hasta que pudiese conquistar con su trabajo una decorosa independencia.

Una tarde entregó D.<sup>a</sup> María una carta de su tío; por fin iba á realizarse su ardiente deseo; abríasele camino; podía desplegar lo que él, valiéndose de una expresión que creía suya, como juzgamos nuestra la moneda que pasa por nuestras manos un momento y que luego de adquirida ha de ser gastada, llamaba *las alas*.

En aquel joven cerebro bullía una enérgica vitalidad. La gran población, el gran laboratorio de cultura, se le aparecía brillante; veía multitudes de obreros, de faz inteligente, desplegando con sus manos el periódico, demandando con entusiasmo nueva fuerza á la industria, rectitud en las leyes. Pasaban, como otros tantos círculos de luz, todos los grandes concursos



que imaginaba podrían ofrecérsele, los doctores congregados contemplándole con sonrisa casi tan bondadosa como la de su madre, y asombro cual el que hubiera mostrado su padre, en tanto él leía algún discurso en el que atenuara lo concluyente de las afirmaciones por la cultura de la frase, otras veces Rafael se veía ante millares de curiosas y admiradas fisonomías de hombres del pueblo oyendo sus doctas conferencias. Mas no era esto sino lo más mezquino de sus ensueños; su alta aspiración de nombre, lo que aun á sí mismo con gran modestia no atrevía á decirse, el aguijoneador estímulo... era el libro, el libro, la principal reputación, como él decía y había leído en una obra, «Dar el pan de luz á las almas.»

¡Qué parábola tan prodigiosa describía en el espacio su acalorada imaginación!

Ahogábase entre aquellos torpes y adocenados aldeanos, que á dos pasos de su cuna tenían ya desde el nacer dispuesta la tierra de su tumba, no gastando sino en unos dos mil ó tres mil pasos al rededor de su pueblo la monotonía de su vida. Caminar paso á paso por un empeño, ¡despreciable intento! Grandes trazados en las empresas, cruzar pronto lo que separa el comienzo del logro en el propósito; veía aquel emprendedor de un golpe la maravillosa perspectiva de un porvenir, y sediento é impaciente, tendía hacia ella su voluntad toda!

Ya estaba la ropa blanca lavada y planchada, arreglados sus trajes, todo convenido y dispuesto. Gimoteaba un poco la madre de Rafael; ¿pero



había de encerrar en un poblachón á un joven de cierto y muy seductor porvenir?

Acordóse D.<sup>a</sup> María de que un año después de haber llegado al pueblo ella y sus hijos, habían estado á pasar el verano en el pueblo su amiga, la viuda del General Henaz, y una hija de ésta, que vivían en Madrid; pensó que ellas acogerían con gran estimación á su hijo, y aun no sabemos qué halagüeñas esperanzas alimentó, pensando en la joven referida. Era sencilla, era buena... ninguna pudiera librar á su Rafael de otros peligros que á la madre no se le ocultaban, y los que más temía.

El día de la marcha dispuso un obsequio, que Rafael había de llevar á la señora de Henaz.

Por esto le ocurrió á Rafael aquel mismo día lo que hasta entonces no le había pasado por el pensamiento; acordóse de sus ensueños; muchas veces recordaba la impresión que allá en los tristes paseos de Valladolid le produjera ver mujeres elegantes y bellas, pero con tal perfilado delicadísimo en sus facciones, un no sé qué señor y gracioso, suelto y reposado en su porte, que le era difícil resistir al encanto que tras sí dejaban aquellas apariciones. Y le halagaba la idea de poder tratar con mujeres cual las que tanto le habían maravillado.

Miraba entonces al valle que, luego que terminan los últimos casucos de la aldea, se extiende hasta perderse de vista, á modo de la llana superficie de la mar; á lo lejos, como visión que intentara jugar con los ojos del que contemplara el paisaje, se veía unas veces cual



pintado levemente por vapor de nubes, otras clara y distintivamente la ciudad de Segovia, y entre ésta y un grupo de rocas inmensas, que parecían también los muros y las torres de una ciudad, entre este engaño forjado en las piedras y aquella realidad de siluetas se alzaba bien perceptible Villa-Castín.

De la otra parte se veía Silla Gineta, sierra de forma extraña, que se enlaza por sus vertientes con una cadena de cerros, pelados de toda brizna de hierba, pero cubiertos de peñascos en toda su falda; aquella sierra había de atravesar, pasar por Ríotuerto, que es un riachuelo invisible que corre bajo un prolongado agrietamiento del terreno en las cuencas de la sierra, junturas desjuntadas, semejantes á las que unen las partes de un cráneo, y por Campo Azalvaro, prado donde se dan cita para sus luchas y choques todos los vientos que silban por las encrucijadas de la montaña, luego llegaría á Navalperal, allí tomaría el ferrocarril, y de allí á Madrid en pocas horas.

Rápidas y tiernas fueron las despedidas; después de todo no iba muy lejos, en un buen caballo pasó la distancia que separa al pueblo del primero en que hay estación, que es el ya nombrado; sin incidentes hizo el corto viaje, deseando llegar á aquel Madrid de sus ensueños.

Fueron pasando como si respondiera á su impaciencia el movimiento que por ilusión parecía trastear los objetos, cual vuelve las hojas de un libro lector que desea ver en el fin lo



que sospechó al principio; los peñascales de tierra de Avila, los caseríos, los montes, las estaciones y hasta las primeras llanuras de Madrid, cuando ya era noche.

Una violenta impresión se ofreció á Rafael al ocurrírsele mirar por la ventanilla, como si una mano inmensa hubiera vertido desde el espacio para esparcirlas por la tierra, vió lleno de alegre sorpresa un millar de estrellas, una explosión de luces... Madrid iluminado.







### III

#### Mr. Martinotte



UNQUE no muy de mañana, temprano, si se atiende á lo tarde que acostumbraba á levantarse el Sr. Pérez Rosales, paró frente á su hotel una elegante berlina; de ella bajó un hombre, cuyo traje no estaba muy en armonía con el lujo del coche, el precioso caballo y el estirado cochero. Llevaba una chaqueta de dril, unos pantalones claros y un gran sombrero de paja. Era bajo, de pelo encanecido, mejillas salientes y de muy subido color, ojos penetrantes y claros y andaba y se movía con vivacidad.

Pasó rápidamente del carruaje bajo el pórtico de la verja de hierro, por entre los cuadros de flores, y subió por una de las escaleras de la marquesina de rotonda, amplia y graciosa, y penetró en el hotel, sin que pudiera estorbárselo el porte-



ro, que apenas echó de ver al sujeto, cuando ya estaba éste dentro del portalillo del hotel.

Pusiéronle algunos entorpecimientos allí para el logro de su deseo, que no era otro sino el de ver prontamente al Sr. Peña Rosales; pero él, lleno de vivísima impaciencia, exclamó con calor dirigiéndose al criado:

—¡Oh! por Dios, ¿aún no se ha levantado tu señor? Decidle que vengo de parte del Sr. Conde; he traído su carruaje.

—¡Oh Sr. de Martinotte!—dijo en esto un criado que atravesaba la antesala y que conocía, sin duda alguna, al francés;—¡tanto bueno! ¿Desea V. ver al señor? Pase V. al despacho, que en viniendo con encargo del Sr. Conde, no hay más que decir. El señor se pasó la noche jugando hasta qué se yo que hora, con el General Malgaseda y con el de Ginovés—añadió el criado, abriendo la puerta del despacho que se hallaba en la planta baja, y en tanto abría los balcones seguía su charla.

—¿Por lo visto, el señor no me ha reconocido?

—No.

—¡Cómo! ¿No se recuerda de Pedro, el camarero que tuvo en su café de la calle de Espoz y Mina?

—Verdaderamente estás cambiado.

Al hablar de cómo y por qué se hallaba allí, ocurriósele preguntar al francés algo respecto al Sr. Peña Rosales.

—¿Tiene el señor negocios con él?—preguntó el mozo.



—Sí —contestó Mr. Martinotte;—mas ya sabes quién soy.....—dijo con aire de tristeza.

—¡Oh, ya lo sé! Nunca hará V. muchos cuartos. El Sr. Peña Rosales es muy noble; pero en esta casa, señor, por la cuenta no..... marcha, —y Pedro hizo un mohín vulgar de suma malicia y de expresión un poco acanallada.

Pedro comenzó á hacer todo género de revelaciones. El Sr. Peña Rosales estaba muy bien con lo principal de Madrid, *lo mismo en Gobierno que en cuestión de nobleza*, que en todo; y era hombre que derrochaba mucho. La *contra* mayor á todo esto, eran unos amores con una querida de.... Y por Dios, que el osado Pedro nombró un personaje de gran viso y de suma importancia; eso era público. ¿Ignorábalo el Sr. Martinotte? pues parecía realmente increíble. Así es, que tal hazaña daba al traste con lo mucho que tenía el Sr. Peña Rosales. Con todo, el señor hacía grandes, muy grandes negocios..... no todos suyos sino de...—y volvió á nombrar al mismo personaje á que hiciera antes referencia.

—Lo sé—replicó gravemente el francés.

El criado desapareció, y quedó Mr. Martinotte esperando.

Se había levantado muy de madrugada; había abierto su humilde almacén de la calle de Atocha, como todos los días, y luego tuvo que pensar en ocuparse de su negocio, un negocio de suma importancia, el objeto de todos sus afanes; tenía en él cifrada toda su esperanza; era para sus desdichas un poderoso reme-



dio; venía á significar una redención para su casi mortecino trabajo mercantil; después de tantos años como llevaba de trabajo y de tantas empresas como había acometido, no le restaba más que aquella tan apetecida: emprender la construcción de un ferrocarril, á lo que él solía decir; mas á nadie revelaba dónde había de construirse dicha obra. Se hallaba solicitando la concesión; en el asunto estaban interesados muchos personajes importantes, y se creía que muy especialmente el alto señor de que había hablado Pedro poco antes.

Nadie sabía más, ni aun su propia familia. Era un hombre extraño; su actividad infundía desde luego gran confianza, un poco contrariada cuando por acaso se le sorprendía en un momento de codicia de mercader en pequeño.

Como proyectista no tenía rival; hablaba de ciencia, revelando ese grado de instrucción brillante y común, por la que muchos hombres pueden engañar, pero al mismo tiempo se humillaba demasiado en el menudo trabajo de su pobrísimo almacén, y sabido es que esto no habla muy en favor de un proyectista atrevido y que se precie de inteligente. Poco podía esperarse de sus proyectos, cuando se afanaba trabajando en tan despreciable faena.

Tres vistosos transparentes menguaban la luz; el mueblaje de la habitación era lujoso; había una gran mesa ministro, de rico trabajo tallado, y magníficos estantes llenos de libros; en medio de la habitación veíase un tarjetero formado por tres floretes en pabellón y encajando



entre los puños la careta; aquel objeto hizo sonreír á Martinotte; otros semejantes había él vendido. La saliente nota de lujo, dábanla en la estancia un magnífico velador de malaquita y una rara y costosa colección de caracoles de las playas orientales; en medio de ésta y un medallón, veíase el retrato de una hermosa mujer, y formando juego otro de D. Alfonso; tenía aquélla un sombrero archiduquesa, caído un poco sobre las cejas, y entre él y una leve pañoleta que casi la encubría la barba, resaltaba la expresión inteligente de unos hermosos ojos, y la alegría maliciosa de una sonrisa llena de descaro...

Era Blanca. Cualquiera elegante la hubiera conocido; era la querida del personaje á quien Pedro había hecho referencia, y á la vez la amada de Peña Rosales.

Este retrato llamó la atención del francés, y hasta por él se le ocurrió que era doloroso pensar que á los ociosos grandes señores, aventureros de la banca y de la política, estuvieran de tal modo supeditados él y tantos hombres del trabajo..... ¡Qué cosa podrá contentarles, cuando ellos han de atender á esas insaciabiles criaturas!—murmuró.

En esto, el Sr. Peña Rosales penetró en el despacho. Había tardado un poco, se había hecho afeitar. Era un hombre de mediana edad y simpático; tenía el rostro afable, pero en él algo de osado, de informal; un no sé qué ligero, no muy conforme con su posición de millonario, y su carácter de hombre de la banca; su historia era sencillísima: un día, después de haberse



cansado de no hacer nada, entró en negocios de Bolsa, y se hizo político; la fortuna trajo para él el dinero y el poder de su partido, ambas cosas con la restauración. Quizá aquella ligereza, elegante en cierto modo, y un poco chulesca, hubiera sido adquirida en la corte. Pasaba por un cortesano entre los políticos, y por político entre aquéllos.

—Muy señor mío, Sr. de Martinotte. ¿Cómo *andan* esos ferrocarriles por andar? Por lo que me han dicho, trae V. un recado del Sr. Conde de Casa-Marins. ¿Qué desea ese mal amigote mío?—dijo al entrar.

—Señor... Peña Rosales, el Ministro sale hoy mismo para San Sebastián...

—Felicísimo viaje.

—El Ministro sale hoy mismo. Y no hemos convenido en nada definitivo; ahora bien: yo digo que la gente de París conoce lo poco duraderos que son en España los Gobiernos.

—Flores de un día—interrumpió Peña Rosales, arrellenándose en la butaca en que se había sentado.

Aquí creyó deber asentir con una adulatora sonrisa el francés, y continuó.

—Ciertamente. Si el Ministro no lo resuelve pronto, dando una garantía, hemos echado nuestra empresa á rodar, á que la piquen cuervos. Por esto el Sr. Conde ha pensado que hoy mismo debiera V. ver al Ministro. Saldrá á las tres.

—Por lo tanto, debo de verle yo antes. ¡Pero qué impacientes son VV.! Negocio en que tome parte el Conde, tendrá chichonera antes



de nacer. ¡Como que yo, por ver entre el andén y el estribo al Ministro he de tener la concesión en la mano! Den VV. lo que falta, y estará arreglado. ¡Cuántas veces he de decir que no es cosa suya!

Quedóse Mr. de Martinotte como en gran manera sorprendido; todos cuantos sujetos tomaban parte en el negocio, impelían á Mr. de Martinotte, representante de capitalistas franceses, á quienes tal vez hubiera éste pintado el negocio de explotación con fantásticas tintas, hacia aquel Sr. Peña Rosales, y con él había de guardar las mayores deferencias, y con él emplear la prudencia más exquisita; ¿cómo decirle que era aún inseguro el resultado de cuanto ofrecía? Y por su parte Peña Rosales parecía ser agente de algún misterioso poder, pues tan sólo respondía imponiendo condiciones y dando seguridades en caso de que aquellas se cumpliesen, y dándolas de modo que no se podía dudar, atendiendo á la forma resuelta con que manifestaba su pensamiento.

—De modo que...—Y en esta reticencia aparente, Mr. de Martinotte deseó estimular á Peña Rosales para que hablara con mayor franqueza.

—Lo dicho—replicó éste.—Mi palabra es palabra.

—*De rey*—dijo con un tonillo malicioso Mr. de Martinotte y mirando sonriente á Peña Rosales, cuyo entrecejo se frunció ligeramente.

—No tenía V. precio para diplomático, ó para el tiro de pichón... ¡Ah, qué malo, qué malo! ¡Dudar siempre, dudar!



—Oh, no, más bien debe V. decir: siempre dando dinero, valiera más emplearle en periódicos que ilustraran al público acerca de los servicios que le ofrecemos.

—¡Sembrar en arrenal de playal! No os canséis, Mr. Martinotte—contestó en correcto francés Peña Rosales,—es la condición; no es, después de todo, un negocio de importancia; si vos no le explotáis, le explotarán otros; tendréis el mérito de haberle dado á conocer. El amo es el Gobierno. Dad la garantía exigida, y el caso es resuelto.

—Los ochenta mil francos; ¿cómo reunir esa garantía quedando en la misma inseguridad?—preguntó Mr. de Martinotte.

—¿Cómo darla sin garantía?

Fué lo último que oyó Mr. de Martinotte, y quedó anonadado; estaba ajustando el precio de la concesión.

Reflexionó durante unos breves instantes y por fin dijo:

—¡Si diera V. tiempo!

—Hasta octubre. El negocio es de poca monta—dijo Peña Rosales jugueteando con un pesapapeles de cristal, como si hubiera de mostrar la indiferencia con que acogía el negocio con aquella apariencia de frívola distracción.

—Deme V. seguridades.

—Debe en esta, como en otra ocasión, bastarle mi palabra. En el misterio á que me obligan negocios que no nos pertenecen ni al Conde ni á mí, debe bastarle—y añadió—no nos pertenecen por completo.



—Es cierto—murmuró el francés.

—Dejemos, pues, los negocios, Sr. de Martinotte, me aburren. Vais á beber conmigo de un riquísimo Chartreuse y á fumar un exquisito habano. Ante todo he de decirle una cosa que maldito lo que podrá importarle. Mi familia va á aumentar.

—¿Cómo?

—¿Teme V. que me case? Nada de eso, amigo mío. Espero un sobrino, un joven muy simpático, y esto me tiene extraordinariamente contento.

—Lo celebro.

Mr. de Martinotte bebió, encendió su puro, mostróse como indiferente ya á todo lo que no fuese pasar unos breves instantes al lado de aquel excelente Sr. Peña Rosales y después de mantener con él una ligera conversación, tan leve como el humo de los cigarros que se perdía en ondas oscuras, quebrábase después en hilos blanquecinos y se desvanecía disipándose por la habitación, se dispuso á marchar.

—He aquí, amigo mío, el más aristocrático de los vicios—dijo Peña Rosales,—el puro; sensualidad para el paladar, ostentación petulante para la fisonomía y frivolidad para la vista. Sabor, olor y movimiento en un instante se disipa. El cigarro es esto, ¡disipación!

Al salir del hotel despidió al cochero. Iba preocupado; en torbellino le acometieron todos los negros pensamientos que de continuo le afligían; ¡nuevo plazo, nuevo término de espera!



mayores contratiempos; una confianza que mantener viva cuando ya desfallecía. La aceptación de aquel emplazamiento facilitaba que otros, conociendo su intento, sabedores de que resultaban grandes beneficios si se construía un ferrocarril entre los dos puntos que él desaba enlazar, hicieran con mejor fortuna los trabajos que con tan mal resultado había él emprendido.

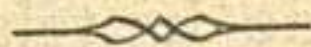
¡Ah, pero cómo reunir la cantidad! ¡Maldita imprevisión!

El anciano apresuró su paso y fuese en derecha á su modesto almacén, y allí se ocultó cansado una vez más de su otro papel de negociante de grandes empresas. Entregado á un doble y rudo empeño, debía de hacer frente, no tan solo á los grandes obstáculos opuestos en sus altos proyectos, sino responder diariamente al movimiento de su humilde comercio de lámparas y tubos, prepararse contra los giros que se le anunciaban; pasar y repasar fechas, temiendo siempre la formidable evolución del tiempo.

No lejos de su almacén tenía su casa. Su familia la componían, su mujer, una alta y grave señora, de rostro duro, cual el de una vieja Condesa del antiguo régimen, como dicen los franceses, y tres preciosas hijas.

¡Oh, cómo encontrar toda la cantidad!

Tal pensamiento barrenaba el cráneo del bueno de Mr. de Martinotte.







## VI

### Enriqueta



AFAEL, recién llegado á Madrid, debía visitar, como sabemos, á una antigua amiga de su familia, á la viuda del General Gramezo, la Sra. de Henaz, y á su hija la Srta. Pilar Gramezo.

En el día siguiente al de su llegada quiso cumplir el encargo.

Su tío había marchado al poco tiempo de haber llegado él.

—Tú vienes y yo me voy—dijo con tono del que recitara versos sentimentales, y luego, cambiándole por otro alegre, exclamó: ¡Muchacho, estás alto! No llevas mal tus veintitres años, barba rubia, ¡rapado, me alegro, eso priva, es inglés! Pero como te digo, salgo ahora mismo, voy á la Granja, he recibido un telegrama... Pero pasado mañana estoy aquí. Para que te distraigas



ve á las obras... verás, verás qué dos casas... ¿y luego qué intentas hacer?

—Una visita que me encargó mi madre—replicó el joven.

—Justo, eso es, una visita.

Rafael temía esta visita. Se azoraba al pensar que debía presentarse ante dos mujeres del gran mundo; joven una de ellas y hermosa, dotada de vivacidad alegre, con esa temible alegría de la buena sociedad madrileña, y locuaz por esa gentileza de palabra, que mezclando en risas y delicada expresión, casi en todas ocasiones, una finísima sátira, acobarda ó subyuga.

Su inexperiencia de provinciano, ¿dejaría de comprometerle? ¿Podría resistir á la influencia de una belleza cortesana, agraciada y docta por el galano artificio de los salones?

El había conocido á Isabel y á Pilar; pero cuando ésta y él eran muy niños; después la situación variaba, todo lo temía; sin duda que era necesaria gran serenidad para presentarse. Recordaba que debía hablar con ellas mucho y bien, y esto le daba miedo. ¿Quién no ha pasado por esos momentos, durante los cuales las más pequeñas circunstancias preocupan, y los más despreciables detalles inquietan?

Cuando llegó á casa de la Sra. de Gramezo, al oprimir el timbre eléctrico sintió que un vívido estremecimiento hacía á su corazón saltar apresuradamente.

Un criado, alto como un gastador, le hizo entrar en el salón diciéndole:

—Las señoras están en sus habitaciones, voy



á avisarles de la llegada del señorito... ¿Cómo se llama el señorito?

—Rafael Peña Garcés—contestó el joven.

La habitación se hallaba á media luz, y percibíase á la indecisa claridad el agrupamiento de objetos tenuemente iluminados que apenas señalaban sus contornos. Ostentaba la sala un lujo severo; alfombras mullidas, sillones de sobrio pero rico dorado español, antiguas cornucopias, arañas de cristal, esquinas de muebles elegantes en las que la vacilante claridad medio destacaba tallas de esa belleza coquetona, hermosura y gracia á un tiempo mismo, y que se denomina lo primoroso. En el fondo se entreveía la masa de un magnífico piano y de otros muebles de lujo; enfundada en una cubierta de dril se veía un arpa cuyo pie distaba poco del balcón.

Un ancho y largo cortinaje bordado daba entrada por la transparencia del levísimo tejido á la escasa luz que se exparcía en la estancia, luz cortada antes por las tablillas de la persiana y amenguada por los anchos cortinones de damasco entre los cuáles descendía el tul.

Hay estos enlaces y estas combinaciones en la vegetación; espeso follaje, apretado y sombrío, luego menos enredado y más sutil y florido y á veces prendiéndose en él la vagarosa neblina.

Se habían acostumbrado pronto á la tenue luz los ojos de Rafael, y en una butaca, al perfume y la frescura del salón, y por el placer de descubrir lentamente los objetos y al tic tac



monótono de un reloj invisible, casi se adormecía perdiendo el temor que le había inquietado al entrar.

Repentinamente la luz aumentó en el salón, el cortinaje de tul se alzó y apareció una mujer ante los ojos de Rafael; aquella mujer estaba en el balcón sin duda antes de que el joven entrara.

Rafael se levantó; pensó que la aparecida sería Pilar. Tal vez el criado ignoraba que su señorita estaba allí.

Pero no era Pilar; era una joven desconocida para él, tal vez alguna señorita amiga de Pilar.

Cuando Rafael fijó en ella sus ojos, no pudo ni responder á la inclinación de cabeza que le hizo la desconocida; no hubiera podido articular palabra; vió frente á sí una figura gallarda, un rostro candoroso, en el que apareció una sonrisa tan ingenua como la de un niño que se halla pronto á recibir vuestras caricias, una mirada tan confiada, tan sincera, tan dulce, que Rafael no se explicaba cómo podía aparecer aquella risa y aquel destello, en una fisonomía que contemplaba por vez primera, acusando en su expresión como el reconocimiento de una antigua amistad.

Caíanle los rubios cabellos sobre una frente preciosa, y era su rostro de esos en los que se ve un conjunto de aniñadas y menudas facciones, que da á algunas jóvenes toda la gracia de un juguete de miniatura; en la severa corrección estatuaría, se diría que era á la vez bella y bonita.



Juzgó Rafael, apesar de su inexperiencia, lo distinguido y original del porte exterior de aquella señorita. Mezclábase algo de lo ostentoso en el vestir de una actriz, á cierto recato de colegiala ó de novicia; había á la vez el tímido y discreto recogimiento de una joven del pueblo, y la soltura elegante de una mujer distinguida; pero algo de torpeza graciosa, de indecisión, que componían el no sé qué característico de aquella linda criatura.

Rafael pensaba que aquella sorpresa podía ser comprendida en lo extraordinario; había inundado de luz la estancia al presentarse, había venido en alas de la luz y penetrado por el balcón; era la luz misma.

La joven á su vez había sido sorprendida; quedó como confusa de hallar allí á aquel caballero mozo, y aunque un poco encogido, de facha elegante y rostro simpático. Indicóle con un ademán y una sonrisa que continuara sentado. Rafael quiso hablar, y no le fué posible sino murmurar algunas palabras incoherentes. Se estableció entre ellos un lenguaje extraño. Rafael no acertaba á explicarse, y ella gesticulaba de una manera particular. Cualquiera diría que aún no habían salido ni el uno ni el otro de la extrañeza que les causara el hallarse.

Hubo un momento en el cual Rafael, no acertando á comprender la gesticulación de la joven, creyó que alguna causa misteriosa la obligaba á guardar silencio. Algún enfermo que durmiera en la habitación inmediata, ú otro semejante motivo.



En esto se oyó la voz de Isabel Henaz. Esta entraba en el salón.

—Mi querido Rafael, ¡qué grata sorpresa! ¿Usted por aquí?—dijo tendiendo la mano al joven, y añadió señalando á la señorita desconocida.—¿Estaba V. con mi querida mudita, nuestra amable vecina?

¡Era muda! Rafael sintió una violenta sacudida en su impresionable corazón; un enternecimiento infantil; la vibración que agita de un modo repentino á las organizaciones impresionables, tradújose en sentimiento compasivo, y se dejó ver en la mirada triste y dulce que fijó en la joven.

—Sí, amigo mío; es mi vecina Enriqueta Martinotte, la más pequeña de tres señoritas que usted conocerá bien pronto.

La muda sentóse frente á Rafael y cerca de Isabel Henaz asistiendo á ese acto tan corriente, tan frívolo, tan propio y arraigado en nuestras costumbres y que recibe el nombre de visita de cumplido.

Pilar entró casi inmediatamente, recordó muy bien al joven; hablaron de sus correrías por la sierra entre los peñascos, por cuyas grietas asomaban las leñosas plantas de romero y de tomillo, y hasta recordó cuando subidos á la cumbre de algún cerro, veían extenderse el hermoso Valle Escarchas, sectado por el río, amurallado por las sierras y limitado en algunos puntos por la niebla. No se había olvidado Pilar de ninguno de los incidentes que le acaecieron en el campo; preguntó por multitud de perso-



nas, por Claudia, la anciana criada de la madre de Rafael; ¿seguía con el teje-manaje de su agujas sentada al sol, haciendo el número un mil de medias azules, y zarandeando á los chicos que apedreaban las gallinas? Por Geromo el hortelano, gruñón, por Mari-Teresa la panadera, á quien ella había hecho llorar llamándola por lo hermosa «la Fornarina,» nombre que la moza tomó por un vergonzoso insulto.

La pobre muda fijaba, ora en Rafael, ora en Pilar sus hermosos ojos, traduciendo, sin duda, por el movimiento de los labios del que hablaba las palabras que no percibía, y dirigiendo ya á éste, ya al otro, su dulce sonrisa, única pero adorable prueba de inteligencia y de sentimiento.

Rafael no podía libertarse de aquella inspección primera; veía el rostro de Enriqueta, y hallaba encantador, inesperado y nuevo sentir el deleite que le producía mirar á la desconocida, confundido con un sentimiento de compasión tierno y profundo.

Hay en el mudo algo que nos conmueve íntimamente. Como el paralítico en el que reconocéis una existencia presa, suponéis una voluntad esclava, impone el mudo, con el que deseando cambiar prontamente relación intelectual, se llega á un obstáculo; allí no puede verificarse el prodigio de confraternidad, el lazo de amor, la nota melódica, el armónico período, el sonido articulado en que vibran las ideas.

Luego de vagar el diálogo por miles de temas, con el tono uniforme, voluble y dulce de



una conversación de visita, el joven pidió permiso para retirarse, y salió de allí dominado á su pesar por una tristeza inexplicable.

Hay puntos de semejanza entre los dolores físicos y los morales; se recibe un golpe del que muchas veces no tenemos conciencia; parece después que el dolor no se fija determinada-mente en un punto, y, por último, es agudo, declarado, intenso; tal gradación suele darse en las impresiones del espíritu, que lo que comienza por ser un ligero desvanecimiento, es después inquietud, y por fin, nos sorprende y domina una imperiosa pasión.







## V

### El medio ambiente



L salir de casa de Isabel Henaz, Rafael se dirigió á las afueras; sentía deseos de pasear y llegóse sin saberlo por el paseo de Atocha.

Estaba satisfecho de su visita; no creía haber cometido ninguna falta; había hablado poco y con oportunidad, y aunque se estaba muy cómodamente en aquellas sillas, él había permanecido como un soldado en el banco del cuerpo de guardia, dispuesto á levantarse á cada momento y plantarse en firmes si fuera sorprendido por la presencia de un oficial.

¡Qué bella era la desconocida! ¡Qué buena debiera ser! ¡Qué dulzura la de aquella fisonomía! En esto pensaba, y como sin saber lo que hacía, tomó una ramita del boj del paseo, y en tanto fué siguiendo su camino, alzábala acom-



pasadamente, arrancando algunas hojitas que arrojaba de la boca á soplos violentos.

Iba distraído, bajando hacia la estación del Mediodía.

De unos pobres casuchos le vieron pasar unas mujeres que, cosiendo sentadas junto á las puertas, á la sombra, esperaban, sin duda, que volviesen del trabajo sus hombres; oíanse fuertes ladridos de perros y un sordo rumor llegaba de los talleres de una fábrica que existe á uno de los lados de la Ronda.

Al pasar junto á una ramilletera compró un ramo de rosas, cuyo aroma aspiró con delicia; al poco trecho halló un joven llevando del brazo una picaresca y linda chicuela, rubia y sonrosada; marchaban con alborozo de charla y ruido de carcajadas. Tenía la modistilla labios rojos, gordezuelos, levemente hendidos en la mitad como huella marcada de un fuerte beso, labios en los que la atolondrada alegría palpitaba y la juventud vertía su provocativa frescura; la pareja pasó junto al joven y desapareció.

Cerca de Atocha, dos niños, de cabellos de un rubio más que dorado amarillento, rostros terrosos, cuerpecillos medio desnudos, bajo girones de sucios harapos, manchados por el lodo y el polvo, y ahupados por el hambre y la miseria yacían en la tierra jugueteando en aquella hora de calor á la sombra de un terraplén. Una voz imploró doliente por ellos, la de una mujer arrebujaada en andrajoso telaje y sentada sobre sus piernas en cruz.



Rafael sintióse profundamente conmovido. En un instante se imaginó que podía aparecer Enriqueta, extendiendo por ellos su mano blanquísima; sacó unos cuartos y los echó á los niños; después volvió su cabeza y fijó sus ojos en el azulado espacio. ¿Por qué un color nos recuerda inesperadamente un aspecto? ¿Por qué aquel azul le recordó la sonrisa de la linda mudita?

Rafael acariciaba la imagen de Enriqueta por ese candoroso regocijo, por esa inocencia con que admiran la mujer los hombres que aún son niños; era algo inefable y dulcísimo, la emoción que agitaba su pecho. No se atrevería seguramente á presentarse de nuevo ante aquella bellísima niña; ¿qué había en toda ella de hermoso? Le fuera imposible detallarlo; había recibido una impresión completa como cuando al despertar os sorprende la aurora. No estaba Rafael en la edad del análisis, en la que, y por el cual, se sujetan á un debe y haber rígido las dichas y los dolores. El corazón es un plano límpido donde la juventud refleja completamente toda belleza; la adolescencia es gemela del alba y la primavera satura de efluvios los latidos primeros de la pubertad.

Rafael se daba poca cuenta de sus pasos; cuando quiso apreciar dónde se hallaba, comprendió que era hora de volver.

Bien pronto entre multitud de obreros, con blusas blancas y azules, anchos sombreros, gorritas de seda, paso vivo, mosconeador dialogar, se vió Rafael, un señorito de talle delgado, porte elegante y aire distraído.



¡Qué ruido acometió de pronto á sus oídos! Entraba en la calle de Atocha. Estridentes resonaban aquí y allá las voces de los vendedores ambulantes, los gritos de los pregoneros de periódicos; sobre el retemblar del suelo al paso de los carros, sobre el rodar igual y rápido de los carruajes, sonaba un piano de manubrio dando al aire las locas, las ebrias notas de un *cuadrille* francés. Parecía que habían sido colocados todos los canarios de la calle en los balcones, y se entregaban frenéticamente á la borrachera del ruido.

Rafael seguía caminando por un dédalo de calles, hacia la Puerta del Sol; había en todas partes una fuerza vital poderosa; el sol prestaba energía á todos los colores, arrancaba destellos lucentísimos de todos los cristales, por cima de las casas se veía un hermoso cielo azul, percibíanse floridos tiestos en los balcones, y á veces lindas cabezas asomaban en ellos; risa, bullicio, movimiento en todas partes.

Al llegar el joven á la Puerta del Sol el ruido y el movimiento eran mareadores; de pronto, un violento sonar de clarines, alarmante por lo agudo é inesperado, flageló dominador el aire, y se extendió agudo en aquel estruendo. Era uno de los batallones de guarnición en Madrid. Al anuncio de los clarines se agolpó la multitud, y la marcha del *Fausto* marcó tras los vibradores clarines el paso de los soldados; los pilluelos, mariposas que giran alrededor del brillo militar, saltaban alborozadas ante la escuadra de gastadores; á los oídos de Rafael lle-



garon confundidos con los rumores y el estruendo general, altivas notas; flotaban y se sucedían con vivo compás. Por la fantasía, esperaba el joven ver brillar á lo lejos las armaduras de los guerreros, aparecer legiones de caballeros volviendo de las cruzadas. En aquella imaginación ardiente acometían extrañas ilusiones al rápido movimiento de los sonidos de la marcha, creía ver almenas oscuras dibujándose en lo azul, puentes levadizos alzados sobre sombríos fosos, reyes ceñudos y coronados, la idealidad romántica, todo mezclándose á los abigarrados colores de la multitud, á la variedad de aquel espectáculo, que parecía exaltarle y apoderarse de su ánimo; había en el espacio, en armonía con el tumulto de las gentes, acentos de severidad religiosa, vibraciones de gloria militar.

De pronto, Rafael murmuró enardecido:

—¡En nada hay más vida que en su muda sonrisa!







## VI

### El Sr. Peña Rosales

**E**L sol penetró á la mañana siguiente por los cristales del cuartito de Rafael, hiriendo de lleno un paisaje colgado frente por frente á la cama del joven; era un parque inglés; en el fondo se veía un hermoso edificio con torrecillas góticas, y varias amazonas y caballeros jinetes en magníficos caballos se entregaban á un frenético galopar, saltando vallas y salvando el espeso bosque.

En la habitación había una linda mesita de caoba; un magnífico paje-lavabo con grandes toallas londonenses, un trofeo de sables, floretes y pistolas y una espaciosa tina, baño de zinc.

Sobre la chimenea de mármol había una puerera, la cabeza de un bulldog erizada de ciga-



rros y una preciosa botellita, achatada, panzuda y llena de un rom transparente y rojo.

Parecía el cuarto de un joven inglés, un cuarto limpio, elegante, sobrio de adornos y completo, por lo necesario á un *estpormant*.

Llegaba á la habitación el ruido constante de las calles, y se escuchaba el monótono y cristalino caer de agua sobre el tazón marmóreo de la fuentequilla del jardín. El aspecto de aquella estancia, al difundirse la claridad del sol sobre la tersa y brillante blancura del estucado, era alegre; la atmósfera estaba impregnada de un fuerte olor á elixir y á ropa aromatizada; el ama de llaves del Sr. Peña Rosales había puesto especial cuidado en arreglarlo todo convenientemente, rociando la cama con el pulverizador de agua de colonia. Un frasquito de licor dentrífico y una pastilla de jabón de lechuga de refinada fabricación eran los objetos que comunicaban al reducido espacio aquel olorcillo que recordaba el que suele dominar en las perfumerías.

Cuando Rafael despertó sintióse extraordinariamente contento, dominado por esa alegría que, partiendo del corazón, se exparce en todo el organismo, la misma alegría que anima por las mañanas á los niños cuando, contemplando sus piececitos de rosa, charlan sin tino en la cuna, ó que agita á los pájaros haciéndoles gorjear y piar alborozados. Cuanto veía era grato para él; hallábase como si estrenaran sus ojos nuevos aspectos que contemplar, ó escucharan sus oídos notas que hasta entonces no



hubieren percibido; esa sensación de libertad que produce salir de una prisión y gozar de lo que por largo tiempo sólo en deseos y esperanza hemos vislumbrado por la fantasía, engendraba en él un regocijo íntimo. Ya no volvería á sentir la fatiga que le causara ver siempre las cercas de piedras grises, las calles enlodadas, las casucas ruines y pobres, la mezcolanza de flores y hortalizas, plantas y estercoleros; el encuentro con los labriegos de cara sin expresión, huraños de genio, toscos en palabras, pobres de ideas, serviles unas veces hasta hacerle creer que vivía entre criados; pícaros las más hasta herir bajo su aspecto de campesina simpleza cómo punzan las zarzas bajo sus hojas; ni escucharía los chismes, ni atendería á las bajas discordias de los señores de aldea, ni habría de permanecer mudo en medio de las supersticiones más absurdas, ni sujetaría su vida á la vida de aquellos desdichados, ni tendría que esconder sus libros porque no los viese el cura, ni había de verse obligado á caminar en la soledad por no tomar parte en las groseras comilonas de los señoritos ó celebrar sus conquistas de amor á golpe de puño y á retozo de lucha. Todo había cambiado; si su madre y su hermana estuvieran allí se hubiera considerado completamente dichoso.

¡Qué hermoso pueblo el de Madrid! No hubiera creído hallar en él tan gran movimiento, edificios de tal elegancia y suntuosidad; le encantaba el confuso recuerdo de cuanto había visto; aquellos transeuntes de rápido paso, que



en los ojos y en el rostro llevaban un aire de inteligente y pronta percepción, las bulliciosas calles, las tiendas, cuyos escaparates iban, según él andaba, acometiendo á la vista, ora presentando profusión de telas riquísimas, bien el batiburrillo gracioso de los bazares de bisutería ó el aspecto de suntuosidad de los establecimientos de muebles de lujo, la riqueza de las deslumbradoras joyerías ó la tentadora y variada seducción de las tiendas de los libreros; las altas casas de construcción elegante y ostentosa entrada, y veía esto, en medio del ir y venir y el estruendo de los carruajes; mezclábase todo en su mente como se combina en la memoria del que ha visto el mar por primera vez la magnificencia uniforme y bella y los miles detalles de lejanas y blancas velas, las rumorosas ondas, los ríscos cabos, las tranquilas ensenadas, el puerto lleno de naves, el faro que se alza en la altura, los iris, los celajes, la luz deslumbrante que refleja en la superficie, el oscuro azul verdoso, que señala el fondo.

Pero Rafael pensaba, lleno de convicción, que el alma de aquello que la fuerza que agitaba poderosamente al gran pueblo, era la inteligencia; el tumultuoso arrastre era causado por el gran trabajo del pensamiento.

¡Cuán tentadora era para el joven dicha creencia!

Sobre tales pensamientos, y como superior á ellos, alzábase el recuerdo de la pobre mudita; creíase todavía bajo la influencia de su mirada tranquila y dulce, fija y candorosa; su traje sen-



cillo, de una irreprochable elegancia, su aspecto grave, al cual el mutismo daba un misterioso tinte, tenía ese influjo, vago, sagrado, que se revela en la estatua, la expresión constante que presta púdica gravedad á los rostros de mármol, en los que, si no se llega á descubrir la vida, parece como que se deja ver perceptiblemente flamear la idea.

Rafael continuaba entregado á su sueño, saboreaba lo que había gustado en sus primeras impresiones, y como el espíritu de todo hombre joven vuela pasando rápido por el presente de lo pasado á lo porvenir, su deseo mordió en las esperanzas más deliciosas; primero publicaría su libro, el libro de sus ilusiones; una obra cuyo título no estaba bien fijado, pero cuyo pensamiento era profundo, de gran alcance, una poderosa profesión de fe llena de sentimiento liberal, creada al calor ardoroso de la elocuencia vibradora entusiasta de Emilio Castelar, y escrita bajo la influencia del sentido recto, patriótico, juicioso, del gran novelista Benito Pérez Galdós. Luego asaltaría el teatro, y ya cubierto de laureles, arrojaría sus coronas á los pies de aquella linda criatura... ¡Pobre niña! Como esas llamas de las lámparas cinerarias de algunos sepulcros egipcios, su alma se hallaba viva, luminosa y eternamente oculta. Porque hablar, es brillar. ¿Quién se acordaría de ella? ¿Quién había de brindarse á vivir para toda la vida junto á una desdichada? Él. Hablarían con sus ojos, todo sería lenguaje, tendría para ella un vocabulario de besos, las caricias serían pa-



labras, y en la vida real el corazón de Rafael recibiría como premio una felicidad extraña, la de poder hablar cerca de ella por escrito vertiendo, como á merced de una inspiración, un santo sublime pensamiento, y denotando afectos tan puros y delicados, como si hablase con un sér sobrehumano, manteniendo el encanto de idealidad que nos suele suscitar un amado ausente, y gozando de la suprema dicha de verle á nuestro lado. ¡Ah! sobre todo servirla, ser para ella el medio de revelación constante.

La verdad era que en su afanoso tic-tac no había contado el reloj de la estancia de Rafael muy largo tiempo, cuando el joven había consumido en soñar y fantasear gran cantidad de ilusiones é ideas.

—¿Se puede pasar?—dijo una voz entera y varonil.

—¡Adelante!

Y penetró el Sr. Peña Rosales, vestido con un traje claro, y cubierto por un hongo de color achocolatado, con guantes de gamuza en la mano, espuelas y un latiguillo.

—¡Cómo! ¿es V., tío?

—Me parece—replicó éste sonriendo.—Ya estoy devuelta de mi viaje y de mi paseo. He debido invitarte y ofrecerte caballo para ir á la Casa de Campo, pero pensé: ése estará, por el triqui-traque del viaje y el zarandeo del jaco de su Aldea Vieja, con el cuerpo cual si le hubieran tenido dobladito y guardado en un arcón de su tierra: además, chico, tenía una cita con una mujer.



Rafael se extrañó al oírle hablar con aquella frescura, y al percibir el airecillo de truhanería que en guiños y malicias dió un fruncimiento apicarado al rostro. Su tío era simpático, campesano, y sobre todo parecía un redomadísimo pillo. ¿Le iba á hablar á él de su querida? Cierto que le tenía por franco, pero nunca hubiera creído que lo fuera á tal extremo que se olvidase del respeto con que el joven debía mirarle.

Peña Rosales acercóse á la chimenea y se sirvió una copita de rom, que sorbió de un golpe, y luego mirando á Rafael dijo con el tono más indiferente:

—Una mujer que me trae aburrido; fué una de las pegaduras del último baile de este invierno; está saturada del almíbar casero; es dengosa, celosa y fastidiosa... debíamos romper hoy mismo y hemos roto; ya estará camino de no sé dónde con el no sé quién de su marido. Pero, en fin, esto te lo digo para justificarme; después de todo, nada me puedes exigir, muchacho, aún no te había leído mi programa.

—¿Qué programa?—preguntó con extrañeza Rafael, en cuyo rostro, en cierto modo, se reflejó por simpatía algo de la jovialidad que animaba la fisonomía de Peña Rosales.

Por lo que se veía, el joven se había imaginado que trataba con un tío de comedia antigua, sermoneador y lleno de rancias preocupaciones; Peña Rosales protestaba con todo su buen humor de semejante creencia; bien comprendía que su hermano y la romántica senti-



+ mental, su cuñada, le habían dado al muchacho informes equivocados. ¿Cuál había de ser el programa de un tío tan franco; hombre de mundo y sujeto de gusto, como él lo era? Proporcionar á su sobrino todos los medios de divertirse.

—¡Y á fe que este Madrid ofrece pocos!— añadió Peña Rosales.—Aquí hay siempre buenas mujeres que cosechar; las tienes en todas las estaciones; primaverales modistillas que acuden en verano al Retiro; jamonas frescas, recién saturadas de las sales marinas de San Sebastián, Biárritz, ó el Sardinero en otoño; en invierno se ofrecen para ti las que prepara el otoño, forasteras y artistas de teatro, y en primavera las hermosas devotas, las perfumadas flores de María. De esto tú te encargarás. ¡Ja, ja!... ¡Vaya con el pobretón de Rafael! ¿Qué puedes desear á tus años sino divertirte? ¿Eh? ¿he dicho algo?

Rafael no reprodujo en su rostro la alegría que denotaba su tío; el espejo se había empañado sin duda, y quedó la cara del joven en repentina seriedad, y el sobrino contestó al tío con tono respetuoso grave y resuelto:

—Tío, yo no he venido á Madrid para divertirme, sino para trabajar.

—¡Para trabajar! ¿Si me saldrás ahora con ser un Catón como tu padre? Pero no, grandísimo pillastre. ¿Te figuras que esto es un pretexto para sondear tu corazón? ¿Piensas que he de escribir cuanto hagas á la inocente y bobalicona de tu madre? ¿O que has de esconder el ci-



garrillo á la espalda para que yo no te sorprendas fumando, ó que has de guardar la novelita verde bajo la almohada? No seas tonto. Me extraña la salida. ¡Trabajar! ¿para qué?

—Para labrarme una posición—replicó el joven.

Peña Rosales le miró con expresión de triunfo.

—¡Magnífico, chiquillo... así me gusta!... vales más de lo que pensaba... ¿Pero no sospechabas que eso ya lo tenía yo andado? Eres un muchacho de provecho. Ya he pensado en eso; tengo un plan, y si me secundas, serás el primer hombre de Madrid. Trataremos del negocio lo más parlamentariamente posible... comiendo. ¿Has visto mis casas? ¿No? No dejes de ir, hombre; que te acompañe Pedro.

Robó un puro de la cigarrera, le encendió, y con vivo ademán y paso rápido salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Qué hombre más extraño!—pensó Rafael. Era ligero y parecía, sin duda, más calavera de lo que sería en realidad; pero sin duda era bueno y honrado. ¿Qué proyectos serían los suyos? Apesar de todo, aquella volubilidad no era muy del agrado del joven; le había propuesto una vida disipada, al fin y al cabo; revelaba un escepticismo y un atolondramiento que no se conformaban en nada con la gravedad y la delicadeza del joven soñador.

Había simpatizado con su tío. ¿Pero qué pensaría este vividor descreído si conociese la pureza de los sentimientos de su sobrino y lo atrevido y grande de sus aspiraciones?



Los que viven en una misma región se asemejan generalmente en la talla ó en el color, y otras más íntimas semejanzas existen en los de un mismo pueblo, idénticas costumbres é idioma. Siendo mayor la identidad de caracteres entre los miembros de una misma familia; difícil sería negar que se parecían mucho el tío y el sobrino, y que tan sólo aparentemente se diferenciaban; diríase que más bien que de índole diversa, sus caracteres; eran de igual naturaleza, pero dábanse en ellos, por los hábitos y por la educación, direcciones diferentes; con el mismo ardor amaba la notoriedad y la pública admiración el uno que el otro; tal fuerza emplearía Rafael, en el logro de sus empeños de idealidad, cuanto había empleado en conquistar una gran fortuna y empleaba en aumentarla el Sr. Peña Rosales.

Inteligencia perspicaz y clara y corazón sensible tenían ambos; é impresionables eran los dos; sólo que el uno había vivido más la vida del corazón, y el otro había educado su talento en más práctico ejercicio. Rafael se había educado al calor del sentimiento puro y tierno, y Peña Rosales había formado su razón en la lucha social; esto le daba una poderosa facultad de ver; percibía pronto, comprendiendo el más extenso espacio en la concreta y apropiada expresión, desentrañaba bajo el color, bajo la belleza variada de las formas, la médula sustancial de los hechos y de las cosas.

Rafael, sin duda por la influencia ejercida en su ánimo durante los primeros años de su vida



por su madre, mujer sencilla y apasionada, y por su padre, hombre que vivía en un sentimentalismo forjador de ilusiones, solía á veces comprenderlo todo en el amplio cerco de su fantasía de manera, que mejor que realidades, diríase que acopiaba no más que apariencias, indecisas formas, bellas combinaciones de color y de luz.

El hotel que ocupaba Peña Rosales era del más moderno estilo; un edificio de esos que parecen haber sido construídos tomando un juguete por modelo, arquitectura que acusaba la ampliación de adornos de una caja de confitería, ventanas alargadas, pórticos con relieves ligeros como formados de grecas de encaje, cobertizos apizarrados, divisiones en compartimentos reducidos, más monería que magnificencia, mayor comodidad que esplendidez; la fachada era de un subido color rojo sobre el que resaltaba el blanco de los detalles decorativos.

Aquel hotel estaba casi todo el día abierto, y en él penetraban una variada multitud de personas; los amigos de Peña Rosales pertenecían á las categorías diversas de la gente más bulliosa; casi toda llegaba de las corrientes públicas, la banca, la política, el periodismo y el toreo, señorones henchidos de los que pomposamente se encuentran en las fiestas oficiales, personajes agitados por la fiebre de los negocios, noticieros y celebridades del redondel. Muchos eran famosos en los garitos y algunos bien conocidos en el mundo del placer sin freno.



Ordinariamente acudían á visitar al Sr. Peña Rosales, militares de la corte y señoritos de los que pasan su vida en los picaderos, aparecen en todas partes vestidos con elegancia exagerada, héroes de cotillón y dados á ensayar de vez en cuando su destreza y su valor en novilladas aristocráticas.

Era necesario vivir con todo el mundo. Peña Rosales daba á este trato con tan complejo conjunto de personas la importancia más extremada; hablaba á cada cuál su lenguaje, chuleaba con los señoritos, peroraba con ardoroso acento á los políticos, departía en un laconismo telegráfico dando á la palabra la brevedad y casi la valiosa expresión del número cuando hablaba de negocios; nadie más brioso y alegre que él lo era departiendo con los militares, ni se hallaría quien mejor paladease sorbo á sorbo un licor charlando pausado y fanfarronamente con los toreros que de vez en cuando le visitaban.

Ostentábase en la casa un lujo de obsequios; en ella se recibía bien á todo el mundo.

La persona que de más estimación gozaba en ella, era el Sr. Conde de Casa-Marins, cuya mujer, se decía si había sido ó era aún querida de Peña Rosales; el Conde tenía una hija habida en anterior matrimonio; no se decía, pero alguien lo sospechaba que los bienes de la hija del Sr. Conde habían mermado en manos de éste, y todo el mundo ignoraba que el Conde y Peña Rosales habían acometido juntos un negocio enredoso y de gran peligro, cuya úni-



ca solución era la de contar para su defensa con un diputado de la mayor confianza.

Estos, aparte de otro tan misterioso que fuera difícil descubrirlo, eran los secretos de Peña Rosales y del Sr. Conde; ambos pleiteaban con fortuna, gozaban de un crédito extraordinario en Madrid, tenían una poderosa influencia en las dependencias del Estado, parecían unidos por los mismos intereses, sujetos á un propio y misterioso deber y eran mirados con singular estimación en todas partes.

Rafael, preocupado con la impresión que le había causado su tío, hacía por recordar cuanto había oído acerca de él; hacía memoria de los juicios que mereciera á su padre su propio hermano; el padre hablaba siempre de éste con esa tolerancia, por la cual las personas bondadosas parece que perdonan y á la vez celebran á los calaveras, como respondiendo á la severidad que suscitan y á la risa que despiertan esas faltas combinadas con gracias; recordó entonces que su hermana mucho antes de casarse había sido solicitada en matrimonio por su tío; Carmen no aceptó tal proyecto; Rafael consideraba que había hecho muy bien; creía haber oído á su madre decir en cierta ocasión hablando de su cuñado: «el caso es que no es malo; pero lo parece demasiado.» Sin embargo, esta mala opinión se había desvanecido, sustituyendo á ella cierto asombro, cierta admiración provocada en aquellos espíritus fantaseadores y sencillos, por la rápida fortuna del hombre de negocios.

Rafael fué aquella tarde á ver las obras de



su tío; hallóse allí con Juanote, que acudió á saludarle con loco alborozo, y que le refirió con verdadero espanto los detalles del encuentro del cadáver del niño; las declaraciones ante el juez, acompañado del médico. Este había suplicado al joven que no diese pormenores acerca del suceso y le dejase hablar á él; después le recogió los dos periódicos; dos periódicos que había hallado en el envoltorio. Rafael oyó todo aquello poseído de espanto; parecíale increíble que hubiese madres desnaturalizadas.

Hablaron del pueblo; Juanote deseaba volverse á él; ¿qué hacía allí? tenía miedo constante, le parecían crueles las gentes todas; hubiera dado él por ser pastor y no alejarse de los cerros cercanos á la aldea, uno de sus brazos.

Preocupado se hallaba Rafael, escuchando al joven, cuando el maestro de las obras le hizo penetrar en ellas, pasando por entre montones de arena, de cal y murallas de ladrillo, subir por escalera de mano á todos los pisos, caminar por tablones y agarrarse á los andamios.

Una de las casas tenía un hermoso terrado; desde allí ofrecíase á la vista un cuadro panorámico de Madrid; anochecía ya, grandes franjas de fuego destellaban fulgores vivos por el ocaso; alzábase encima de los tejados esa neblina de polvo que se suele notar á la hora del crepúsculo, y que es como el humo que escapa de aquel hervidero, de aquel foco brillante y caldeado.

Debieron, ó hablar del espectáculo que tenían ante sus ojos, ó bien de las nuevas edificacio-



nes, ó del gran emporio y desarrollo que la población tomaba; lo cierto es que el maestro, hombre corpulento, de faz atezada, entonces cuasi oscurecida por la débil luz crepuscular, llegó en su charla ha ocuparse de referir multitud de cosas, jamás oídas ni sospechadas por Rafael.

Iban los ojos de éste entreteniéndose en seguir la imperceptible chispa de los faroleros, que corría en cig-zag haciendo á cada leve detención saltar una llama de luz y sembrando tras sí un rastro de focos brillantes, por las oscuras prolongaciones de la Castellana, Recoletos y el Prado.

—Pues sí, se han hecho con esto de las obras, fortunas rápidas en poco—decía el maestro—y no han sido las de los contratistas y maestros, sino las de muchos que son y serán los señores de todo señorito. Y bendito Dios cuánto hay en este pudridero; allá vería V. la casa que se está haciendo el General Geriones, con lo que ha sacado del contrabando durante la guerra, según dicen; otros aseguran que con lo que ha traído de Cuba; pues su vecino, el abogado Dartes, buen trapalón, ha vivido con todos y acaparó, en poco tiempo que estuvo en el municipio, con cuantos solares pudo...

No se debía dar crédito á las habladurías; la gente censuraba demasiado sin ton ni son; Rafael se preciaba de noble hasta no prestar fácil atención á lo que se murmuraba por los corrillos de café y de plazuela. Madrid no era un pueblo de gran inmoralidad.



Picóse un poco el obrero, y prosiguiendo como había empezado, monótonamente, sin dirigirse al joven, cual si hablase consigo mismo, dijo que él no podría responder de la verdad de muchas cosas, pero sí de la de otras; ahí estaba el Marqués de Zarco, que vivía últimamente á expensas de uno de los amantes de su mujer, y había robado quién sabe cuánto; y el Duque de la Dueña, cínico, irresponsable siempre, viviendo á costa de todo el mundo; acá habitaba una mujer que había despojado á sus hijos de los bienes que el padre les dejara; de la otra parte, un hijo del Padre Ciriaco, célebre Cardenal, que vivía de la usura, y en fin, fuera cuento de no acabar. Hablarán los resultados; más allá de aquellas hermosas calles anchas y brillantes, se hallaban los sucios y miserables barrios, donde había millares de millares de seres, viciados, miserables, sin una letra en el caletre, y á veces ni una miga de pan en el estómago, y las casas más ostentosas de los nuevos barrios tenían en el fondo, tras las habitaciones del exterior, una serie de miserables escondrijos, los cuartos interiores, variante de las casas de vecindad. Aquellos lindos edificios, muchos de ellos eran bellos de una parte; tristes y desoladores en sus entrañas: antes, la mansión feudal dominaba rodeada de cabañas; ahora, el miserable feudalismo había hecho que el palacio se rellenara de chozas.

¡Ah! además, *todo* estaba malo, muy malo, había grande miseria en Madrid—dijo el maestro.



Las crisis continuas, la miserable condición del obrero, la multitud de mujeres perdidas, encubriendo cada vez mejor su prostitución, favorecidas por una especie de hipocresía social; la rapacidad que de un tiempo no remoto hasta aquel, entonces parecía aumentar, de todo esto habló á Rafael el grave artesano. El no tenía pelos en la lengua: como le hablaba á él había hablado á su tío, porque á éste le estimaba verdaderamente.

—Tiene su tío de V. un amigote, que mal diga yo, pero me parece que ha de salirle caro al señor la amistad. ¡El tal mozo ha hecho gatas!... Quemó una obra antes de terminarla, para que, engañando en la tasación sobre el valor de lo perdido, le abonase la sociedad de seguros seis veces el precio del material. Pues menudo tute y mal polvo ha llevado parte de la fortuna de su hija; la madre de ésta era de mi pueblo. ¡El Sr. Conde de Casa Marins!—dijo á media voz el artesano.—¡Buen pájarol

Habló después del talento del Sr. Peña Rosales, de la multitud de graves asuntos que abarcaba su prodigiosa actividad, ferrocarriles, obras públicas, banca, política, y otros mil, y todo con aquella buena sombra que Dios le había dado.

—¡Todo está malo, malo!—repetía después Rafael, caminando hacia el hotel de su tío.

Acompañábale el ayuda de cámara de éste, é iban los dos en silencio. Bajaban rápidamente del Retiro multitud de coches; el lustroso brillo del barniz hacía centellear ligeros esplen-



dores en la caja, cuando los carruajes pasaban ante las apiñadas luces de la farola con candelabros; brillaban á la vez los radios de las ruedas, como rayos y como estrellitas que cruzasen de uno á otro lado, se veían atravesar los farolillos de los coches, ofreciendo allí semejanzas con el chispear leve y rápido de las motitas de fuego de un papel encendido y ya deshaciéndose en pavesas. Producían los carruajes al rodar un formidable estruendo. Vertíase en la ciudad alegremente aquel estruendo, acrecía en el empedrado, y luego se dividía como un torrente de truenos, dispersándose en mil ruidos, el áspero retumbar que llenaba de estremecimientos incesantes y rápidos todas las calles.

En éstas ya brillaban los esplendores de los escaparates iluminados; era aquel un momento de febril y general animación; parecía que se presenciaba y oía, á la boca de una colmena gigantesca, la entrada de millares de colosales abejas zumbando y apresuradas.

Por la parte opuesta veíanse luces rojizas unas y otras verdes; apenas si se notaba el movimiento de aquellas lucecillas de color, pero se acercaban rápidamente y se oía un ruido de arrastre, suave é intenso cual ráfaga de viento que remueve un instante las hojas y pasa de largo, y entonces destacábase distintivamente la forma de un tranvía abierto lleno de personas sentadas en bancos dispuestos como las filas de butacas de un teatro; apenas si podía fijarse la atención en esto; el rumor de la gente y el tranvía desaparecían, perdiéndose á lo lejos el



ruido de las ruedas y la gran masa, y dejando de vibrar por algún tiempo hasta desaparecer el centelleo rojizo de color en la oscuridad. Este continuo ir y venir de luces, y este animado desconcierto de ruidos, causado por los ricos, que volvían de paseo en sus coches, por los paseantes que acudían al Prado, viéndose ya los jardinillos prontos á abrir sus puertas á centenares de espectadores, y aquel Prado, que no tardaría en verse lleno por multitud de personas, aquello parecía borrar del pensamiento de Rafael la triste exclamación de «todo está malo, muy malo,» que escuchara de labios del obrero. Había sin duda alguna mucha gente feliz en Madrid; en aquellos sitios el calor había sido sofocante durante el día; pero el ruido de agua de la fuente Cibeles, la nitidez que prestaba la luz eléctrica á la estatua, dándola esto semejanza con una escultura de nieve, los puestecillos de agua y las horchaterías..... todo ofrecía frescura ó contentamiento á la vista, todo convidaba á recrearse allí y á pasar la noche.

Rafael, no bien hubiera acabado de comer, hacía intención de volver á aquellos sitios.

Antes de entrar en el comedor, se detuvo; oía hablar, y dudó un momento si entrar ó esperar á que se marchase la persona que estaba con su tío. Llegaron á Rafael estas palabras:

—No había necesidad de que V. se hubiera molestado, Mr. de Martinotte; ya había recibido la noticia.

—¡Ah! yo vine, porque el Sr. Conde me suplicó que viniera.



—Usted viene siempre á su casa, Mr. de Martinotte.

—¡Martinotte!—pensó el joven;—este es el apellido de Enriqueta. Y Rafael entró en el comedor.

—Hola, poeta—dijo Peña Rosales con alegre expresión; y luego, mostrando al anciano francés el joven, le dijo:

—¡Mi sobrino!...

—¡Ah!—exclamó,—es todo un hombre, ya sabía yo que había venido; me lo dijo Isabel Henaz.

—Sí; ayer estuve allí...—replicó con algún embarazo Rafael; pero sin darse cuenta, añadió: —allí he tenido el gusto de conocer una señorita que creo lleva el apellido de V.

—Era mi hija, caballero; la pobre mudita.

—¡Oh, muy simpática!

Martinotte se despidió; parecía un buen viejo, tenía una fisonomía plácida y una cabeza venerable.

Cuando hubo salido, Peña Rosales dijo:—Este es un francés muy cuco. ¿Y dices que tiene una hija muda?

—Sí.

—¿Guapa?

—Sí.

—Muda y guapa; pues, señor, magnífica mujer para Sócrates: ¿no era Sócrates quien tenía una mujer respondona?

—No sé, tío.

—No me llames tío; creo que á los cuarenta y dos años tengo derecho á algo menos; y



eso de tío, tío, es muy lugareño; llámame Ramón.

—Me será imposible.

—Bueno, pues llámame como quieras. Ibamos á hablar de nuestros asuntos; pero hoy no comemos. Te reservo una sorpresa; mira, cómete ese trozo de jamón, bébete esa copa de Bordeaux, toma luego Foigrás, un poquito de dulce, un sorbo de agua, otra cucharadita de dulce, una copa de rom y ya no has de cenar más.

Decíale esto con acento cariñoso y solicitud afable; en ellas creyó descubrir Rafael el cariño que le profesaba su tío; éste miró su reloj y dijo al joven que no se diera prisa; aún había tiempo, faltaba un cuarto de hora.

—¿Para qué?—se preguntaba el joven.

En tanto éste comía, su tío le habló animadamente de los muchos asuntos que le traían preocupado; cuestiones de alta política y otros negocios que le habían impedido salir de Madrid aquel verano. Pero ni un instante perdió su humor alegre.

Rafael entonces, maravillado de lo que oía, no pudo menos de abordar decisivamente un punto que despertaba su viva curiosidad. ¿Cómo preocupado por grandes empresas, preocupado por serios intentos de una tan alta política que ni él hacía sino designarla con tal frase, ni nadie hubiera podido alcanzarla á ver, dando su actividad atinadamente á los muchos asuntos particulares, agitado sin duda por diversas pasiones, conservaba aquella volubilidad alegre, aquella gentil indiferencia?



—Vaya, Rafael, te voy á contar un cuento, para que veas que también las hecho de autor. Un día el Diablo se enamoró de una aldeana, que por darse, se hubiera dado al mismo Diablo. Dudoso de su éxito apesar de todo, el Diablo le propuso hacerla su mujer; como todas, por hacer papel, era capaz de bajar al mismo infierno. Se casaron, y la diablesa tuvo un hijo del Diablo; no feo totalmente, pero nació furioso como un mestizo del demonio. Esto encantaba á su padre: «en todo se me asemeja,» decía el muy pánfilo. Pero es el caso que si la mujer es mala aquí como en el infierno, es madre hasta en el mismo infierno, y no podía soportar la diablesa el mal humor de su feroz hijuelo. No había cambio de postura, ni balanceo que le calmasen, ni el chisporrotear de la carne condenada le entretenía, ni el brillo de los ojos de los demonios, ni el vivo enroscarse de los rabos, ni las danzas de los que ardían en las hogueras del averno, nada; entonces fué cuando se le antojó á la diablesa entrar en el taller de los siete pecados, y corta un poco á la soberbia, tira á la gula, roba á la codicia, de todos los pecados tomando pequeñas partes, encerrólas en un sonajero de lo más seductor que darse puede; hizo la nota de la gracia, de pocas, pero malísimas cosas, un conjunto delicioso que despertaba en todos sentidos la atención del pequeño diablillo humano. Pues bien; yo soy como el sonajero diabólico. Un todo relleno de menudas picardías que sueñan á fiesta.



No dejó de hacer gracia á Rafael el cuentecillo contado por su tío con llaneza risa y puntas de descreído, y en ese amable abandono de la gente avezada á dicharachear y habituada á gastar tiempo en pláticas alegres.

En esto, levantándose Peña Rosales de su asiento, atusando sus bigotes, y como disponiéndose á salir, dijo:

—Conque, vaya, has mordisqueado de cuanto te he ofrecido, lo bastante para engañar el hambre y azuzar el apetito á punto de tenerle bien despierto cuando fuere menester. Sube á tu cuarto y vístete como yo.

Rafael se fijó en su tío y echó de ver que se hallaba ataviado con frac y chaleco negro abierto hasta más abajo del pecho.

—¿De etiqueta?—preguntó el joven.

—De etiqueta.

No tardó mucho en presentarse ante su tío, vestido con elegancia y tal cual si hubiera copiado al detalle á su mentor y pariente. Sentábase á Rafael á maravilla la ropa; parecía ésta favorecer su natural erguimiento, y venía bien á su fisonomía dulce y á su aire distinguido el frac negro y las prendas que exige la etiqueta.

—¿A dónde piensas que te llevo? ¿no lo sospechas? Pues vamos de viaje.

Y diciendo esto Peña Rosales, encendió un veguero, dió algunas órdenes á Pedro, el ayuda de cámara, y salió poniéndose su abrigo de verano, y tomando el clac bajo el brazo, cubrió su cabeza con una gorra de seda.

—Vamos—exclamó dirigiéndose á Rafael,



que le miraba dando muestras de la más viva extrañeza.

En la puerta del jardín se hallaba Juanote con una maletilla al hombro; cuando Rafael y su tío iban á atravesar la puerta, Juanote colocaba la maletilla en el pescante de la berlina.

Detúvose un momento hablando á Juanote, y sin atender á su tío, que le decía en voz alta:

—¡Qué par de caballos! Fíjate, muchacho; no hay mejor tronco en Madrid. ¿Pero qué diablos haces? Vamos, que nos falta el tiempo. Vamos, hombre, entra; ¿hablabas con el mozo?

—Sí, es antiguo amigo—replicó Rafael.

—Sí, es uno de los dos postes que de allá tu pueblo mandó tu madre. ¿Y á eso llamas amigo? ¿Y no te habrás fijado en el tronco? Cualquiera diría que escogía yo mis peores caballos entre tus mejores amigos, y tú los mejores amigos en mi caballeriza. Ese con quien hablabas es un zoquete.

—¡Pobre muchacho!—exclamó Rafael.

—A la estación del Mediodía—gritó Peña Rosales cerrando de un golpe la portezuela del carruaje.

Este atravesó rápido por el Prado, en medio del cual se apiñaba una multitud de paseantes, alzando espesa nube de polvo que oscurecía las luces.

Poco después, Rafael y su tío, en un departamento de primera clase, salían de Madrid, y la berlina vacía daba vuelta hacia el hotel.







VII



## Flores y estrellas



A casa que habitaba en la calle de Atocha Mr. de Martinotte era de estrecho portal, en cuyo fondo comenzaba de un lado la escalera que conducía á los cuartos, y de otro se abría una portezuela que daba á un patio embaldosado por grandes piedras que marcaban declive hacia el centro en que se hallaba como tapón fuertemente encajado, el redondo disco horadado de la alcantarilla; era como una superficie de losas de sepulcros inmundos encerrados por sus tres grandes tapias y el alto caserón que en aquella parte mostraba largos corredores superpuestos, en los que siempre se veía ropa colgada, y por los cuales vaciaban al patio todos los desperdicios y todo el vocerío las gentes de la vecindad.



Al patiezuelo daba una puerta de la esterería inmediata á la casa, por la cual solía sacar las garrafas de helar la moza de la esterería cuando las esteras se recogían en la tienda, formando un decorado de bastidores de teatro, y se armaba el mostrador, se ponían las mesas de mármol y las sillas de paja, el tamborete de corcho con la fuente de chufas y cambiaba el esterero de empleo por la estación y trocábase en horchatero.

La escalera angosta se hallaba iluminada por tres menguadísimas llamadas de gas, resplandores en miseria, llamas menudas como chispas, amagos de claridad, sugerencias de sombras, ofertas de tropiezos, lucecillas éticas, que daban mayor negrura á las tinieblas.

Las puertas de los cuartos tenían llamador que fuera cierta vez dorado, y rejilla para atisbar de adentro quien llegaba de fuera, y tan alto se hallaba el principal, que cuando se encontraba el que subía en el tercero dábale por quinto, y tenía por burlas el letrero con raspaduras que sobre el estucado declaraba lo contrario.

En el tercero vivía Mr. de Martinotte, y para quien lo dudare, se hallaba un tarjetón de metal bruñido y lustroso ofreciendo á la vista el apellido del francés.

La impresión que al penetrar en casa de éste se recibía era de viva sorpresa; la reducida antesalita estaba iluminada por un precioso farolillo de cristales escarchados de dibujos, y orlados adornos de acero que en mil revueltas rema-



taban graciosamente el farolillo; había un cuelga-capas de nogal, un bastonero con barreta, limpia-barros, y lindos tiestecillos sembrados de la hierba acuática llamada barbas de capuchino, colocados en palomillas pendientes de la pared. Entrábase después, y toda la casa ofrecía un aseo, una pulcritud, una ordenada disposición que encantaban; la sala era decorosa, y en ella resaltaban algunos detalles brillantes, entonces con relación á la modestia de los muebles, imperceptibles en los tiempos en que Mr. de Martinotte gozaba mejor fortuna, pues la linda jardinera de palo santo, el precioso reloj sobremesa, enfalanado y con multitud de pajarillos de artificio que al dar la hora agitaban las alitas, daban piaditas y remedaban gorjeos, no eran sino despojos y restos de épocas de prosperidad.

En el cuarto más espacioso y alegre veíanse tres camas blancas, un altarito con un doselito y una estatuita, una santa, una virgen rodeada de flores, símbolo de la religiosa castidad de aquella estancia, en que trabajaban y vivían generalmente las tres hijas del anciano francés.

No bien hubo llegado éste á su casa, llegóse Luisa, la más pequeña de sus hijas, y alborozada, cariñosa, mostrando su frente de niña, sus rizos suaves como plumas, sus mejillas caldeadas por la continua agitación del ir y venir y corretear; en ellas beso el anciano; trájole Luisita las zapatillas, y dióle su chaqueta de dril y su gorro.

Ella era quien muy de mañana disponía el



desayuno á su padre, la que preparaba las ropas que había de mudarse, y le recibía con su juvenil afabilidad, saturándole de su perfume, purificándole de la amargura y del dolor que diariamente ajaban el rostro del anciano, como huellas de los rudos embates de la vida exterior, vida de agitación y de trabajo.

En el comedor se hallaba reunida la familia; con ella estaban Isabel Henaz y su hija; la amistad de ésta había tenido origen en un viaje que Martinotte, su mujer y sus niñas hicieron años antes á Dax.

La señora de Martinotte, sentada en el corredor, hablaba tranquilamente con Isabel, y Pilar y Nuncina, ó Anunciación, la hija mayor, charlaban con porfiado picoteo, revolviendo las más inocentes confidencias.

La gran lámpara que pendía sobre la mesa palidecía al contraste de otro saliente foco de luz blanca, recogida por una pantalla reverbero de hoja de lata; el mechero de aquella luz estaba unido por un conductor de goma á la cañería del gas y prendido á una especie de pupitre por un embarretado de hierro; sobre aquel pupitre acababa una acuarela, la linda Enriqueta, vertiendo el color en el papel, atenta al trabajo, y mojando de vez en cuando los pinceles en una jicarilla de agua.

Su rubia cabeza parecía abrillantada á la luz, como si hubiese llovido sobre ella una abundante pulverización de partículas de oro, que centelleaban más en algunos puntos, contrastando con la nitidez y la virginal tersura de su rostro.



Un gran aparador de roble cargado de loza y de cristal, ocupaba el centro de la habitación, bajo un reloj redondo, cuyo péndulo se oía en ruido seco y constante.

El anciano besó á la niña; la niña era Enriqueta la mudita, así la llamaban sus padres y sus hermanas; la expresión de sus ojos animaba á todos, miraban en sus pupilas con encanto, de ellas recibían la dulce alegría que como por destellos despedía en torno de sí el cautivo espíritu de la joven. Hallábanse todos ya educados para comprender perspicazmente cualquier leve ademán, cualquier fruncimiento imperceptible en el rostro de la niña y se creían unidos por el misterio á que obligaba la comunicación artificiosa y extraña con aquel sér querido y desdichado.

Tal como si se ofreciesen hermosas flores á la vista deleitando con la frescura de sus corolas y las vivas notas del colorido de la primavera, pero privadas de perfume, ofrecíase aquella linda criatura, bella, con su sonreír de atracción irresistible, sus ojos tiranos de voluntades, su rostro dulce é inteligente, privada del habla, que es sin duda como algo que escapa de la mayor energía vital, producto constante del espíritu.

Ofrecía la habitación un ambiente grato; sentíase un bienestar muy íntimo; satisfacíanse los sentidos en la contemplación de aquellos muebles tan limpios; se hubiera dicho que el tufillo de humedad y de suciedad que se elevaba del patio, aquellos hálitos de cocinas que



de vez en cuando molestaban á los vecinos, los engreñamientos coléricos de disputas entre amas y criadas y los cantos achirriados, broncos, en candencias grotescas y monótonas de estribillos de ciego canturreador callejero, todo se perdía en la paz solemne de aquellas gentes, en el sano espacio de aquel comedor en que se reunían por las noches los individuos de la familia de Mr. de Martinotte.

Este, luego que hubo saludado á Isabel Henaz, á la hija de ésta y á Nuncina usando de una confianza de largo tiempo concedida por las amigas de su familia, tomó *La France*, calóse los lentes y se puso á leer.

Mas su pensamiento burlaba á los ojos; acudían éstos con la siguiente noticia: «*Une énorme bolide à traverser tout le midi de la France, depuis la Suisse...*» Y la atención distraída de la lectura, hacía pensar: «Se verán esta noche el Conde y Peña Rosales... ¡Qué poca seriedad tiene este último para todo...» Cuando los ojos buscaban la noticia, saltábanla dos renglones más abajo: *Les heures differant d'un pays à l'autre...* Y volvía á distraerse, dejando la metereología y acudiendo á su preocupación.

En esto, alzóse de su asiento repentinamente y con animación Nuncina, muchacha como de veinte años, linda, de pelo subidamente rubio, rostro de una blancura tentadora; que mostraba ojuelos rientes, picarescos y parlanchines y una boca más riente y parlanchina, y bajo ella, como un reflejo, un hoyuelo, apéndice de risa, marcado allí como si las gracias la hubieran



acariciado, dejando aquel sello de su mimo.

—Lo diré, sí, lo diré—exclamaba gozosa y juntando ambas manos como si fuera á aplaudir.

—¡Qué loca!—exclamó Pilar.

—Pues sí señor que lo diré—añadió; y acercándose á donde se hallaba Enriqueta pintando, tomó un lapiz, escribió unos cuantos renglones en un pedacito de papel y puso éste sobre el pupitre y casi encima de la acuarela.

Enriqueta alzó la vista, miró alegremente á su hermana, tomó el papel y leyó: «La niña ha flechado al caballero D. Rafael Peña Garcés.»

La mudita miró llena de asombro á su hermana é hizo un levísimo gesto, por el que daba á entender que no comprendía de todo aquello ni una palabra.

—¡Ah, no entiende, no entiende! ¡Qué pícara es mi niña, y cómo disimula!

—Mal puede disimular, si no sabe de qué le hablas, no le ha visto más que una vez—dijo Pilar.

Intervino en esto la madre, mujer de aspecto grave; rostro que hubiera sido tan severo como el que puede fingir una directora de colegio, si no le dulcificase en cierto modo la dulce y maternal expresión de sus ojos. Nuncina debía dejar á su hermana en su entretenimiento; siempre la molestaba.

—Es un momento, mamá, no más que un momento. ¡Oh, y cuánto sabe la muy tunantuela!—añadió, y volvió á escribir: «El caballero que hallaste en casa de Pilar; de él se trata.»



La mudita leyó nuevamente, pero sus mejillas entonces se tiñeron de vivísimo color, hizo un mohín de gracioso é infantil enojo, bajó su cabeza, humedeció el pincel y escondió la turbación en su trabajo.

Nuncina saltaba de alegría y miraba con airecillo de triunfo á su hermana; gustaba por cualquier causa provocar en ella alguna turbación; era como un niño, que, ignorante, toca jugando hojas de la sensitiva por verlas recogerse á la acción de su misteriosa sensibilidad.

Dióla un fuerte beso y volvió á parlotear con su amiga. Así como su padre se distraía leyendo, Enriqueta, tal vez, al pintar, se distrajera con el recuerdo del joven que había encontrado en casa de Pilar; por entonces, Rafael ocupaba el pensamiento del padre y de la hija.

«*Il n'y a que les habitants de París...*» intentaban leer los ojos... A qué diablos habrá venido el sobrino de Peña Rosales... Sin duda que éste haría de él bien pronto un hombre público. Parecía un excelente muchacho. Mr. de Martinotte se preciaba de ser gran fisonomista y no le desagradaban aquel rostro franco, aquel aire cortés y respetuoso; buen pájaro llegaría á ser, si seguía mucho tiempo al lado de su tío.

Isabel y Pilar se fueron; Luisilla preparó la mesa; Nuncina dió las órdenes que exigía la administración de la casa; la mudita recogió su acuarela, dió la vuelta á la llave del foco de gas, dando aquel robo de claridad repentinamente en los ojos de todos, como si les hubiera amagado la oscuridad, y la estancia quedó á la



sola luz de la lámpara; sirvióse la cena; cenaron; fumó su cigarro el padre, hablando pausadamente con la mamá, y al cabo de un rato todos se despidieron, y las niñas fueron á sus habitaciones y los papás á las suyas.

Mr. de Martinotte iba á acostarse, cuando recordó repentinamente que no había leído el correo; tal había sido la agitación del día para aquel hombre, que enloquecido, agitado por un frenesí de actividad, perseguía el término de un negocio para entregarse después al dulce descanso.

No bien hubo leído una de las cartas, cuando subió de punto el color del rostro, poniéndose éste como la grana; la noticia era horrible; el negocio del ferrocarril se detenía; negábasele una cantidad que esperaba para el pago convenido anticipadamente con Peña Rosales. Cayó en una silla, y quedó un momento anonadado con la cabeza entre ambas manos, murmurando al extrujar la carta entre sus dedos:

—Maldita carta; hay momentos en que fuera mejor no saber leer.

En tanto, en la habitación las niñas se entregaban á jugar un poco; Enriqueta hacía á sus hermanas una confidencia; trazaba en el papel lo siguiente: «No puede menos, sino que las flores sean letras de un abecedario que no sabemos, y las estrellas algo que ha escrito Dios en el cielo.»

---





## VIII

### En las Nieves



AYA, mi General, hoy está V. de malísimo humor.

—Sí, Carlos; repito que tu conducta me produce momentos de fastidio, y estos salen después en acometidas de irritación, imposibles de dominar.

Y el Duque al decir esto, echaba hacia atrás su cabeza, empujando con ella el respaldo, y dando á la vez, con un leve impulso de los pies, movimientos de balanceo á la mecedora.

Estaban el Duque y su yerno conversando en un mirador del palacio; el aire fresco de la noche penetraba por los cristales levantados, y llevaba hasta allí retazos de música, sonidos robados por su inconstante soplo á la banda militar, que tocaba en la glorieta de los jardinillos del Buen Retiro; un leve esplendor se re-



flejaba en el fondo de un magnífico espejo colocado frente por frente á un balcón; era producido por la luz de uno de los faroles de la calle; la habitación estaba á oscuras; pero no el mirador, al cual los faroles colocados á uno y otro lado de la marquesina de la entrada principal, después de dar tonos pálidos á los cercados de boj del jardín, viva alegría á la escalerilla de mármol, mandaban á su vez destellos á los cristales de la galería y parte de la luz, que oscilaba á los vaivenes del aire.

A esta luz podía verse el joven que se hallaba en el mirador; era alto, tendría como unos treinta años, fisonomía insignificante, muy pulcro de peinado, y muy empaqueado de bigote, en puntas torcidas como cabos de lino hilado á dedo.

Hubo un momento de silencio; el joven, sentado en una butaquita enana, zarandeaba impaciente sus piernas, chupeteando su cigarro, que brillaba como un puntito de ascua.

El Duque estaba completamente hundido en la oscuridad.

Al cabo de un corto espacio, como si el tal silencio no hubiese existido, volvió el Duque á tomar la palabra en el punto en que la dejara.

—Y poco que me irritan esas necedades— dijo.—Carlos, ganas me dan de entregarte misable y proponerte que intentes darme una paliza. ¡Vaya, y no lleváis seis meses de matrimonio! Si me hubieran dicho cuando estábamos en el Norte: Coronel, el ayudante es un botarate; doy al mensajero una chillería y luego una patear



dura. Y me has salido tan títere... y tan... bah, hombre, bah; si parece increíble.

—Pero mi General...

—Sé lo que me vas á decir, lo sé; jugar no es una botaratada, pase, porque es necedad que al fin y al cabo... no es bueno, eso no, pero en fin, repito que pase y pasen multitud de locuras impropias, sin embargo, de un hombre como tú y de un yerno de un hombre como yo. Pero tienes disgustada á mi Anita... y eso ¡repicos! no te lo perdono.

Y como si al llegar á este pensamiento se irritase excesivamente, exclamó:

—¡Cascajo! yo, que creí que eras un hombre, un militar á la antigua, un liberal como yo, un oficial que no se ha sublevado, eso no, con nadie ni por nadie; pero que ama el credo liberal de su país y por él ha dado su fortuna, me vas á salir ahora con que darás la razón al corrompido Duque de la Torrente, viejo zorro acartonado, enriquecido por los demócratas, y engordando con los realistas, astuto para olfatear todos los aires que le avisen por tu-fillo donde se guisa; pues ese me llama iluso... no soy mal iluso... porque he tomado el morral del recluta é ido á la guerra, porque mi verdadero título de nobleza, y bien antigua, si no le he podido yo ganar, he sabido legalizar su posesión refrendándole con mi hoja de servicio. ¡Vaya un tiempo! ¡Qué Generales! Merinos Zampo, un imbécil; Chá, un petate, y todos unos buscones de grados, salteadores de la política, matones de intriguilla, ignorantes como



un cabo de escuadra y tan crueles como enanos.

—Pero papá, mi querido General, ¿que tiene que ver todo eso con mi pleito?—exclamó el joven.

Y siguió el Duque hablando con pasión, pero sin voler á divagar.

Tenía que ver, sí señor, tenía que ver, porque si él hacía una vida *sucia*, fué esta su palabra, asemejábase á toda esa multitud de aventureros, deshonra de la nación, mancilla del ejército. El debía de ser un buen casado; soltero diérase al diablo en punto á amoríos, pero habiendo contraído matrimonio, debiera comprender que de él dependía la felicidad de su esposa. Y Anita no era feliz, y eso que ignoraba lo que su padre sabía, y que siempre hubiera callado al mismo Carlos si no hablase con él como con un camarada.

Estas últimas palabras conmovieron al joven; poco después se hizo sigilosa la conversación; Carlos hablaba apasionadamente, parecía confesarse, y el Duque de vez en cuando saltaba con bruscas interjecciones.

Mucho antes de casarse Carlos, había mantenido relaciones con una mujer; no la nombraba el Duque, sabía demasiado quien era. Ella misma, ella había manifestado que no quería casarse, á más que él no había hecho verdaderamente intento de ello... pero dos meses antes de casarse con Anita no había vuelto á verla, y todo lo que se dijese en contrario era completamente falso. Y en cuanto á la tristeza de Anita, se refería al exagerado cariño á que estaba acos-



tumbrada; tanto la Duquesa como el Duque eran extremosos.

—¿Extremosos? Bueno, sea; si noblemente me aseguras que todo eso ha acabado, no hablemos más—replicó el Duque.

En esto iluminóse la estancia; una linda mozueta con delantal azul y gorrita blanca traía una lámpara; apartóse á un lado de la puerta y dijo:

—Las señoras.

—Chiss...—dijo el General dirigiéndose á su yerno.

La Duquesa era una venerable señora encanecida, enjuta, muy bondadosa de expresión; en el rostro, y en todo su porte sencilla y agraciada; acompañábale su hija, una criatura delgada, de rostro pálido, y en el que parecía que habían como querido esbozar unas bonitas facciones, pero no señalando mucho el intento y dejando en todo el óvalo algo de atrayente y simpático, á que daba gran acentuación de dulzura la dejadez mimosa, el no se qué de una casadita que era aún la niña de la casa para sus padres y era ya la mujer amada para el marido.

Su matrimonio era feliz, pues apesar de los celos constantes que la atormentaban, Carlos sabía mitigarlos, era fácil resistir á los continuos sermones del papá, que acababan siempre bien, amando ciegamente á su hija, solía reprender sus ñoñadas y atajaba los interminables discursos del papá.

Estos no habían tenido hasta entonces otro



fundamento que las quejas dolientes de la niña mimada; pero la noche á que aludimos, Carlos comprendió que el Duque sabía demasiado, si bien ignoraba todo lo grave del asunto.

La Duquesa y su hija volvían de paseo; salióles á recibir el Duque, que era hombre de gallarda estatura y rostro propio para mostrar en símbolo reunidos la franqueza y denuedo, nevada la cabeza, de busto escultural, algo desfigurado por ese constante enojo de perro receloso muy común en los militares ya viejos.

—¿Habréis peleado?—dijo la Duquesa.

—No, señora preguntona, hemos fumado como los bonzos sorben el opio.

Carlos sonrió cariñosamente á su mujer.

—¿No has salido?—preguntó ésta. ¡Qué voz la suya! no parecía sino formada para hacer sentir en las palabras la vibración deleitosa de las notas; aquella voz era por sí misma toda la belleza.

—¿Necesitáis el coche?—preguntó la Duquesa.

—Sí—dijo Carlos, como si obedeciera á una pronta resolución.—Voy á salir, debo despedir á un amigo que sale mañana mismo, y quiero estar de vuelta pronto. Espérame, Anita. Adiós, mi General; adiós, mamá; al instante estoy por acá con VV.

—Sí, hombre, vente, no vayas á ese endiablado círculo—dijo el General, y cuando Carlos hubo desaparecido quedóse refunfuñado:—¿Y á qué va allí? á ver al Conde de Casa-Marins, ese perdulario, á Pita, un pirata, á los militarci-



llos, tahures y fulleros, á Peña Rosales, que cuida de la bolsa del otro, como el Marqués de Sixto le agencia queridas. ¡Si este Peña valiera lo que su hermano el coronel! ¡Qué suciedades, Dios mío! ¡Cuán bien hago yo en estarme en casa!

—Gabriel—exclamó la Duquesa,—tienes frito al pobre muchacho, no sé cómo te resiste.

—Me resiste, me resiste, porque le hablo como buen camarada.

El coche partió velozmente, llevando á Carlos; bajó de un extremo al otro de Madrid, atravesando la Puerta del Sol, que hervía entonces ruidosa y mareante y mandaba al espacio una densa nube del polvo de su suelo, caldeado por el fuego que abrasara las piedras durante las horas del día, y por los candentes hálitos de los cafés y de las horchaterías, abiertos por puertas y cristales, llenos de gente, inundados de luz, zumbando rumores mezclados al ruido de la loza del servicio y al incesante taconear de los que entraban y salían; el coche descendió por la calle de Alcalá, subió al barrio de Salamanca y paró á la entrada de una de las calles más espaciosas del referido barrio.

Carlos pensaba entonces en que sus amores habían sido una verdadera novela. Apenas hubo venido de la guerra, cuando por pasatiempo dió en enamorar á una vecina; ésta era hija de un sujeto de importancia, y no sólo no desechó el galanteo, sino que tales facilidades ofreció por sí, que las relaciones llegaron á hacer creer á Carlos que debía aprovecharse



de su fortuna, y aunque no había soñado siquiera casarse, comprendió que de haberlo pensado hubiera hallado pronto desengaño. Las relaciones dieron lugar á escenas muy íntimas, citas y aventuras divertidas. Se le ofreció entonces á Carlos una boda de conveniencia; el matrimonio con la hija del Duque de Eguskija y la ruptura con su antigua amiga fué un hecho; tres meses después Carlos se había casado. Mas aquí empezaba lo extraordinario: á los seis meses de haberse casado, su amada le avisa de que ciertas sospechas que á ambos habían inquietado se confirmaban; Carlos debía favorecerla para ocultar un hecho que deshonoraría á la distinguida señorita. Todo lo previnieron, sirviéndose únicamente de una criada vieja que hizo de madre de la joven. Esta debía pasar á los ojos del médico por una infeliz señorita engañada, cuyo padre estaba ausente y cuya madre, perdonando su falta, deseaba ocultar la deshonra; esto explicaría el sigilo que habían de pedir al médico, el cual iría en carruaje con las cortinillas echadas, y salir y entrar en el coche con los ojos vendados.

Todo debió acaecer maravillosamente; el médico mismo, gran amigo de Carlos, habíale referido la aventura, sin sospechar que hablaba con persona tan interesada en ella; sólo faltaba saber qué había sido del niño que diera á luz la desdichada. Acerca de esto había quedado ella misma en avisar, y Carlos no había recibido aviso alguno.

La niña fingió una ligera indisposición; la



casa era espaciosa; las habitaciones de la joven se hallaban apartadas de las de sus padres y muy cerca de la escalera de servicio; por ella subió el médico, que creyó entrar en un modesto cuarto interior.

La conciencia de Carlos, y más que nada los temores de correr el peligro de que todo se descubriese, le mantenían impaciente; el Duque, como es sabido, había tenido conocimiento de tales amores, si bien ignoraba la gravedad de todo.

Carlos se dirigió al descender del coche á lo largo de la calle, entró en un magnífico portal, y subió al cuarto primero de la casa; era la de su antigua querida; haría una visita, procurando hallar el modo de informarse de cuanto hubiere acaecido.

—¡No están los señores!—contestó la criada que abriera la puerta.

—¿No, eh?

—Han ido de fiesta, á las Nieves, á pasar los días del Sr. Conde; tienen convidados allí; como la señorita estaba delicada, y este año no ha podido ir á San Sebastián, han decidido pasar una quincena en la quinta.

Carlos bajó despechado; le era imposible saber nada.

¿Por qué misteriosa razón, al pensar Carlos en el médico, á los pocos pasos apareciósele éste, que no era otro sino el Dr. Darío?

Nada mejor que hablarle; quizá él supiera algo más; atajóle el camino, y con el tono más afable y ligero, cual el que empleara un hombre al que nada preocupase, le saludó, hízole varias



preguntas sobre cosas indiferentes, y por último atrevióse á decirle:

—¿Le han sucedido á V. nuevas aventuras?  
¿En qué paró aquello?

—En un infanticidio—exclamó con acento triste y despegado el médico.

—¡Qué horror!—dijo Carlos.

El Dr. Darío dió cuenta del suceso referido al comienzo de este libro, y añadió que el encuentro de un número del periódico satírico austriaco *Le Fehlo* le había puesto en autos, como suele decirse; la vieja que hacía de madre... En fin, todo lo supo. Por aquello de amor contra el honor... habían hecho un horror.

—¡Infame!

—Loca, amigo mío; esa mujer es una enferma. Si no tuviera ese convencimiento, no me hubiera opuesto á que la delatasen.

Estático quedó Carlos, no bien hubo desaparecido el médico; pero al fin, ¿era él culpable de aquel crimen? En cierto modo se alegró de verse libre de «aquello,» que tanto podía haberle atado... mas se le ofreció á la vista el recuerdo de la repugnante mujer, lasciva como una gata y feroz como una pantera.

Pero ya no sentiría inquietudes, y su General y padre político, nada sabría.







## IX

### El paladín entra en combate

**D**ÓNDE diablos me llevará mi tío!—pensaba Rafael, y como al darse un pensamiento, y por extraña relación sucederse al primero seguidamente otros, no parece sino que salen los pensamientos lindamente enlazados como cerezas de canastillo, acudióle á Rafael el recuerdo de cuanto había visto desde el momento de su llegada á Madrid; pensó después en la bella mudita, y deleitado miraba en su alma la dulce imagen de la niña, cuando le acometió un ligero mal-estar, pensando que nada había hecho provechoso de cuanto había ideado hacer, ni había dado comienzo á la vida laboriosa de estudio y recogimiento, ni se había preocupado seriamente en su porvenir. ¿Cuáles serían los proyectos que sobre este punto tendría su tío?



Este se hallaba arrellanado en su asiento junto á la ventanilla del vagón y descansando, de modo que no parecía sino que se había preparado para un largo viaje y se disponía á dormir. No dormía; antes bien, desde el rinconcillo oscuro miraba con insistencia de observador la fisonomía grave y candorosa del joven; aquella rubia cabeza era noble y anunciaba un espíritu de gran energía de pensamiento; la frente, ese espejo en que por indecisa claridad se muestra el pudor virginal de las doncellas y en los jóvenes se refleja la inteligencia, en Rafael era tersa y anunciaba algo superior; los ojos eran rasgados, hermosos, animados por esa expresión grave que manifiestan los hombres crédulos, pero no tontos.

Aquellos ojos delataban el fondo; no había allí todavía disimulación, ni se hallaban educados á ocultar ningún sentimiento; no se daba en ellos esa opacidad, esa nota de sombra que es al destello de luz, reveladora de inteligencia, lo que la noche al día, y en aquellos ojos había sorprendido Peña Rosales algo de la vehemencia, del ardoroso temperamento de Rafael.

—Este muchacho es raro—pensaba Peña Rosales;—parece un filósofo. ¡Bah! está en la edad de la coquetería; un chico luce el último conocimiento recibido como una muchacha puede lucir un lazo; pero mi sobrino ha de ser ambicioso.

¿Se siente algo cuando otro acerca á nosotros su pensamiento é intenta mirar el fondo de nuestra alma? Rafael, á su vez, pensaba entonces en su tío; volvía á repetir el examen que



acerca de él había ya hecho, y terminaba decididamente su juicio diciéndose: es superficial, quizá de ancha conciencia; pero es bueno, revela por mí gran interés; deseando estoy conocer los tales proyectos.

Ensordecía el traqueteo del tren, é iban como en el seno de una nube en que se revolviesen incesantemente los truenos. A la débil y temblorosa lucecilla del vagón, frente á frente uno á otro, cualquiera diría que en el silencio, teniendo ambos conocimiento de sus mutuas ideas, se examinaban como los desnudos luchadores, antes de entregarse á la pelea, en rápido mirar se miden, aprecian la robustez muscular el uno del otro, y se esperan.

Miró Peña Rosales por la ventanilla, y exclamó después:

—Ya ha desaparecido de la vista la claridad que Madrid despide, no estamos lejos.

—¿A dónde vamos, querido tío?

—Nos detenemos aquí cerca, son treinta y siete minutos de viaje; no dista ya cinco minutos el apeadero. ¡Oh, pasarás una magnífica noche! Vamos á una fiesta de familia. Ante todo, quiero advertirte que no consiento discusión sobre mis proyectos, hasta que prácticamente los exponga, y prácticamente puedas juzgarlos.

—Los proyectos de V., tío, ¿tienen que ver con la fiesta?

—Sí; este viaje es la primera parte: exposición. Chico, he de ser franco; estoy vivamente interesado, no sólo por el gran cariño que me



inspiras, sino por mis negocios, en que te brindes á secundar mi plan. Vamos, francamente; ¿no harás lo posible por mí?

—¿Quién lo duda? querido tío.

—Pero, hombre, ¿por qué me has de soplar siempre encima ese calificativo de comedia? Llámame Ramón. Pues sí, Rafaelillo; estoy como un tendero que pesa especias, y desea lograr el peso que le conviene y no el que le piden; á los tales mercaderes les baila en el pecho la codicia é inclinan á un lado y á otro el cuerpo siguiendo las oscilaciones del fiel y el sube y baja de los platillos. Porque, he de tomarte á peso, he de quitar algo que tienes de más, para poner lo que tienes de menos.

—No entiendo palabra.

—Pues bien, primero—se detuvo, y dijo alegremente:—Te rebajo de soltero á marido.

—¡Casarme, y matrimonio de conveniencia! Tío, ahora sí que me parece V., y perdone, un tío de comedia.

—¡Buena cogida! Pero si no fuere de tu gusto la muchacha..... Y luego de simple ciudadano te elevo á diputado, te ofrezco una novia y un acta. Sí, sé lo que me vas á decir—continuó, notando la viva extrañeza que se pintó en la cara del joven.—A nadie se le amenaza impunemente con el matrimonio; pero muchacho, no hablemos de esto hasta que tú puedas apreciar convenientemente la situación.

Detúvose el tren. Habían llegado al apeadero de las Nieves. La quinta no distaba mucho de la vía férrea.



Abrióse la puerta del vagón y apareció Juanote, que les había acompañado para conducir la maletilla; esperábales al comienzo de un sendero que arrancando del camino de hierro á través de los campos, conducía hasta la quinta, un criado con un gran farol encendido para alumbrar la marcha, apesar de que brillaban lucientísimas las estrellas y era la noche de esas cuya claridad hermosa hace pensar á muchos tontos que ven en lo oscuro más por don especial de su vista que por fulgurante resplandor de los astros.

Reconoció el criado al Sr. Peña Rosales, díjole que era esperado por los señores, y se adelantó á guiarles; Juanote siguió á sus amos como éstos seguían al mozo del farol, separados todos por una proporcionada distancia.

En el camino y antes de que Rafael hablase, comenzó á hacerlo su tío, refiriéndole en tono grave y cual no solía emplear, que se hallaba en un trance difícil: ó abarcaba, por fin, una fabulosa fortuna ó había de ceder y conformarse con lo que tenía. No podía Rafael ni sospechar lo que su tío intentaba; su propósito no era sino el de fundar con su nombre una casa de gran importancia, elevar la familia á la esfera del poderío. Siempre había contado para este propósito con su Rafaelillo. Mucho había hecho ya Peña Rosales...

—¡Pero si tú supieras, muñeco, si tú supieras —añadió— cuánto sueño! No, que voy á ser tan cándido como tu padre y mi hermano, que después de haber pasado su vida en continuo



afán, ofreciendo su pellejo al enemigo, murió pobre y ha dejado á su mujer hecha una señora hidalga de aldea.—Decía todo esto á media voz, mosconeando, y de pronto exclamó volviendo á su ligero tono habitual:—Conozco el mundo, Rafaelillo... Hacer dinero y ríete de cuentos, y haz tú cuenta...

Luego volvió al tono confidencial y habló á su sobrino de un negocio para el que era necesario hacer de su Rafaelillo un diputado.

—Pero tío, si no tengo la edad.

—Bueno, bien. ¡Vaya un obstáculo!

¿Eh? qué había oído Rafael? Aquello era como si le anunciara que le iba á hacer cómplice de una picardía; pero no pudo hacerse cargo de esto; acababan de llegar frente á una gran verja, bajo la cual parecía esconderse el sendero; unas largas tapias se extendían á uno y otro lado; oíase el repetido y bronco ladrar de un perro; el mozo llamó, y al poco rato abrióse el portón.

Oscuras masas á uno y otro lado en el fondo denunciaban la existencia de bosquecillos y alamedas y por camino de acacias continuaron hasta llegar á un elegante edificio, muy parecido á los hotelitos que Rafael había visto en la Castellana, según pudo percibir á la luz de grandes farolas de gas, sin duda hecho allí y distribuído por algún gasómetro casero de los llamados americanos.

Había en el portal unos cuantos escalones de mármol, partidos por una franja de alfombra, pasada por las barretas doradas; bomba ovalada



de cristal, de las llamadas tulipanes vibraba azulada y brillante una llama de gas, exparciendo su luz por todo el portal hasta el arranque de la gran escalera, que á uno y otro lado tenía dos magníficos bronce. Sobre sus oscuras formas, cayendo la luz de los dos mecheros que mantenían en sus manos, daba cierto brillo mate al metal de las dos estatuas; era una un joven romano, portador de la antorcha en los juegos; mostrábase cual si continuara su carrera vigorosa; era la otra una joven que alzaba solemne-mente su tea como iluminando el camino del triunfador.

Según fueron subiendo por la espaciosa escalera, cuyo balaustre de acero relucía, fueron viendo ante sí elevarse dos figuras, y al llegar al rellano en que había una banqueta de gutta-percha, viéronlas por completo: eran sus imágenes copiadas por altísimo espejo, delante del cual volvía á desarrollarse de nuevo la escalera hasta una espaciosa antesala, y frente por frente á la puerta del salón. El conjunto que ya en éste se les ofreció á la vista era suntuoso, de una elegancia sobria y rica. Dominaba un color blanco perla, por el cual, como perfiles de un rielado de luz, saltaban varillajes de oro brillante y pulimentado, golpes de igual dorado en los borlones de las colgaduras, en las molduras de los muebles, en los ribetes del telaje, en los rebordes de la sillería floreada.

Pendía del centro del techo una pesada araña moteada de racimos de prismas, cual gotas de agua congeladas, bajo las lengüetas de luz



de las piñas de mecheros de las retorcidas y doradas ramas que se abrían partiendo del tronco; bajo esta araña había un enorme velador de mármol de un sólo soporte abierto en dos pies ó garras de águila, y sobre éste un gigantesco ramo orlado de frescas rosas sobre hojitas de oloroso geranio, seguido de otro cerco de oscuros pensamientos, haciendo resaltar la blancura de los nardos, que á su vez daban realce á las dalias moradas, pinteadas, blanquecinas, carnosas y amarillas en menor círculo, y sobre todo ello la sanguínea mancha de rojos claveles; era una espiral de flores; corona sobre corona, aureolas de color, nota llena de encanto y de frescura que hacía palidecer la artificiosa belleza de la pasamanería, la ebanistería y el lujoso decorado.

¡Oh, el salón era soberbio y rico! Veíanse á los lados el mueblaje de corte Luis XV, reproducido lo ostentoso por esos aparatos de la verdad, esclavos obligados á la adulación, los anchos espejos centuplicando las luces, agrandando el salón y sirviendo á la magnificencia como los filósofos que tenían los antiguos tiranos para que apreciaran y loasen sus apariencias de virtud. Sobre las ringleras doradas y bajo un precioso mosaico encajado en soberbio marco de marfil, veíase un pedestal y encima una regular estatuita de barro cocido estilo Carpeau; era una niña mendiga de ropitas deshinchadas y raídas; tenía la mano tendida en demanda de una limosna; al lado opuesto hallábase, sobre una bandeja de plata, cincelada con



magníficos relieves, su compañera, otra figura de igual tamaño: era un niño mendigo cargado con el zurroncillo de pordiosear.

Aquellas dos memorias artísticas de la mendicidad real, ofrecían un contraste rudo, para el sensible Rafael, con la riqueza del salón; pero las dos figuras, si algo para aquellas gentes podían significar, que verdaderamente nada significaban, no sería sino el leve dejo amargo, el áspero saborcillo, el tenue pizquear de basto aroma que condimenta lo delicado de un manjar, lo que podía hacer como más regalados y dulces la esplendidez de todo aquello, el confort y la muelle comodidad oriental.

Sobre un centro jardinera, bajo la cual había una tarreta de porcelana negra con plantas, alzabase un titán de plata sosteniendo un reloj-globo, rodeado de siete esferas grandes como duros, con manezuelas doradas, y cifras de lápiz lázuli.

—Gracias á Dios, amigo Ramón, que está usted por estos países. ¡Viene V. con su sobrino! ¿Este caballero es su sobrino?... Va V. á dar una verdadera satisfacción á Luisa.

Hablábales así á Peña Rosales y á Rafael, un hombre de mediana edad, más bien alto que bajo, ancho de pecho, un poco agravado de espaldas; el rostro era de un rojo cuasi morado; tenía el cabello y el espeso bigote de ese negro que denuncia el teñido, y en sus ojos había una cosa extraña, diríase que algunas veces, como por nervioso movimiento, producíase en ellos un ligero extravismo; era su voz destemplada.



y él parecía excesivamente empeñado en no dar tropiezos de habla, y en hacer que apareciese su afable cara; pero nada de ambas cosas conseguía, pues andaba un poco torpe la lengua y quedábanse las sonrisas como las expresiones afectadas de un cómico que volviendo el rostro, instantáneamente borra el gesto que acaba de mostrar al público.

—Conde, le presento á V., en efecto, á mi querido sobrino—dijo Peña Rosales, y dirigiéndose á Rafael añadió:—El Sr. Conde de Casa-Marins.

Rafael había oído aquel nombre al obrero que le había mostrado las casas en construcción para Peña Rosales.

—¿Y la gente?—preguntó el tío de Rafael. Estaban en la estufa; habían venido varios amigos de Madrid y algunas familias de las que pasaban el verano en el inmediato pueblo de Aranjuez, y el Conde fué diciendo algunos nombres en tanto conducía al tío y al sobrino á través de una hermosa galería de pinturas, y haciéndoles bajar á la planta baja los introducía en la estufa, situada del lado opuesto á la fachada principal.

Había allí gran número de mujeres vestidas con trajes claros, descotadas y elegantes; formaban corrillos en diversos puntos, y bajo las anchas hojas de las plantas tropicales. Por aquella vegetación artificiosamente conservada, se escuchaba un rumor de voces femeniles, ni tan agudo como piadas de pájaros, ni tan monótono como agua susurrante; era charla con



variantes de sobresaltadas risas; parecía como un tumulto de niños parladores y de cotorras burlonas.

Fué presentado Rafael á Luisa, la señora Condesa, mujer de belleza un poco vulgar, cuya principal excelencia era una blancura de carnes, aliciente de sensualidad que se acentuaba en un cuello hermoso y en unas redondas espaldas. Sus ojillos pequeños y oscuros, eran maliciosuelos y apicarados. Dos signos ortográficos de un lenguaje reticente; lleno de viciosas y mal disimuladas insinuaciones, reía con franca expresión, que daba un *tantico* en desgarró, y su conversación parecía algo que ella hubiera aprendido y repitiera como lección de escuela. Dábase aires aristocráticos afectadamente; era en realidad, por la tosquedad encubierta con pretencioso remedo de distinción, una Condesa *de barro*, como de ella había dicho el Marqués de Saldoval al compararla con una belleza de salón de peregrina gracia, á quien llamaba por su delicadeza, transparencia y finura, Duquesita *de porcelana de china*.

Estaba la Condesa como en lánguido adormecimiento, oyendo á un sujeto muy estirado y recompuesto, y cuando le presentaron el joven, hubo de sonreirse la señora, dando á su cara una expresión de dulce abandono.

Había allí un ambiente fresco, porque los muebles cobertizos de la estufa estaban levantados y abiertos los cristales; en el centro se veía un magnífico piano. Varios mozalvetes, de caras enjutas y pálidas, muy ridículos con sus



maneras de muñequillos de resorte, sus risas descompasadas unas veces y su impertinente seriedad otras, pasaban y repasaban por la estufa; de pronto alguien anunció un baile, y las seis ú ocho muchachas que allí había y los referidos mocitos se dispusieron á bailar; las blancas manos de una señorita saltaron por el piano, correataron disparando un chorro de notas, una agitadora sucesión de escalas, y dieron comienzo á una tanda de rigodones.

—¿No bailas?—dijo Peña Rosales á Rafael.

—No sé.

—Bueno, me lo sospechaba. Toma por si acaso—añadió, cogiendo con disimulo una de las manos del joven, y dejando en ella un papel, en el que debía venir envuelto un objeto duro, pequeño y redondo.

Cuando su tío se apartó, el joven por mirar lo que le había dado, fuése á un sitio donde tal acción no fuera notada.

Le había dado un billete de mil reales y una media onza de oro. ¿Para qué?

—Sin duda se jugará en esta casa—pensó; pero luego rechazó este pensamiento, por parecerle absurdo, y volvióse junto á la Condesa, con la que emprendió una conversación forzada sobre mil puntos indiferentes.

No se sentía bien en aquel lugar; apenas acertaba á resolver qué haría; nadie parecía fijarse en su persona, y comenzaba á sufrir el tedio martirizador, que es tanto más ingrato cuanto mayor es el contraste que ofrece con la general alegría.



—¿No ha visto V. á mi hijo?—preguntaba la Condesa,—aún no le conoce V.

—Señora, no tengo ese gusto.

—Por aquí viene mi Gonzalo; es un pobretón; Usted sabrá que no es hermano de Lola, la hija de mi esposo; pues bien, si yo la quiero como á hija, él la adora con delirio; parece realmente hermano; siempre se halla á su lado. Salió este año del colegio de Carrión de los Condes; es ya bachiller. V. sabe que los jesuitas no educan á los tontos. Sí, buenos son los padres para eso; en cuanto un chico no les sirve para el caso, trás, trás, trás, un aviso muy clarito á los papás del bobalicón para que vayan á recogerle. No ha estado más que un año allá, porque aquí perdía lastimosamente el tiempo; estudió el curso último del bachillerato y aquí le tenemos.

No tardó en acercarse un zagalón, largo de piernas, con fisonomía de estuco, algo hocicudo, con grandes orejas, frente estrecha, pelo caído sobre la frente y en escobas sobre las sienes; tenía aires de tozudo, ceño de bigardo, hecho á vicios de hombre con mimosidades de niño; su voz era de mudarrón, cual dicen los aragoneses; no confirmaban aquella cabeza pequeña y la expresión de imbecilidad del rostro el buen acierto que en escoger talentos atribuía la Condesa á los Rdos. PP. jesuitas, á no ser que en este caso hubiere acaecido lo que decía sobre el particular Peña Rosales, que hubiese elegido al mozo el lego del cuento, gran cata-dor de melones para el monasterio.

—Mamá, el de Ruiz y el Barón, quieren que



demos pasado mañana la becerrada—dijo á su madre.

—Está hecho un hombre ya—continuó ésta mirando á su hijo con delicioso encanto, y hablando á Rafael:—no crea V., aún no ha cumplido diez y ocho años. Hijo mío, este caballero es sobrino de Ramón.

El zagalón fijó sus ojos en Rafael, movió levemente la cabeza, y con tono un poco descortés é impertinente, repitió que Ruiz y el Barón estaban decididos á dar pronto una buena becerrada.

—Hijo, eso á Julián, díselo al Conde.

—Anda, mamá; si no se lo dices tú, se enchiquera, y no hay quien le saque del chiquero.

—Bueno, hijo, bueno; se lo diré.

No bien hubo dicho esto la Condesa, se fué de allí su hijo. Era cosa extraordinaria la afición decidida que el niño tenía á los toretes, á punto de que prefería acceder la Condesa á este gusto por temor de que, fuera del círculo de personas conocidas, diese en peligros verdaderos. Mas los becerros eran de la ganadería del Barón Utrán, pequeños, de pocas hierbas, pero de sangre. Luego de dar estos pormenores, la Condesa dijo á Rafael, que Lola, su hijastra, había estado enferma, y se hallaba aún un poco delicada; si no se había presentado ya, era porque, encargada de recoger limosnas por la sociedad fundadora de un hospicio para los niños, tenía materialmente saqueados á todos los que allí se hallaban, y habían decidido los amigos, como por broma, negarse á dar un ochavo. Entre los amigos



en negarse, y ella y su amiga la de Leogos en inventar nuevos modos de pedir, andaba la porfía. Tal vez estuvieran Lola y la de Leogos maquinando algo, especialmente ésta, que era ingeniosa por demás en tales casos.

Al poco rato aparecieron en efecto las dos señoritas, una de ellas, alta, delgada, pálida, desdeñosa; de ojos grandes, rasgados, que fulguraban con extraña expresión de inquietud y de soberbia; y la otra una linda muchachuela, rubia, bien formada y de rostro animado; ésta, que era la señorita de Leogos, llevaba una bandeja de plata, y se paseó por la galería agitando una campanilla del mismo metal, pidiendo al modo que suelen hacerlo los mudos; seguía la hija del Conde con una bolsita de seda.

—Vea V., vea, qué diablos son las chicas—dijo la Condesa.

Rafael se estremeció; sintió un movimiento de ternura; recordó entonces á la linda Enriqueta. ¡Qué extraña casualidad!

Al acercarse á él la señorita de Leogos, Rafael comprendió cuánto valía la previsión de su tío, y echó la moneda de oro en la bandeja.

—¡De Príncipe!—murmuró sonriente la graciosa rubia.

—Sí, porque es un estreno. Además, no vale hablar—dijo un señorón grueso y grave.

—Eso no vale, eso no vale—repitieron algunos muchachos.

—Porque ha terminado mi papel—repitió la joven;—además, la elocuencia de este caballero es irresistible.—Y la señorita de Leogos se



alejó gritando:—¡Peña Rosales! ¡Peña Rosales! ¿dónde está nuestro banquero?... ¡Lo menos hemos sacado esta noche quinientas pesetas!

Poco después, hallábase Rafael hablando con Lola, á quien acababan de presentarle; apenas fijaba en el joven su vista; uníase como forzadamente á la conversación, mirando las más veces á otro lado, ó haciendo cual si pusiera decidido empeño en acortar pronto aquel diálogo de pura cortesía.

A Rafael le molestaba hablar con aquella dengosa y fruncida señorita, cuyo gesto era de un no dominado desabrimiento; mostraba una indiferente atención, inquietud y zalamería de gatita; seguramente podía decirse que su aparente andar era gazmoñería, su orgulloso continente necedad, voluntarioso espíritu su febril viveza y toda su persona un puro artificio. ¿Qué gentes eran aquellas que tanto disfrutaban y se veían rodeadas de envidiables elementos para mantener el ánimo complacido, gozoso el corazón, satisfecho el gusto, y sin embargo, denotaban tal sequedad en el trato y frivolidad en pensamientos y palabras, que por ellos parecían como ajenos á las maravillas que les rodeaban, extraños á la cultura que en ellos se hubiera esperado al hacer aprecio de cada uno de los detalles de la magnífica vivienda?

Esclavizados se hallaban, no obstante, los sentidos de Rafael; saciábanse sus ojos contemplando aquel vigoroso conjunto de colores; tenía los oídos encantados por las elegantes pie-



zas musicales que brotaban en vivo movimiento. Parecíale que las notas se difundían como rayos de armonía y las luces y las enérgicas coloraciones se daban, en concierto semejante, paridad íntima, analogía en aspectos y sonidos. Apenas si diera importancia al desacuerdo que pudo echar de ver en la necia palabrería de la Condesa, que durante la conversación había fijado sus ojos melosos y apicarados en el joven, cual si fuera otro el sentido de su mirada, muy contrario á la significación de sus palabras; en el estúpido mocetón tan preocupado con la becerrada, al punto de ser descortés y causar enojos y en la petulante presunción de la Srta. Lola.

No hubiera querido el joven salir de aquel hermoso lugar; sólo de vez en cuando punzábale el recuerdo de la hermosa y desdichada Enriqueta, y de tal manera surgió en él aquel recuerdo dulcísimo, después que la señorita de Leogos hubo parodiado á los mudos, que sentía, sin darse cuenta de ello, esa molestia, esa amargura que martiriza como si fuera el amago de un remordimiento de conciencia; no era sino el pesar de haber pasado ya casi un día sin haber vuelto á verla, y parecíale que había faltado á una promesa hecha ó una fe jurada.

¿Y su tío? ¿Qué sería de su tío? Vióle en el fondo conversando con el Sr. Conde de Casa-Marins; también Peña Rosales había divisado á su sobrino, porque le hizo con la mano señal de que se llegase á donde él estaba.

La familia del Sr. Conde, compuesta de su segunda esposa, el hijo de ésta, habido según



los murmuradores cuando dicha señora llevaba dos años de viudez, y según aparecía, tenido en el primer matrimonio, y Lola, que como sabemos era hija del Sr. Conde. Las relaciones que entre los individuos de dicha familia existían eran las siguientes: el Conde parecía preocupado en los negocios; en ellos empleaba el capital de su segunda mujer, y mantenía á ésta en libre condición, entregada á admirar y mimar á Gonzalo su hijo; Lola disfrutaba de una absoluta independencia; estaba dotada de un carácter duro y de un insensible corazón; no era fea, pero seca, figura que parecía bella y deslustrada; la segunda vida, la expresión, la luz, la gracia, lo que anima poderosamente los rostros jóvenes, ó nunca había animado con su claridad el suyo, ó ya en él se había apagado. Despreciaba con toda su alma á su madrastra, y tal vez la odiara; pero aquella extraña criatura, mal conocida de las gentes, gracias á ese barniz de parecido que da idénticas apariencias á los individuos de una clase social, aquella neurótica, herida en su infancia por el cretinismo, agitada por alteraciones histéricas más tarde, fría á toda influencia, ruda en su voluntad inflexible, pálida unas veces, otras de terroso color, ocultando estas variaciones enfermizas de su rostro con los secretos remedios de las perfumerías, áspera como erizo, enamorada de sí misma, sentía hacia Gonzalo una material, íbamos á decir, simpatía, atracción diremos, que difícil es dar nombres á ciertas impulsiones en las que parece haber más del instinto que del afecto.



Gonzalo, por su parte, mostraba igual sentimiento, la propia inclinación; pero con mayor fuerza. Este inexplicable lazo parecía estrecharse aún más desde tres ó cuatro días antes, cuando el mostrenco del muchacho hubo de volver del colegio después de un año de ausencia. Durante este tiempo habían tenido lugar, motivo y desenlace los amores de Lola y Carlos, cuyas consecuencias todo el mundo ignoraba.

La quinta de Las Nieves, hermosa finca comprada por el Conde de Casa-Marins, á poco de haber triunfado la restauración, había pertenecido á los antiguos Duques de Alta-Aguirre; rodeábala un extenso monte de encinas y robles, anchísima huerta y espaciosísimo jardín. Se hallaba enriquecido por los Duques el palacio, con una galería de cuadros de los mejores autores, pocas, pero buenas obras de los pintores antiguos, otras modernas de Rivera, Sans, Fortuny el admirable, Rosales el artista sin rival y Domingo el maestro. Era una mansión aristocrática situada entre la corte de Madrid y el sitio real de Aranjuez.

—¿No sabes, chicuelo, de qué estamos hablando?—dijo Peña Rosales, que sentado en un velador frente al Conde y en el más apartado extremo de la estufa, se hallaba apurando una copa de biter.

—No puedo adivinarlo—replicó Rafael.

—Bebe, es aperitivo—añadió Peña Rosales llenando una copa de agua y vertiendo en ella del oscuro licor hasta dejar el agua teñida de un trasparente color acaramelado.



En esto, al opuesto extremo de la galería se produjo un ligero tumulto; miraron á aquella parte, y vieron que la gente toda salía bulliciosamente al exterior de la estufa.

—Van á ver la alameda, que habrá iluminado Gonzalo con farolitos de colores—dijo el Conde.

—Pues sí, Rafaelito; el Conde y yo hablábamos de ti. Se propone ayudarme para que haga carrera. Serás pronto un hombre público. Un diputado dotado de lengua... luego un salto, y el Conde te hará Subsecretario cuando le llamen al Ministerio. ¡Já, já, já! y cádate un personaje Rafaelillo.

Entonces, gravemente el Conde dió á todo aquello confirmación, no de un modo decidido, sino como quien deja comprender que llegaría á ser posible; otras cosas había más difíciles; bastaba que su antiguo y verdadero amigo Peña Rosales lo quisiera; él gozaba en ayudar á los jóvenes de talento como él lo era y de instrucción como la suya, y así, por este orden, fué ensartando multitud de ideas vagas y de lugares comunes.

—¿Qué te parece, muchado?—exclamó Peña Rosales, y luego, volviéndose al Conde:—por supuesto que para nuestro negocio ningún abogado mejor que Rafaelillo; es listo, ve con la finura del lince y la prontitud del águila; ojos para el cerca y el lejos como los gemelos de teatro, para lo grande como el telescopio, y para lo imperceptible como el microscopio. Es un gran aparato óptico su inteligencia. Sólo le falta sensibilizar su nariz en el rastreo del inte-



rés. Tiene un desinterés alarmante; figúrese V., mi querido Conde, que es poeta.

—¡Hermoso talento!—exclamó el Conde, alzando al techo los ojos.

—¡Bahl es rico; y porque lo es, puede ser poeta y republicano; porque debo advertirle, Conde, que Rafael es republicano.

—Como mi padre—dijo gravemente el joven.

—¿Quién no ha sido un poco poeta y un poco republicano en sus mocedades?—replicó el Conde llevando su mirada á otro punto, cual si separase la atención de lo que se hablaba; movimiento que sin duda revela gran altura de inteligencia en la persona que le ejecuta.

—Sí, Rafael—dijo Peña Rosales—crees que eres tu sólo, ¡pues si he llevado yo mucho tiempo todo ese humo azul en la cabeza! baja á los ojos y enturbia la vista. Porque, vamos á cuentas; ¿cuáles, en suma, pueden ser tus proyectos?

Tal como si no hubiera esperado el joven otra sino aquella oportunidad para dar al fin salida á sus nobles ilusiones, animóse su rostro y vertió en ardorosas palabras multitud de ideas; consideraba Rafael que el tiempo en que vivían era el oportuno para iniciar una poderosa evolución intelectual; cuando un pueblo siente este impulso, nadie puede comprender bien hasta dónde le es dado llegar; viérase Italia, que en breve espacio, apenas cumplida su unidad y afirmada para siempre su libertad y su independencia, llegaba en prosperidades y en progreso á un grado que asombraba. Las gentes



en España se arrojaban ávidamente al papel impreso, hambrientas de nutrición para el espíritu; ¿qué podría á él halagarle más, que hallarse algún día en condiciones de tomar parte en el gran trabajo de renovación, elevando el nivel de la cultura del pueblo?...

Al llegar á este punto Rafael, Peña Rosales le interrumpió murmurando:

—¿Quién lo duda, mi querido orador?

—Pero hablo de esa instrucción que presta dignidad personal—continuó el joven,—esta dignidad, este fuero del individuo es el reconocimiento del valor absoluto de cada uno, el derecho necesario al que trabaja, al que acoge el deber de regir una familia, ó activar un centro de riqueza. Las luchas han cesado; el buen sentido aconseja esperar trabajando. El momento es seductor para los que sientan el noble deseo de conquistar al porvenir un nombre noble, venerable y digno; una posición modesta...

—Dejando al morir el busto en las escuelas públicas—interrumpió diciendo Peña Rosales,—ó una estatua de seis codos de altura en la plaza de la aldea natal junto al pilón de las bestias, entre la casa de Ayuntamiento y la iglesia y bajo la canasta de la cigüeña, el ideal de un yankee.

—¡Oh! tío, de todo se ríe V.

—No me río. Yo he leído, cuando no ganaba un cuarto, que Hipócrates ó Galeno, no estoy cierto, asegura que el aceite es sano al exterior y funesto á las entrañas; si la cosa es verdadera, muchacho, yo no lo sé, pero en ella se apoya



Plutarco, según ves, soy erudito, para asegurar que fundado en esto Marco Catón, el abuelito, era un modelo de ciudadanos en la ciudad y un grandísimo y cruel avaro con sus esclavos, porque la moral es como el aceite, y el que la emplea mucho en sí echa á rodar sus intereses particulares. Por lo tanto, eso que te propones, podrás realizarlo cuando yo pida para ti al Ministro una credencial. Te echarás en el bolsillo unos duros para cigarros, sin que te impongan más deberes que no parecer por la oficina y firmar la nómina. Ya lo ves, aún no has publicado nada y ya se cotiza tu firma. Lo menos lograrás diez mil reales. Estoy por apostar que no los gana Pérez Galdós, que puede construir un Escorial con todos sus libros, y eso que aseguran que cada uno de ellos vale un Escorial; yo no los he leído, no me ocupo de libros, sino de *libras*, en buena moneda.

—Era tonto—según continuó diciendo Peña Rosales—pretender despertar á un pueblo sin fe, sin alientos, beodo de bullicio, capaz de alzar al negro como al blanco. ¿Qué había en el país? ¿Entusiasmo? Sí, para acudir á los toros; ¿sentido práctico? ¡Para roer el cuscurro!

No bien oyó esto Rafael, cuando exaltóse sobre manera, y alzando un tanto la voz, agitado por la pasión, exclamó:

—Siempre lo mismo, siempre igual tendencia á rebajar al país; bien decía padre, los que mandan quieren convencernos de que somos unos imbéciles y unos enclenques. Por Dios que no es así—exclamó Rafael, y bullentes



parecieron brotar de sus labios palabras fundidas al calor juvenil de su pecho, é iluminadas por la clara luz de una conciencia severa; frases un poco candorosas, pero elocuentes. ¿Había sido débil el pueblo de las guerras por la libertad? ¿Podía ser degradado el pueblo que en tan poco tiempo y con tan grandes obstáculos diera cambio tan radical como el que podía comprenderse en menos de veinte años? Interrogaciones aceradas por silogístico filo; breves apóstrofes, todas las elegancias naturales de un movimiento de sincera elocuencia mostró el joven en corto decir, varonil razonamiento y estilo nervioso.

Habíanle oído Peña Rosales sonriente y como satisfecho, y el Conde, dirigiéndole vivas miradas de extrañeza; cuando el joven terminó, díjole su tío en tono reposado y como el que da un consejo:

—No está mal, pero alzas demasiado la voz y manoteas un poco—y luego añadió volviéndose al Conde:—¿No le decía yo á V. que tenía una larvilla de diputado?

—¡Oh! sí, hablará bien—contestó el Conde;—pero yo dejo á VV. Voy á ver qué hace esa gentecilla en el jardín.

El joven quedó cual si hubieren arrojado un chorro de fría indiferencia en su peroración.

Su tío, sin echarlo de ver, continuó hablando.

Todo aquello era muy bonito; ¿pero cómo resistir á la corriente general? Peña Rosales entendía que hacerlo era peligroso. Ofrecía la época,



al que fuere experto, medio seguro de no pasar por tonto en la vida; sin romperse la cabeza, sin que fuera necesario desmenuzar punto por punto todo el complicado y lento proceso del trabajo, se realizaba una fortuna. Mirárasele á él, que apegado por accidente á la política, pero *con verdadero sentido práctico*, se había redondeado. Entre explotado y explotador la elección no era dudosa. Rafael era aún chicuelo, conocía poco el mundo. ¿Acaso á los humildes no les agita la codicia? Viérase como prueba cuán gran número había acudido al cebo de la Baldomera.

—Pero en fin, á lo que importa, muchacho—terminó diciendo Peña Rosales, y señalando á la hija del Conde de Casa-Marins, que entraba por la puerta del jardín, seguida de los demás convidados:

—Te dije aquello de primera parte: exposición; pues bien, aquella es la novia que te propongo; ves estudiando si te conviene ó no. Fíjate en todo lo que nos rodea—añadió haciendo con la mano un movimiento que venía á significar: esta finca puede llegar á pertenecerte.

—¡Al comedor, al comedor!—dijo dirigiéndose á ellos la Condesa.

Al entrar bulliciosamente los convidados en el comedor, surgió entre el Conde y Peña Rosales este breve diálogo:

—Su sobrino de V. me ha parecido un pobre diablo—dijo el Conde.

—Tiene talento.

—No importa. ¿Tiene vicios?



—¡Cómo!—exclamó Peña Rosales—si apenas lleva dos días á mi lado.

Era la cena un convite de pura confianza; las personas á él invitadas apenas llegarían á diez y seis; dos familias de individuos dependientes en cierto modo del Sr. Conde, el Sr. Leogos y su linda hija. Leogos era un alto empleado de Hacienda; un personaje muy conocido en la corte, elevado á Marqués al poco tiempo de haber triunfado la restauración; el Marqués de Bensielúa, joven, de vida disipada; las señoritas de Aznar, dos solteras, igualmente delgadas, igualmente altas, igualmente pálidas, que al verlas en los paseos una á un lado y otra al otro de la Baronesa del Roble, señora rechoncha, gruesa y bajita, habían hecho decir al aristócrata de las frases, al Marqués de Saldoval, comprendiendo de una ojeada el grupo, ya viene el palillero de sobremesa.

El comedor, situado en la planta baja del palacio, era un largo y espacioso salón con seis ventanas al jardín; una de las habitaciones que se conservaban casi lo mismo que las habían dejado los Duques, y que sólo tenía de nuevo un cuadro de Campuzano, comprado por el Conde de Casa-Marins. Los frescos del techo representaban una alegoría de la primavera, figurillas aladas vertiendo flores, nubes de transparencias de una luz carmínea y roja, y una hermosa matrona coronada de azucenas, indolente, sensual, adormecida, de carnación incitadora, nacarada y coloreada por tintas de un sonrosamiento natural y bello; bajo ella un pas-



torcillo tocaba su flauta de cañas. Era el techo obra de Domínguez, que al brillante colorido que es como el sello que le distingue, une la idealista concepción de Tiopolo, la fidelidad de la escuela Velazquiana y la audacia del Españolito.

A los dos lados de un soberbio aparador de roble graciosamente tallado, había dos lienzos de Jiménez; uno ofrecía á la vista un montón de aves, patos de plumas tornasoladas, perdices, blancas palomas y chochas; sobre todo ésto liebres y conejos, y en primer término un soberbio venado; aquel montón de víctimas formaba un hermoso conjunto; las pieles eran de pelo finísimo y plumas leves que no parecían sino que al menor soplo de aire iban á erizarse y estremecerse; el otro cuadro ofrecía á la vista un gran canasto lleno de variedad de pescados de escama plateada, y fuentes de crustáceos de escudo rojo, langostas cocidas; la caza y la pesca; frente á éstos había un paisaje de Berruete, espeso bosque, celajes encendidos, detalles y perspectiva admirable; y del otro lado estaba la marina de Campuzano, una bahía, con tres goletillas, cielo alegre y brillante, agua de transparencia cristalina, la aldea de pescadores más allá el azul oscuro del mar; éstos, un cuadro que había en el fondo, la degollación de San Bartolomé, copia de Rivera, pintura antigua de tono caliente, algo tostado, y un tapiz de Taberner, representando una caza en la Edad Media, con los pajes, losalcones y los ballesteros, constituían el decorado. La mesa era larga y



redonda, una imitación de ebanistería antigua, hecha según dibujo de Vidal y comprada á Velasco; la sillería de respaldo y asiento de cuero de Córdoba, esqueleto de roble torneado y orlada de clavos, de cabeza chata, bruñida, dorada al fuego.

Ocuparon los asientos bajo la esplendorosa lámpara que sobre la blancura del mantel finísimo y marcado con escudo—hecho en el telar y perceptible sólo como si fuera un simulado zurcido,—difundía su luz haciendo resaltar el brillo de la plata y las transparencias del cristal; un caballero viejo y alegre refirió un suceso recientemente acaecido no lejos de las Nieves, entre una quinta próxima y el vecino pueblo de Aranjuez. En la quinta vivía una cortesana llamada Blanca. Al nombrarla dicho sujeto la Condesa preguntó á Peña Rosales en tono zumbón y simulando por ironía marcada indiferencia:

—¿No se llama así una amiga de V.? Es un bonito nombre.

—Pues bien —continuó el viejo,—se han reunido en dicho punto muchos jóvenes de la nobleza; habían invitado á un personaje político, un demagogo en penitencia y en peregrinación por demandar un alto puesto; acudió el tal, y le han hecho multitud de jugarretas, le han obligado á lavarse la cara en una ensaladera con aceite y vinagre, le han bautizado con champagne y se disponían á mantearle. Todo lo ha sufrido el pacientísimo personaje.

Se celebró con ruidosas carcajadas la necia



calaverada, y parecían todos muy contentos por la humillación del referido individuo.

Habían colocado á Rafael entre la señorita Leogos y Gonzalo y frente por frente á Lola; ésta seguía con su gesto de impertinente vanidad é imperturbable indiferencia. Servíase entonces el andaluz gazpacho helado, con rodajillas de fresco, duro é insípido pepino, sabrosos tomates de roja carne excitante, pimientos desmenuzados en fragmentillos de un pardo verdoso; por su sabor acre era estímulo del apetito, verdadero fruto oriundo de la India, y gula y regalo de toscos paladares. Aquella ensalada con sopilla de pan, cargada de ácidos y de especias, produjo en todos placer, estaba deliciosa; no parecía sino que en los ardientes viñedos de Jaén habían preparado los pobres trabajadores aquel plato para servirle en la mesa del Conde.

Destapóse el Burdeaux, y se sirvió, en platos humeantes, tapioca del Manihot, gelatinosa, blanca, suave y nutritiva; devoraron después un plato de gallinas rellenas con jamón y galatina con trufas.

—¡La trufa!—exclamó Peña Rosales.—Perla de los gastrónomos, hallada en el fondo de la tierra por los gorrinillos al hozar.

Rafael hallábase pensativo; reinaba un silencio apenas interrumpido por el cuchicheo de las niñas de Aznar, que mantenían sus cuellos erguidos y su aspecto de grullas en vigilante reposo. Verdaderamente, el joven provinciano sentíase inferior á aquel mundo; tal vez hubiera



esperado que sus palabras excitaran una acalorada y violenta discusión; pero su tío las había tomado como gracias de niño, cuyo atrevimiento deleita y cuyos alardes de hombre provocan alegre risa; y esto le humillaba.

Sirviéronse entonces anguilas á la jardinera, luego pastelillos de codorniz, los quesitos helados, la ternera, los flanes y las frutas, y grandes fuentes de fresa, espolvoreada de azúcar, en Champagne helado. Reinaba ya gran barahunda de risas y de conversaciones, se llamaban unos á otros los convidados, habíase acelerado la vitalidad, cobraba mayor energía el calórico de aquéllos, la mayor parte organismos debilitados.

—¿Qué hay del negocio de Mr. Martinotte?  
—preguntó Peña Rosales, que durante toda la comida había lanzado de tiempo en tiempo chanzonetas frescas, sabrosas, picantes como algunos de los manjares servidos.

—No se hable de negocios—replicó la Condesa.

—Mal—contestó el Conde.—Me había aficionado á ese pobre hombre, pero hay intereses contrarios. Mr. Danon de París opondrá mejores proposiciones.

—¡Cómo ha de ser! que lo sufra—exclamó Peña Rosales.

—¡Y pensar que la zaparrandusca de la vecina tiene magníficas fresas y ya no hay en nuestro jardín! Mañana las pisoteo—exclamó Gonzalo.—Lola sonrió imperceptiblemente y le miró con viva expresión de gozo; aquel centelleo



de ojos, fué como el rápido movimiento del gatito, que acabando de arañar queda luego sereno y acobardado.

—No digas tonterías, hijo—exclamó la Condesa, afectando severidad y simulando enojo, é indicó prestamente con sus ojos á Peña Rosales, como para recordar á Gonzalo la presencia de éste.

—Gonzalo, deja en paz á los vecinos; feroz Gonzalo, no seas tan ambicioso que quieras parecerte al caballo de Atila—dijo con sorna Peña Rosales.

—¿Y es muy hermoso el jardín de que se habla?—dijo el caballero Leogos.

—Preguntádselo á nuestro amigo Peña Rosales—contestó con maliciosa risita el Conde.

—Vaya, varíen VV. de conversación—añadió con su tonillo irónico la Condesa.—¿No ven ustedes que le están mortificando?

—Condesa, nada puede mortificarme estando V. presente—replicó Peña Rosales.

—¡Oh! gracias. No será sino porque acudo pronto en su defensa.

—O porque no haya ataque que me duela lo que pudiera hacerlo la ausencia de V.

—Hablan de Blanca—dijo un jovencillo á otro en voz baja y llevándose la servilleta á los labios,—la vecina del hotel inmediato.

—El apañillo de Peña Rosales—murmuró su compañero.

Esto, aunque dicho á media voz, llegó á oídos de Rafael.

—No he visto hombre como Ramón—dijo



la Condesa;—dice una blanda galantería y se es-  
curre bonitamente por ella.

—La ocasión la pintan *blanca*—exclamó uno.

—Eso es; ¡Blanca! ¡Blanca!—dijo ruidosa-  
mente el Marqués de Besielúa con su voz grue-  
sa y su grosero reír de pícaro vividor en jol-  
gorios y francachelas.

—¡Las tres!—exclamó el Conde.—¡Magnífica  
siesta dormiremos á la tarde! Porque V. y yo,  
Ramón, nos llegaremos á ver la huerta que  
quiere V. comprar.

Se descompuso el conjunto; levantáronse las  
señoras dirigiéndose al salón; iban con los ojos  
relucientes y esa complacencia que se pinta en  
el rostro después de succulenta comida, y que  
parece resultar del dulzor que aún se siente en  
el cielo de la boca. El fuego que enciende la  
sangre y colora las mejillas, los vapores del  
champagne que excitaba los cerebros, habían-  
les comunicado un prurito de hablar; salía de  
sus bocas desbordada la charla, como bullente  
espuma del vivo bullir de los vinos; enlazábanse  
cariñosamente, dándose los brazos unas á otras,  
disparando exclamaciones alegres, mostrando  
propensión á confidencias singulares, cuchi-  
cheos, rápidos movimientos nerviosos, sentían  
palpitantes sus pechos, y se hallaban ávidas de  
gastar en alguna manera su intensa alegría.

Había de servirse el café en la estufa, y ya  
en ella, la Condesa distribuía el azúcar en las  
diminutas y achatadas tacitas.

Un ligero vientecillo, heraldo del alba al fin  
de las noches de verano, hizo que decidiesen ir



al salón, no bien hubieron tomado el café.

Rafael, unido al Conde y á su tío, paseaba por la estufa, y los tres quedaron parados ante un corrillo formado por dos ó tres señoritas y por los amigos de Gonzalo; la Srta. de Leogós se hallaba en medio con un pequeño libro de pasta roja y canto dorado; era un libro de cuentos que había tomado en el salón.

—Ya está la romántica en voz—exclamó uno de los amigos de Gonzalo.

—Que lea, que lea.

—Oidle, es un cuentecillo muy lindo—exclamó la bella muchacha y comenzó á leer con voz clara y entonación bien sostenida durante la lectura:—La estufa.

—Título que ya no es oportuno, pues nos hemos venido al salón — exclamó Peña Rosales.

—¡Silencio!—dijo una voz.

La señorita prosiguió: «El caballero de Alcundia deliraba por las flores. ¡Oh, qué sensible naturaleza la del caballero!

Él regaba con solicitud los cuadros del jardín, vertiendo sobre los tallos lluvia de agua fresca y cristalina, defendía las plantas de las furias del vendaval, cortaba las hierbas cizañosas que pudieran robar los jugos del suelo á las tiernas raicillas de las flores. Estas ofrecíanse á la vista todas las mañanas, con sus corolas bañadas de gotitas de rocío, temblorosas como lágrimas que por la conmoción y la gratitud asoman á los ojos. Sentíase orgulloso al mirar en primavera aquel tesoro de co-



lores, y al aspirar aquel ambiente de perfumes. Una gran dama, cuando indolentemente reclinada en su carruaje pasaba frente al jardín, enviaba hacia él codiciosas miradas, y una niña mendiga, pasaba largas horas mirando por la verja las rosas, los claveles, en fin, todas aquellas maravillas.

—¡Eh, muchachuela, vete de ahí!—exclamó el caballero al verla una tarde, temiendo que por entre los hierros del jardín tronchara el tallo de alguna flor.»

—Bien, basta, enterados—interrumpió Gonzalo.

—Esperad, si ya acaba—añadió sonriente la Srta. Leogos, y continuó:

«Una tarde el cielo estaba de un color gris, la tierra blanca, blancos los árboles, blancos los tejados. Caía espesa nieve, hería helado el viento. ¡Oh, cuán satisfecho se hallaba el caballero de tierno corazón! Un fuego intenso ardía en la estufa; sus flores se hallaban en un verano de artificio.

A la mañana siguiente hallaron al pie de la verja, á un metro de distancia, rígida, inerte, muerta de frío... la pobre mendiga, que en mayo, con tanto amor, contemplaba las flores.»

La Srta. de Leogos terminó la lectura, y añadió:

—¡Bueno es cuidar las flores..., pero no abandonéis los niños! Tal viene á ser la moraleja. Pero me ha conmovido un poco.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó con voz áspera rememorando el llanto zanganote de Gonzalo.



—¡Aaah!...— vocearon cual si se hallasen desconsolados los amigotes...

Y con este incidente, servirse el café, bailar un vals y después de un breve momento de descanso, terminó la fiesta. Peña Rosales y su sobrino saldrían en el tren de las diez de la mañana; los demás convidados habían decidido marcharse al vecino pueblo de Aranjuez; la Condesa y sus hijos les acompañarían.

Un criado, por orden de la Condesa, condujo á Peña Rosales y á Rafael á la habitación, en la que podían entregarse al descanso hasta la hora de pasar el tren, y en algazara y bullicio salieron todos del palacio.

Al poco rato, cuatro cochecillos jardineras desaparecieron por el camino, dejando por largo tiempo oír el ruidoso y vivo cascabeleo, unido á las voces y á las risas de los convidados.

Por el lejano confín de la llanura de un verde oscuro, punto en que el paisaje mostraba mayor extensión y uniformidad; sobre el claro transparente del espacio, en que se dibujaba un árbol en apariencia negro como el carbón, más allá de un pueblecillo de casitas terrosas, no muy altas, y que parecían como medio aplastadas en el suelo, se veía ya la ancha luz anaranjada y de fondo rojo de fuego; eran los primeros albores del día.

Por el camino opuesto, unos diez hombres, flacos, de andrajosos vestidos de recia tela, sucios, descalzos, con sendos garrotes, con sombreros anchos de paja burda, sacos reple-



tos de mendrugos, hoces sobre los sacos,—colocados á modo de mochilas,—hambrientos tal vez, siguiendo su camino en fila uno tras otro, silenciosos, volvían sin duda de las abrasadas tierras de Andalucía y de Extremadura, y caminarían á pie hasta Galicia; venían pordioseando establos y pajares en que dormir y haciendo pobrísimos ranchos, por no gastar las despreciables ganancias logradas con rudo trabajo y ásperos y dolorosos sufrimientos.







## X

### El canastillo de fresas



E ofreció la mañana fresca y hermosa; iba haciéndose más azul el cielo y más brillantes los destellos del sol; bordadas de luz rojiza las nubes, inundada de claridad la tierra; en los árboles agitaba un ligero vientecillo las hojas en bullicio extremecimiento; se oían el alborozado concierto de los pájaros en las altas ramas, y el canto de los insectos en los más hundidos agujerillos de los surcos.

Luego que hubieron desaparecido los convidados, dejando Peña Rosales á Rafael en el gabinete que para descansar les señalaran, salió del palacio acompañado del Conde, y ambos siguieron por el camino que, pasando junto á la quinta, conducía á Aranjuez.

Rafael deseaba hallarse solo; no sentía can-



sancio alguno; pero le era necesario sin duda libertarse por algún tiempo de su tío y de las personas aquellas que á tal erguimiento le obligaban; hallábase, como hemos dicho, un poco humillado desde la breve discusión á que le provocara su tío, y además sentíase como embriagado de extraño modo. Hubiérase dicho que á tal aturdimiento habían contribuído por igual las impresiones que recibieran sus ojos, como el ensordecedor y constante bullicio de sobresaltadas risas femeniles, de voces, en el desconcierto de mil conversaciones, provocadas por bocas húmedas con el licor y exhalando alientos caldeados. Nunca había visto tan cerca de sí mujeres elegantes, descotadas, saciando los ojos con el sonrosamiento y la blancura de sus caras; con aquellos cuellos desnudos, aquellos brazos, aquellas finísimas y pequeñas manos.

Casi pudiera haber establecido en tan elegantes desnudeces una verdadera escala, desde los hombros huesosos y el pecho escaso de las señoritas de Aznar, hasta las formas rollizas y un poco bastas de la Condesa; en aquellas seis ú ocho mujeres, cuatro ó cinco hacían resaltar de sus formas belleza y relativa perfección. Dos ó tres veces se había fijado Rafael en la Srta. de Leogos, en sus mejillas encarnadas como manzanas, su bonita nariz, las pecas que, como si la hubieran espolvoreado, casi cubrían parte de su rostro, agraciándola verdaderamente, gracia á la que daban realce sus ojos azules, llenos de alegría, y su cabello



rubio, su cuerpecillo bien entallado, y sobre todo, su pecho, su pecho saliente, que había hecho exclamar á Peña Rosales con acento de cínico, dirigiéndose á Rafael, que tal vez nada comprendiera: «La Srta. de Leogos tiene muy buenos *ante-ce-dentes*,» y esto lo decía casi indicando con su ademán y picaresca sonrisa el oculto significado de sus palabras.

Rafael sentía una profunda tristeza, al mismo tiempo que una propensión inexplicable é inmoderada alegría; en realidad había disfrutado contemplándolo todo disimuladamente con deleite verdadero; parecíale tan superior, tan extraordinario, que hasta los mismos caballeritos aquellos, con ser insoportables, por sus ademanes de violenta alegría, sus ridículos encogimientos, truncamientos de cuerpo, torsiones de manos, saludos, pasos alargados, palabras vacías, sandeces y risotadas, se le ofrecían como seres á los que él tal vez no pudiera juzgar; tal vez algo de lo que él pudiera reirse no fuese sino de muy buen tono.

Esto pensaba echado en una butaca del gabinete; la ventana se hallaba cerrada y á Rafael se le ocurrió abrirla y mirar al campo. Tal impresión le produjo el fresquecillo matinal, que le pareció como que sentía un soplo que, apagando el fuego que aún ardía en sus mejillas, le purificaba de los tufillos del banquete, tonificando sus pulmones, fatigados de aspirar el enrarecido ambiente caldeado por las luces del gas, saturado de los perfumes de tocador de las señoras y la fuerte nicotina de los cigarros.



Aunque muy acostumbrado á tal espectáculo, nunca le había parecido más bello el campo á Rafael; no tenía ante sí el accidentado y montañoso paisaje de su país; era una llanura extensa bajo un cielo azul y brillante; un pueblecillo se divisaba á la derecha, cuyas casitas recibían de lleno el sol y resaltaban por su blancura en el verdoso llano. No lejos de la posesión donde el joven se hallaba, veíanse algunas alamedas y casas de campo; la más próxima, á corta distancia.

Iban por dicho camino dos carros cargados de paja, tirados por bueyes; miraba Rafael distraído, cómo se volvían pesadamente las ruedas, é iban avanzando con lentitud los carros; veía el ancho testuz de los animales, y oía las continuas excitaciones de voces que, al pinchar con los rejoncillos á las bestias, daban los conductores campesinos, con ancho sombrero y faja encarnada; en mangas de camisa marchaban ante los carros, vara al hombro.

De pronto creyó reconocer á dos sujetos que con paso vivo pasaron junto á los carros; era su tío uno de ellos; tal vez fuera el otro el señor Conde; llevaba éste un quitasol cerrado, al cual hacía dar vueltas con la mano.

Aquellos dos sujetos, que desde la altura en que se hallaba Rafael no eran sino dos menudas figurillas, siguieron hasta el hotelito indicado; allí, una de las figurillas se apartó del camino y llegóse á la verja; pronto le siguió la otra; la verja se abrió; Rafael creyó descubrir otra figura; pero aquella debía de vestir un traje



blanco, una bata; era mujer, no cabía duda.

¿Sería la vecina de la cual había oído hablar durante la cena? ¡Puede que fuese Blanca, el *apañillo* de su tío, según se dijeron uno á otro los dos jóvenes que se hallaban en la mesa sentados no lejos de Rafael.

La verja se cerró y Rafael vió luego á las tres figuras atravesar por un espacio descubier- to del jardín, y perderse por fin tras el follaje.

Quedó luego en esa distracción estática que acomete después de las noches de insomnio, y que es como aparente descanso á que parece entregarse, el cerebro; mezcla de fatiga y sus- pensión placentera, por la cual nos cautiva mi- rar fijamente á cualquier parte, é insistimos sin cansancio en unos mismos pensamientos, ó mi- ramos por encima las cosas, y no pensamos nada.

Era como un arrullo el rumor de los árbo- les, é insensiblemente el sol mandaba más in- tensa luz, y la pura claridad de la mañana to- maba los tonos de oro que son refulgentes, co- mo llamaradas de horno á la mitad de los días de mediados del verano. Oyóse el agudo silbido de la locomotora, y pasó un tren de mercan- cías, con su máquina pesada, su negra y alta chimenea, sus sólidas ruedas, su ruidoso arras- tre, y el resoplar lentó. Aliento de un móns- truo que á lo vigoroso y fuerte de su marcha, acompaña lo enérgico de su respiración.

Pasó la cadena de vagones grises y cerrados, y el tren perdióse rápidamente de vista, dejan- do la blanca columna de humo desprendida,



perdiéndose en el iluminado azul del espacio.

Rafael pensaba entonces en su madre; casi sentía haberla dejado; parecíale que no se había conocido bien él mismo al intentar vivir en la corte, y casi recordaba ya con pena aquella paz de que disfrutaba en su casa, y que tal vez no hubiera sabido apreciar en todo lo que realmente valía.

Sentía el primer malestar que causa un rápido cambio de vida. ¡Cuántas impresiones en breve tiempo, impresiones de que no podía darse cuenta en aquel momento! Mirando al punto por el cual habían desaparecido su tío y el Conde, retuvo su pensamiento en el recuerdo de la visita que había hecho á la señora de Henaz, y tornó á acordarse con deleitosa complacencia de la linda mudita; era como si se le hubiese aparecido, para descanso de su agitación en aquellos momentos, algo puro, tibio, reposado; un rayo de luz tranquila que templase la irritación de sus ojos acometidos por el deslumbramiento causado por un foco de rayos intensos; cual si hubiere oído, después de un estruendo atronador, la melodía dulce, llena de expresión y en cadencia modulada, por notas que al sucederse suavemente, adormecieran. ¡Oh! ella fué lo primero que le había maravillado en la corte...; bien claro diría él á su tío, así en tales ó parecidos términos: Señor tío, yo no sé si estaré realmente prendado de la señorita de Martinotte; pero desde luego me sería imposible complacerle, dirigiéndome á la hija del Conde; es demasiado seria, áspera y desdeno-



sa; esto le diría; pero no, esto había sido una broma de su tío. Dábale al joven la malicia, acerca de que su tío pudiera muy bien hablar siempre en tono de broma.

En esto se apercibió de que las dos figuritas que habían entrado en el hotel, salían y entraban de nuevo en el camino, y seguían adelante y quedóse mirando á su tío y al Conde, hasta que en una vuelta del camino se perdieron de vista.

Antojósele entonces á Rafael pasear; recordaba muy bien por dónde había llegado hasta el gabinete en que se hallaba; había que pasar por la sala de billar, y luego se salía al jardín; de allí, al monte y al camino.

Ya que intentaba seguir aquel camino, hubiera dado cualquier cosa por mirar á través de la verja del hotel. ¿Por qué? No podía decirlo, mas ello era lo cierto; y por tanto, bajó, atravesó siguiendo las eses que los senderos del jardín hacían según los dibujos de los cuadros, salió del monte y entró en el camino; pronto daría la vuelta.

Oía los golpes repetidos que de tiempo en tiempo daba un leñador en el bosque de las Nieves, veía ahuyentarse según se aproximaba á los bordes del camino las tímidas alondras escondidas en los surcos; flagelaban el aire los agudos pídos de las golondrinas que en vuelo recto cruzaban el camino casi rozando á veces el suelo con sus cuerpecillos negros azul-tornasolado y blancas pechugas.

No estaba lejos del hotelito; veía moverse



aún la campanilla prendida de lo alto de la puerta de hierro, y por las bajas tapias los desiguales, nudosos y retorcidos troncos, y las anchas hojas de una parra, alzada casi al reborde de las paredes.

¿Quién viviría allí? Sentía por saberlo viva curiosidad.

De pronto sintió tras sí y al otro lado del camino ruido como de alguien que rastrease en la tierra, y tras unos altos matorrales que á la abertura de una ancha zanja abierta seguían hasta las paredes del jardín. No hizo caso de esto y disponíase á continuar, cuando vió que un hombre se erguía, y sacando medio cuerpo fuera de la zanja acercándose á la pared, hizo incapié en ella, y gateando diestramente, subióse, y ocultándose tras el depósito de agua de una bomba, logró por uno de los barrotes de ésta descender al fondo del jardín.

Había empleado tales precauciones y con tal sigilo hubo de encaramarse por tan diestro ejercicio, astuto y tímido, avanzando audaz al propio tiempo que se escondía receloso, que sólo un ratero pudiera hacerlo con igual perfección.

Eran las ocho de la mañana, pero se hallaban en el campo, y muy bien podían verse sorprendidos por ladrones las gentes que habitaban el hotel; ó bien podía realizarse el robo empleando una habilidad que encubriera el hecho á punto de que nadie lo notase sino mucho tiempo después de haber acaecido.

Rafael debía avisar en la casa. ¿Qué podría



suceder? ¿que resultaran desmentidos sus recelos, y que el sujeto aquel que por la tapia había subido no fuera tal ladrón, sino algún chicuelo goloso de la fruta? Bueno, podrían dispensar al joven su error en gracia á la intención. No esperó más, llegóse á la puerta verja y llamó.

Tardaban en contestar.

Por entre los barrotes veía Rafael la escalera de la entrada principal, un bosquecillo espeso en el fondo, y á la derecha del edificio, un cenador de listones de madera pintados de verde y clavados en cruz unos sobre otros hasta la esfera de metal blanco luciente, llena de púas. En el centro de un paseo enarenado alzábase sobre un ancho pilón la taza de una fuente de mármol mantenida en una columnilla salomónica; el agua caía por los bordes formando como un tejido tenue de hilos de plata; sobre la taza un robusto angelote acometía á una serpiente sujetándola el cuerpo entre los muslos y agarrotándola el cuello, de modo que el reptil de piedra mostraba la cabeza erguida como si intentase desasirse del tremendo enemigo, abría su boca y lanzaba un grueso chorro de agua que el sol convertía en hermoso y brillante rayo de luz blanca centelleando chispas de oro y cambiantes irisados.

Llegó á Rafael una voz femenil de timbre grato, una voz bien entonada, fresca y como vertiendo las palabras en notas de una gracia singular, con marcado acento andaluz, y con ese decidido tono del que habla puerta adentro de su casa, dijo:



—¿Quién ez?

—Servidor—contestó Rafael.

—Empuje la cancela quien zea.

Y por contraste brusco con la graciosa voz asaltando de un modo violento á herir los oídos y acobardar el ánimo, se oyeron ladridos bruscos, tenaces, repitiéndose como gritos de enojo feroz y amenazadora provocación.

Al empujar Rafael la puerta vió ante sí, saliendo de una caseta de madera y tirando fuertemente de la cadena, un enorme perro, blanqui-rubio, de ancha cabeza, dos redondelitos amarillos, como el ámbar, con una motita oscura por ojos, grandes orejas, puntiagudas y un hocico negro como el carbón, que contrastaba con sus dientes de marfil, afilados y temibles; batía rudamente á uno y otro lado su cola cual si llevara el compás de una tarantela; deteníase como en acecho para acometer y volvía á ladrar colérica y furiosamente.

—¡Chito, lebré! ¡chito, condenaol!—dijo indolentemente la voz y añadió: No ze azuzte quien zea, que eztá el perro atao y no ze albo-rota de día.

El perro, como si hubiera visto penetrar un andrajoso mendigo, siguió ladrando con rabia á golpes continuados y ásperos.

—¡Lebré!—repitió la voz;—¡calla, lebré! no paece sino que te has tragado la porfía del probe y la está echando por la boca.

El perro continuó y la voz resonó imperiosa.

—Mardito perro, si agarro el D. Jozé de palo ya te haré entrar en razón, Jezú que zom-



bra de animal, ziempre está como abogao hambriento, oliendo pleitos. Ezte es como el zereo de Triana, que cantaba el Ave María á las doce de la mañana.

Quien así hablaba era una mozuela no muy alta, pero de airoso cuerpo; traía un pañuelo de seda, color de fuego, al cuello, un blanco delantal, el pelo negro y lustroso como ala de golondrina; junto á la oreja, en un lindo bucle, una fresca rosa, enseña de la hermosa Andalucía, prez y orgullo de nuestra madre España; era feúcha, con rostro moreno, un carboncillo, en el que chispeaban los ojos, y saltaba una sonrisa, por la que trocara su pura belleza la más hermosa Virgen del divino Rafael.

Aún no hablara el joven explicando su intento, cuando se oyeron voces lamentosas del otro lado del jardín.

—¡Ay! mis fresales, mis fresales, Soledad, Mariano, mis fresales, todo lo han pisoteado.

Comprendió Rafael entonces lo que había ocurrido, recordando la brutal amenaza del zoquete de Gonzalo; díjoselo brevemente á la criada, y ésta y el joven corrieron apresurados al punto en que se oían los gritos.

—Zí, zará el zanguango hijastro del Conde; eze tiene la gracia donde tiene la rezpueza el burro del gitano Penco cuando le jurgan la roza—dijo la andaluza.

Había sido obra de un momento; Gonzalo, saltando del coche-jardinera, al pasar frente al hotel, habia caído sobre los fresales y con una pala de madera alzado y removido la tierra,



destruyendo las plantas del fresal, y huyendo por la puerta falsa que halló entreabierta al intentar la escapatoria.

—Zeñorita de mi arma. ¡Ay, zeñorita Blanca, y qué dezolación tan grande! no, zi hubieran zido cardo, moría de artura eze dezaborío mala zombra.

Esto decía la criada cruzando las manos y hablando en tono compungido, y como poseída de verdadera compasión, dirigíase á una linda mujer que, inclinada sobre el corto espacio de los cuadros en que poco antes florecían hermosas las plantitas de fresa y de fresones, y en el que entonces no había sino tierra revuelta y raíces arrancadas, hojas y frutos pisoteados.

Un lindo galguito inglés saltaba por el terreno.

—Pues ezte zeñorito—dijo la criada señalando á Rafael—que pazaba por ahí, vió ar maztuerzo zubir á la tapia, y venía avizarnos; pero no ha dao tiempo el menozo. No, zi llega á eztar aquí el zeño Peña Rozales, que acaba de zalir ahora mezmito, le remoja en el estanque y le vapulea como á zuela nueva zapatero de viejo.

—Señora—murmuró Rafael con voz cobarde,—yo soy sobrino del Sr. Peña Rosales.

Blanca, cuya fisonomía se hallaba alterada por el más vivo despecho, volvióse á mirar al joven, como súbitamente sorprendida, y cual si se olvidase de lo ocurrido, oyó con afable sonrisa las explicaciones que Rafael le diera.

Estaba éste como aturdido; si alguien le hubiera dicho que se hallaba allí saciando la cu-



riosidad más exigente, si le hubiera dicho que cuando había visto al desconocido asaltar las tapias del jardín había sentido un gozo secreto al hallar motivo fácil para conocer á la tan celebrada Blanca, sin duda alguna Rafael hubiera protestado atribuyendo á la casualidad todo lo ocurrido, cuando tal vez, si ésta no se ofreciera, con gran disgusto se habría alejado el joven de los alrededores del hotel, sintiendo no hallar satisfecho su secreto é inconsciente deseo.

El rostro de Blanca tenía algo que parecía haber visto ya el joven; diría que se hallaba ante una fisonomía conocida; mas él no hubiera podido acertar á explicarse dónde y cuándo la había visto. Tan gran diferencia existía entre el original y el retrato, que el joven se olvidaba de haber visto éste en el despacho de su tío, produciéndole semejante olvido un nuevo encanto, y haciendo que la memoria refiriese á reminiscencia de un sueño ideal lo que era recuerdo de la realidad.

—¡Ah! ¿Conque V. es el sobrino de Ramón?...  
—dijo Blanca.—¿Habrá pillastre como Ramón? Me había dicho que había llegado un sobrino de él; pero no que le había acompañado á las Nieves. Mucho agradezco á V. el servicio que ha deseado prestarme, y que realmente me ha prestado, pues al sonar la campanilla del jardín, el niño-bonito puso pies en polvorosa, y fuése dejando intactos otros dos cuadros de fresas.

Rafael miraba con cierta admiración aquella mujer joven, alta, de bellísimo rostro, en el cual unas correctísimas facciones y un blanco



nacarado, se veían iluminados por la más expresiva gracia. Todo en ella se hallaba como cumpliendo con la más exquisita y perfecta armonía.

La nitidez de su cara sobresalía de la blancura de su vestido, la transparencia de su cutis delicado, hacía menos leves las blondas del encaje espumoso de sus puños, del cuello y de la pechera de su atavío; no parecía sino que los flecos y los encañonados remedaban la graciosa ondulación de su negro cabello; pálido era el rojo del coral de su imperdible, comparado con sus labios, y la brillante luz de su sortija, dijérase que oscurecía ante el hermoso fuego de sus ojos.

Mostrábase aquella mujer, en ocasiones, cual si despertara de un éxtasis de placer; como si hubiera aún en sus labios vibraciones que dejaran recientes besos de voluptuosidad; tenía modales de una afectada distinción, tanto más sensibles para Rafael, poco habituado al trato, cuanto con mayor relieve los marcaba aquella hábil cortesana, que ante cualquier desconocido hallaba un verdadero gusto al poner en juego su experta gracia.

Era su talle largo y estrecho, y toda su figura airoso; así como la mozuela, su criada, podía representar el tipo popular de Andalucía, chispeante, osado, risueño, ella era la andaluza dotada de dulce atractivo, citando con los ojos constantemente la imaginación y el deseo á las más recónditas, gratas, atrevidas é ilusorias delicias, y provocando con su triste sensual y lánguida sonrisa.



Rafael, prendido á la contemplación de aquel rostro, se hallaba, por vez primera, privado de voluntad; el corazón latía violentamente, y tales deseos extraños le acometieron, que hubo de ocurrirle aquello que menos pudiera pensar.

He aquí cómo acaeció:

—Ve por una cestilla de las de Príncipe, Soledad—dijo Blanca á la moza.

—Volandito—exclamó ésta.—Ze van VV. á quedar pasmaos de verme volver, en menos que el viento mata la candela de un majo de mi tierra, que ze queda en el quicio de una puerta, chupando el cigarro apagao y mirando el fósforo defunto.

—Anda, charla menos y vete más lista, parlanchina.

—Zi charlo pa que no me zobre tiempo en ir y gorver.

Quedaron solos y entonces fué cuando á Rafael acaecióle lo que menos podía sospechar; habíase olvidado de todo; los ojos de aquella mujer fijábanse en los suyos, hubiera afirmado que de manera tan extraña, cual si por ella se le incitara con provocativa expresión, y asaltóle al joven el absurdo pensamiento de acercarse, estrechar su talle y posar sus labios en aquellos labios, apagando en la frescura de éstos el repentino fuego que le abrasaba; tal hiciera como los señoritos de su pueblo brutalmente acometían á las mozas al hallarlas solas en el monte cuando ellas al ir á buscar el hacecillo de leña y ellos de caza, en lo más escondido se encontraban.



Mas la pronta llegada de Soledad, que, en efecto, cual el mismo viento había subido al hotel y buscado la cestita de Príncipe como le encargara Blanca, dominó su tentación.

Traía la moza una monísima cestita de una cuarta de ancha, de borde rizado y atada por cintas de seda encarnada que cerraban las tapas.

Blanca fué llenándola de granos de fresa, y cuando la tuvo llena, envolvió el canastillo en un periódico y dió el envoltorio al joven; éste recibió el regalo, no acertó á decir nada concertadamente, y aturdido despidióse como supo ó como pudo, y se dirigió á la puerta del jardín.

—Zon tan hermoza la freza—íbale diciendo Soledad—que si las mira osté mucho ze va á quedar zin dientes y ze va osté á manchá.

—¿Por qué?—preguntó el joven con afectada sonrisa.

—Porque ze le harán á osté los dientes agua. Ya quiziera el mesmo rey comerlas tóos los días.

—Rafael, ¿dónde diablos te has metido?—preguntó al joven su tío cuando le vió llegar á la quinta de las Nieves.

—He dado un paseo—contestó Rafael, y siguió á Peña Rosales al palacio; allí se despidieron del Conde, y atravesando el jardín y por el mismo camino que habían llevado la noche anterior, vieron á un lado y otro lo que antes no pudieron ver: los anchos cercados de empalizadas, donde había multitud de aves de corral, panzudos y blancos patos de torpe pa-



so, algunos arrojándose á nadar en el estanque, pavos reales de vistosos colores y graznido ingrato, palomas que volaban del palacio á los tejadillos cercanos; y rebulléndose en sus estrechas y sucias casetas los dioses de la moderna idolatría que comparten con el becerro de oro la honra de ser símbolos de la repugnante decadencia, los animales inmundos, de negro y cerdoso lomo, hocico aguzado y orejas caídas.

Llegaron á la vía férrea, y allí esperaron breves instantes hasta que, por lo más lejano de la llanura, apareció el tren silbando con furor y haciendo sentir, según se iba acercando, el ruido infernal de su marcha.

Abrasaba ya el sol, y por toda la extensión que abarcara la vista, hería esa luminosa claridad que en las llanuras de la Mancha deslumbra los ojos y los fatiga, cual si los rayos solares cayesen sobre planchas de metal refulgente, y al término del paisaje, apenas accidentado por las ondulaciones del terreno, rico en varios colores, el amarillo de los campos recientemente segados, la blancura de los trechos arenosos y el verdor de los pradezuelos, veíase densa neblina, de un morado oscuro, aplanada bajo un cielo de purísimo y espeso azul.

Extendíase á la vista el monte, y por la otra parte del camino se alzaba el hotelito de Blanca, y separadas á grandes distancias se veían manchas de oscuro verdor, que eran otras tantas quintas de recreo, diseminadas por todos los puntos.

El tren se detuvo un momento; á las venta-



nillas de los coches asomaban caras encendidas por el calor, soldados, aldeanos, mujeres con pañuelos á la cabeza; oíanse los gritos y algazara, que armaba aquel centenar de criaturas prensadas en los vagones y cocidas al fuego del sol.

Rafael, su tío y Juanote subieron; el tren partió.

Rafael iba como avergonzado de sí mismo; ocultaba el paquete donde llevaba envuelto el canastillo, y por más que lo intentaba, no podía borrar las últimas impresiones; aquella moza dicharachera y aquella elegante señora, de una tan peligrosa hermosura. No hubiera creído que fuesen de porte tan señor y de tales atractivos como Blanca demostraba, las llamadas comunmente «cortesanas.»

De Blanca, la cortesana amada del tío de Rafael y que á éste había aturdido, se contaban breves, pero variadas historias; alguna sería la cierta, y sin saber que lo sea la que vamos á referir brevemente, lo haremos, porque de todas, una nos es necesario conocer. Decíase que había trabajado en Sevilla en el taller de encuadernado de un editor; era este un extranjero que tenía un hijo, mozo grave, frío, laborioso, que cruzaba por los talleres, pluma á la oreja y sin mirar los rostros alegres de las obreras y como sordo al rumorcillo de sus conversaciones y al regocijo de sus risas, siempre ocupado en la contabilidad y en la correspondencia mercantil; pero un día se fijó en Blanca; poco después hizo costumbre el sonreirla afa-



blemente y pagarla los sábados su jornal con singular delicadeza, y por último, confesó á su padre que la obrera había *obrado* en él una revolución; pero como buen inglés, no deshonraría su casa seduciendo á una operaria, y suplicaba á su padre le diese consejo y le permitiese dar su corazón á la linda encuadernadora. El padre alaba la resolución del hijo, habla á los padres de la muchacha, proponiéndoles mandar la niña por cuenta de él á París á un colegio, pensando que en un colegio francés sería más rápida la educación de la joven; accedieron los padres, y á los tres años hallábase la linda obrerita otra vez en Sevilla; ¡cuán cambiada! instruída superficialmente y con mil perfecciones y habilidades; pero ha de decirse que peor que se fuera, pues apareció ostentosa; habíase refinado su natural malicia, habiendo perdido la franqueza, la sencillez del pueblo y la generosa condición de toda buena andaluza, á punto que á los dos años de matrimonio huyó con un amante, después de arruinar al marido, llegando á ser en Madrid la reina de las cortesanas. Peña Rosales la había obsequiado, y por entonces se hallaba con ella en amorosas relaciones.

—¿Qué te ha parecido la novia en candidatura?—preguntó Peña Rosales á Rafael, que pensativo se hallaba entonces, formando el intento de no bien llegara á Madrid ir á visitar á Isabel Henaz. Hablaría claramente á su tío, tendría valor, diríale con franqueza lo que sentía; deseaba libertarse de mil peligros que le encanta-



ban y le causaban miedo al propio tiempo.

¿Qué había de parecerle la hija del Conde? Sería, fría y orgullosa. Buena broma íbale dando su tío, haciéndole creer que aquella encopetada señorita podía fijar su atención en un señorito de aldea.

—No estás tú mal señorito de aldea—replicó Peña Rosales.—Poco que han alabado tu buen porte y tu discreción. Aquellos jovenzuelos que vistes no te figures que agradan á las mujeres; son titís de gabinete, caprichos que saltan en la alfombra como los galguitos chinos. En cambio eres tú buen muchacho, sano, fuerte y buen mozo y con talento. Lola es así, un poco *inglesa*; pero estoy cierto de que le has gustado. ¿Pero qué diablos llevas en ese papel?

Rafael se puso encendido como la grana, como si le hubieran sorprendido cometiendo un delito por fin explicó lisa y sinceramente lo que había ocurrido. Peña Rosales frunció de un modo imperceptible el entrecejo.

Hubo un breve silencio, y volviendo el tío á la interrumpida conversación, repitió con insistencia lo antes dicho, y por último exclamó:

—Esto, por supuesto, dado caso que no tuvieras ya prendido el corazón. ¿Amas por ahí?

—Verdaderamente, tío, creo que estoy un poco enamorado—dijo con cándida expresión Rafael, quedándose como asustado de su audacia.

—¿De alguna aldeana?

—No.

—¡Diablo! ¿Si cuando vaya yo estarás tú de



vuelta?—replicó mirando al paquetito del canastillo.—¿Te habrá flechado la de las fresas?

—¡Oh, no!—replicó apresuradamente; se detuvo, y haciéndose cargo de la malicia de su tío, añadió:—Trátase de una linda y bella niña, que podrá dar alientos á mi espíritu para emprender la gran lucha que se me ofrece.

—¡Ah! eso es otra cosa—exclamó Peña Rosales.—Pero si no para ese caso, para otro voy á darte un provechoso consejo: cuando te guste una mujer, complácela, compra joyas y trapos, gasta rumbo y tira tela.

Rióse al decir esto, celebrando la gracia picaresca y el doble sentido, que no debió comprender el grave y sencillo Rafael.

—Eres un bobalicón—dijo Peña Rosales.

El tren entraba en la estación; habían llegado á Madrid.







## XI



### Ráfaga de luz

**R**EVUELTOS se hallaban los muebles de la sala, montadas unas en otras la sillas, las graves butacas habían perdido su posición de ceremonia á uno y otro lado del sofá; éste se veía separado de la pared, y la jardinera con el lindo reloj de pajaritos de movimiento, echada á un lado. Andaba Nuncina armando cipizape con los muebles, vapuleándoles como á niños indóciles dómíne antiguo, Luisilla daba al suelo con el continuado ras, ras, de la escoba, y la criada subida en lo alto de una escalerita, limpiaba los cristales.

Estaban abiertos los balcones y por ellos entraba el viento frío que se siente en Madrid á mediados del mes de octubre; el cielo era gris y lloviznaba en gotitas imperceptibles; serían las nueve de la mañana. Mr. de Martinotte estaría



en su almacén á aquellas horas, y su señora y la mudita ocupadas la primera en leer, como siempre, alguna novela inglesa, que eran las tales novelas sus libros favoritos, y Enriqueta, sentada bordando.

Tenía Luisilla puesto burdo delantal, y Nuncina á la cabeza un pañuelo como suelen llevarlos en los hospitales los convalecientes; y según ella misma decía, se hallaba hecha «un puro desastre,» con viejo y desgarrado vestido y tan sucia como buena obrera de la limpieza doméstica. Resaltaba más de aquel modo su graciosa cara; bajo el cabello y las pestañas grises por el polvo, reían sus ojos al par que reían su boca y el hoyuelo de su barba. Parecía entonces aquel rostro joven y alegre con aquel tocado de trapera, alhaja reluciente envuelta en retazos viejos, deshilachados y raídos.

Las dos hermanas hablaban; y hacíanlo como siempre en español, pues su madre, aunque nacida y educada en Francia, era hija de españoles; española, por lo tanto, y no hablaba sino en castellano, tal como leer jamás leía sino en inglés; en cuanto á Nuncina y Luisa, buenas madrileñas, tenían por idioma verdaderamente suyo nuestra hermosa habla.

Se contaban mil niñerías en tanto iban y venían haciendo «sábado,» no como brujas, sino como diablillos enemigos de la suciedad y del polvo. Oíase el silboteo de la ocarina que tocaba un vecino. «Ya está ahí el aspirante á mirlo,» decía Nuncina. De pronto llamaba la criada



á sus señoritas para que viesen pasar por la calle una vieja muy emperifollada y compuesta presumiendo de joven, en «busca de novio,» exclamaba Nuncina, y volvían á su trabajo.

Pues señor, D. Rafaelito se portaba; lo menos hacía quince días que no había parecido por allí; «la niña» no le había hecho caso el día que Isabel le había presentado; pero como luego se hicieron tan amigos, echábale de menos; aquella mañana mismo había preguntado á Luisilla, valiéndose de su idioma de signos: ¿Estará enfermo Rafael?

—¡Qué pícara!—exclamó Nuncina,—como yo ando siempre con bromas, no me ha dicho ni una palabra.

—Claro, siempre la cansas con tus cosas. Mira, Nuncina, nuestra pobre «niña» no se casará; ya ves, cuando tú que charlas tanto no te has casado...

No oyó tranquilamente esto Nuncina, y alzando los zorros dió con ellos en las espaldas de Luisilla, y entablóse entre ellas una alborozada pelea, confundiéndose sus risas en alegre y simulada lucha, como vuelo de dos mariposas unidas que giran una en torno de otra vivamente. Sonó en esto con fuerza la campanilla de la escalera, se suspendió la algazara y salió Luisa á abrir.

—¡Jesús! —exclamó—y cuánto tiempo hace que no vemos á V. En este momento acabamos de nombrarle. ¡Nuncina, Nuncina, D. Rafael por estos barrios!

Era mala hora para visitas; pero había sido



llamado por Mr. de Martinotte. Durante más de diez días había estado haciendo por visitarles, y ocupado con mil asuntos, fuéle imposible hacerlo.

—Sí, buen pícaro es V.—salió diciendo Nuncina.—Contenta tiene V. á su amiga... ¡Ah! Pero no me mire V., por Dios; soy la estampa de la heregía.

—¡Oh! Si así fuese, muchos devotos se harían herejes, y yo el primero—replicó galantemente el joven, con una soltura que parecía copia de la que distinguía á su tío, y que hubiera sido bien extraña en Rafael dos meses antes y á poco de su llegada á Madrid.

—Gracias, señor hidalgo—exclamó con afectación cómica Nuncina, inclinándose con ceremonioso ademán, cual si arrastrara la cola de un rico traje de corte, y ostentase por lujoso tocado el sucio pañuelo de su cabeza; luego lanzó una alegre risita y desapareció.

Aquella confianza era el resultado del franco trato adquirido con el joven en las tertulias á que, ora casa de Isabel Henaz, ora en la casa de Martinotte, había asistido Rafael. Acudían á ellas, animándolas con festivo y sencillo regocijo, algunas señoritas que traían en sus labios, á la reunión, las últimas noticias de modas y teatros, el movimiento adquirido en el callejear á tiendas, y á veces cierta seriedad, reflejo de la sombría y austera iglesia en que oyeran misa por la mañana; el dicharacheo de la villa, por ellas traducido en un decir tan grato, tan jovial, tan saludable para las personas graves y



preocupadas como es en el bosque el canto de los pajarillos, alegría del caminante fatigado.

A otro bien diverso mundo acudía Rafael, y si en un principio halló como un remedio para su combatido espíritu aquella sociedad de gentes sencillas, después parecía haber hecho intento de separarse de ella, solicitado por la fuerte atracción del foco donde giraban carrozas del poderío, arrastrando el escándalo de sensuales bellezas, donde resaltaba la ostentación ridícula; y obligado por aquel irónico sentido de su tío, que limaba constantemente, según su propio decir: «la rústica corteza del joven.» No era esto, sin embargo, lo que obligaba á Rafael á irse evadiendo de aquel trato y aquella amistad; apenas hubo visto á Enriqueta, sintió el deseo de rendirse y amarla; mas cuando á ella se hubo acercado, cuando tuvo ocasión de apreciar el estado de purísima inocencia en que vivía, tal vez para siempre, como viviendo en la infancia, el joven se detuvo poseído de temor; la mudez, más que defecto físico, parecíale al joven como muestra de una perfección moral; hubiera dicho que aquel eterno silencio no era sino el casto silencio del pudor, la virginal y sagrada modestia, esa modestia por la cual toda doncella parece un misterioso símbolo sagrado donde la naturaleza guardara en la hermosura la virtud, como en el capullo el aroma. Debía de hablarla una sola vez escribiendo para no borrar y desmentir su pensamiento; ofreciéndose á ella cuando nada pudiera separarles.



Nadie había, tal vez, adivinado esto; Rafael había tratado á Enriqueta como á niño con el cual se juega y al que uno goza en divertir. La Sra. Martinotte estimaba grandemente al joven; Mr. de Martinotte, tal vez desde el primer momento, no pensó sino en conquistar el afecto del sobrino de Peña Rosales para que cerca de éste le sirviese, favoreciendo la resolución del negocio, martirio de su existencia, ladrón de su sueño, estímulo de sus esperanzas. Las niñas habían querido desde el primer momento á aquel joven tan bueno, tan atento con *la niña* y, sobre todo, tan estimado por Isabel Henaz y por Pilar.

Enriqueta sentía hacia él un afecto semejante á la amistad y muy cercano al amor sin duda. ¡Oh, quién puede adivinar lo que existe en esas almas luminosas como la aurora, que deslumbran con su luz y encantan con sus mágicas transparencias!

Hallábase Rafael sentado en el comedor, aguardando á Mr. de Martinotte, cuando Luisilla, que un instante hacía saliera dejándole, volvió con su madre y con la hermosa Enriqueta.

Venía Enriqueta vestida por una bata de lana oscura con vueltas de terciopelo granate, luciendo su bien entallado cuerpo y su linda cabeza. Pendían de su cintura por una cadenita de acero, un alfiletero, unas tijeritas y las llavecillas de su neceser, de su cajoncito de hilos y de su caja de colores; como insignias del trabajo; echado al brazo derecho traía su pequeño y torneado bastidor de bordar.



Ella también ganaba para la familia, bordando y pintando, faena de Hadas que rizan con su soplo los lagos, mezclan los iris de luz y coloran las flores.

Era mirada en la casa con singular deferencia, y en esta había algo que, sin explicárselo, creía ver ó adivinar Rafael.

Hablábanle á la joven constantemente de *onclé* Gregoire, como de un buen protector de «la niña.»

—Amigo mío—dijo la madre al entrar, quitándose sus anteojos y dejándoles, con el libro que traía, encima de la mesa,—deseábamos ver á V.

Miróle sonriente la niña, parecía á merced de un regocijo infantil.

No soñará el sabio mirando á los astros con más entusiasta deseo que el que animaba á Rafael al traducir la expresión de aquellos ojos que tenían por lenguaje destellos de luz.

—¡Con cuánto gusto le vuelvo á ver, parecían decirle, mi buen amigo! ¡Me ha parecido un siglo su tardanza en venir á mi lado!

Fué como la viva ondulación de una llama al tenue contacto del aliento; el imperceptible abrirse y recogerse las alas de una mariposa voladora, lo que dijeron sus ojos, lo que afirmaron sus párpados.

El escintilar de sus pupilas mandaba en efuvio luminoso el pensamiento, como no va en la chispa eléctrica.

—Le veo otra vez, y estoy alegre; nada he hecho; ni acabé el paisaje aquél, ni he sabido



elegir la greca para adornar mi acerico; pero ahora ya no se interrumpirán las visitas. Así confío; mírelo V. en mi sonrisa.

En tanto, la señora de Martinotte, después de haber escuchado las excusas que en breves palabras le diera Rafael, había disparado monótonamente, las que el joven abstraído apenas oía, y terminó:

—Todos, todos le hemos esperado á V.; la niña ha estado hecha una bobita; ¡como es V. para ella tan bueno! Todas las noches, conocíalo yo, «la niña» miraba y remiraba al reloj... y V. sin aparecer, y la hora pasaba.

Mientras esto decía su madre, «la niña» sordamuda miraba con fijeza á Rafael cual si se le dijese: No podré adivinar lo que mi madre habla; pero sé que habla de nosotros, y es verdad cuanto dice.

—¡Míralos, míralos, mamá!—exclamó Luisilla indicando á su hermana y á Rafael;—están rabiando por *pipiquear* (palabra de su cosecha) con el pizarrín. ¿Voy por el telégrafo?—añadió, encarándose sonriente en el joven, y luego, volviéndose hacia su hermana, hizo con una mano como que escribía en la palma de la otra.

Enriqueta hizo candorosa y alegremente un signo afirmativo, y, caso extraño; turbóse Rafael cual si fuera una doncella á quien sorprendieran tomando una carta de manos de un galán. Luisilla salió llena de alegría.

Mas hablando hablando, la madre no había recordado hasta entonces que Rafael esperaba á



Mr. de Martinotte; ella tendría que bajar al almacén en tanto que su esposo subía. No quería recibir en el almacén á Rafael; estaba aquello muy frío, y era imposible hablar dos palabras concertadamente, por el constante entrar y salir de compradores y de mozos; la señora de Martinotte se fué dejando al joven con Enriqueta y con Luisa, que acababa de llegar trayendo una pizarrita encajada en marco de marfil, del cual pendía, atado á un cordoncito de seda, el lápiz-pizarra embutido en un canutito de plata.

Huía Enriqueta de emplear el lenguaje mímico, y si á él apelaba raras veces, lo hacía con tan notable medida, que no causaba en nadie esa impresión que produce lo raro de ver el ademán y no oír la palabra. Servíase de golpecitos que tenían un significado convencional, de vivas indicaciones, y sobre todo de la escritura; estos eran sus medios de expresión más comunes.

En aquella pizarra, lindo juguete en apariencia, que Luisa llamaba telegrafo, sin duda por la semejanza que el ruido producido al escribir en ella tenía con el martilleo que al comunicar un parte produce el telegrafista en el aparato, habían conversado Enriqueta y Rafael.

Inocentes conversaciones, algunos consejos sobre la pintura que recibía Rafael, algunas divertidas confidencias que encantaban á Enriqueta.

Sabido es que, por el ejercicio á que obliga á los sordo-mudos la necesidad de hacerse entender, se sustituye una delicada y varia combinación á esas indirectas relaciones de la palabra



hablada que en sus acentos musicales conmueve el cerebro, despertando en él ideas, y que como idea habla al corazón, provocando pensamientos de tal modo que basta un acento á despertarlos como basta una palabra para remover los afectos.

Un delgado rayo de sol del invierno, de luz triste y tibio calor penetraba por la ventana, haciendo transparente la parte de espacio por que atravesaba, y marcando en él una neblina de menudo polvillo. El rayo pasaba por el cuello de una botella, situada cerca de la ventana y se doblaba en el suelo, subiendo después por el lomo de un gatazo inmenso que, mostrando su blanca y peluda panza, con las patas extendidas, las garras abiertas, la cabeza graciosa y levemente alzada y meneando la cola, se hallaba allí tendido; el rayo seguía después á morir en las faldas de Enriqueta y al pie del bastidor. Oíase cerca el traqueteo que Nuncina y la criada traían, trastrocándolo todo para volverlo á ordenar después.

Luisilla tenía un empeño decidido y constante: comprender antes y mejor que nadie á Enriqueta y, por cima de todo lo que pudiera oponerse, complacerla.

Entregó á Rafael la pizarra, diciéndole:

—Escriba V., yo llevaré el parte.

Rafael escribió:

—«¿Ha concluído V. el abanico que había comenzado á pintar?»

Apenas hubo escrito esto, arrebató la pizarra por lo alto la loca Luisilla y, sin duda para



hacer algo raro que ella suponía que debía ocurrir en los alambres del telégrafo, hizo con la boca un:

—Ris-ris-ris-ris-ris.

Y fuese á menudos saltitos sobre las puntas de los pies, agitando sus rubias melenas, que brillaron con cierto chispeo, producido por el sol que relampagueaba en el oro del cabello, y mostrando abiertos y fijos los ojos como si hubiera pretendido simbolizar en ella la electricidad por aquel mirar extático, puso la pizarra en manos de Enriqueta; rióse ésta al ver el gesto de su hermana y escribió.

Luisilla produjo nuevamente su ris-ris-ris-ris-ris, y volvió á su juego. Era con su carita rosada y alegre, y su vivo ir y venir como un amorcillo, que volando, enlazara las almas de los jóvenes.

Tomó la pizarra Rafael y leyó:

—«¿Me ha olvidado V.?»

¡Dios! ¿qué leía? Rafael palideció; vivo latir conmovió su pecho, no acertaba á explicarse, ¿aquello era un reproche de amor? no; en su sencillez, la muda no había dado en lo que pudiera significar tal pregunta hecha antes de haber respondido á la que él había escrito.

—Tin, requintin-tin-tin-tin—exclamó Luisilla zapateando con sus menudos piececillos el suelo, llena de impaciencia al ver que no escribía Rafael.

—Vamos, que esto se hace pronto, ¿no oye usted el aviso de la otra estación? Tin, requintin-tin.



—«No.»—escribió Rafael, y entregó á Luisa la pizarra. ¡Oh! pero cuánto hubiera dicho y por qué honrado sentimiento se dominaba.

En esto, acaeció un fracaso en la línea telegráfica; al acercarse Luisilla á Enriqueta, llegábase con tal violencia que fué más allá de su destino el parte; oyóse un maullido displicente y bufar seco, prolongándose después un nuevo maullido sordo, amenazador: era que la diosa electricidad había pisado al gato, que no parecía sino ser la caricatura de la tormenta por su ronco gruñir, el relampaguear de sus ojos y la rapidez de su zarpa, con la que había arañado las botitas de Luisilla, su señora y camarera.

—¡Ah *mon petite manchon! ¡mon manchon, mon cheri, je t'aime!*—exclamó Luisilla cogiendo en sus brazos al animal, que repuesto del susto, dejóse el muy zorro coger adivinando que se le resarciría con algo los daños y perjuicios.

—Mi gato, D. Rafael, está muy sucio; voy á frotarle con los polvos de magnesia; están interrumpidas las líneas á causa de los carlistas—exclamó mostrando el gato, que en efecto parecía un cabecilla en acecho y ya comprado.

Enriqueta se había puesto en pie pensando que Luisilla habría sido arañada. Rafael apenas si hubo de apercibirse de lo ocurrido; estaba absorto. Acometióle entonces, sin saber por qué, profundo remordimiento; acordóse del instante en que sintió vivos deseos de abrazar á Blanca la cortesana; entonces debió de hallarse un poco turbado. ¿Tendría verdadero significado aquella



interrogación, ó habría sido únicamente un candoroso rasgo propio del infantil corazón de la sorda-muda? El, sin embargo, había realmente manifestado en sus confidencias reveladas á la joven un vivo interés y un ardoroso entusiasmo, pero refiriendo éstos á una persona que jamás nombró.

¡Oh, si fuera cierto lo que él había leído! Sí; lo deseaba...

No bien hubo salido Luisilla, Enriqueta quedóse mirando con dulzura á Rafael, y extendiendo el índice hacia él, subió y bajó repetidas veces la cabeza, mirando como con triste expresión al joven.

«Sí, sí, me ha olvidado,» quería decir aquello; el lo entendió.

—¡Oh! no, no—dijo Rafael, y se acercó á ella, y hablando casi en alta voz, sin pensar en que podía ser oído de quien no quisiera serlo, y creyendo, por el estado de exaltación en que se hallaba, que podía oírle Enriqueta:

—¡Sí, la amo! ¿V. me ama?—preguntó el joven.

—Sí—dijo la muda con la cabeza, como si realmente hubiera oído sus palabras.

—¿Mucho?

Luisilla se había llevado la pizarra; Enriqueta parecía buscar un medio de expresar pronto y elocuentemente su pensamiento, no hallándole, y acercándose con viveza al joven, puso sus manos en su rizada cabellera, acercó á sus labios la frente de Rafael, y depositó en ella un fuerte beso.

Después quedóse mirándole, sonriente, como quien dotada de la pureza más celestial, sigue



el impulso del alma, mejor servido por el corazón que por los sentidos.

Apartóse después del joven rechazándole dulcemente, y sonriendo, se volvió á sentar.

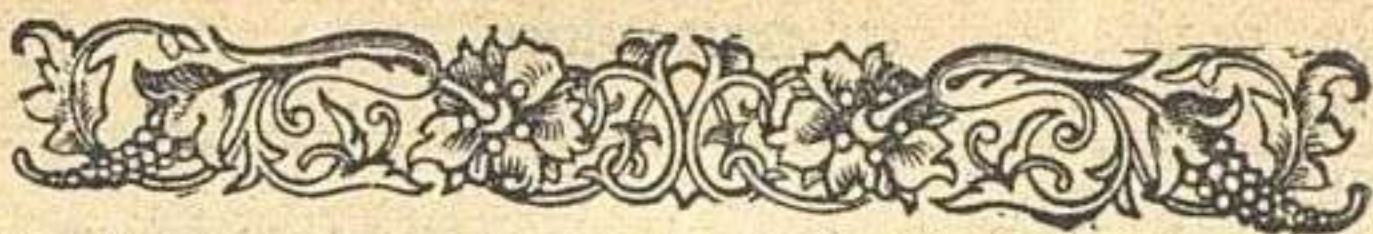
Rafael había quedado estático durante aquel precioso segundo, al sentir en su frente la frescura de aquellos purísimos labios de virgen.

En los hermosos ojos de Enriqueta había tal sinceridad, tal inocencia, que bastaran para contener el loco frenesí del joven... ella le miraba con dulzura y elevando después su mirada al cielo, sonreía; dábale el sol en la frente y en el cabello, cual si por ese destino oculto en el movimiento de los astros y en la vida de las almas, el sol hubiera de encargarse de iluminar en aquel momento con aureola de su luz la cabeza de aquella purísima criatura.

Entraron entonces Luisilla y Mr. de Martinotte, y á poco éste y Rafael en el despacho del francés donde estuvieron hablando largo rato lo que después sabrá el curioso lector.







## XII



### Madrid-Laberinto

**C**ODAS las mañanas muy temprano comenzaban á sentirse los ruidos del hotel; se oían los cascotes de los caballos en el menudo empedrado del patio de las caballerizas, el trasiego de cubos, el rodar de la berlina, de la jardinera ó del milor, fabricados por Vázquez, según el más elegante muestrario; y llegaban hasta Rafael tales ruidos mezclados á las rudas voces de los mozos de cuadra, á los nombres de los caballos dichos con aspereza, y á las insoportables peteneras exhaladas en son muy semejante á quejido de enfermo de gastralgia por Juan el cochero.

Luego el ruido acrecía dentro de la casa por el ir y venir de los criados de una á otra parte; había allí un desorden al que no parecía acos-



tumbrarse Rafael; pues no había perdido en dos meses el recuerdo de aquella pacífica y arreglada vida íntima á que desde que fueran á vivir á Aldea Vieja, él y su hermana, les había acostumbrado su madre.

Una anciana extremeña muy hacendosa y dispuesta, llevaba todo el *peso del hotel*, hacía de ama de llaves y tenía honores de mayordomo. Ocupaban ella y Teresa, su sobrina, moza alta, rolliza y blanca, no fea del todo, un cuartito que junto á una espaciosa sala daba al terradillo del hotel. En la sala cosían la señora Andrea y su sobrina, y ésta planchaba en la salita contigua en tiempo de invierno, y por verano en el terrado, al que sacaba en todo tiempo para que les diese el sol las almidonadas y recién planchadas camisas del señorito y las del otro señorito, desde que Rafael había llegado. Teresa no salía de aquellas habitaciones, y si por acaso lo hacía, volvía á ellas apresuradamente, porque si el Srto. Ramón la encontraba, solía pasarle la mano por la cara, como á una chicuela de diez años, y decirla:

—¡Ay, Teresa! Qué rica manteca blanca tienes por carnes—ú otras bromas que el señorito decía, porque era así su *genial*, pero que no estaban bien.

Pedro, el ayuda de cámara, que hacía de mozo de comedor, era el que se entendía en aquello de ir á recoger la ropa del amo y llevar á la muchacha la que había de repasar.

Rafael había recomendado á la Sra. Andrea al pobre Juanote, y ella le había dado en la



casa un empleo de demandadero y mozo para los trabajos rudos de limpieza.

De lo alto del terradillo solía mirar al señorito Rafael cuando éste paseaba pensativo por uno de los lados del jardín, la buena de Teresa, que cosía pegada á los cristales de su cuarto ó sentada en su sillita enana, canastillo de ropa al pie y cajita-costurero con dos chapillas doradas, acerico verde y menudo espejuelo puesto en otra silla.

Algunas veces Rafael miraba instintivamente allí y la veía con la cabecita sobre la costura y pasa que pasa la aguja extendiendo y recogiendo á compás el brazo derecho; en ocasiones cantaba la muchacha á media voz trocitos de zarzuela, recuerdos de las funciones que había visto los domingos por la tarde. Algunos días de fiesta Teresilla se quedaba en casa, con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos leyendo ávidamente algún libro de los servidos por entregas. Tenía algo de fantaseadora, sueños ñoños de moralidad Sinués y de poesía cursi, ilusiones de zarzuela, tendencia á figurarse que podría hallar el tenor tras los arbolillos enanos del jardín, muy bien vestido, con sombrero de candileja, peluquín empolvado y casacón galoneado, ofreciéndola su corazón al cantar un aria de melodía llorona.

Tía y sobrina padecían la misma enfermedad y eran muy dadas á estas pasmosas fábulas; al extremo de que con la Sra. Mariana, vieja criada del Conde Casa-Marins, se habían reunido mil veces en competencia de á cuál de las tres



sabía cosas más importantes, y se las referían cuchicheando con ese placer de los chismosos, que paladean un cuento como los golosos un confite. Y acaeció que Juanote hubo de referirles la aventura que tanto le había impresionado, y fueron á buscar á la Sra. Mariana, y ésta se había ido de casa del Conde y nadie sabía á qué punto, con lo que dejó desesperadas á la tía y á la sobrina.

Por lo demás, eran buenas mujeres. Teresilla es una planchadora capaz de complacer á un sochantre que estrena sobrepelliz en día de Corpus—decía Peña Rosales á su sobrino.—Un día, al pasar por el comedor con su azafate de ropa, dijo aquél alegremente á la muchacha:

—¿Eh? Teresa, ¡qué buenos brazos echas! ¡Mira, Rafael, que está lavadita y fresca, á punto de ser planchada y almidonada!

Teresa solía lanzar miradas tristes á Rafael; para ella, aquel señorito de aldea, tan modoso, tan pensativo, tan amante de las flores, que se embelesaba mirándolas, y de los pájaros, pues mil veces había hecho mimos á un canario, que ella sacaba los días de sol al jardín, era otro Arturo de la novela *El Amor y la fortuna*, que siendo todo un Conde se casó con una modista de bohardilla; Julia, así se llamaba la modista, era la misma virtud; todos los días mandaba con viento fresco tres ó cuatro banqueros que la adoraban, y naturalmente, Arturo, que la amaba, al saberlo se casó con ella. Pero no sería Teresa, á tener tal fortuna, no sería seguramente como Julia, Condesa del Lago, que



no bien se vió en medio del lujo y de la adulación, se echó seis amantes, ni más ni menos, é hizo que Arturo se disparase dos tiros con una pistola, y muriera diciendo: *¡Cuánto la amo!* Teresa, por el contrario, sería modesta, vestiría bien, qué diablo, para eso había logrado su premio; pero haría limosnas, y no iría al teatro sin su Ra... sí, eso, sin su Rafael, y si éste no le guardaba fidelidad, entonces, entonces ella moriría con un veneno, y cuando él llegara al lecho, alarmado de verla retorcerse por el dolor, Teresa diría: «*¡Muero! ¡Muero por tí!*» ¡Qué lección! Por supuesto, que este caso no llegaría.

Con todos los rumores de la casa, no llegó á los oídos de Rafael, ocho días después de lo que le acaeciera la mañana que había ido á casa de Mr. de Martinotte, el barullo causado por la disputa entre la Sra. Andrea y Juanote. El padre de éste había estado enfermo; los fríos y la humedad que sentía en la destartalada caseta de las obras, le acarrearón fuertes dolores en las articulaciones, y el mozo no quería continuar ganando poco, y desatendiendo á su viejo; él se las arreglaba mejor antes de haber entrado al servicio en el hotel; allí no le querían dar librea ni ocuparle en lo que deseaba; por lo tanto, aprovechándose de unos pocos cuartejos, se proponía ganarse la vida. Bien sabía él que si el señorito tenía noticia, se enojaría; pero el señorito estaba en casa de su tío, y éste no miraba á Juanote con buenos ojos, llamábale torpe, animal y cosas tales. El mozo, pues, se marchaba sin más, y cuando hubieren hecho dinero, se vol-



vería á Aldea Vieja con su padre al lado de su madre; como Mauricio el aguador, que no tenía otra cosa en la *chola*, sino volverse á Betanzos.

—¡Ingratón! ¡Uf, qué interesados sois! ¡Dios me valga! ¡Ya han acabado los criados antiguos, que se hacían corcho y polilla en las casas!—replicóle la Sra. Andrea.

En tanto Rafael se hallaba revolviendo en su cuarto una linda cajita en la que guardaba como tesoro sagrado algunas cartas que su padre le escribiera por el tiempo que el joven estudiaba en Valladolid. Hacía algunos días no se le apartaba de la imaginación la noble figura de su padre; recordaba su rostro grave, sus blancos bigotes de veterano, su bastón de caña de Indias, su paso corto, aquella cabeza siempre erguida, aquella pulcritud militar y aquella galantería caballeresca.

Hubo de sentir Rafael la necesidad de recrearse y enternecerse con semejante recuerdo, porque el remordimiento punzaba su corazón; durante el tiempo que el joven llevaba en Madrid, nada había hecho; de fiesta en fiesta, miraba sin abrir los libros que de su pueblo había traído y aun los que había comprado recientemente por la irresistible y pronta tentación provocada al mirar los escaparates de Guttenberg, Murillo, Fe ó Guío; aún estaban allí sus estudios de Menéndez Pelayo, un libro de Moguel, y algunas obras de González Serrano y otros. Se le ofrecían en ese casto cierre de los libros que aún no han sido cortados por el cuchillito de papel,



mostrándose como con cierto aspecto de discreción propia de las gentes doctas que no hablan sino cuando buenamente se les pregunta.

Rafael tomó una carta y la leyó, y luego otra, y otra, todas ellas escritas con estilo sencillo y lleno de símiles á que era tan dado el padre de Rafael como su hermano; consejos tiernos y palabras afectuosas, y luego algo de esos detalles que cuando el pasado se borra en nosotros, despiertan con su insignificancia la memoria, como imperceptible cifra restablece la verdad de una cuenta.

«Hijo mío (leía en una de las que en más estimaba Rafael), allá te mando el talón. En el cajoncito van dos abrigos que de dos levitas mías arregló tu madre, mañosa para todo; la ropa de invierno que aquí quedó á que fuera repasada, los cuatro tomitos de *Las vidas paralelas*, de Plutarco, y *Las tardes de la Granja* que á buen seguro ha de darte gozo leer esos libros los días de fiesta que no te sea posible salir por las lluvias ó las nieblas. Guárdate de éstas, hijo, en ésa muy frecuentes. Cuando estábamos cerca de Bilbao con ánimo de zurrar á los servilones, me produjo una niebla los más agudos dolores que he sufrido en la pícara campaña, y si tú fueras militar, menos mal; pero has de trabajar con tu cabeza y has de guardarla, que un día ó dos de pérdida en los estudios, te será pérdida para tu honor de estudiante y para tu provecho. Van dos docenas de tortas y otras golosinas y fruslerías de Carmencilla y de tu madre. Esta me encarga que no pierdas, por Dios,





que á Dios mismo mezcla en el asunto, los moqueros, y que gastes los bordados cuando fueres de visita. ¡Qué orden el nuestro desde que estamos en Burgos y yo retirado! Realmente, teníamos verdadera necesidad de reposo, y nos hubiéramos ido á Aldea Vieja si no temiera por lo que sabes; que no quiero que Carmencilla tenga galán de villorrio, y va poniéndose tu hermana tan hermosa como la misma Reina Cristina lo era.

»Hago punto en estas confidencias, y paso á contestar á lo que me dices respecto á tu impaciencia por estudiar y á que tal impaciencia más te turba que ayuda, y antes te ciega que estimula, que esto es, si no soy topo, lo que en tu carta vienes á decirme con tanto florido rodeo. Entiendo que no has de cortar del todo esa impaciencia, ni te has de abandonar á ella de modo que el cortado seas tú; que la impaciencia es tijera que corta con sus dos cuchillas: la precipitación ó la desesperación; á más que venda los ojos y abrasa el ánimo.—Mira—te diría yo,—cuando se quema una casa por descuido en atender bien encerrado el fuego de la cocina, préndese todo, y en un momento se consume y es ruinas lo que fué hermosa y cómoda construcción; mas, por eso, ¿se ha de tener siempre apagado el hogar? no; porque el fuego cuidado por esas vestales de mandilón, por las Maritornes expertas, sirve diariamente para calentar en las chimeneas y avivar la comida. Tosca es la semejanza, pero no puede ocurrir otra á un militar que no ve más fuego ya que el fuego



casero; pero concluyo, para no hacer larguísima la carta, diciéndote, que si has de ser un orador elocuente, como D. Joaquín María López, ó Castelar, y pico muy alto, ó un escritor de nota, ve poniendo al servicio diario tu inspiración y ponla al calorcillo de un pequeño hogarcito, calentado por las necesarias y no demasiadas brasitas de impaciencia. El dinero lógrase ochavito á ochavito, cuando se gana como nosotros los hombres de voluntad debemos ganarlo, y la gloria de eternidad compónese de tan infinito número de segundos de sufrimiento y trabajo... ¡oh, no malgastes el segundo! cultiva la voluntad; es simiente misteriosa escondida en nosotros. ¡Cuántos al leer el lacónico parte de la victoria se olvidan de las amarguras de marchas y contramarchas, hambres, heridas, avances, retrocesos, del trabajo doloroso del soldado! Adiós, hijo mío; tu madre manda para ti un millón de besos, tu hermana otros tantos y yo mi bendición.

EL CORONEL PEÑA ROSALES.

»P. D.—Una confianza que no me había atrevido á hacerte; hombre orgulloso soy, la impaciencia fué mi peor enfermedad y el juicio mi remedio.»

—¡Padre! ¡padre mío!—exclamó Rafael cruzando las manos, alzando los ojos llorosos, sintiendo latir su corazón y dando largos paseos por el cuarto absorto en sus recuerdos y entristecido por sus preocupaciones. No parecía sino que el padre había escrito aquello adivinando



lo que en aquel día podía llegar á apenarle. Cuando leyó la carta en Valladolid, fueron leídos los consejos como quien leía algo provechoso, sin duda: pero aunque él los había provocado, diciendo que le dominaba viva impaciencia por acabar sus estudios, no lo dijo entonces, sino como una de tantas cosas agradables que se escriben á los padres ausentes, y nunca tuvo su confesión el alcance que tenía la respuesta; mas ahora, en los momentos en que él se hallaba, aquellas palabras significaban la censura de su vida toda.

Había perdido la fuerte voluntad de otro tiempo, había estudiado superficialmente, había perdido los hábitos de trabajo, se había engañado pensando que cuando lo intentase llegaría el término sin iniciar apenas el comienzo; de un vuelo, como el gorrioncillo que entonces miraba por los cristales del balcón saltar en la arena del jardín y volar de éste á lo más alto del hotel contiguo.

Pero como abogado, necesitaba largo trabajo de práctica; como literato, constancia, firmeza de voluntad. Reía de sí mismo por despecho y reflejábale tal estado en aquella risa y en el pensamiento que de seguida acudió á su mente. Ni Castelar—se decía el joven sonriendo—pronunció el primer día que le dieron la papilla su discurso sobre la libertad religiosa, ni Pérez Galdós salió haciendo en palotes *Doña Perfecta* ó *Gloria*.

Tenía él la misma enfermedad de tantos otros á los que no habiendo educado sus pa-



dres para vivir con mayor independencia, como industriales ó comerciantes ú obreros, habían de esperar que luego que hubiesen soltado el pezón de la nodriza les prendiesen á las mamas del presupuesto; como aquellos jovenzuelos que veía en casa del Conde de Casa-Marins, esperando la credencial de manos del papá. ¿Y era él quien pretendía unir su destino al de una mujer y al de una desdichada? El compromiso con ésta sería doblemente grave. ¡Cuántos contratiempos podrían sucederse hasta que él fuera un hombre útil! ¿Y si su tío le ayudase? Pero si éste parecía desoirle en todo lo que no fuera llegar á hombre práctico, hacer el matrimonio de conveniencia, aceptar opiniones postizas... Engañarle el joven sirviéndose de su protección hasta que le conviniese, era impropio de su honradez. Estaba decidido, no volvería á ver á la mudita; mejor que esto, iría borrando en ella aquel afecto; tal vez no fuese sino un afecto fraternal. Por otra parte, se decía á sí mismo, tales amores serían una locura, ¿honradamente podría él afirmar que no llegara un día en que le fuese insoportable vivir al lado de una estatua, hermosa, dotada de movimiento? Esta debió ser una de tantas acaloradas ilusiones como él había combatido en su vida otras veces. Ayudaría á Mr. de Martinotte, se lo había ofrecido; pero haría también todo lo posible para combatir aquella extraña pasión. Veía en sí mismo dos hombres, diría que un Rafael, soñador como antes, dulce, afectuoso, y otro lleno de ambición, un poco tentado



ya por los placeres; tanto que, sentía vergüenza recordando el efecto que le había producido Blanca.

Sin duda su tío tenía razón y sabía vivir; en todos los hombres hay partículas, gérmenes del mal, y con tal temor, ¿quién se atrevería á engañar el alma indefensa de una pobre criatura como la linda Enriqueta?

El padre de ésta había revelado, en la entrevista que tuvo con el joven, el aflictivo estado en que se hallaba. Agente corredor de una compañía anónima, formada para emprender la explotación de un ferrocarril, había entregado antes que el depósito que exigía la ley, el que le pedían algunos hombres de influencia en el Gobierno y en las Cámaras; pero aún éstos le exigían lo que las personas á quienes Mr. Martinotte representaba se negaban á dar. Si el negocio se hacía, tendría una gran parte en él y un pingüe destino, y de no hacerse, le esperaba la ruina, porque su comercio se hundía. Pues bien; él intentaba poner los 3.000 duros que faltaban... é iba á recurrir al capital que para su hija Enriqueta había dejado su tío Gregoire... todo el modesto capital... Pedía tres días de plazo, y Martinotte suplicaba á Rafael que intercediese con Peña Rosales para que éste lo hiciera con sus tiranos, y le concedieran el plazo indicado. Guardóse el pobre viejo de incluir entre *los tiranos* al tío del joven.

Habló después largamente de lo que había sufrido; ¡pobre país!—exclamaba;—¡es víctima del monopolio que ejercen los intrigantes! Ha-



bía en España un constante engaño; de él no culparía sino á la fatalidad el bueno del francés; pero en los negocios hallábase con lo que ya había referido á Rafael, y en su comercio acaecían cosas como ésta: venía de Hamburgo un cajón de cristalería; supusiérase que en la aduana se le antojaba á un mal empleado quedarse con una linda pantalla; como no estaba en el secreto del delicado embalaje alemán, al sacar el objeto dicho se destrozaba todo el género, y el comerciante, en vez de éste, se hallaba con 20.000 rs. de pérdida. ¿A quién acudir? ¿al tribunal? ¿luego al consejo tal? ¿al tribunal otra vez? ¿y vuelta, y así eternamente, sin que al fin nadie remediara el daño?

—¿Es esto bien, señor?—decía el francés.—  
¿No es vivir en peligro de ruina constante?

Rafael había decidido servir al anciano; mas de pronto le ocurrió si no sería más acertado proporcionarle la cantidad. ¿Pero cómo? Ah... un medio; tal vez su tío, que en mil ocasiones le ofrecía dinero, le diese á cuenta de su hijuela los 3.000 duros. Nada más oportuno; entraría él en el negocio; el francés no podría negarse. Así, pues, primero preguntaría si daban la tregua... mas no; ¿á qué preguntar esto? era cerrar el medio seguro; pediría el dinero, fuese lo que fuese; de este modo su tío nada sabría.

Pensó entonces que iba á pedir cuando él había negado, pues noches antes casi rotundamente había dicho que no se casaría con la hija del Conde de Casa-Marins, aunque ésta le quisiera, y apesar de que su tío le había dicho:



—Rafaelillo, mira que es tal boda tu fortuna, y sobre todo, la cuerda que me echarás cuando haya de beber el agua á la fuerza... que, ó mucho me lo temo, ó á de llegar pronto.

Apesar de todo, Rafael no pedía sino un préstamo sobre lo que era suyo; así, pues, se decidió, encaminándose al despacho de su tío.

Hallábase éste desde media hora antes sentado en la butaca, con los pies, calzados por zapatillas de abrigo, sobre el borde de la chimenea, entreteniéndose en remover los leños metiendo las largas tenazas en el foco de rojas brasas como rubíes resplandecientes y avivando las llamas que en lengüetas lamían los troncos haciéndoles chisporrotear, enroscándose á ellos, ensanchándose unas veces, haciéndose puntiagudas otras, apagándose instantáneamente para volver á surgir llenando de viva luz la chimenea.

Mirándolas se deleitaba; no parecía sino que su pensamiento tenía algo de aquel vivo y ligero flamear en lo inconstante y rápido.

Estaba lleno de impaciencia, aquel hombre que debiera fingir siempre, sin duda, menos codicia de la que sentía y tal vez presumir más importancia de la que tenía en realidad. Unas veces pensaba en su sobrino, otras en aquel negocio de minas que para encubrir el cual Peña Rosales y el Conde necesitaban un diputado de toda su confianza; otras en las exigencias del Conde, que debieran ser muchas, otras, otras... ¿quién sabe? ¡si aquel hombre ocultaba más con su frivolidad que un hipócrita de capucha y hábito



con su aire ascético y su palidez de penitente!

El día anterior había estado á ver á Blanca; ésta le había dicho: ¿cuándo me presentas tu sobrino?

—¡Cabalito!—contestó Peña Rosales. No tanto, mujer, no tanto; quiero mejor que avisparle yo, ponerle en condiciones de que se avisepe él; además, ¿con qué título te le presentaría? Le diría, Rafaelillo... la tía...

—¡Qué guasa!—exclamó Blanca.

Y al cabo de un rato, pasando los dedos por el marfil de su abanico, puesto encima del veladorcillo, añadió dejándole caer como por el movimiento de su resolución:—Mira, déjame, verás cómo yo le educo. Dentro de poco le pongo más listo que un lince y tan vivo cual si le picaran entrambas orejitas un centenar de avispas.

—Le convendría—pensaba Peña Rosales,—y sería fácil llevarle.

Casa de Blanca se reunía la aristocracia del vicio; pero era peliagudo que él le condujese allí. Intentaba emplear desde entonces cierta táctica para tratar con Rafael; enaltecer y loar cuanto hiciera ó pensara éste. Tomarle en serio.

En esto penetró su sobrino en el despacho, y luego de emplear mil rodeos, vino á decir que un grave compromiso, un secreto negocio de importancia le obligaba á pedir un señalado favor á su tío, y el joven expuso su pretensión; necesitaba la cantidad para antes de cuatro días.

—¿Tres mil duros?—preguntó Peña Rosales como realmente admirado. Quedó pensativo



un momento y añadió con gravedad, afectada con tal disimulo, que el joven no echó de ver la afectación y el fingimiento:—¡Oh, celebro que te agraden los negocios! Nada me digas, muchacho; en esto el secreto es la médula. No sé si podré dártelos en ese plazo. Tengo dinero en el Banco, pero lo necesito. Sería un milagro poder disponer de dinero para ese tiempo, porque si Cristo murió y resucitó de un jueves á un sábado, le hubiera sido difícil hallar monises en tres días.

—A cuenta de mi hijuela, obligación que contraigo para el porvenir... rogando á V. que nada diga á mi madre; quiero sorprenderla—añadió ruborizándose un poco el joven, como el que tiene conciencia de haber dicho en cierto modo algo muy semejante á una mentira.

El tío meditó, miró unos papeles, mostróse cual si echara sus cálculos, y por fin dijo:—Haré lo posible, á nada te comprometas. Fuera fácil que lo hallase hoy... y que no lo pudiera reunir para la fecha indicada; pero no bien cuente con ello, te mando la noticia, estés donde estés.

—¡Oh, gracias, gracias, mi buen tío!—exclamó Rafael conmovido.

—En cuanto á eso de que no lo sepa tu madre, no temas, Rafaelillo. Llevo ahora los negocios de toda la familia. Tu madre y tu hermana están apuradas, nada había querido decirte; pero han pasado un año muy malo... en fin, han pasado muchas cosas que ya sabrás; nada graves, no te preocupes; yo velo por todos. Soy la grulla vigilante en un pie.



—Mil gracias, repito, tío; no pude nunca adivinar lo que V. nos amaba.

—Qué, si esto no vale bicoca. ¡Ojalá mis negocios estuvieran ya como deseo!... Pero se arreglarán. Hombre, y ahora que me acuerdo, anoche me preguntaron por ti, casa del Conde. Debes ir por allá, lo cortés no quita á lo valiente... tienes talento... y, en fin, no hablemos más.

—Gracias, tío. Iré á casa del Conde, gracias por todo —exclamó Rafael disponiéndose á marchar.

—¡Oro molido! querido Rafael, aunque hubiese que emplear una caldera y un mortero del demonio.

Al salir Rafael de la estancia sonrióse su tío amablemente, y al cerrar aquél tras sí la mampara, quedó Peña Rosales grave, y mudó su franca risa en una sonrisilla maliciosa y burlesca.

Mas luego venció en él la seriedad completamente. ¿Para qué deseará eso? se dijo. ¡Y no es nada! Él no juega, no tiene queridas. ¡Alguna seria tontería! Abrir bufete ó editar un libro, alguna fábrica de pajuelas para bombas de jabón. Sin embargo, no podía Peña Rosales negar que ejercían ya influencia en su ánimo la gravedad y el voluntarioso carácter de su sobrino. Era como él tenaz, pero en diverso empeño. Que esto es la voluntad, fuerza provechosa, buena ó mala, según por la educación se forme, y según se debilite ó robustezca en favorable medio. Pero pronto perdería el joven lo que Peña Rosales llamaba: la velocidad adquirida en los libros.



—¡Ola, Conde! ¿Cómo V. por aquí? —exclamó Peña Rosales, al ver penetrar al Conde de Casa-Marins en el despacho.

Venía el buen señor preocupado; las elecciones serían pronto, y el Conde contaba con Martín Gollero, el periodista, para hacerle defensor del *embrollito*, y cínicamente así le calificó. El Conde se quejó después del hermano de su primera mujer por la exigencia que constantemente tenía de arreglar con él los negocios de su sobrina.

—Y V. sabe, Peña, cómo estamos; nuestro influjo no es más que aparente, gracias á lo que por fantasía de V. hubimos de hacer propalar; porque esto parece y es después de todo.

Peña Rosales pidió tiempo; Martín Gollero era un pillastre hambriento, y les hacía falta otra cosa.

—Su sobrino de V... ¡Valiente lila me parece su sobrino de V.! Es buen muchacho, pero si tiene aquella cabeza...—y al decir esto el Conde, llevó su mano derecha á la altura de su frente é hizo bailar los dedos.

—¡Sí, es como un globo encarnado de los que venden junto á la Cibeles; no puede sujetársele sino por un hilo, y en cuanto uno se descuida, ¡uf! á las nubes! ¿No es así? Pues nada de eso; el muchacho, á darme tiempo, sería hombre de provecho... pero no importa, preparo un medio; ¡es vulnerable, no en el talón, sino en el corazón!... ¿Qué dirá V. que ha venido á pedirme?

—Hombre, no adivino.

—¡Tres mil duros! Y ha salido el pobre casi



confiado en que se los he de dar. Imagínese usted que me propusiera llamar los patitos del gran estanque con monedillas de cinco Alfonsos como cinco Amadeos y real más que cinco Napoleones. Pero deme V. un plazo de dos días.

El Conde concedió el plazo; y seguidamente, habló del gran D. Celedonio Novas del Alamillo, famoso jefe del partido ordenador, al cual Peña Rosales y él pertenecían, personaje adivinado por Laboulaye en su *Príncipe Perro*; luego charló sin tino hablando de los negocios que venía haciendo Elduyan y de la perspicacia de los Sinvedas; de Martes el abogado, que había hecho reír con su monarquismo repentino á los cortesanos, y así, habla que hablarás, apuntó como de paso que el francés Mr. Danon había ultimado sus proposiciones... De modo que el otro si no llegaba á los tres días... ¡que no llegaría! no había más que hablar.

—No, que vamos á contemplar en los negocios al primer tontaina que se presente—terminó diciendo y añadió:—he averiguado además quién es ese Mr. de Martinotte; es un pobre diablo. ¡Tres días y acabo el negocio! me dijo.

—Tres días; pues señor, es plazo de moda; ¡el plazo de Cristo!—pensó Peña Rosales.

Un cuarto de hora después, Peña Rosales y el Conde salían en la berlina de aquél, dirigiéndose al salón de conferencias del Congreso.

¡Cómo se engañan las gentes al hacer juicios aventurados, guiándose tan sólo para ello de apariencias! pensaba Rafael sentado en su



cuartito; ¡qué bueno era su tío, qué espléndido y al propio tiempo qué inteligencia la suya! Diríase que esto se le hubiera revelado al más perspicuo observador al ver á Peña Rosales pagar la más insignificante cuenta. Mil veces á la hora de almorzar había entrado Pedro con alguna factura: ¡con qué gracia sacaba su tío el dinero del bolsillo dejándolo con desdén y no equivocándose en la cantidad, pues de ello se hacía cargo con sólo pasar vivamente sus ojos por las monedas ó los billetes!

Aquella mano era la del caballero, y aquella mirada la del hombre de negocios. ¡Qué feliz podía ser Rafael! ¡El tío ni aun le había discutido su intento! ¡Oh! no había duda; de conseguir el préstamo en el plazo indicado, serviría á Mr. de Martinotte, y podría realizar un buen negocio al propio tiempo. Si el joven perdía en el negocio, quedaba contento en cierto modo, habiendo salvado el capital «de la niña.» Rafael confiaba en que su madre le perdonaría cuando él se lo confesara; era hombre, trabajando le sería fácil restablecer con el tiempo la pérdida, y si ganaba, al ser pagado con las acciones, las vendería al francés, restando gran parte de la ganancia á favor de éste, y quedándose con algo por delicadeza, y para poder comprobar la razón de su juego.

¡Ah! tal vez después las ganancias fueran muchas; esto había que esperar, dado lo útil y rico del negocio; el ferrocarril atravesaría por comarcas que no esperaban sino esta vena de circulación mercantil, para dar valor á las pro-



ducciones naturales y nacimiento á industrias importantes.

—¡Quiéralo Dios! ¡Quiéralo Dios!—exclamaba pensativo y preocupado Rafael.—No se atrevía á pensar en la niña, ni en el beso dulcísimo más tierno y elocuente que toda otra expresión. La niña no había salido de casa de sus padres, educada por un profesor que les había recomendado el mismo director del colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, el ilustre y modesto Sr. Villabrille. No leyendo sino obras tan inocentes como los cuentecillos de Andersen, maestro muy estimado de los que aman la literatura sencilla, natural, llena de sentimiento y de ternura. Además, la niña estaba acostumbrada á las más ingenuas manifestaciones de cariño. Ella podría expresar sus afectos... él enmudecería, á su vez acallaría aquéllo, que sin duda pudiera ser una pasión; pero que muy bien podría ser no más que compasivo cariño é ilusorio fascinamiento.

Estábase entonces vistiendo Rafael ante el pañuelo-lavabo; arreglábase la corbata y el chaleco, pasaba el cepillo aplastado de tocador por la cabeza y peinaba su barba. ¿Cómo dominar la impaciencia? Pronto remedio, pasear; iría á la Castellana.

Fijóse al pasar ante la mesita en una carta que de su madre recibiera días antes, y vínole á la memoria el recuerdo de lo que su tío le había dicho de ella y de que manejaba sus negocios.

Esto no suponía sino que la madre de Ra-



fael, al fin y á la postre, había visto que en los pueblos es más difícil vivir con tanta calma y tan bien como en Madrid; eso de estar á merced de las veleidades meteorológicas y de la maliciosa codicia de los labriegos, era terrible.

¡Cuánto se aprende en las grandes poblaciones! ¡y pensar que él, al presente tan cambiado, había visto muchas veces en su tío un agiotista de mala ley, una especie de banquero de novela á cuartillo la entrega! El mismo negocio un poco oscuro, aquel negocio de minas de que le hablaba, no sería sino otro parecido al que emprendía Mr. de Martinotte. ¡Qué admiración la de éste cuando le sorprendiera el joven, si es que podía hacerlo con la cantidad! Si no hablaría al tío, y éste... ¡Oh! y él podría arreglarlo. Cierto que Rafael pudo andar antes este camino; pero hubiera sido descubrirlo sin necesidad, y tal vez... entregar su secreto á la perspicaz adivinación de Peña Rosales.

—¿Da permiso el señorito?—dijo con su vocecilla temblorosa la Sra. Andrea, golpeando del otro lado de la puerta.

—Adelante.

Entró la anciana con su paso de pato, su voluminoso abdomen, y mostrando la angulosa carilla toda ella muy animada, por aduladora y risueña afabilidad. Traía un canastillo con ropa planchada.

—Ya se ha mudado el señorito—dijo,—y para la noche si va al teatro, le dejo estotra camisa que mi pobre Teresilla ha planchado no hace una hora, que en siendo para V., la muchacha se de-



leita en el trabajo. ¡Como el señorito es tan formal y tan bueno para todos! Me dijo Teresa: mire V., tía, hay que dar al señorito Rafael una camisa recién planchada, porque irá al teatro, según me ha dicho Pedro, y quiero que no lleve camisa sin brillo... por supuesto que el señorito si no va al teatro irá de reunión, ¿eh, señorito?

Tenía como cierto privilegio para charlar de más la buena señora. Andrea era una antigua patrona que tuvo en sus malos tiempos Peña Rosales. Rafael acogió con bondad á la señora Andrea.

No sabía el joven lo que haría aquella noche.

—¿Qué haré, Sra. Andrea?—preguntó Rafael, al que divertía aquella vocecita aguda y monótona como la trompetilla de un cinife.

—Qué me sé yo—replicó animada la vieja;—qué puedo decirle al señorito; bien entiende ya Madrid y bien conoce lo que es bueno, que no há muchos días supe por Pedro que el señorito acudía casa de un francés que tiene tres españolas como tres rosas... ¿eh? Estos ingertos son siempre buenos.

¡Madre Claudia, madre Celestina! ¡Qué demonios decís! hubiera exclamado Rafael replicando á aquella bromita de vieja dueña, y á aquel gesto de alcobedera encubridora que cruzó rápido por el rostro de la Sra. Andrea; pero comprendió que nada significaban las tales palabras, sino una necia sospecha de Pedro, que tal vez por haberle acompañado un día á la casa de Martinotte, forjara tal conjetura.



—Sí, Sra. Andrea, muy bonitas—añadió con simulada frivolidad... mas las hay mejores, conocía él muchas y muy bellas señoritas.

—Y otras que no serían señoritas—replicó la Sra. Andrea;—las mujeres muchas veces no lucían porque no contaban con atavíos; pues si su Teresilla, por ejemplo, fuera bien vestida al Prado, ¡cuánto no llamaría la atención!

Rafael salió á los pocos momentos. Pedro, el ayuda de cámara, se hallaba á la puerta verja de palique con el jardinero y se apartó sonriente y respetuoso, dejando pasar á Rafael.

En tanto se dirigía á la Castellana volvió la berlina de Peña Rosales, bajó éste y ocurrió una escena que no debemos pasar en silencio.

—¿Ha salido el señorito?—preguntó á Pedro.

—No hará un cuarto de hora; y muy elegante.

—¿Ves, Pedro, cómo ha cambiado? parece otro—decía Peña Rosales.—Mira, sube, Perico. Mañana salgo de Madrid. ¿Ha venido el francés?

—¿Por quién pregunta el señorito, por Mr. de Martinotte?

—No, hombre, por el otro; por Mr. Danon. Si viene, le dirás que mañana nos veremos en Las Nieves. Vamos de *caza*—dijo Peña Rosales, y pensó para sí:—hará de pieza y no es mala. —¡Conque el señorito ha salido! ¿A dónde diablos irá ese muchacho á estas horas?—dijo como descuidadamente, por ese abandono que suelen tener los señores con sus criados.

Pedro encogióse de hombros. Mas luego se le ocurrió decir algo y habló de que tal vez el



joven fuese casa de las señoras de Henaz ó casa de Mr. de Martinotte, á los sitios que él más frecuentaba.

¡Cómo! ¿Visitaba al francés? ¡Qué extrañeza produjo esto en Peña Rosales!

Tal creía Pedro, como que el francés tenía tres lindas hijas; dos de ellas muy lindas; otra aunque era bonita, era muda y debiera ser por lo que Pedro se figuraba *tonta de la cabeza* la pobrecilla.

—Bueno, Pedro, bueno,—replicó Peña Rosales.

¡Y nada le había dicho su sobrino! Dióle esto que pensar. Precisamente acababan de separarse él y el Conde de Mr. de Martinotte, el cual les había molido repitiendo lo de «tres días, tres únicos días de plazo.»

—¿Tres días de plazo?—murmuró Peña Rosales; de pronto dióse un golpe en la frente, y se echó á reir.

Había aparecido en su rostro la expresión ladina y alegre que brilla como un relámpago en la cara del que cree haber descubierto un secreto ó un tesoro antes muy oscuro ó muy oculto.

Sí, eso era. El francés era cuco y habilidoso por extremo; había hablado al tontaina de Rafael seguramente. ¡Ah! buena se la preparaba Peña Rosales.

En un punto descubrió el misterio de la petición de Rafael y surgió con prontitud un proyecto á la mente de «aquel todo compuesto de menudas picardías que sonaban á fiesta.»



Mataría con un solo tiro un pajarillo y un pajarraco. Martinotte les había querido jugar una al Conde y á él, haciendo que de su propio bolsillo pagara éste lo que había prometido. ¡Por esto, sin duda, la reserva del muchacho hásela recomendado mucho Mr. de Martinotte!

—¡Perico!—exclamó Peña Rosales sentándose en su bufete, tomando un papel, escribiendo rápidamente una carta, doblando, cerrando el sobre y poniendo dirección.

El criado esperaba frente á la mesa.

Peña Rosales quedó un momento pensativo como examinando algún detalle de su plan, y luego, decidido, escribió en otro papel y encerró la nueva carta en otro sobre.

Todo fué hecho con esa rapidez propia del hombre habituado á los negocios.

La última carta debía de dársela Pedro al señorito cuando volviera á comer; la primera, volando, había de llevarla á casa de «la señorita.» La señorita era Blanca.

Cuando el criado salió frotóse las manos alegremente el Sr. Peña Rosales y dijo:

—Pues que le gustan las novelas al chico... un golpecillo de novela... y en vez de hacerle coocer lentamente para ablandarle, le frío y al plato; es más rápido.

En tanto, Rafael seguía bien abrigado y muy compuesto por el paseo de Recoletos, en el que, á aquella hora, había ya algunos paseantes; señoritas y mamás que salían á tomar un poquito el sol, gran parte de personas de esas



que bullen por todos lados y que son á las grandes poblaciones lo que las moscas á una habitación.

Los carruajes eran aún pocos; pasaban algunos hermosos troncos de caballos castaños, blancos ó negros, acusando en su estampa los rasgos diversos de razas un poco degeneradas por ese cosmopolitismo de perros y caballos que viven con el hombre y siguen casi las evoluciones de la especie humana. Los carruajes llevaban echados los cristales; soplaban un airecillo fresco, el sol aparecía y desaparecía produciendo esos juegos de luz y de nublado de algunos días muy frecuentes en Madrid, durante los cuales, las sombras y la claridad, el frío y el calor se suceden locamente.

Rafael se distrajo un momento de su preocupación mirando una institutriz que llevaba ante sí dos ó tres lindísimos niños. Aquella mujer alta, vestida con decoroso y á la vez ridículo traje, con aspecto de extranjera y esa expresión de preceptor que hace de madre, ofrecía con los hermosos niños igual contraste al que se da viendo una gallina que conduce los polluelos de un cisne dándose aire cual si quisiera hacerlos pasar por hijos propios.

Los niños iban vestidos anacrónicamente; tenía la niña una especie de sombrero de tiempos del Directorio, y bajo él se veía su lindísima carita, sus grandes ojos bebiendo luz y libertad, su boquita fresca y sus blondos rizos. El niño llevaba una montera que á fuerza de ridícula se hacía elegante; dando como más color y expre-



sión á su rostro de pillete de pocos años, cuyas piernas saltaban y corrían solas, cuyas manos no daban paz á una tremenda pelota de goma.

Al pasar por la Castellana vió, al pie de un edificio en construcción, un obrero abrigado por una burda manta y tendido á la larga. Esto representaba la anónima firma de los autores de aquello, puesta al pie. Pronto los obreros se alejarían de allí á construir otro y otro edificio. ¡Cómo se embellecía y agrandaba aquel Madrid! Recordó Rafael que su tío le había dicho que ya habían acabado la construcción de las casas, y estaba alhajando una de éstas, sin duda para ir á habitarla. No le alabó el gusto su sobrino, teniendo Peña Rosales un hotel; pero tal vez esto le rindiese más.

En algunos coches iban varias personas de las que había conocido Rafael, bien casa de su tío, bien casa de Isabel Henaz, ó casa del Conde. A ver á la familia de éste iría al día siguiente. Lola le recibía en realidad con afecto; sólo que se hubiera dicho, que en tanto el afecto de ésta aumentaba, el mastuerzo de su hermanastro parecía mostrar más ceñuda cara y menos disimulada antipatía.

Aquel ir y venir rápido de los carruajes, las gentes elegantísimas que hallaba, las bellas mujeres, todo aquello le animó. Sí, él estaba muy cambiado, no era osco é intransigente, no vivía como un terco y vulgar lugareño. Su tío tenía razón, el mundo no era sino combinación de buenos y malos elementos, el hombre un sér



flexible é impresionable, y aquellos tiempos, tiempos prácticos.

¡Lástima sería que no se realizase el negocio que preocupaba al joven! Y si se llegaba á conseguir, ¡cuán doloroso le sería alejarse para siempre del sér que amaba!... Pero, ¿por qué? La dicha verdadera del amor, ¿no consistía en hacer feliz al ser amado?... Sí, pudiéndole ofrecer una vida como la de aquellas elegantes... que cruzaban en los carruajes ante su vista.

Fundíase y se mezclaba casi al medio, era absorbido por él... En todo aquello veía algo muy semejante á lo que tanto le maravillaba en el carácter de su tío. Podría luchar como éste. Tal vez mejor que dar principio como soldado del trabajo, para lo cual necesitaba largo tiempo y mucha experiencia de la realidad, fuera entrar á tal vida como General en la estrategia de los negocios. Ofrecería «á la niña» esa existencia deliciosa que es el sueño de las madrileñas, carruajes y distracciones.

Puede que en aquella vida de tentación él peligrara... y por extraño contraste surgió á su fantasía el recuerdo de Blanca... ¡bah! pero esto, si ocurría, ¡Dios le librara! pues él no lo deseaba... pero si ocurría, su sordo-muda no podría saberlo... ¡Pobrecita!—pensó—á ella no llegan ni estos horrores ni la basura de las blasfemias...

Sucedió que entonces pasaba ya de vuelta el joven por frente á un colegio de niñas; oíase ese rumorcillo de colmena que hay en los colegios, y dominando este ruido, oíanse



las voces acompasadas en tonillo de escuela, el silabeo ante el cartel, y luego repentinamente se escuchó el comienzo del coro, dando la lección de solfeo, y Rafael se acordó enternecido de la niña privada del habla y de la audición... ¡Aquello eran los primeros pasos dados por las criaturas para acercarse á esos dos artes: la palabra oral, que es pensamiento y música, y la música, que es palabra y algo más misterioso y grande.

Al llegar al extremo de Recoletos era noche cerrada; ¿qué haría hasta las siete? Seguiría paseando.

Cuando llegó al hotel hallóse con Pedro, el cual le dió el billete de su tío. «Rafael, da por hecho tu negocio—decía éste;—se me ha ocurrido que podría hallar libres de compromiso los fondos que tengo en el Banco; el negocio estará resuelto esta misma noche; si no, seguramente mañana, pues se me han ocurrido además otras soluciones. Si la primera resulta ó no, lo sabrás; esta misma noche iré yo ó irá Pedro á última hora al teatro de la Comedia, cito éste, porque es el teatro que te gusta, y porque desde allí saldré yo en carruaje á la estación. Estaré fuera unos días; por esto y por la prisa que te corre, te ha complacido,

RAMÓN.»

—¡Magnífico!—exclamó Rafael.—¡Pedro, toma un duro por la noticia!

Comió con gusto; bebió más de lo que acostumbraba, que era bien poco. Sentíase alegre é impaciente.



Cuando hubo comido, pensó que debía dirigirse casa de Isabel Henaz; acudiría allí Mr. de Martinotte para acompañar á sus hijas, pues era aquél uno de los días de reunión en dicha casa.

No había tiempo que perder; á aquellas horas ya estaría en casa de Isabel el francés y su familia. Eran las nueve y media; mientras iba, las diez; tomaría el tranvía.

Llegó en efecto casa de Isabel; en el saloncito se hallaban varias personas de las que ordinariamente concurrían á la tertulia.

Había allí una marcada división; en el gabinete situado á un extremo se juntaban las mamás, las señoras que ni podían bailar ni lucir ninguna de las gracias de la juventud; á este grupo se le denominaba *Las Huelgas de Burgos*; el salón pertenecía por completo á las muchachas, y habíanle dado por lo bullicioso y revuelto el nombre de *el cantón de Cartajena*; de él no formaban parte sino las solteras, y un andaluz casado, decididor sempiterno, archivo de cuentos populares, feo como un diablo, serio como un diplomático, hombre superficial pero despejado.

La noche que tal división se produjo, ocurrió que al entrar la mudita en el salón fué en su busca, para que «no marearan á aquella pobre criatura los locos» Isabel Henaz; pero todas las voces del Cantón repitieron á un tiempo, ¡aquí, aquí! cual si la sordo-muda pudiera entenderlo, y hacíanla señas con las manos para que se llegara al grupo.

Enriqueta vió el tumulto, las caras risueñas



que la miraban, y de otra parte la solicitud de la Sra. de Henaz, y, llevada por aquel círculo alegre de irresistible atracción, fuese á él, mezclóse en medio de aquel ruidoso enjambre, llevando en sí el eterno silencio á toda audición, la torpe mordaza á toda palabra; como visión, como estatua viva. Pintábase en su cara el reflejo de la general alegría en sus lindos ojos, y en su dulce sonrisa.

—¡Viva! ¡viva el Cantón!—exclamaron varias voces en desconcierto de tonos, como si se hubiera oído un órgano desarreglado.

—¡Sí, viva!—exclamó una rojilla, en cuyas venas bullía la juventud, una personita, en fin, de revolucionaria hermosura; y ya erguida gritó con gesto de *furia* de la zarzuela *La Marseillesa*: ¡Viva la república social, federal, general, imperial y filibustera!... Allá fué poniendo aditamentos de adjetivos como sonajas á pandero nuevo y luego terminó: ¡Duerman las Huelgas!

—¡Bravo!—gritaron todas; y todos con risa y algazara, dando apretones de mano á Enriqueta los jóvenes y besándola con entusiasmo las muchachas.

Ella miraba á todos dulce y afablemente.

El Cantón había triunfado.

Era una de esas reuniones de antiguos y buenos amigos, de gente franca y sencilla; una de esas tertulias que promedian entre la antigua camilla y las *soirees* de cotillón; cuadro donde se ve aún, pero se veía mejor antes, el trato selecto de cierta parte culta de la clase media madrileña.



Había en el otro extremo del salón «la jaula de sabios» llamada así con su poquito de ironía. Se reunían allí el Duque de Eguskija, camarada que había sido del esposo de Isabel Henaz, el Dr. Darío, Martinotte, cuando le era dado ir, un oficial de ingenieros, llamado Pepe Cuadros, un fabricante catalán, recién casado con una hermosa barcelonesa, y un joven periodista llamado Romero Díaz, que se dedicaba á las noticias, había escrito varias obras silbadas, y publicado varios libros no leídos; pero era tarde, según decía, para volver atrás, y con porfía de herrero, constancia de grabador y ánimos de soldado, esperaba llegar á ser aplaudido y leído. ¡Galdós era su ejemplo de constancia, Sellés su ejemplo de resolución: en una sola cosa no puedo copiarles, decía; en su genio!

Cuando Rafael, para el que por su natural optimismo aparecía sin mota ni rasgón aquella tertulia, llegó á ella, supo que Enriqueta y su familia no habían podido acudir; el padre se había retido del trabajo un poco enfermo.

Entró luego el joven en el gabinete «la jaula de sabios;» emprendíase allí como siempre una animada conversación.

—Sí, aquí le tiene V., un héroe—decía Pepe Cuadros alegremente mostrando el Dr. Darío al Duque.

Era realmente un héroe; podía figurarse el Duque cuál había sido la última hazaña del doctor y juzgar. Había asistido á un parto; distinguidos profesores no se habían atrevido á operar; si el médico no operaba, la enferma mo-



ría; si operaba, había medio de salvarla... pues bien, en la mano del doctor había estado un momento aquel problema; tener una mano que puede salvar y puede matar, es cosa que estremece de asombro, si el médico mataba, podía perder su reputación... Darío no había vacilado... y el éxito premió su valor y su fe.

—¡Bravo, bravo!—exclamó el Duque.

Hablóse después de los grandes esfuerzos y la singular constancia que había debido emplear el fabricante catalán para acabar su industria y sostenerla.

—Bien, he aquí lo que nos hace falta en España: espíritus resueltos independientes y trabajadores; no gentes que medren constantemente lejos del trabajo, que es la realidad mayor de la vida, de la verdadera fe, ¿que da una voluntad firme?... fe y paciencia.

La libertad no se lograba, según el Duque, sin dar desarrollo á la simiente que de ella llevamos todos en el pecho... la voluntad.

El Duque se revolvía contra aquella época de sibaritismo y corrupción, niebla que ciega á los hombres. Hoy se les quiere convencer de que son unos miserables; unos torpes animales, para dominarlos como á un rebaño. ¡Pena daba ver á esos jovencillos llenos de ilusiones, sin hábitos de trabajo... obligados á vivir esperando entrar en el invernadero del escalafón, esperando el riego de la nómina, expuestos á la poda del descuento ó la corta de la cesantía... ó bien haciéndoles entrar en el *ajo*... El ajo era una cosa que el Duque no acertaba á explicar bien.



El *ajo* era el secreto de la centralización.

—¡Lo práctico, lo práctico!—decía;—lo práctico es vivir. No como aquí viven algunos, hacinados en cuartos, superpuestos unos sobre otros, como nichos de cementerio, esperándolo todo de un hombre ó de la maravillosa panacea de un plan muy sabio, pero muy oscuro, y viendo la independencia del individuo ahogada entre seres sin hábitos de trabajo, sin amor al derecho, sin fe... En la imbecil esclavitud siempre y esperando la lotería...

Oíase en el salón la dulce vocecilla de Anita.

—Ahora no parece sino que la ramera domina, el hogar se achica y el burdel se enriquece y agranda—y continuó diciendo en su desordenado lenguaje:—Hay empeño en comprar á los hombres con el vicio..... Posiciones deslumbrantes, fáciles fortunas, mujerzuelas..... toros, y mendrugo para el pueblo..... ¡Carnaza!

Todas estas generalidades, en las que el Duque decía cosas verdaderamente ciertas, apenas eran oídas por Rafael, que impaciente, deseaba salir, y salió, en efecto, y no paró hasta el teatro de la Comedia; apenas si puso atención en la preciosa obra de Palencia, que interpretaban el artista sin rival, Emilio Mario, y la bella, espiritual y peregrina actriz María Tubau; la impaciencia habíase hecho dueña del joven; agitábale y conmovía su robusta organización.

Por fin Pedro le sorprendió en los pasillos del teatro, y entrególe una cartera. Rafael la abrió, y el joven hallóse con un talón contra el Banco y una carta de su tío, en la cual éste le decía



que le había sido imposible ir al teatro; pero que tal vez fuera fácil se vieran en Fornos; citábale allí para las dos en punto.

Rafael salió del teatro y decidióse á hacer tiempo callejeando.

Echóse, pues, muy gozoso á la calle, fumando un magnífico veguero, que ardía como lumbré de hornillo de fragua. Rafael sentía el calorillo de los ricos vinos en el estómago, y un dulce fuego en las mejillas; las sienes latíanle fuertemente, la nicotina y el alcohol le soporizaban y excitaban á la vez. Parecía que su pecho se esponjaba por un movimiento casi espontáneo; se hallaba animadísimo, como si dentro de sí llevara algo que le impulsase con doble fuerza á la suya; tanuelto como cualquiera de los jóvenes habituados á correr indiferentes por las calles de una gran población.

Pedro, sin dejarse ver, le seguía á cierta distancia por orden de Peña Rosales. A las dos hallaría frente á Fornos el carruaje de Blanca, y debía avisar á ésta cuando el señorito Rafael penetrara en el café.

Lanzado Rafael á la calle, en que se ofrecían singulares causas de extraño efecto; los bultos oscuros de las gentes que pasaban y repasaban arriba y abajo, las inmóviles líneas de los faroles y las explosiones de claridad brillante que derramaban los cafés rumorosos, llenos de millares de luces reflejadas en un centenar de espejos; la agitación y el ruido acrecentado al cruzarse de aquí para allá y continuamente los carruajes; todo aumentaba la sobreexcitación en Rafael.



¡Cuántos goces se le ofrecían! Los teatros, los circos, los cafés... Aquello era tentador, vivía en una sociedad en la que todo el mundo no parecía preocupado de otra cosa que de gozar. Su tío tenía razón, de goces se hablaba en todas partes; nadie parecía ocuparse sino de tal empeño... y Rafael sentíase en aquel momento enloquecido, de todo se había olvidado, como colegial que escapara del encierro; no parecía sino animado por el febril ardor que agitaba á la rumorosa multitud. En esto pensaba, cuando acertó á pasar á su lado una descocada mujer... Era una pobre ramera; volvió á encontrar varias siguiendo su triste camino.

Rafael veíalas pasar y repasar; eran en un todo semejantes á la primera, en cuanto al descaro y al aire; muchas miserablemente arrebujadas en toquillas de punto; otras, con trajes ridículos simulando grotescamente elegancia y señorío. Al cruzar ante el café de Madrid, vió en algunas mesas círculos de mujeres muy pintadas, con peinados pretenciosos y flores en la cabeza.

Hallábase Rafael como si respirara una atmósfera venenosa que narcotizando sus facultades, le causara al propio tiempo sórdido y punzante dolor; aquellas mujeres que iban y venían recorriendo mil veces el mismo espacio, entrando por esta calle, siguiendo por las otras, volviendo á entrar por la primera, y así continuamente, le parecían almas de alguna región de la horrenda Dite, la horrible turba de perseguidas y perseguidores que agita el huracán



vertiginoso en espiral sin fin. ¡Oh, no le acompañaba el poeta, pero sí la poesía! Beatriz, silenciosa, le guiaba, ¡los labios purísimos de Enriqueta habían fijado en su frente una luminosa idea! A recorrer aquella red de calles, aquel laberinto, había penetrado como á impulsos de una curiosidad irresistible, entró por callejuelas oscuras; allá le asaltaron iguales provocaciones, casi se le antojaba que el monstruo de la sensualidad había aplicado miles de ventosas á la gran población... salían de las puertas dos ó tres mujeres repugnantes que le atajaban el camino. Entre ellas había visto alguna fisonomía agradable y bella en cierto modo. Era aquello el sedimento formado por las servidumbres y los trabajos menos retribuídos y más crueles.

Así parecía que bajo el Madrid dorado, lleno de grandeza y de ostensible cultura, corría aquella miseria... Rafael había cambiado, no era seguramente el mismo que pocos instantes atrás casi se hubiera dejado llevar de un necio deseo; sentíase enternecido por la compasión é indignado... eran los efectos de su íntima repugnancia.

Dite horrenda: los hospitales llenos de enfermos miserables, las viviendas como prisiones, una clase media dependiente de las aventuras políticas, un pueblo sin instrucción, trabajadores en los barrios más apartados viviendo sin esperanza de mejoramiento, frívolo tiempo gastado en necios placeres... lejos de la felicidad que dan el trabajo y la virtud, círculos terribles... los hambrientos, los sensuales, los agiotistas,



los codiciosos, una lucha latente que sólo se había de resolver tal vez por tempestades en lo porvenir. Las dos miserias, el proletariado y la prostitución, y para todo recuerdo... jóvenes como él muy idealistas, muy honrados... pero débiles ante la realidad, les faltaba á la mayor parte el estímulo y la perfección del trabajo útil... pues todo obrero era en aquel medio un aventurero casi despreciable... había de tener algo de mendigo para hallar empleo, algo de bandido para lucrarse.

Pensando esto entró por la calle de la Aduana para dirigirse á Fornos.

Iba á salir de la hedionda calle, cuando acertó á descubrir una de aquellas desgraciadas sentada junto á una reja, tras una cortina raída y sucia; la débil luz de un quinqué de tubo ahumado hacía más tétrico el fondo de aquel tabuco; de tiempo en tiempo, en la ventana se oía una voz cascada; un olor nauseabundo le impulsaba á huír... ¡Oh, qué horror y qué asco!

Era una joven. Rafael se detuvo á mirarla; era la Venus momia.

—No haría mucho tiempo—pensaba el joven,—doblaría aquella mujer su cadera á un lado, apoyando en el otro el cántaro que abrazara con robusto brazo. Entonces tendría diez y seis años, y cantaría alegre con voz fresca canciones de sus montañas, respiraría aire puro, sentiríase ágil y libre, comiendo frutos de los huertos al volver de lavar en el arroyo, moras de las zarzas; el sol ardiente del verano iluminaría á veces el montón de haces, sobre el cual,



y bajo ligerísima sombra de frondoso árbol, podría verse la gallarda figura de aquella moza, dormida por cobrar en el sueño dobles bríos para la siega. Alegre obrera de la vendimia, vigorosa leñadora del monte, mostrando en su cara el color encendido de un temperamento saludable, y la frescura de una juventud cándida. Luego vendría á servir á la corte, arrastrada por la succión de este centro, y el señorito en la casa, el soldado en la calle... el dependiente de comercio, el tahir, cualquiera la arrojaría al lupanar. Trocaríase su robustez en hinchazón, en cuerdas delgadas, rígidas y tirantes, sus carnosos brazos; el color rosado, en palidez terrosa oscura, mal disimulada por los afeites; la gallardía, en estiramiento y tensión; donde antes bulliciosa hirviera la sangre joven y rica en glóbulos rojos, correría ya en clorótica sangre el virus mortífero.

A la energía interior, residuo logrado en la fuerza del trabajo, al impulso juvenil que estimula al salto en la danza, á la carrera en el campo, y abre la risa sin motivo ante la luz, como reflejo que de ésta envía al rostro el corazón, y dilata los pulmones en el puro ambiente, habíanse sucedido retorsiones coléricas, bufonescas y brutales carcajadas, ahogos sofocadores.

Entonces se hallaba obligada á esperar... ó recorrer el enredoso y oscuro laberinto de callejuelas; antes tenía casa; sus padres, miserables por los tributos y por los mezquinos medios de vida, su hermano... ignorante y rudo, pe-



ro trabajador. Ella entonces no tenía sino aquel todo el mundo... sus padres no podían trabajar, su hermano, su hermano, serviría al Rey como soldado... quién sabe en qué punto...

¿Y pudo ser posible que Rafael tuviera por un momento?... ¡Oh! no, no; aquello era vulgar, repugnante, odioso; sentíase al verlo el espanto, la compasión y el asco...

Salió á la calle de Peligros deseoso de curarse del mal que le había causado tan terrible impresión, viendo, como consuelo, el dulce rostro del sér purísimo que adoraba.

Hecho una ascua de oro se hallaba el café de Fornos; escapábanse de él raudales de luz y un alegre é incesante rumor, la charla y el movimiento continuado de los concurrentes.

Casi al tiempo mismo que el joven entraba en el café, daba vuelta el carruaje de Blanca; cuando Rafael entró en Fornos, el coche que había llegado á la esquina de las Calatravas, se detuvo nuevamente; el lacayo se apeó sombrero en mano, oyó una orden que le daban en el carruaje; penetró en el café, y guiado sin duda por las señas que le dieran, se dirigió á Rafael que apenas había tenido tiempo de sentarse en una mesa próxima á la entrada cuando oyó que le decían:

—¿El señorito, es D. Rafael, sobrino del señor de Peña Rosales?

—Sí; ¿qué ocurre?—dijo Rafael admirado.

—De parte de mi señora, que tenga V. la bondad de salir un momento.

¿Una señora? ¿le llamaba una señora? No acer-



taba á comprender palabra. Siguió al lacayo hasta el carruaje; en él halló á Blanca.

Blanca le dijo que tenía el encargo de invitarle á una fiesta; no había remedio, no podía negarse.

—Espero á mi tío—replicó Rafael.

—¡Pues si me ha dicho el muy pícaro que se iba hoy á las Nieves!... Y ahora mismo acabo de despedirle en la estación.

Rafael ya no acertaba con un medio para rehuir. Sería ridículo hacerlo. Sentíase agitado; la portezuela estaba abierta; Blanca le miraba de un modo irresistible; mostraba una mano blanquísima, un cuello y descote verdaderamente provocadores... De aquel coche salía un perfume extraño, diríase que un agujoneador olorillo de mujer sibarita. Sintióse embriagado .. y así como una nube inesperadamente oculta una estrella... nublóse el ideal... Rafael subió trémulo al coche... y el coche partió.

La aventura ofrecía tentación demasiado poderosa para aquella organización virgen de sensaciones. Rafael no había caído en el lupanar; hacia él había venido el lupanar rodado... mordía en LA CARNAZA.







## XIII

### Cautivo en el lazo



L carruaje partió velozmente, anduvo por algunas calles y se detuvo ante una casa de moderna construcción.

El joven bajó y ofreció la mano á Blanca; tomó aquella mano linda y menuda entre entre las suyas. Blanca saltó del estribo por un movimiento fácil lleno de elegancia y de soltura; su graciosa cabeza diestramente peinada, resaltó á la claridad del farol que arrancaba de la casa, mandando su luz sobre una ancha puerta de gruesos llamadores bronce dorado.

Blanca llevaba un lujoso abrigo oscuro y un vestido claro de seda brilladora y crugiente, guantes hasta medio brazo; hizo ver su pie diminuto; despedía toda ella un perfume suave; había en su persona ostentosa distinción.

Al verla descender de aquel ancho carruaje,



de barnizadas ruedas y caja elegante, rodado por dos caballos, soberbios animales de tiro, altos, fornidos, de lomos castaños y crines oscuras, que inquietos agitaban al subir y bajar la cabeza irritados y briosos, martilleando con sus cascos el suelo, y mandando el vaho de sus resoplidos al frío ambiente, como lanzan el humo los fumadores presuntuosos; al mirar aquel cochero de vistosa librea, el lacayo aquel con su sombrero á la mano izquierda é inclinado al abrir la portezuela; y la elegancia natural de Blanca, se hubiera creído que ésta era cuando menos una Duquesa que volvía del Real ó de un baile en Palacio, acompañada de su joven Duque.

La noche estaba fresca, y Blanca se arrebu-  
jó en su albornocillo salida de teatro, y dió con sus piececillos en el suelo, estremeciéndose de frío y agitada por la impaciencia; el sereno tardaba.

La calle en que se hallaban, formábanla dos largas filas de casas igualmente altas y nuevas; se veían hileras de balconcillos estrechos, con persianas dobladas, y hierros de dibujos parecidos; solo había luz en uno de aquellos balcones.

No había en toda la calle otros establecimientos ni portales abiertos, sino una tienda de vinos, cuyo escaparate mostraba las rojas cortinillas trasparenteando la luz del interior; por las puertas se veía echada en ambos brazos la desgredñada cabeza del mozo de la taberna, que dormía sobre una mesa achocolatada, redonda y de cuatro pies.



A la otra parte de la calle, estaba abierto también un cafetucho ruidoso en todo tiempo, y del cual en aquellos momentos partía el grito quejumbante, tendido, agudo, ondulando, unas veces lánguido como el deseo, otras agitado y vivo como el placer; era la voz de una *cantaora* que bailaba al compás del zapateo y del pal-moteo del público; ruidos que se escuchaban sucediéndose rudamente á intervalos, dejando oír la guitarra y el piano.

—¡Allá vooy!—gritó el sereno apareciendo; y al compás de las llaves, zarandeando su farolillo, llegó por fin, introdujo la llave, hizo chirrear ésta en la cerradura, y abrió.

—No sabía que era la señorita...—dijo.

—¿Ha venido alguien?—preguntó Blanca.

—A eso de las diez, cuando aún estaban abiertos los portales, vino á preguntar á éste por la señorita un caballero... estaba yo aquí; subió, y pienso que no ha salido aún.

Blanca no quería entrar en sus habitaciones sin saber si había ó no alguien esperándola, y sin conocer quién fuese el importuno; decidió, por lo tanto, subir por la escalera de servicio, y que el lacayo, subiendo por la otra viniera á decirles lo que había sobre el particular. La casa era muy grande, y no entrando por la puerta de la gran escalera, nadie podría adivinar que Blanca había llegado.

—Señorita—dijo el lacayo que les saliera á abrir;—ha estado un caballero de Badajoz á ver á la señorita....

—¡De Badajoz!—exclamó entre admirada y



dudosa Blanca.—¡Lora, Lora! ¿Dónde diablos está la abuelita esta noche?

Apareció una vieja cartones, cuyo saliente rasgo eran unas largas narices, partiendo de un rostro quemado de malicias, terroso de vejez, enjuto y cetrino.

—¿Qué ruío ez eze?—preguntó con voz cascada y agria.

—Soy yo, Lora, soy yo...—contestó Blanca.—Dime, ¿quién ha venido?

—¿Quién ha venío?—replicó la vieja,—pus ha venío... er cazo e que se me queó encravao er nombre y se me jué como er humo.

Temblábale la voz, temblábanle las manos, y la cara, en gestos, toda ella temblaba, como gelatina al plato. Era extraño ver á aquella criada de edad levantada á tales horas.

—¡Soledad!—gritó Blanca, y apareció la moza andaluza que ya conocen nuestros lectores; ésta recordó muy bien el nombre y quién era el sujeto; había entrado diciendo que quería ver á la señorita, y que la quería ver aquella *mesma* noche, y el hombre se había *metío* en la sala y estuvo como el león del Retiro, paseando muy furioso, y mirando á un lado, mirando á otro *jasta que aburrío de sí mesmo* se había ido... dejando su billetico.

—Pue vaya osté con Dios, que ya habrá descansao e la danza.

Terminó en su charla la Soledad, diciendo: Me dijo que era de Badajoz... y na más.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Blanca después de ver la tarjeta que Soledad le diera;—¿y le ha-



béis dejado que se marchara?... Si es mi amigo Román Yuena. ¡A que tiempo llegaba! ¡Lo hubiera arreglado todo! Nunca venía más á tiempo. ¿Por qué no le hiciste que se aguardase, Lora?

—Pue porque... yo ze lo iba á desir, pero aluego no zé cómo ze me fué er sentío de la coza y me quedé zin desirle ni jota. Vamo que... no ze lo ije.

Blanca, insistiendo en dar importancia al suceso, bien porque realmente tuviera importancia, ora porque le conviniese aparentar que la tenía, preguntó á Soledad:—¿No dijo que volvería mañana?

—Yo nada oí—contestó la moza.

—¿Y á tí, Lora, no te dijo nada?

—Decir, zí dijo...—contestó la vieja con lentitud, como si á la vez hiciera por recordar.

—Bueno; ¿qué dijo, mujer, que parece que estás dormida?

—Lo que dijo... yo no me acuerdo... pero él dijo argo, zino que Zoleá estaba como medio dormía y yo me fuí con Chavalico á la arcoba...

—Bueno, vete á dormir—dijo Blanca á Lora con enojo y viveza.

¡Qué gentes, señor! ¡Qué servidores más torpes! No podía confiar uno en ellos. Y eso que á Soledad la tenía más por cariño que por otra razón, y á la vieja la tenía por caridad; pero Blanca hallaba que esto le estaba bien empleado; jamás aprendía á vivir por hacer siempre bien á los demás.

El joven asistía mudo á aquella escena, que



revelaba desarreglo y algo extraño, que Rafael no podía explicarse.

Habíase quedado muy pensativa Blanca, y luego, como volviendo de su preocupación, hizo repentinamente mil preguntas á la vez: ¿habían encendido las chimeneas? ¿estaban las luces dispuestas en el gabinete? Y avivó á todos, conduciendo á Rafael é un pequeño gabinete, en el cual se veía un conjunto rico y variado, pero deforme.

Tenía algo de la pueril minuciosidad y de la muelle comodidad de las viviendas orientales; era una estancia para la pereza de un turco, y un kiosco para el trivial deleite de un chino. Sin embargo, aquella era la última moda.

La decadencia del gusto se ha denotado siempre por el triunfo de lo extravagante. En todo se veía lo bufonesco, lo pequeño; quitasoles de mandarín; máscaras horribles del bárbaro teatro chino; cajitas maqueadas; estantillos recargados de chucherías y muebles pequeños, acusando más lo confidencial del placer que lo primoroso del decoro. Una media luz dejaba casi en la sombra aquel bazar de chucherías; aquellos asientos raquíticos y demasiado blandos, como para servir á la indolencia de Blanca y á los convalecientes del placer forzado.

«Pedro te informará de por qué salgo; estaré fuera mucho tiempo—habíale escrito Peña Rosales aquella tarde, en la carta que para ella entregara al ayuda de cámara, y añadía:—Me decidí al fin. Harás una *novelilla* y darás una lec-



cioncita. Ve á Fornos á la hora dicha; caza al pajarillo; irá hecho un caballero, con un volante que vale *tres mil duros...*, según reza en él. Representa tu papel de Princesa desvalida y *virtuosa*, que Rafaelillo hará de caballero andante; es necesario que se halle en tu poder esta misma noche el volante. Se trata de una bromita pesada tal vez, pero útil.»

Blanca y Peña Rosales tenían intereses cuasi comunes; demasiado sabía ella que Peña Rosales estaba atado al Conde, y lo que debía suponer la conquista del sobrino, al que ni reflexiones, ni halagos directos, hubieran rendido, dado aquel tozudo carácter y aquella fantaseadora imaginación de visionario que el joven mostraba.

Estaba radiante de contento, la cortesana; Peña Rosales, que era entonces más que su amante su socio, la había encargado de una comisión grata; como socia, le convendría vencer á aquel muchacho; y hasta entendió que aquellos tres mil duros podían ser un regalo por la habilidad que ella empleara; como coqueta, tal vez sintiera por Rafael algo, como la irritación de un capricho. Tenía la enfermedad más horrible, la sed insaciable de eterno cambio... No juegan estas mujeres impunemente con esa misteriosa fibra, estímulo de las esperanzas, aguijón de la vida, que nos hace no ver el presente, pintándonos siempre la posible felicidad del mañana... los que de este hilo secreto de la vida abusan, se condenan á no vivir jamás sino en constante mudanza, sin gozar de



las realidades y soñando quimeras. Así es que puede que estuviera un poco enamorada del joven.

Esto era lo que no había podido sospechar Peña Rosales. Aquella mujer, según él pensaba..., no sentía, era cierto, pero deseaba; ¡siempre deseando! Profundo castigo.

—Pues Sr. D. Rafael, siento haberle engañado—dijo envolviendo al joven en un ir y volver de sus ojos, y quitándose con suma dejadez el abrigo, sin que su rostro perdiera la expresión de melancolía que en él se había mostrado poco antes.

¿Podía Rafael explicarse lo que le acaecía? No. Se hallaba prendido á los ojos, al blanco rostro, al traje, á las manos, á la voz, al movimiento, á los pies, á la risa de aquella mujer.

—Sí, engañado, porque no hay tal fiesta en mi casa—añadió Blanca.—Pero V., Rafael, es un caballero; me lo ha probado; V. no dudo que me oirá. ¡Ah! pero siéntese, por Dios. Le tengo á V. ahí, de pie.....—exclamó simulando dulzura de voz.

Luego comenzó á decirle que en el instante de atravesar el joven al café de Fornos, Blanca hubiera pedido á todos los santos de la corte celestial que apareciese un amigo, y no verdaderamente para confiarle lo que le acaecía, sino para pedirle sin tal declaración que le ayudara como pudiese á salir del más apurado trance en que jamás ella se había visto seguramente; y lo que Blanca no hubiera hecho con ninguno de



los que le llamaban amiga, haríalo con él: confiarle las cuitas que no podría remediar.

Decía esto volublemente, afectando unas veces melancolía, otras gravedad en las expresiones; al propio tiempo iba poniendo en un lindo veladorcillo las tacitas de té que había dejado Soledad sobre una mesita contigua á la entrada; el azucarero de plata, una bandejilla de pastas y un plato de fiambres; menudos cuchillitos y cucharillas y servilletas finas y pequeñas.

—¡Esta es mi cena! la partiremos. ¡Ah! me falta el botecito de *foi-grass* y el *rom de Ramón!* como él dice. Pues sí, amigo mío, siento que me inspira V. la más grande confianza... y ya sabe V. lo que son las mujeres, y sobre todo, las que como yo tienen un carácter voluntarioso... ¡Quizá esté V. perdiendo el tiempo! Mas lo que no me explico es por qué no ha venido V. á visitarme; en el fondo del canastillo dejé mi tarjeta.

Rafael no había podido. Había estado haciendo intención de ir, sin que le fuera posible realizar su propósito; por lo demás, sí, ciertamente había deseado verla. El joven había ya adquirido algún dominio sobre sí mismo; pero aquella habitación tan reducida, aquellos muebles tan muelles; los pies de Blanca que veía salir por los bordes de las faldas como dos cabezas de lagartijuela asomando por las grietas al sol; aquel pecho, aquella garganta... el olor que le embriagaba en el coche, y entonces acrecía mucho más; el mismo golpe que Soledad hizo al cerrar el falsete de la habitación dejándoles



solos..., todo le mantenía en mayor excitación. ¡Qué día de impresiones tan variadas había pasado!

Blanca, en tanto, parloteaba sin tino. ¡Qué triste vivía! Madrid era aburrido; luego los hombres de aquel Madrid parecían cada vez más estúpidos y malvados..

Pausa, durante la cual se bajó muy gentilmente Blanca y atizó el fuego de la chimenea... volviéndose á sentar frente por frente al joven.

—Pues sí, amigo Rafael, defensor de mis fresales... sé que es V. una persona de buen corazón, y que sabe lo que es una mujer... por eso... por eso le diré á V.—se detuvo, suspiró con melancolía, y luego, como si alejara de sí tristes pensamientos, dijo sirviendo á Rafael un trozo de lengua de vaca de Hamburgo:—Pero tomemos el té como dos buenos amigos, tiempo habrá de que yo cuente á V. mis penas...

Y sus manos, blancas como la nieve, removieron facilísimamente el menudo servicio de té. Puso con las tenacillas azúcar en las tazas, vertió un té dorado trasparente hirviendo y exhalando un humo aromoso y tibio.

Rafael, en el carruaje, se había dominado poderosamente; su primer impulso había sido arrojarle á aquella mujer y estrecharla; no podía darse cuenta de la causa por la cual se sentía trasteado continuamente, ora por sugerencias monstruosas y deseos inmoderados, bien por un reconcentrado despecho... seguramente aumentaba y disminuía la temperatura de su organismo; parecía que su sistema nervioso se halla-



ba en inmoderado desorden... aquella dulce manera de sentir que á veces volvía, aunque tarde; aquel tranquilo modo de ver y juzgar todo con discreción... le faltaban entonces... las impresiones acometían con rudeza á su sensibilidad, y tal como si blando á ellas se marcaran en su cerebro como en masa farinácea los cóncavos y convexos dibujos del molde; las contradictorias impresiones producían en él los más opuestos afectos y sentimientos; algunas veces hubiera creído que se volvía loco; era como un espejo, copiaba cuanto ante él se ofrecía; no hallaba en ocasiones su voluntad. Sólo un sentimiento le moderaba ante Blanca; la idea de que aquella mujer, fuese quien fuese, era cuando menos la amada de su tío, de aquel su tío Ramón, tan servicial, tan bueno, tan generoso, aparentemente ligero y pervertido, y en realidad lleno de bondad y más grave de lo que podría sospecharse.

Blanca, por su parte, desde un principio se había decidido á todo. No había formado plan; iría aprovechando todos los detalles que la casualidad le ofreciera, refiriéndolos después á su intento. Había estado realmente aquella noche á visitarla un sujeto... un amigo... que no bien hubo llegado á Madrid desde Extremadura, fuese á ver á Blanca; era el tal un riquísimo caballero, intrigantuelo, cacique político, que se ofrecía muy rígido y grave allá en su pueblo al respeto de las gentes, y luego se daba una temporada de dos ó tres meses en Madrid entregado á la más desenfrenada vida



de placeres y de trapisondas políticas; esta llegada sirvió de asunto á Blanca... de aquí partió rápidamente su plan.

Cuando ella y el joven hubieron tomado el té, Blanca le ofreció un puro de una linda cajita maqueada... Se los regalaba un amigo aquellos cigarros, y los tenía para sus tertulios; pero eso, dijo Blanca, que el amigo era D. Fabián Dáñez, exministro de Ultramar, soberbio, pícaro, hombre raquítico, que parecía no tener otros placeres que los de contemplar estático á Blanca, mirar sus brazos y su blanco cuello, con ese mutismo de idiota, propio de un hombre gastado, que de la vida de goces parece no conservar sino algo del leve temblor del deseo. El tal, escribía libros muy pulidos, en los que ponía los pensamientos de los más grandes pensadores á modo que un pintor de abanicos de papel copia un cuadro del Museo

—Ay, mi querido Rafael—dijo Blanca al joven,—V. que es tan bueno... porque seamos francos, yo todo lo sé por Ramón, y no soy yo una media virtud cursi, ni una virtud bien pesada y con añadidura... después de todo soy... una mujer, ¡quizás como todas! Pues V., que es tan bueno, me servirá lealmente de amigo.

Miraba con sus ojos fijamente á Rafael; entonces á ellos parecía asomar un espíritu lleno de sinceridad; después los alzaba melancólicamente, denotando dolorosa expresión y languidez, se diría que dentro de ellos ardía una lucecilla, ora avivándose, ó amorteciéndose en rápida agitación. Dentro de su lindísima boca, de dien-



tecillos iguales y blancos, de labios, el superior ondulado graciosamente sobre el otro grosezuelo á la mitad, tentadores como el pequeño fruto coloreado, aromoso, dulce, temblando en el racimo del guindo; allí se revolvía su lengua, de la cual partían como de un arco, ligeras y frívolas mentiras aguzadas por ladina intención. Aquella lengua parecía escondida tras un cercado de marfil y presa, revolviendo la voz sonora, y en ella enviando toda esa mortífera melodía de frases que mata, como matan en ocasiones los aromas deleitosos; pues esclavo es el oído de la seducción, como el olfato al perfume, como la vista á las alucinaciones. De aquella experta lengua brotaba á veces una gracia impregnada de fingida tristeza, otras viva por aparente alegría.

No habría muchos diplomáticos que concretasen mejor á su intento las palabras, ni comerciante que mejor las redujese á su interés, ni orador tan diestro como ella; desvanecía en extensa oración los pensamientos, soporizando al que fuera á herir cuando ya estuviera aletargado. Semejante á los reptiles que para degluir su presa la saturan con el jugo de sus glándulas, lamiéndola suavemente... mejor aún encantaba, como decía la fábula, que encantaban con su voz las sirenas...

Habló á Rafael volublemente de cuanto acerca de él sabía; mil veces le había dicho ella á Ramón que no molestase á su sobrino con la proyectada boda; y cuidado que Blanca conocía muy bien á Lola; era una mujer fría, sin



duda; pero parecíale lo mejor de la casa, y muy seria; ¡ella podía serlo, no había pecado! Por supuesto, que Ramón era bueno, y aunque estaba empeñado en casar al joven, no le obligaría con ningún reproche.

—Familias así—decía,—como la de V., hay pocas. ¡Ah! Rafael, si V. supiera... Tendría yo unos trece años, ya era mujer... y se empeñaron en que me había de casar con un escribano amigo de casa, más viejo que el andar á gatas... con unos cristales verdes ante los ojos, que le ofrecerían verde hasta la comida, y verde mi cara, y todo verde; ¡hombre más mala sombra y más!... Vivía á la vera nuestra... Sacaba para sonarse un pañuelo de color, tres varas de largo, y tenía más moca en la nariz que pelos en la calva... Repugnante, sí señor, que era lo que ella decía. Porque hay viejos guapos y aseados; pero, no señor; ¡se le puso á la bendita de *mamá* en la cabeza que había de casarme con D. Miguel! ¡D. Miguel de mis pecados, fué causa de mi desgracia!

¿Cree V. que era más rico que nosotros? no señor; ¡qué había de ser! Pero que les dió por ahí á *mamá* y hasta á mi *papá*, que no pensaba más que en su ganadería, la ganadería de Cruz, bien nombrada en Sevilla...

Y el fin de todo esto era, que... yo tenía un novio, sabe V., Rafael, un chaval muy pintoso y volandero, con sus arambeles y zarandajas, y su capa siempre hueca de día y ceñida de noche... Nada, un juego de criaturas era aquello...; pero por no caer en manos del viejo, me



hubiera ido con el bandido de Ronda... y me fuí... con mi niño.

Desde entonces todo lo había perdido; el ingrato la abandonó... y ella...

¡Ah, Dios mío! y como estos recuerdos parecían conmover el corazón de Blanca, quedóse cual si no pudiera contener, ni aun con la volubilidad de su charla, las lágrimas que iban á saltar de sus hermosos ojos... Aun creía ver el patio de su casa lleno de tiestos de geranios, albahaca, rosas y las chumberas del jardín, y las madreselvas de la ventana, y recibir á su hermano que volvía muy jacarandoso en su gran caballo de recorrer las haciendas y del cortijo de su padre... Aquel mismo día, ¡oh! si Rafael supiera... pero no lo diría, era una necia... ¡Querer ir á contar sus pesares! Habíale llamado porque sentía hacia él una irresistible simpatía...

—Créame V., hijo; tiene V. una cara de hombre decente que me llena á mí de gozo. Luego una es supersticiosa y yo me dije: diría que Dios pone en mi camino este hombre... que no se parece á ninguno de los que mosconeán á mi alrededor como avispa á canasto de uvas... y esta noche le llamé para consolarme con su buen trato de V., porque este trance en que me veo... ¡es amargo!

Hablaba una mujer educada por los folletines de enredo, experta en la mentira de la novelaría. No quería revelar lo que le acaecía... mejor era callarlo; aunque Rafael pudiera ofrecer remedio á todo... ella no lo consentiría. Peña Rosales se había reído cuando ella hubo de



referirle su disgusto... y este era cada vez más agudo... aquella misma noche había estado en la casa un hombre... que hubiera podido servirle...

—Blanca—contestó Rafael completamente encantado por aquel dolor tan sincero,—serénese V. ¿Me tiene V. por un amigo? Puede que me sea posible dar á V. un consejo...

—¡Oh no, hijo, no!—replicó sonriendo con aparente incredulidad, fijando sus ojos en el palillero de plata, una figurilla que representaba un aldeano montado en un borriquillo con dos grandes tamboretas colocados á modo de aguaderas, erizados de mondadientes. Pasaba y repasaba Blanca su mano por uno de los borlones de la marquesita, metiendo en sus flecos los dedos.

Parecía preocupada, y como sin salir de su distracción dijo:

—Buena noche toledana doy á V., que á estas horas podía estar en la reunión del Conde.

—¡Oh no, Blanca, qué tontería!—replicó Rafael presa de un malestar creciente.

—Pero vea V. lo que somos las mujeres, había llamado á V. con el intento de que convenciese á Ramón sobre una petición mía, olvidando que V. no es como él, y que V. tiene madre y se respeta y les respeta... y no había V. de servir de embajador á una... Adiós, adiós, Rafael,—dijo repentinamente... es muy tarde, V. debe descansar... y yo parece que me siento mejor después de haber hablado con una persona tan digna... *de mejor compañía.*



¿Quién ha dado á la mujer esa destreza en las pasiones? Lo último, díjolo Blanca como ni la misma Tubau, artista tan perspicaz y observadora, ni Matilde Rodríguez, actriz andaluza que tan maravillosamente sabe mostrar combinadas la discreción y la coquetería de la viuda de *Los dulces de la boda*, pudieran haberlo hecho mejor.

Confesión doliente que revelaba.... bien entendió Rafael lo que aquello quería decir. Su ama, su fascinadora, había herido por fin, cansada de jugar con la víctima.

Ni pensar en su tío, ni alguna otra consideración, podía ocurrírsele al joven...

—¡Blanca! ¡Blanca!—gritó trémulo, enardecido, sonriente, suplicante, habiendo creído adivinar en ella, apesar del empeño que Blanca tenía en ocultarlo, un franco sentimiento; como antes entristecido había creído también ver por penetrante inteligencia la vida de dolor y de martirio que tras las indecisas frases de Blanca se ocultaban.... ¡Adivinar y ver! ¡Qué candidez!

Estaba loco, pálido el rostro, alegres é insinuantes los ojos, de pie, habiendo echado hacia atrás la butaquilla.

—Blanca, hermosa Blanca; dígaselo V. todo á su mejor...

—¡Oh, no, no!... no debo... adiós, Rafael...—dijo Blanca con un modo teatral, como profesor de esgrima que por gusto da á su discípulo una estocada falsa con la cual le toca para mostrarle la poca práctica; pues que no sabe defenderse de un tosco golpe y toma por mo-



vimiento de maestría la jugarreta hasta que el profesor descubre el juego; sólo que en Blanca hubo este placer, y no ofreció el desengaño.

Se iba, se iba á llorar á un gabinete, y prontamente abrió la puerta de la sala, y Rafael sintió ese ruido que al correr las mujeres en sitios estrechos producen las faldas rozando con los objetos, ruido muy semejante al azotar de alas de un ave que huye corriendo, asustada, y sin levantar el vuelo.

Rafael la siguió diciendo:

—Blanca, óigame.... dígame V...

Blanca abrió la puerta, miró al joven, hizo un gesto de súplica, y exclamó:

—Necesito llorar; y cerró tras sí la puerta del gabinete.

Rafael dió algunos pasos, disponíase, sin duda, á penetrar allí; estrechar por fin entre sus brazos á aquella mujer... pero el pensamiento que constantemente le asaltaba... le detuvo. Se acordó de su tío.

Tal vez su tío amara realmente á Blanca. Según le había oído decir, Blanca no tenía, como aseguraban algunos, dos amantes, esto era completamente falso... era viuda por la muerte ó la ausencia de muchos. ¿Era amiga de gastar? ¿Qué otro bien le quedaba, habiendo perdido su reputación? Pero quizá muchas mujeres quisieran tener su *pesqui*, y más confiaría en ella Peña Rosales, que en otra de mejor fama.

¿Cómo, dado esto, podía el joven herir á traición? ¿No sería aquella mujer quizá un medio



por el cual su tío Ramón habría resistido en favor de toda la familia sus deseos de casarse? ¿Quién sabe? ¿Quién podría negarlo?

Hallábase Rafael en una sala, en la cual había la misma profusión y el recargo mismo que en el gabinete; pero estaba dispuesta con mejor gusto y había detalles de elegancia verdadera, y algo como un sello de originalidad en todo, que distraía.

Bajo un cuadrado y ancho espejo con marco de acero bruñido y cincelado, veíase un cuadro de Lizcano; un lindo juguete que representaba un tercio de circo taurino, con su público del tendido de sol, compuesto por multitud de tipos variadísimos, y bajo el cuadro de éste una cosa extraña; un disco de ébano calado á taladro y mostrando pequeños óvalos, en cada uno de los cuales se veía el retrato de un torero.

Había un precioso reloj dorado en medio de dos bonitos candelabros, dos Mefistófeles con sus risas en ángulo, sus ojos saltones, sus bigotes en punta hacia arriba, sus largos dedos, con los cuales agarraban el lanzón de que partían los candeleros.

Diríase que allí se podían estudiar las edades distintas en la fortuna de Blanca. Diversos sujetos habían ido dejando el rastro de sus gustos y saciando multitud de caprichos de aquella mujer. Cuadros, esculturas, cajas de formas raras, sillas, jarrones, mil y mil chucherías. Todos aquellos objetos habrían sido deseados con lágrimas, con desesperado sentimiento; muchos



habrían supuesto otros tantos robos al deber de satisfacer necesidades de familias honradas... ¡Ofrendas del vicio... polvorientas, olvidadas ya, representando estímulos de pasados deleites!...

Pero ni en esto ni en la llamativa de la sillera amarilla, estilo Luis XV, ni en la elegante mesa de confidencias, se fijaron los ojos de Rafael, ni nada le hizo entonces pensar; debíase á una lucha íntima... atacaba sus deseos; veía cómo su voluntad hallábase rendida casi...

No se atrevía á pensar allí en su ideal Enriqueta... Diciéndose que debía huir en tal sitio de aquel recuerdo, huía de él, porque ya le había profanado.

¡Oh, todo menos la villanía de enamorar á la querida de su tío... Ella misma, ella lo debió comprender así... ella quizá le amara, y tal vez con un amor verdadero, y no impulsada por los deseos que ardían en el joven...

—¡Cierto, cierto, esta es la vida!—decíase ya con ese hábito adquirido por los que, acostumbrados á estudiar la moralidad de sus impulsos y de sus actos, suelen acogerse por defender sus debilidades á veces á las ideas más contrarias de las suyas.

¡Era fatal! Pero cuando la fuerza acumulada es un tesoro, cuando la educación da direcciones firmes á la voluntad, la voluntad lucha con éxito; es fuerza que hay en nosotros, pensaba, es garantía de nuestra libertad.

Había en el hidalgo temor de Rafael una resistencia. Huiría de allí, pero tranquilamente, no de un modo ridículo, preguntando á Blanca



qué era lo que de él esperaba, se decía... disculpando el deseo que sin duda tenía de entrar á verla.

Fluctuación de la conciencia... instante supremo, no es el bien ni el mal lo que se juzga, nublándose la razón suelen aparecer los términos trastrocados.

La puerta se abrió y apareció Blanca; venía pálida y acercóse con lentitud á Rafael...

Le suplicaba que la dispensase; al día siguiente podrían verse, y tendió su mano al joven, cariñosa, pero conservándose en cierto recato, que parecía decir: Peña Rosales nos separa.

—Adiós, Rafael... Es V. mi único amigo. No deje V. de venir.

Rafael temblaba...

—No me iré—dijo casi en voz baja—sin que usted me diga... qué es lo que la ocurre. Y si es posible que yo...

—No, no es posible. Pero lo diré, ¿por qué no? si V. no ha de reirse de mí. Hace días he sabido que se vendía la casa de mi padre, que poseía un desconocido... allí nadie hay que recuerde que yo existo.

—¡Ah! y V. quería comprar esa casa para retirarse allí, vivir oculta en un sitio que le trae á la memoria sus días...—detúvose Rafael...

—De inocencia... sí, de inocencia...—dijo Blanca.

—¿Y V. quería que yo hablase á mi tío para que le ayudase á V.?

—Sí, pero esto es imposible; no quería sino



que él me prestase tres mil duros, sin interés, para antes de tres días... casi me lo había ofrecido, pero luego se ha negado, y la casa se vende mañana; si deposito la cantidad aquí y aviso por telégrafo, allá dan el dinero y la casa es mía...

—¡Tres mil duros!—murmuró Rafael.—¡Qué cosa más extraña!—pensó para sí...

—Pero tengo, tengo mucho más de veinte mil para las gentes y unos diez ó doce mil á lo más, que maneja Ramón,—añadió Blanca.

Y con creciente vivacidad expuso á Rafael sus deseos aparentes. Tendría dinero; dentro de seis ó siete días podría comprar finca de más valor porque antes de cuatro días recibiría el precio de una quinta que había vendido, al tener noticia de que la casa que fuera de sus padres otro tiempo iba á salir á pública subasta. Ya estaba en su poder la escritura y cumplíase el plazo para recibir los ocho mil duros en que habían tasado la finca, dos días después; pero el comprador no se hallaba en Madrid, estaría en camino quizás. ¿Cómo hacer el depósito para la compra de la casa *paterna*? ¡Increíble parecía que por cuarenta y ocho horas se viera en peligro de perder para siempre aquella casa en que había nacido y se había criado, donde quería ir á ocultar sus remordimientos y su vergüenza!... Recurriría á la usura; aquel caballero que había llegado de Badajoz haría el préstamo; pero primero que aseguraba la garantía, el tiempo habría pasado.

—¿Tres días dice V., no es eso? Pues bien, tal vez yo...—dijo Rafael.



—¡Oh no, amigo mío, no! Repito que Ramón me lo ha negado.

Vacilaba Rafael; ¿había de entregar á Blanca el dinero con que quiso favorecer á Martinotte? Ella era quizá más desgraciada, que Enriqueta, atrevióse á pensar. ¿Por qué no?

Se cercioraría de todo, y si había seguridades de que á los tres días contaba con el capital, lo entregaría.

Hizo acerca de esto algunas preguntas con la mayor delicadeza; en efecto, aquella mujer, como sin sospechar siquiera las intenciones del joven, mostróle un contrato de venta, pues de compras y de ventas falsas jamás le faltaban para lo que fuere necesario en sus enredos, artimañas, martingalas y trapisondas, con fechas supuestas y apócrifas firmas.

A los dos días, según constaba en el documento, recibiría Blanca la cantidad ya dicha... Estaba, pues, su deseo en peligro de no ser cumplido por cuarenta y ocho horas; ¡tan sólo por cuarenta y ocho horas! y si ella entendiera los negocios, al día siguiente estaría todo arreglado, puede que encontrara dinero... pero ni aun con las mayores seguridades fía nadie á una mujer... como ella. Sólo Ramón... y Ramón ya sabía el joven lo que de Ramón le había dicho.

—Vaya—contestó resueltamente Rafael.—todo está arreglado.

—¿Arreglado?—preguntó Blanca.—¿Y quién lo arregló?—dijo con viva extrañeza.

—Yo.

—¡Usted!—Abrió los ojos por admiración



Blanca, y parecía cual si dudase de que el joven hablara en serio.

—Sí; yo que tengo en mi poder un talón del Banco por valor de la cantidad que V. quiere; véale V.—dijo el joven sacando de una preciosa y pequeña cartera de piel de Rusia con iniciales de plata el documento que le había enviado horas antes su tío.—Pero necesito esta cantidad en ese plazo—añadió gravemente;—es un dinero para negocio de mucha urgencia. Blanca, V. me inspira la mayor confianza—dijo con voz pausada y grave gesto.

¡Confianza! ¡confianza! ¿Qué veía, qué oía Blanca? Riendo, casi llorando á la vez de enternecimiento, miraba al joven; bien dijo ella, que Dios mismo había puesto á Rafael aquella noche en su camino. En efecto, parecíale á Rafael también providencial tan rara casualidad.

—¡Oh! es V...—le dijo Blanca, y se detuvo como si la emoción embargara su voz...—el mejor de los hombres, es V. un ángel...—y mirándole como ciegamente enamorada ya, no sólo por aquel generoso rasgo, sino porque no le fuera posible dominar su pasión, parecía llamarle á sus brazos, abiertos y tendidos, con sus ojos llenos de deseo, seno palpitante y boca entreabierta é incitadora.

Después tomó en sus manos el talón que Rafael le presentaba, y dejándolo vivamente sobre la jardinera que á uno de los ángulos de ésta había estado apoyada, quedó muda, agradecida, pero como olvidándose de todo, y esperando algo que supondría más que el oro que



acusaba aquel talón, más que lo que le pudieran suponer las riquezas.

—¡Ah! Rafael—dijo con afectación, pero ya sin aquel descuido que en exagerar, y como de propósito había empleado, y añadió con voz trémula:—un solo favor le pido... y es que no salga V. de aquí hasta que le haya entregado el dinero; es una garantía que me llenaría de gozo; si V. la rechaza, será un desprecio... No, no aceptaría su préstamo. Su tío de V. desde las Nieves saldrá para Andalucía; ha de estar fuera algún tiempo; quédese V.....

—¡Blanca!... ¿Aquí?—exclamó el joven entre asustado y gozoso.

—Sí, sé lo que me va á decir—exclamó Blanca con voz llena de sensualidad,—que en esta casa no hay para un hombre decente más que una habitación... pues bien, acéptala... te adoro.

Rafael nada vió; arrojóse en los brazos de Blanca, loco, convulso, enardecido por frenesí, embriagado por el deseo... Acercó hacia su boca la cabeza de Blanca, que, cuasi desmayada, languideciendo, parecía no poder resistir ya á la dominadora pasión que le subyugara...

Rafael depositó un beso en los labios de grana de aquella mujer, en los labios que eran el mayor instrumento de tiranía y de perversión; en los labios que, como en el pequeño agujero que en el fondo de todo remolino, por ancho que sea, existe, caían honradez, riquezas, los tributos exigidos fuera de toda ley por los intrigantes, á los pobres que intentaran lograr favor para útiles empresas; la fortuna de las



familias... la potente voluntad de los hombres de más energía, la fe en los ideales... la libertad de la Patria... ¡todo! Al choque de la ardorosa naturaleza de Rafael y la viciada naturaleza de Blanca; al choque de aquellas corrientes opuestas, al choque de aquellos labios, tal vez se engendrara el drama.

¡En el capullo palpitaba el rayo!







## XIV

### A Nuncina



ABÍAN aparecido los cristales de los balcones con relieves de cristal superpuesto; eran arborizaciones lindísimas, estrellitas, palmas entrelazadas, laborcillas graciosas, lindezas y primorosidades del hielo, transparencias de pantalla labrada fina y delicadamente.

El mes de noviembre se había despedido con fuertes lluvias y vientos fríos, y el de diciembre amagaba cruel con un temporal largo de hielos y nieves. Nuncina y Enriqueta se hallaban sentadas ante la chimenea del comedor; aquélla apuntando en el estrecho libro, llamado Agenda doméstica, la cuenta del gasto diario, moviendo los labios como hacen las mujeres cuando pasan la suma del rosario ó rezan la tabla de sumar; mordisqueando el lápiz, parpa-



deando y mirando repetidas veces al techo, y Enriqueta envuelta en un fuerte chal, con sus dos piececillos ante la lumbre, y por el frío estremeciéndose á veces como hojita en el árbol. Estábase ociosa y mirando el fuego.

Mr. de Martinotte se hallaba enfermo, habíale ocurrido un extraño lance.

Al siguiente de haber acaecido lo narrado en el anterior capítulo, había ido Mr. de Martinotte en casa de Peña Rosales, y allí hallóse con estas líneas en una carta que para él había dejado Peña Rosales:

«Sr. Martinotte: Suponía que vendríais; la burla no se ha cumplido, no es fácil que un gabacho se la dé á un mozo de mis prendas; el chico estará gastando á estas horas lo que sabéis.

Me figuro cómo pondréis la cara al ver esto, y me voy riendo y reiré como un loco... ante Mr. Danón, digno de nuestros favores.»

Bien extraña fué en efecto la cara que puso el francés; no comprendió palabra; el pobre anciano quedó como si se le fueran vaciando las venas; temblando de cólera, ahogado de angustia, y gesto de espanto... Poco después, le acometieron un frío de calentura y unos fuertísimos dolores... al llegar á su casa se acostó.

—Se ha perdido todo, y acaece lo que no acierto á comprender—dijo á su esposa.

Nuncina la noche anterior no había pegado los ojos, velando á su padre, que se hallaba enfermo todavía, y á Enriqueta, que no se hallaba tampoco muy buena, molestada por un catarro



pertinaz tal vez más grave de lo que pensaban.

Nuncina había oído durante la noche los carruajes que se retiraban á última hora, dejándolo todo en silencio tras de su fuga estruendosa; poco después habían pasado canturreando algunos chulos soeces, sin duda borrachos, y luego volvió á reinar profundo silencio, á punto que pudo oír Nuncina el zapateo del sereno vigilante; el infeliz, por combatir el frío, sin duda, había andado durante toda la noche de esta á la otra acera, de éste al otro quicial, azotando sus manos enguantadas, echando bajo el brazo chuzo y farol y escondiendo su cara en la amplia bufanda.

Andaba por Madrid ese invisible bandido del Guadarrama, que armado de filos agudísimos, acecha en las encrucijadas, espera á los que agitados por su activo caminar vienen sudosos, á los que salen de respirar la pesada y caliginosa atmósfera de los cafés y de los casinos, y del tibio ambiente de los teatros... y les hiere en los pulmones, robando vidas, como un ladrón roba bolsas en día de revuelta.

Nuncina había pasado la noche, ora acudiendo á ver si su padre dormía reposadamente, ya si su hermana descansaba; atendió á mirar por entre los visillos á la calle, quiso leer, se distrajo en sus pensamientos, intentó dormir y no pudo, y ya cuando llegaba la mañana al acercarse por un medicamento á un veladorcillo de la sala, hallóse con una cartita metida en sobre-cillo de tarjeta y leyó en él: «A mi querida Nuncina.»

Era de la niña; pensó al principio que podía



ser como otras veces una de tantas cartitas en las que le hacía encargos; que se le compraran estos hillos ó aquellas vejiguillas de color verde, blanco plata, negro hueso, siena de tierra, ó lápices; pero cuando esto hacía acostumbraba á poner en el sobre: «A Nuncina la distraída...» aquella cartita podía ser cosa de importancia, pensó, sonriéndose Nuncina, á quien divertían estas innecesarias conjeturas, pues le era bien fácil salir de cuidado... La cartita estaba abierta.

Iba á leerla cuando llamó débilmente el padre, al cual los agudos dolores de neuralgia facial no habían concedido reposo hasta aquella noche. Ni pulverizaciones de éter, ni cloral, ni lociones de agua fría, nada pudo combatir la pertinacia de su dolencia.

Luego que hubo terminado sus cuentas, Nuncina miró á su hermana, hizo un gesto de viva expresión y exclamó:

—¡Ah!... aún no he leído la carta de la niña.

Dió á ésta un fuerte beso, y por signos hizo-la comprender que había hallado la carta, pero que aún no había podido pasar por ella su vista...—¿Donde diablos estará?—pensó Nuncina buscándola; al fin la encontró, tenía-la en su bolsillo. Buena estaba su cabeza después de tantas noches de insomnio como llevaba.

Enriqueta parecía turbarse un poco y como si temiera y deseara que su hermana leyese la carta... Luego tomó una taza llena de verdoso y humeante cocimiento de malvas y naranja y sopló leve la superficie del líquido, esparciendo el vaporcillo que exhalaba... y á sorbitos y á



soplos bebió con lentitud el contenido de la taza.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Jesús qué niña tan especial!...  
—disparó en voz tumultuosa por risas y palabras. Nuncina, dejando caer su cabeza sobre el respaldo de la silla como quien no puede moderar el cosquilleo de regocijo inesperado, tenía en sus manos abierta la carta de la niña, y no bien volvía á fijar en el papel sus ojos, tornaba á su risa.

Llena de asombro mirábala Enriqueta, como no acertando á explicarse la causa de aquella risa, que ella veía.

¡Oh! cuán sensible nos es, lector amado, no poder transcribir aquella carta, toda ella impregnada de sin igual candor, tan sentida é inocente en expresiones, que muy bien pudiera tomarse por extremoso empeño nuestro en poner de relieve la infantil condición moral de Enriqueta, cualquier período que aquí del largo escrito recordáramos.

No nos detiene semejante cuidado; antes creemos que lo que á la verdad se debe, á la verdad obliga; pero no teniendo en nuestras manos éste como otros documentos de la presente historia, ¿quién se atreve á remedar el gracioso desaliño, la virginal sinceridad, la pureza de aquella alma, vivas en el estilo? Tal intento sería igual al del que en flores contrahechas quisiera poner el suave perfume de verdaderas flores. Fuera el que esto escribe tan dulce como Sterne, delicado como Armando Palacio Valdés, y tal propósito aún detendría su tosca pluma.



No hacía tres años, la familia de Mr. de Martinotte, cuando este, asociado á un activo catalán, prosperaba en sus negocios, fué á Dax; de allí al palacio de la Condesa de Vedoredon, y en éste recibió Enriqueta una sorpresa que nosotros llamaríamos primera profesión, revelación difusa de lo que era el amor.

Dos aldeanos, el joven Patineur, vendedor de bollos y dulces, que con un borriquillo y su carrito de dos ruedas recorría las alquerías y los pueblos, y la linda moza Rosse, hija del hortelano del palacio, hacía tiempo mantenían relaciones amorosas.

—El Sr. Patineur, decían á Rosse, no ha venido con su arcón rodado de bollos y confites, bien se conoce.

Y la muchacha, al oírlo, pasaba y repasaba con sus dedos los bordes de su delantal, bajando la vista y con la cara encendida de rubor.

Entonces enteraban á Enriqueta de la causa por que la muchacha estaba triste. No había venido el Sr. Patineur.—¿Puede ponerse una persona triste porque tarde en venir un confitero? —preguntábase muy admirada la niña y hallaba que Rosse debía ser el propio espíritu de la golosina.

Un día comunicó á Nuncina su extrañeza.

—No te admires; Patineur y Rosse son novios, se quieren, van á casarse, no bien el confitero pueda comprar otro borriquillo—le contestó Nuncina.

Durante un corto espacio de tiempo debieron estar enojados Rosse y Patineur, sin duda



aquella por lo *manoseador* y atrevido que era el mercader de bollos, y esto se supo y esto preocupó á todos, que daban continuas bromas á Rosse. Pero un día Enriqueta asomada á una de las ventanas del palacio, ve en la pradera un borrico muy lucido, tan listo como un buchecillo y ya tan fuerte como hecho y derecho asno.

Rosse salió á echar á aquel intruso, mas el burro huye retozón con sus orejas de cucurucho afiladas, huerta á dentro. Corre la muchacha á sujetarle; y de una á otra parte fué persiguiendo la moza tras el animalillo á punto de que ya se hallaba rendida, cuando aparece por la opuesta parte el confitero exclamando:

—Pícaro burro; ayer le compré, y ya no bien le he desenganchado, el bribón se escapa.

—¡Ay! las lechugas, los fresales, los rábanos, todo lo destruye ese animal—decía maldiciendo al borriquillo la muchacha.

Nada de esto podía apreciar bien la sordomuda, pero casi adivinaba las exclamaciones por la acción. Como visiones cómicas de linterna mágica, la divertían con su carrera; la moza corriendo de un lado asustando al burro, el confitero del otro, haciendo lo propio, y ambos con los brazos extendidos y moviéndose casi de igual modo, según que el burro, colocado entre los dos y como director de la danza, iba bien para esta ó para la contraria parte.

Corriendo por atajar al asnuelo, salieron de la huerta, y allá lejos de la casa se encontraron Patineur y Rosse, á cada uno de los lados del



fugitivo, ya jadeantes y rendidos. Debieron cruzarse palabras que templando el anterior enojo dieran salida al dormido amor; lo cierto es que ambos amantes se unieron en un beso, montáronse después amigablemente en el borriquillo y volvieron á la quinta. A los pocos días se casaron, y Nuncina tuvo que explicar la razón de todo aquello á Enriqueta, que asistió con la Condesa, madrina de la boda, á la ceremonia, y supo que aquellos dos que habían montado en el burro casamentero, vivirían en la misma casa y dormirían en el mismo lecho.

—Eso se hace, cuando dos se aman y son el uno para el otro,—habíale dicho Nuncina.

Después la niña ya tuvo más clara idea de todo esto, y leyó en libros y novelillas qué cosa era aquel cariño, y cómo uno y otro de los que le sentían, debieran procurar hacerse mutuamente felices.

Ella había sentido este afecto, no había duda, por Rafael; hubiera deseado estar siempre á su lado, y que llegara un día en que fuera honestamente legal... vivir en una misma casa y partir una propia vida. Mas sentíase inferior á aquellos seres que la rodeaban, á todos cuantos veía. Algo que no acertaba á comprender en el silencio profundo á que estaba condenada, tenían los demás; eso que llamaban el habla y que tan fácilmente á todos juntaba, no bien se producía el movimiento de los labios. ¿Podría ser feliz Rafael con una muda? Nadie había cautivado sus ojos expertos, como ningunos, por el perspicuo ejercicio á que estaban habituados, como



aquel joven...; sin que él la escribiese... ya creía ella haber entendido cuanto pudiera decirla.....

Un día le comprendió el joven aquel que había visto por vez primera casa de Isabel Henaz, y que, según ésta le dijo, había salido encantado de la hermosura de la sordo-mudita, la quería, la quería como Patineur á Rosse...; le comprendió, no pudo expresarlo... desbordóse su alma, y besóle en la frente.

Rafael no era tosco cual Patineur; demasiado pronto debió comprender que con aquel beso nada había dejado ella de su pureza; antes sellara en la frente del joven un signo de pudorosa alianza.

Al día siguiente Rafael no volvió; pasaron algunos días, y acaeció lo mismo...; la niña escondióse á llorar, se había engañado...; él no hacía sino compadecerla como todos, y no la quería como sus hermanas siquiera. Por otra parte, ella comprendía que condenarse el joven á vivir con una sordo-muda, era imposible.

Entonces ¿qué podían significar aquellas ambiguas expresiones que alguna vez él había escrito? Tal vez no hablase por ella; puede que aquella á que él se refería, sin nombrarla, y á la que amaba según decía... fuera Nuncina. ¿Sería Nuncina? No cabía duda; era ella.

¡No importaba, la niña se resignaría, sería aún más muda de lo que era en realidad, guardando en su pecho aquella ilusión; pero si Nuncina amaba al joven, qué ventura, ella viviría eternamente al lado de ambos!

He aquí lo que Enriqueta decía á Nuncina



en la carta, acusando á su hermana de que era poco afectuosa con Rafael, y por esto sin duda él no vendría, y al propio tiempo la niña hacía memoria del borriquillo casamentero y decía, *jalegremente!* que ella haría el papel del asnuelo del Sr. Patineur, el confitero.

Ocultaba á su hermana que muchas tardes á la hora que Rafael acostumbraba á ir á la casa, asomábase al balcón... y siempre, siempre esperaba verle llegar. A esto quizá se debía el fuerte catarro que entonces le aquejaba.

—¿Pero de qué te ríes?—preguntó por señas á Nuncina.

—«De tu linda ocurrencia»—escribió Nuncina en la pizarra que había tomado apresuradamente; y acercándose á Enriqueta uniéronse las dos lindas cabezas sobre el telégrafo y entablóse este diálogo por escrito:

—«¿Le quieres?»—escribió Enriqueta.

Nuncina, bien por no haberle desagradado la idea, ó tal vez por dar una alegría á su hermana, contestó:—«Puede que le llegara á querer.»

—«¿Más que á mí?»—«¡Oh! eso nunca; haría lo posible por vivir á tu lado y que vivieras con nosotros, pero será inútil... él ha debido salir para París hace dos meses, habrá ido con su tío, según dijo papá.»

—«¿Y no volverá?»

—«Qué se yo, niña mía.»

La niña palideció, fijó sus hermosos ojos en Nuncina, luego sus ojos se humedecieron y echóse á llorar.

—¡Ay, qué criatura!... si no fuera tan ignoran-



te de todo como un niño, cualquiera diría que le amaba—exclamó Nuncina.

El tardío desarrollo del espíritu de la niña para todo aquello que de fácil comunicación y trato resultara; la protección especialmente cariñosa de sus padres y sus hermanas y el compasivo afecto que á todos inspiraba, hacían pensar á la familia que Enriqueta se hallaba más aislada de lo que realmente podía estarlo. Ninguno hubiera sospechado, ¡extra-vío, muy extraño al parecer y más frecuente de lo que se cree! que Enriqueta podía sentir el amor.

¡Qué sabía la pobrecita!

Como si fuera necesario conocer y distinguir la índole de los afectos para sentirlos.

El misterio y la intimidad á que obligaba la comunicación artificiosa era tan frecuente, que á nadie habían extrañado los diálogos mantenidos, sirviéndose de la pizarra, por Rafael y la niña.

Y era tan afectuosa y agradecida Enriqueta, que el menor disgusto ó la insignificante apariencia de su desaire le causaban llanto.

—¡Buenos días, Nuncina!—exclamó Luisilla entrando;—papá está mejor, mamá no ha sentido reuma y yo tengo apetito... Ah, ¿pero llora la niña?—preguntó mirando á Enriqueta.

—¡Qué tontería! como es tan cariñosa, acuér-dase de su amigo Rafael, y como ya no viene... —dijo Nuncina.

—¿Rafael?—replicó vivamente Luisilla;—Pilar me dijo que le había visto en la Casa de



---

Campo en un carruaje con una señora muy guapa... ¿Se habrá casado?

¡Oh, cuán feliz puede ser el que se ve libre y escudado de las imprudencias de un indifere-  
rente ó de las de aquellos que ignoran los se-  
cretos de nuestro corazón! Ella no oía.







XV

## Relámpagos lejanos



CAECIÓ al siguiente día un suceso que no debemos pasar en silencio.

Por la mañana se había dicho Romero Díaz: lo menos hace dos meses que no he visto á Rafael; ¿se habrá marchado? ¡En verdad lo sentiría!

Era Romero Díaz el más extraño sujeto que darse puede á la curiosa mirada; vestía con pobre traje, muy limpio y muchas veces restaurado. Era su cara fea y simpática; cada facción tenía su valor especial en el lenguaje de gestos; al hablar todo el rostro hacía lo á la vez, los ojos punteaban, la nariz daba en fruncimientos las interrogaciones, la boca sonaba y á la vez bailaba en idioma de signos y las cejas tenían con las verticales arrugas de la frente su valor ortográfico, en aquella faz que parecía una página



escrita y borrosa... «una galerada mal corregida,» según el mismo Romero solía decir.

Su historia era tragi-cómica. No había seguido carrera alguna, íbanle siguiendo tres, pero no habían logrado alcanzarle; según también decía, «era un estudiante de medicina á punto de tener miedo á la sabiduría en esta ciencia; de derecho lo bastante para torcerse con cierta conciencia de lo que hacía; de filosofía y letras lo suficiente para tener la higiene de preservarse de la metafísica.»

Le gustaba mucho charlar sin ton ni son y era algo chispeante en sus dichos.

Como periodista, tenía temperamento para el más rudo servicio del periódico, la noticia... «Salgo, pongo mi sensibilidad al servicio diario por veinticinco duros al mes; llega un suceso, éntrame el calofrío de la sorpresa, siento la agitación... ¡á la redacción! fijo el suceso en el papel, le entrego, el activo cajista compone la noticia, rueda la máquina, sale húmedo el periódico, le vocean los chicuelos vendedores, querubines del progreso con alas de papel y chillidos de locomotora; leen la noticia las gentes, se ríen los tenderos, como siempre, de lo que no entienden; cabildean los políticos; húndense los Gobiernos, y yo me voy á mi casa muy satisfecho llamándome *celulilla nerviosa de la sensibilidad pública*. Título que he de hacer escribir en papel de cristal hilado cuando se invente.

Adivinaba las noticias políticas, no faltaba á ningún estreno, y hallábase en todas partes; casi todos los periodistas le querían; un día Pe-



ris Mencheta se había parado á hablar con él cinco minutos!!! Conrado Solsona, Luis Soler, Ordax Avecilla, Ojea, Vera, Torromé Moya, Félix Llana y Pastor, eran sus buenos amigos; Julio Burell, Malagarriga, Comenge, y sobre todo el activo Andrés Solís, le estimaban verdaderamente; había sido compañero de Ginard de la Rosa en *La Nueva Prensa*; tenía pretensiones literarias, y recomendado á Ruiz Martínez por el abogado Javier Andrade, había podido publicar algunos trabajos en *La Revista de España*. No era mal muchacho.

Él decía que respetaba al Dr. Laureano Calderón, por hallar que era el ejemplo vivo de lo que Romero deseaba fuera imitado «por muchos.» Laureano Calderón, que al verse arrojado de su cátedra por su independencia, había abierto su laboratorio al servicio de la industria.

Un escritor que fuera patriótico y laborioso conquistaba su entusiasmo, y por eso tenía en tan gran estimación á Pedro Novo Colson, joven, historiador ilustre ya y escritor científico notable.

Un día, él y Rafael comieron en «Los italianos.»

Romero repetía al joven que él lo esperaba todo «*de su voluntad y todo del trabajo;*» seré un Humbug del «*Paris en América,*» de Laboulaye, y añadía:

—Las desdichas educan la voluntad, y el trabajo va acumulando fuerza en nosotros. Es esta una higiene contra la perversión que esclaviza al cuerpo, contra la corrupción que envilece el



alma, contra la tiranía que borra del mundo á los pueblos más nobles y altivos.

Fueron luego al Teatro de Apolo, donde los aventajados discípulos de Mario, Sánchez de León y Rubio estrenaban un juguete cómico.

El teatro estaba lleno de periodistas y literatos.

—Rafael—íbale diciendo Romero en tanto buscaba su asiento,—hay que ser un poco obrero y á veces un poco soldado. La cuestión es merecer ser libres; en mereciéndolo... no hay más que decir... la democracia tiene una espada con puño de brillantes, acero bien templado y filo bien agudo. ¡Castelar, Pí y Zorrilla, lo que fuere sonará! El mundo no se detiene por un chinarro... A mí, como al honrado Duque de Egurkija, se me da un ardite la restauración. No halló bueno en todo esto ni hallé nunca sino aquel noble rasgo de D. Francisco Enciso, que en pleno período revolucionario creyó que con D. Alfonso habían de extinguirse los odios, y defendió aquella causa con su pluma en tiempo en que podía ser peligroso hacerlo, cuando los que hoy mandan eran revolucionarios... En tanto él se halla en su casa quizá convencido de que la democracia y la monarquía son incompatibles. *Desinat in piscem...*

Luego habló de lo que más interesaba á Rafael por entonces; mostróle los literatos más notables, Echegaray, Sellés, el escritor de más audaces pensamientos; Cano, el poeta inspirado; á Picón, elegante como un caballero muy jaque á la madrileña y revelando en los delica-



dos perfiles de su fisonomía la finura de su ingenio; á Armando Palacio Valdés, observador profundo y escritor inimitable; á Luis Taboada, á Eusebio Sierra, á Javier Burgos, al ingenioso Eduardo Palacio, á los viejos, en apariencia, Bustillo y Sánchez Pérez, y á tantos otros... Era aquel un mundo de obreros celosos; todos se conquistaban palmo á palmo el terreno. Aquel es Blanco Asenjo, el otro Chaves, el de más allá, que parece un soldado de los tercios de Flandes, es Zapata, el que está á su lado Ramos Carrión... Halláronse á Abarzuza, á Nankens, á Matoses y á Bofil... En un día conoció Rafael de vista á casi todos los escritores, grandes amigos de Romero, y le fué nombrando tantos, que sería cosa de no acabar. Todo esto que la centralización acumula aquí estaría repartido por todas partes y ninguno de estos libres espíritus vivirían en esta villa de Madrid.

«De Madrid viene Madriguera»—decíale Romero.

Hay niños favorecidos por la fortuna; básta-les santiguarse, llevar la mano á la frente, como quien dice: «el pensamiento;» luego al estómago, cual si dijeran: «sujeto á éste,» al lado izquierdo, diciendo: «el corazón;» luego al derecho, añadiendo: «á un lado,» y por último, la mano á la boca como quien termina: «y con esto á comer, y comen.»

Romero Díaz se proponía presentar á Rafael en todas partes, en el Ateneo, en el Fomento de las Artes, en cuantos círculos y sociedades existen en Madrid.



—Conocerás á hombres que valen, oirás conferencias al Dr. Calderón, á Letamendi y al Dr. San Martín, á Azcárate, á Gabriel Rodríguez, á Pedregal, á González Serrano, á Fatigati, etc.; en fin, verás otras gentes. En cuanto á este mundo de la politiquilla, acabará por derrota ó por bancarrota; vendrá la enfermedad de la decadencia en los imperios, el socialismo de abajo respondiendo al socialismo de arriba, de lo alto bajará el socialismo burócrata y militar y el pueblo ha de pedir que le acuartelen y le mantengan. ¡Ya ves, el monopolio todo lo absorbe!—Las opiniones de Romero Díaz no podían manifestarse con mayor sencillez.

Al hablarle á Rafael de su tío no se mordió la lengua, antes bien, le dijo que Peña Rosales tal vez aparentase más influencia de la que tenía en realidad; pero algo habría cuando él daba á precio sus servicios; con este motivo expuso á Rafael en breves palabras lo que él llamaba *la teoría del lío*:—«Un hombre criado junto á papá y mamá, pasando por la escalerilla del Instituto, saliendo un parlanchín de la Universidad, llega sin conocer el mundo ni sus luchas á ser un hombrecito ó lleno, de tontorías teóricas, ó de vicios, ó de ambas cosas.»

¡Hay que buscar el *seguro*!—dicen los papás. No puede vivir por sí y para sí el nene, ¡vaya un destinito!.... y una boda negocio.... Comienza el *lío*, fíjate: este lactante para toda vida, no tiene dentro de sí ni el menor grado de voluntad.... otros se encargan de mantenerle, guiarle y utilizarle.... y hará lo que



otros y conforme otros lo han dispuesto. Tiene una mano para escribir de tal á tal hora, en tal y cual casilla, una memoria para recordar lo que convenga... ¿la señora tiene capricho de figurar? pues le harán al nene hombre público... entre el presupuesto y el expedienteo, las dos mamás del socialismo burocrático, va engordando el que luego es legislador y consejero de las compañías que señalan y monopolizan el tráfico del carbón de piedra, marcan tarifas arbitrarias para las circulaciones de los productos, toman para sí las mejores empresas... combinan de este modo, si son extranjeras, que lo que á sus países pueda contrariar la aduana, lo arregle á maravilla el monopolio; las minas se paralizan y las fábricas lo mismo, ni tienen carbón ni pueden hacer circular el producto, ni soportar los tributos... Claro que si el industrial iba á levantar una casa no lo hará... el contratista no come, ni los obreros de las minas, ni de las fábricas; ni vive nadie sino dependiendo de anteayer y esperando pasado mañana; en este país cabrá que busquen revueltas esos idealistas de quimeras ó esos alucinados que quieren convertir el mundo en un Asilo-Schfleire, en un cuartel monárquico-bismarkista... Mira á las entrañas enfermas de este pueblo... y verás el microbio del lío: el nene. De eso se hubiera formado un hombre, si en vez de un convaleciente sin energía, la lucha del trabajo hubiera hecho de él un ciudadano dotado de la poderosa fuerza de los yankees.. la voluntad.



¡Por de pronto ya el Estado se ha convertido en tendero de ultramarinos de la clase de tropa!

¡Y á mí que me da gana de llorar de rabia todo esto!—terminaba diciendo Romero Díaz.

Quizá hayamos molestado al lector, pero nos era necesario referir cuanto hemos dicho, porque ello fué lo único que oyó Rafael contrario á lo que en casa de su tío escuchaba; no se preocupó mucho Rafael con la charla de Romero Díaz, quizá no prestara gran atención á ella atento á mirar el público del teatro; ó bien creyera que había gran exageración en todo ó tomase por vulgares, como eran las palabras, las ideas que expresaban.

El joven Romero Díaz, á quien acabamos de retratar someramente, y que ya conocían nuestros lectores, vivía en las afueras de la ciudad en un grupo de casas de obreros, situado no lejos de aquel lugar de que hubimos de ocuparnos al comienzo de esta historia y donde acaeció el suceso que tan honda impresión produjo en Juanote.

La mañana misma que tan gran extrañeza causara á Romero Díaz no ver en tanto tiempo á Rafael, había lanzado la exclamación con que dimos comienzo al capítulo, frotándose las manos, chupeteando un cigarrillo, y pluma á la oreja, dejando en suspenso el capítulo de una novela alegre y cortita, que días antes le encargara por quince duros un editor.

Hallábase cerca de su pajarera, tal nombre daba á su librería, porque andaba revolviéndola siempre y porque además solían decirle que te-



nía la cabeza á pájaros; la mitad de estos pájaros todavía no habían sido pagados á Guío, á Fe, á Guttenberg ó á Gaspar. Había estado escribiendo desde las tres y media de la mañana, no habiendo tomado sino una media onza de chocolate con una yema de huevo batida, y así estaría hasta las tres de la tarde.

Daban ya las nueve, cuando después de pensar un momento en aquel pícaro Rafael, volvió á su tarea, apoyó los brazos y se puso á escribir en su mesa de trabajo.

En esto, penetró en su cuarto una vieja que vivía cerca de la casa del joven, é iba vendiendo jabón á domicilio.

Llegaba á que el joven le pagase una cuentecilla.

Hubo de divertirla Romero Díaz con su verbosidad inmoderada, ya que no podía pagarla en aquel momento como en otros.

—Mire V., esta mesa en la que escribo es de quita y pon; así, alzando la tabla, resulta una mesa de cama, y así un escritorio. La mesa de cama perteneció á un canónigo holgazán, poderoso glotón y dormilón, y aquí paso yo hambriento mis vigiliass, trabajando como un desesperado.

—Diga V., señorito, ¿es V. de los que escriben historias?—dijo la vieja sonriéndose.—Porque si así fuera..., daría yo á V. la de un pícaro, que no me quiere pagar lo que se debe á mis muchos servicios, y eso que tapé á su hija una desgracia.

Había servido de madre postiza á la hija de



un Conde, y contó lo acaecido á la hija del Conde de Casa Marins.

Holgóse el joven de oirlo, pensando que todo aquello lo habría sacado la vieja de alguna novela por entregas, pues ya de tiempo atrás había descubierto en ella afición á semejantes enredos, á punto de que, habiendo ido por estudiar este tipo á casa de la vieja, halló allí otra vieja muy parlanchina y una jovencilla muy sentimental, que Romero no conocía, pero si hubieran conocido nuestros lectores, pues no eran sino la Sra. Andrea y Teresilla. Todas charlaban de cosas horrendas é imposibles.

Un personaje también muy conocido de nuestros lectores había descubierto á la Sra. Andrea el paradero de la vieja servidora de Casa-Marins, Juanote. Tenía éste por entonces otra ocupación más honrosa, en vez de recoger los desperdicios de las calles, vendía los beneficios de las huertas, y con un borriquillo cargado de verduras recorría los sitios en que era más conocido, y así mantenía á su padre con las ganancias de su comercio. La casualidad hizo que él sirviera de corredor del jabón que la vieja vendía, yendo al hotel de Peña Rosales, donde dijo á la Sra. Andrea á quién vendía el jabón, y hé aquí cómo se habían reunido la criada del señor Peña Rosales y la vieja que había encubierto á Lola. Que así suelen, por misteriosa ley, encadenarse los sucesos.

Tal verdad había en la expresión del rostro de la vieja al narrar su historia, que el periodista no dudó que se trataba de cosa muy cier-



ta, y se propuso—por esa propensión que todos los oficios dejan en los que los ejercen, á trabajar, aunque sin necesidad, en todo aquello que á su oficio se refiera,—cerciorarse del asunto, y pronto conoció hasta los más pequeños detalles, supo los nombres y preguntó qué médico había asistido y en qué tiempo ocurriera el hecho..., ignorando el infanticidio.

Aquella misma noche fué el periodista á casa de Isabel Henaz; entró muy gozoso; tal vez supiera el paradero de Rafael.

—Mi querido Darío, ¿sabe V. de Rafael Peña?—preguntó una noche al médico el periodista.

—No, no le veo.

—¿Y V., amigo Carlos?—dijo volviéndose al yerno del Duque allí presente.

—Sólo sé—contestó éste,—que no está en su casa, ni viene aquí; ni creo que le ven en ninguna parte.

—Pues bien; yo lo sé... Está con *su tía* de segundo sobrino.

—¿Cómo!

—Sí; es tía de su tío, y tía de V. si quiere, y tía del mismo rey si al rey se le antojara.

—¿Con Blanca!

—¿Con Blanca?

—Pero, hombre, este demonio todo lo sabe —exclamó el doctor.

—Esto no tiene nada de particular, querido doctor, puesto que le he visto. Pero tengo secretos de usted—dijo al doctor y, después de pedir permiso á Carlos para hacerlo, habló al



médico al oído en voz baja é hizo lo propio con Carlos...

Ambos le miraron llenos de asombro.

—Á mí me ha dicho lo que no pensé que pudiera saber—dijo el médico á Carlos.

—A mí lo mismo—dijo éste al doctor.

—¿He? ¿Qué tal? ¡Ja, ja, ja!...—dijo el periodista, y se alejó riendo como un colegial que se hubiera escapado del castigo, llevándose las gafas del maestro y mirara de lejos á éste, que al buscarle, pero no puede descubrirle por la falta de los anteojos.

A la tarde supo más.

Era una hermosa mañana; el sol alegraba los campos; como banderas blanqueaban las ropas colgadas á secar en las ventanas; los ociosos se entregaban al dulce placer de calentarse á campo abierto.

Con un gorro turco y su pipa, charlaba á la puerta de su casa Romero Díaz con su portera, buena y honrada, mujer hacendosa, idólatra de sus hijos, y campechana á más y mejor.

Pasó en esto Juanote, y ocurriósele á Romero Díaz mudar de compañía y paró al mozo; preguntóle de dónde era, si vendía mucho, y cuánto tiempo llevaba por allí...

Al poco tiempo todo se lo refirió el pobre muchacho... y apesar de ser la relación del mozo más novelesca, dió Romero más crédito al joven... ¿Sería éste? ¡Tendría que ver! ¿Sería el niño de la historia de aquella vieja?

Se informó; era en efecto.

—Me buscan los secretos—exclamó Ro-



mero Díaz, y quedóse muy triste murmurando:

—El Dr. Esquerdo tiene razón; y el Dr. Vera, y el Dr. Escuder, y todos los doctores...

«Hay en el crimen tal insensatez de horror, tal aberración, que sólo puede explicarse... la locura como causa. Una madre loca... ¡Tú sabrás lo que te haces!»—dijo, como si hablara con alguien que se hallase tras el azul del espacio.







## XVI

### Blanca.



STANCIA forrada de papel rojizo en punto de tostadura con listones oscuros como pavesas, larga y desigual, era el comedor de la casa de Blanca; casi no se veía en él á media tarde, y como la suciedad es denunciada por la luz y aumenta en las tinieblas, así que toda mancha es como una condensación de sombra sobre lo albo y limpio, cual ostentosas eran las habitaciones principales, así de sucios y desarreglados eran el comedor y los demás cuartos oscuros de aquella casa, bien como su dueña que más cuidaba de su fachada y apariencia que del interior de su persona.

Había muebles que fueron en otro tiempo, breve á la verdad, muy vistosos y pulcros, y en un chinerito de caoba agrietado y cojo guar-



dábanse vinos extranjeros y sevillanos; siempre en él había dulces y otras golosinas; buena vajilla de la Cartuja, fina y costosa, pero muchos platos estaban á media luna, como vacías de barbero, y muchas fuentes listadas con desiguales pelos y sedillas negras dibujados por los golpes, de modo que á otra contusión se deshicieran los cacharros á cachitos y caerían hechos moleduras de loza.

Cerca de un ventanuco opuesto á los dos altos balcones que al patio interior abrían, y sentado en el suelo teniendo por ruedo ó pedaño una piel vellosa de carnero, hallábase muy gentilmente gorrino y muy destrozado y roto el Chavalico, un niño como de diez meses y medio contando de vida, que si yo no lo contara nadie llevaría cuenta, porque hallábase siempre abandonado ó poco menos, rodando bajo los muebles, peregrino á gatas de los rincones, dolorido, tropiezo de todos, cuidado por nadie, pues que sólo para encubrir los ocios y disculpar las lameduras golosas y los araños frecuentes á los fruteros y dulces servía á la vieja Lora aquel pobrecito pequeñuelo... moqueando, siempre llorando, desastrado á todo momento, chupando lo que dejaba el galguito inglés en el suelo y llevándose con sus ennegrecidas manitas á la boca, botones, hilachas de alfombra y espartos de estera.

No estaba dejado de la mano de Dios, y en su abandono agitaba á veces alborozado sus bracitos como pollo implume sus alones porfiando á volar, y reía en aquella oscuridad cuando en



el estrecho ventanuco entraba un rayito de sol dando viva lumbre á las cortinas de color de rosa del balcón y difundiendo en la cristalería del chinero, reflejos y transparencias algo semejante á claridades de ojos y expansiones de risas.

Como si las cosas se animaran compasivas al encanto de una hada nodriza.

Parecía muy preocupado en recordar un canto extraño, con letra de un idioma suyo, y no había aprendido aún esas dos palabras, iniciación de la vida, preliminares de una condición moral y civil, tiernas y vulgares: papá y mamá. Llamaba á la vieja, cuyo nombre era Lorenza, Lora; esta misma palabra le servía de verbo, el mismo por que podía hacerse oír cuando tenía hambre ó le molestaba el sueño. «¡Lico lora!» gritaba; esto podía traducirse: «¡Chavalico llora, ven, Lora!»

Miraba Rafael al niño, que ya dos meses hacía que el joven estaba en la casa y había despertado su curiosidad aquella criatura; varias veces hubiera querido averiguar de quién era y por qué estaba allí, y cuando él se refería en sus palabras, le contestaban todos de un modo raro, y como si se tratara de un niño recogido por compasión, ni más ni menos; por no tirarle, como si se le hubiera dado á luz la gata con sus gatitos y no se le arrojase á la puerta por dejar al animal siquiera algún hijo.

El niño tenía grasienta la cara, y sobre la grasa el polvo? su boquita mostraba cuatro me-



nudos incisivos, su pelito rubio, desgredado y enrojecidos sus párpados y húmedos sus ojos por el llanto suspendido con la sorprendente llegada del joven, le miraba con espanto.

¿Había alguien en el mundo que se acercaba á él no siendo Lora? Soledad se hubiera acercado mil veces á él, si no estuviera constantemente sirviendo á Blanca. Soledad era buena.

—Pero, vamos á ver, ¿de quién es este pequenuelo?—preguntó Rafael á Lora, que llegaba en aquel momento.

—¡Pue ez Chavalicoo!—replicó con su acento cerrado y su voz áspera como el ruido del rozno y la lengüeta de una carraca.

—No pregunto eso, sino que de quién es hijo este niño—dijo gravemente Rafael.

—¡Ah! pue no lo había entendío bien, osté perdone; penzé que dezía osté que cómo se llamaba; porque aquí uno le llaman *Miguelín*, otro el *nene*, y yo le llamo azina, y como le he dicho á osté, *er chavalico*... porque tiene más haberes y entenderes que un mozito compreto, y es mu perro cuando las toma...

—Pero, vamos, ¿por qué está aquí?—añadió Rafael atajando á la vieja.—¿Por qué está en esta casa?—quería él decir con el gesto y tono, y creyendo que al repetir en otra forma su primera pregunta, estrechaba á Lora para que le contestase.

—¿Que por qué está aquí? Pue porque ez máz malo que er demonio, y arraztra que arraztra, ze va él por tooa la caza, y á lo mejor tarumbumba, el saco del banduyo *pancia* abajo, y el



tamborete pa arriba; ó ze mete onde ze mete y allí tie que ver lo que él rompe... ahora está en el comeor, á luego en la zala.

—¡Pero si no pregunto eso!—exclamó irritado Rafael con la charla importuna de la vieja.

—¿Pue qué pregunta osté?—replicó ásperamente la vieja como cansada de oír á Rafael porque éste no acertara á explicarse.—Jozú, zeñó, pue cómo quiere osté que yo le entienda?...

Era inútil, y no estaba el joven para soportar groserías; unos porque no querían responder, y á aquella vieja, que Rafael tenía por imbécil, con su entendimiento embotado, se hacía imposible averiguar qué era aquello... Blanca le había dicho: ¿Por quién preguntas, por Chavalillo? ¡Pobre Chavalillo, le queremos como á hijo! Era el niño de la portera de otra casa en que había vivido Blanca.

Y Soledad le había replicado:—¿Y qué manía le ha entrao á osté por zaberlo too? ¿Ez osté corchete é ronda, hijo? Pues... beba osté agua y ze le afilará la buscona del guizo.

Salió Rafael del comedor y se fué al cuarto de Blanca, á un cuartito muy lindo, con su tocador coquetón, de cortinillas á flote, acabado en lo pino por coronación dorada, con espejo en el centro y gran batiburrillo de pomos, y botellicas, jaboneras, cajitas de guantes, tazuelas de cristal con polvos y borlas. Allí repasaba sus gracias naturales con perfiles y notas del artificio, Blanca, la cortesana, en su afición á los afeites, apesar de ser ella hermosa sin ellos, muy semejante al amor que á la erudi-



ción de biblioteca tienen muchos hombres de verdadero talento.

En el fondo se veía la cama... y todo el cuarto era de un azul celeste con ringleras doradas, un canapé elegante y blando, y dos butacas de chimenea, completaban, con pequeñas panzudas, la sillería en juego con el raso de la habitación; sobre la chimenea, en cuadro de velludo granate, y orla de rosas de porcelana, veíase un retrato al óleo sobre lienzo... Blanca, vestida con traje sevillano, con tiranas de vuelo escalonadas, desde el primor de la estrecha cintura, hasta el primor de los menudos pies; su pañolón amarillo oro, cruzado al pecho ciñendo los redondos hombros, leve plegado á las formas graciosas de su cuerpo; asentada la mano izquierda en la cadera, y alzando con la diestra una caña de manzanilla, mostraba su linda cabeza, en cuyo cabello resaltaban las rosas, y miraba con sumo deleite y gracia el dorado vino.

Estaba bien de color, como dicen los pintores; aquel retrato era una bella obra de algún pintor sevillano, tal vez alguna gala del cortejo fugaz de un día.

Sentóse Rafael ante la chimenea; sentíase colérico como nunca había estado; jamás su carácter grave y dulce pudo llegar á semejante alteración, y, sin embargo, llegaba ésta al extremo de sentir deseos de golpear en los muebles, dar salida á su irritación de algún modo, voceando y haciendo añicos cuanto miraba.

Dos meses allí, sin acertar á explicarse lo



que le acaecía; en aquel momento mismo, le pesaba no haber dado un empujón á la vieja tirándola á un rincón como trasto viejo. Blanca solía dar gritos á aquel niño y llamarle así en tono de exagerado contento: ¡Nene, rico!—exclamando:—¿qué dice el Chavalillo?

Esto no duraba sino lo que un segundo, y no se repetía en un año. Pocas, pero algunas veces hablaba de él; «¿había comido ya Chavalico? ¿No acostaba Lora á Chavalico? ¡Jesús, qué becerro de muchacho, cómo llora! Que se le lleve Lora á su cuarto.»

Lora dormía en la buhardilla.

¡Qué casa más extraña! La casa era semejante á los trajes de Blanca, muy vistosa, y á sus palabras, muy pretenciosa; llegaba Rafael casi á descubrir algo... alzaba la cascarilla brillante que dora la vida de esas insignes aventureras. Sabido es que éstas no sueñan sino en aparecer como grandes señoras en el porte y en el lujo, y copian á la perfección lo que en las damas de alto pico pueda haber de fastuosidad, el desdén con que se muestran en palcos y en carruajes, el sensual y elegante desgaire de algunas; y hay en sus trajes las rasgaduras de la grana para lucir la desnudez de las carnes. Al copiarlas dan mayor relieve á los defectos morales, y truecan la distinción que á las discretas caracteriza, por el afectado gesto y el rebuscamiento de ademanes estudiados; el señorío en soberbia, la gentileza en descaro, la seriedad en gazmoñería y la gracia del habla en desenfrenado cinismo de charla de relum-



brón, risas de ensayo, frases recogidas en los folletines, oídas en todas partes y á todos los que se les acercan.

Llegan al recargo de joyas, á la exageración de modas, al abuso de preciados trajes. La cortesana es lo que se desprendió de abajo; llegó por aluvión á otra esfera; podrá parecer una dama, pero borrando algo de lo que tienen las mujeres de sentimiento y natural delicadeza, y no logrando lo que distingue á las grandes señoras; otras veces descende, conserva parte de lo que tuvo y adquiere descoco y grosería; es, en fin, ó un arrapiezo con cubridura de reina, ó es una reina trocada en mujerzuela.

El toque de su verdadero valor, si alguno conservan, es una cuasi imperceptible ligadura... el oro purísimo, el sentimiento finísimo y tierno que en toda mujer culta se revela por el trato, y por sus actos, en toda mujer honrada.

Rafael, aunque algo pudiese sospechar, era sobrado inexperto, y hallábase bastante deslumbrado para poder resistir en su análisis á la fuerte y desconcertadora impresión que ejercía en él Blanca; no bien entraba, elegante, olorosa, movable en ondulaciones de cuerpo, cadeando como una maja, irguiéndose como una Princesa, revolviendo los ojos como si hablara con ellos, siempre de cosas codiciables, moviendo las manos en graciosos ademanes, que entretenían seduciendo, y lanzando palabras impregnadas de su aliento, vibrantes en entonación, de una voz que acariciaba, excitaba, adormecía, y salían de unos labios siempre



jugando, como á merced del último beso, y agitados por el apetito de otros nuevos.

Pasaron los tres días que ella había fijado, pero Rafael no lo advirtió; poca resistencia cabía ya á su voluntad desde que se lanzara á los brazos de Blanca, y ninguna hizo... Al amanecer del siguiente día creyó soñar, cuando la luz de la mañana fué bañando los muebles del gabinete y haciendo perceptibles las decoraciones de los objetos, y después llenando de claridad la alcoba hizo más blancas las leves colgaduras, marcó la nitidez de las sábanas á cuyas arrugas daban mayor relieve las sombras repartidas como vigorosos golpes de brocha, y ofreció á la vista del joven la hermosa figura yacente de Blanca; la desnudez de su cuello y de sus brazos, ocultas sus carnes unos puntos, descubiertos otros por los altos y bajos de los dobleces de las ropas, extendiéndose las ondas del finísimo tejido sobre el pecho, que dulcemente se alzaba en compasada respiración.

Se veían en alboroto los rizos, en provocadora revuelta los bucles, mostrando los párpados esa palidez tenue de color de rosa, un si es no es marchita, que denuncia el cansancio, largas y curvadas pestañas; y como por labor ó maestría, arrancando de aquella blancura de las ropas, se destacaba su busto perfilado entre gracioso y correcto, provocativo, mundanal, señalándose sobre las impalpables colgaduras de la cama, como la cabeza de una Juno de Rubens en celajes transparentes.

La ilusión fué pasajera; paseó Rafael la mi-



rada por toda la estancia, vió encima de una silla las ropas de Blanca en el desorden en que ella, febril ó descuidada, las había dejado la noche anterior; había en aquel entrapujamiento cierto abandono impúdico, desaseo y desarreglo habituales en Blanca; los lindos zapatitos charolados con manchas de grises, del barro de las calles, sin saber por qué suscitaron en Rafael ideas extrañas; diríase que denunciaban el loco y turbulento vivir de la cortesana; estaban manchados como los de un agente corredor, y no tan limpios como era de esperar, dado que Blanca tenía carruaje y el tiempo no era lluvioso; aquel barro era de otros días. ¿Quién sabe á qué lugares iría aquella mujer? Rafael veía los zapatitos correr por las calles, caminar por los sitios más apartados del centro, entrar con Blanca en chamizos y tabucos; tal vez aquella aristócrata del vicio llegará á reunirse alguna vez con la Venus momia, con la desdichada ramera de la calle de la Aduana.

¿Había estado ciego? ¡Sin duda alguna! ¿Qué vértigo se hubo de apoderar del cerebro del joven á punto de hacerle entregar el talón del Banco? Sintió que el remordimiento apretaba su corazón; ya no podía volverse atrás; por otra parte, entrado el día, vería de formalizarlo todo.

Era tarde, pensó con tristeza. ¡La falta le encadenaba!

Si su tío supiera lo que le acaecía, si conociera á qué punto había llegado en breve tiempo el



joven que no hacía mucho se mostrara tan severo y rígido. ¡Ciertamente, Rafael no sabía vivir! Tenía conciencia de haber cometido una falta enorme; su generosidad había tenido mucho de irreflexivo movimiento de pródigo... y en aquello *otro* había una traición.

Pudo muy bien haber hecho el préstamo con ciertas formalidades, puesto que tal préstamo era una redención y haber huído, entonces todo se lo hubiera confesado al tío... y estaba resuelto, ¡pero ahora!... Ella, ella había tenido la culpa, ella, que sin duda le amaba... Huyó de pensar en su proyecto, con relación á Mr. de Martinotte; esto lo haría, en cuanto Blanca le devolviese el dinero, y después intentaba no volver por casa del francés.

Vagamente vió que se sucedían á la aventura grandes pesares, tal vez un rompimiento con su familia, la vida de todo calavera... la fuga, un viaje á América, á la manera que había acaecido á un su condiscípulo, que después de robar á su padre para entregarse quince días á loco desenfreno, la vergüenza le hizo sentar plaza de soldado é irse á Ultramar.

Se hallaba como él. ¡Ah, si su padre le viera! Si el coronel, tan honrado, tan amante de su familia... alzara la cabeza y le hallara allí...

Cuando ya palidecen los fulgores de la aurora y antes que iluminen el espacio los rayos del sol se extiende por todo la luz blanca del crepúsculo, gran reveladora de la realidad, las cosas no aparecen en la penumbra borrosas, ni á la luz fulgente del sol revestidas por los en-



cantos del color, sino bien pudiera decirse, que tal como ellas son.

Que así hace el día como se pinta un cuadro, se esboza en tinta negra y blanca sobre el diseño, luego se realiza con el firme trabajo del pincel, y por último, se da á todo la magia, el esplendor luminoso del colorido.

Había visto Rafael jugar las sombras con la débil claridad primera, en ese momento en el cual parece que al despertar hallamos en las cosas la indecisión del sueño; fueron apareciendo los bultos borrosamente, los pliegues del cortinaje y de las ropas formaban fantásticas y grotescas combinaciones, al modo que las nubes, todo informe é incompleto; entonces fué cuando miró embelesado el hermoso busto de Blanca sobre la claridad del balcón, puesto que entre éste y él se hallaba; mas la luz blanca acreció y mostró la realidad, sorprendiendo á la cortesana en postura violenta, en ese abandono de los borrachos á quienes vuelca y tiende en tierra la estupidez y la pesantez con que abrumba el vino luego del delirio; tenía la boca entreabierta, y sonaba su pecho con respiración muy semejante á la de un asmático; había flojedad en sus mejillas y dos manchas azuladas y amoratadas circundaban sus ojos, y un leve tinte rojo vinoso su nariz.

Le pareció una persona desconocida, y sintió algo muy semejante á la extrañeza, como si no se pudiera explicar por qué se hallaba allí.

A él, joven y fuerte, habíale bastado una hora de sueño para recobrase y descansar; no



contaba con largo gasto de insomnios en vida de goces... ella... ella... más que dormida parecía embrutecida; la sorprendía en esa fatiga y en esa postración profunda que á la hora en que Julieta se despedía de su amado posando confiada su cabeza en el hombro de Romeo, miraba brillar las últimas estrellas y surgir el alba pura cual su alma; las mujeres como Blanca se hallan rendidas por los deleites groseros.

Pues bien; Rafael hallóse junto á Mesalina desgredada.

Luego desvaneci6se esta realidad; brill6 el raso de los cortinones del gabinete; las colgaduras de la cama se hicieron m6s transparentes; mand6banse reflejos de sus colores los objetos unos á otros, y la grana daba entonaci6n al rostro de Blanca; se cruzaban imperceptibles destellos; aparecían esos jugueteos y mezclas rieles de los dorados, esplendor de los barnices, medias tintas y vivo colorido, al rayo de fuego rojo y oro del sol que ya penetraba por los cristales del balc6n.

Despert6se Blanca y renaci6 el engaño; ella, despierta, era la mentira invulnerable, y 6l, seducido, la juventud insaciable.

Luego se sucedieron días de verdadera fiebre. Enajenado Rafael, de nada se acord6; Blanca le amaba, Blanca acudía con habilidad á evitar el desencanto, como el que lleva un desgarr6 en su vestido y le oculta. Pasaron juntos lo que la cortesana llam6 la noche de las setenta y dos horas; durante este tiempo tuvieron los balcones cerrados, encendidas las luces,



charlaron y cantaron, jugando siempre, cayendo mil veces estrechados en sus brazos, á duo de sus risas, á porfía de besos, retozando en esa bulliciosa lubricidad por la cual las mujeres como ella dan á sus alegrías la neurótica agitación de los amores felinos.

Ella misma hacía el chocolate en la chimenea, agitando el molinete y batiéndole con sus blancas manos, en una de las cuales brillaba como chispa de fuego la piedra de su sortija. Comían juntos lo que hacían subir de la pastelería cercana; fiambres, pastelillos de carne, tal vez hechos de muchos días, y con relleno, de procedencia no muy buena; platos de dulce y vinos... luego dormían un momento en este ó el otro rincón, pero sin salir del gabinetito, ignorando á qué hora del día ó de la noche se hallaban, pues Blanca había parado su relojillo de oro, el de Rafael y el pequeñito reloj de gabinete.

—Como Robinsón en la isla—dijo Blanca...

¿Qué otros mejores relojes sino ellos mismos? Medirían el tiempo por sus locas caricias y por sus irritados apetitos... nadie vivía sino ellos, ni para nada vivían; sino Blanca para devorar con su fiebre aquella vigorosa y juvenil naturaleza; y él, para satisfacer su antigua curiosidad de niño, que ha visto en sueños la posibilidad de hallarse con una mujer, solo y... en lo desconocido. Esto era para ellos el tiempo; ni aun oían el piquear de la piedra de los canteros, que no lejos de allí trabajaban, ni la sierra y el golpear de la carpintería vecina. Nada.

La calle era de las poco transitadas, y sólo



alguna vez que otra se estremecía el suelo y rechinaban los cristales al paso rápido de un carruaje.

Hubo un momento que Rafael sintió el deseo de cerciorarse de si era día ó noche, y como Blanca durmiera, se atrevió á romper con lo tratado y abrir el balcón. Esperando ver el sol, se halló con la pálida luz artificial en temblorosa llama del farol frontero á la casa; bajo ella había un farolillo de luz rojiza, junto á una abertura circular hecha en las piedras de la acera; en aquella abertura un pobre pocero del alcantarillado bajaba al fondo de la mina.

—¿Qué miras?—dijo Blanca, que se había despertado al ruido que el joven hiciera con el balcón.

—Eso, un martirio vecino de nuestro delirio...—replicó Rafael.

—Ah, sí, es un gusano de luz; así les llaman. Pero mira, niño, eso no es lo tratado, ven á mis brazos. Cuando haya pasado el tiempo... avisará Lora.

Al principio hubo en Rafael un alborozo singular; gozaba enorgullecido de aquella frenética adoración, por la cual Blanca exaltada decía que nadie más bello y gentil, nadie más apuesto que su pollo; parecíale que estas muestras eran las de las verdaderas pasiones, y que no había duda de que en la existencia no puede darse otra felicidad amorosa que la que ofrecía la férvida, exagerada y delirante mujer, que no tiene el disimulo obligado de la educación, ó la ignorancia por pudor.



Ocurriósele pensar que todas las demás mujeres serían semejantes á Blanca, y hasta le dió por atribuir á hipocresía el recato, á frialdad la dulce y honesta expresión de amor, y hasta halló que sin duda...

¡Oh, Dios de bondad! manchó el recuerdo purísimo de la niña, hizo salpicar hasta allí el cieno del camarín de la cortesana, llegó á pensar que no por ignorancia, sino por irresistible deseo, dióle el beso en la frente la sorda-muda, la cual, por el contrario, nunca como entonces se doliera de su desgracia, llegando en el desesperado intento al mayor grado de expresión que podía, al hablar con sus labios en un beso todo su cariño; confiada, inocente y espontánea. No por semejante sospecha perdía á los ojos de Rafael la niña; mirábala como se recuerda el dulce sueño que se repitió en nuestra infancia deleitando el candor primero, y se reía como hombre que ha descubierto la verdad de las cosas.

Hallábase en ese punto, en el cual la realidad única es para el hombre la deforme apariencia del vicio, la ceguedad del instinto.

Reía como un desengañado; pero á veces le acometía la tristeza, sentía el asedio inesperado de la vergüenza, realmente era el vencido, y el recuerdo de Peña Rosales le hacía temer llegar á verse en presencia de éste. Blanca le había dicho que de todo se olvidaba; ni había hecho el depósito, ni se había cuidado de ningún otro negocio; pero al cabo de algunos días, cuando Rafael recordó con pena su intento de salvar á



Mr. Martinotte... ya no era posible, sin querer había pasado el tiempo y se había cumplido el plazo; y manifestó á Blanca que él también abandonaba sus asuntos, pero que quería atenderlos.

—Mira, Blanca, cuando me des el dinero aún tendré tiempo.. puede que todavía sea posible... ¡Oh! qué dirá de mí el tío cuando descubra lo que ocurre; él que pensaría al darme el dinero que yo se lo había pedido para un negocio serio...

Parecíale poco formal el asunto de Blanca; ésta sentía oírle hablar así; además, no debiera apenarse el joven por tan poca cosa, su tío no le había dado semejante talón...

—¿Cómo?—dijo Rafael lleno de asombro.

—Que ni es tal cosa el papelucho éste—replicó Blanca mostrando al joven el volante que él la había entregado la primera noche,—ni vale un cuarto, ni todo ha sido sino una bromita un poco pesada de tu señor tío... Una de las suyas; pero no te debe dar pena, porque tú al tío se la has jugado de primo, y aquí paz y después gloria.

Como anonadado quedó Rafael mirando el volante que su tío le diera, y que no era, en efecto, sino un falso documento, que él no había podido conocer, pues ignoraba cómo eran los talones del Banco, y Blanca, según decía, también lo ignoraba; jamás había visto ninguno, y sólo cuando al dirigirse á hacer el depósito mostró el talón al sujeto que la acompañaba, fué cuando por éste supo que aquello era un



papel *mojado*; ella no dudó ni un momento de su Rafael, y como le dijo al día siguiente que su tío le había dado aquello, juzgó Blanca prudente callarse, comprendiendo que habían jugado con la inexperiencia de Rafael. Era mal, muy mal hecho lo que había hecho Peña Rosales.

Rafael sentíase herido por la burla, y asustado, hizo mil conjeturas para dar una explicación á la conducta de su tío, que sin duda había intentado ponerle en ridículo... y veíase á él, como lo que hubiera sido si se hubiera dado el caso de presentarse á Martinotte, en aquel estrecho despachito, en el cual le había recibido el francés ante el escritorio enrejillado del comerciante, dando Rafael mil rodeos para explicar el propósito que allí le encaminaba... cuando enseñase el talón y se descubriese la superchería, recibir ó las protestas de enojo de Mr. Martinotte, ó provocar sus burlas. El tío había obrado de ligero... indignamente; en efecto, casi no le pesaba ya haber enamorado á su querida. Mas lo que le asustaba al joven era no atinar con el motivo de aquella necia jugarreta... en la cual Peña Rosadas parecía haber sacado á plaza las artimañas de lo que en él había de semejante con los chulos.

Y Rafael, en tanto golpeaba despechado, con un cuchillito de marfil, el maqueado velador, exponía con indignación su encono é interrogaba á Blanca acerca de tales dudas.

—Vaya V. á adivinar—exclamaba ésta, y mordisqueando sus labios y fijando como preocupada los ojos, ora en el cuadrito que había



en la chimenea, bien en el soporte dorado de boliches á torno de las colgaduras, ya en el extremo agudo de sus chapines pequeñuelos, ya en el mismo Rafael, hacía como por descubrir con su pensamiento cuáles pudieran ser las intenciones de Peña Rosales.

Había Blanca descubierto tal intriguilla, ocultando la parte que en ella tomara; porque al fin y al cabo podía saberse y ella quedaba defendida con su lealtad; además, si no se descubría, era responsable de todo, y no podía convenir esto á sus intenciones; pues si con Peña Rosales se dedicaba á multitud de oscuros y lucrativos negocios, Rafael sería su amante, y más valía convertirle con el tiempo en socio que no perderle por servirse del tío. Adivinó Blanca en la seriedad de Rafael, en sus palabras llenas de frases que no comprendía, pero muy semejantes á las empleadas por un célebre orador y diputado con quien ella había tenido relaciones de enredo; veía en los títulos académicos del joven un porvenir codiciable; era necesario que Peña Rosales ayudara al joven... para dominar á éste por completo. Su robusto cuello, su rostro varonil y aquel candor sin igual... la enardecían; el burdo egoísmo de mujer, que ya ha conocido un tiempo las flagelaciones de la miseria, y el inmoderado sensualismo que le aguijoneaba fueron los dos filos en que se refinó la astucia.

Repentinamente la consideración de que se había jugado con él como con un tonto, la cólera que recordar el fingimiento de su tío le



producía y la extrañeza que le causaba hacer memoria de los singulares sucesos del día y la noche aquellos en que recibió el fingido talón y se rindió á Blanca, exaltaron al joven, de modo que comenzó á pasear trémulo de ira por la estancia.

Al ver Blanca el arqueamiento de cejas, el llamear de ojos, el fuego del rostro y los músculos juveniles de Rafael en tensión ruda á los movimientos nerviosos del joven, que se revolvió como león enjaulado, temió sin duda, y llegó prestamente al término de su intento. Blanca pedía á Rafael que éste hiciera por recordarlo todo, pues bien podía ser que hallase relacionado el negocio con algo que...

A Rafael se le ocurrió pensar si su tío, sospechando por haberle visto el canastillo de fresas y haber hallado la tarjetita de Blanca en el cuarto del joven, le habría tendido un lazo... puesto que la mayor sospecha la suscitaría el haberle pedido Blanca aquel mismo día, según había dicho ésta, la misma cantidad que á las pocas horas pidiera Rafael y para el mismo plazo; el silencio que el joven había guardado, pudo ser otro dato. Pero no; era imposible, y bien pronto Rafael desechó la conjetura y admitió la de Blanca, que luego de mil y mil preguntas había arrancado á su amante todo el secreto, ya conocido por ella, del asunto de Mr. Martinotte. No había más que hablar; el tío había sospechado por esto, y no por otra cosa de las secretas intenciones del joven.—Pensando que tú entregarías delicadamente al francés



la cantidad, el viejo se hallaría con la burla.

Y bien merecida, según hablaba Blanca, porque el tal francés era un *gatera*; y la trapisiondista calumnió al francés, diciendo que había vivido mucho tiempo de amueblar las casas de las *vengadoras*, cobrándose después, poniendo recibos por más larga fecha y más alto precio á los amantes. Ella conocía el negocio aquel de que se trataba, mil veces le había hablado Peña Rosales de esto; y después que Peña Rosales había de encargarse de activarlo y facilitarlo todo cerca de los senadores y personajes, sus amigos, el francés no quería pagar el trabajo, como si fuera ahí cosa de nada lograr lo que el francés pedía.

Lo que Rafael debía de hacer, según Blanca, era callarse, y como si tal cosa, jugarle otra al tío á su tiempo, y se acabó.

El tío lo habría hecho aquello como la cosa más corriente y natural, jugando por esa ligereza que le era habitual, y sin comprender tal vez á lo que podía exponer al joven. Era terrible para sus bromas. Una tarde, en su quinta, fué Blanca á echarse la siesta; había almorzado con Peña Rosales; pues bien: fué á acostarse medio desnuda, como solía estar ella en las horas de siesta por verano, y al echarse en una cama americana de lona, se desprendió ésta de sus clavijuelas, y cayó Blanca en un baño de agua; ¡bromitas del Srto. Ramón! Sudosa como se hallaba Blanca, y no habiendo pasado ni un cuarto de hora después de la comida, pudo haberse muerto á la brusca impresión.



Mala maña era, ciertamente, la empleada por Peña Rosales con su sobrino; pero no cabía dudar que había hecho lo del vale fingido por dar á Rafael una lección de mundo. Esto pensaba el joven; pero, ¿disculpaba su conducta el intento de su tío? No; antes bien daría á las sospechas de Peña Rosales una justificación. ¡Si Peña Rosales supiera que Rafael no había vacilado en dar el talón á las dos palabras que Blanca le había dirigido!

Duró dos ó tres días el pesar y despecho del joven; apenas logró combatir con sus caricias Blanca la cólera y la preocupación constante que abrumaban y encendían el ánimo de Rafael.

El tío, según Blanca, tardaría en volver; siempre que iba á las minas de Andalucía, estabase allí meses y meses; de las referidas minas ya había hablado Peña Rosales á Rafael; ocultaba el negocio un *chanchullito*, una ó muchas *irregularidades*. Habían despojado de su justo derecho á los que por la ley debieran ser los verdaderos dueños de la explotación, y para la defensa y encubrimiento de la trapisonda ante las Cortes, era para lo que contaban el Conde y Peña Rosales con el joven.

El incidente por el cual se descubrió la broma de Peña Rosales, despertó en Rafael recuerdos bien inesperados; aquello fué como una brusca ruptura en la existencia, de olvido, de ociosidad y de sensualismo.

¡Cuánto hubiera tenido que trabajar para el logro de sus ambiciosos deseos! El sería un in-



sensato cuando los acariciaba; pero era más fuerte y más honrado. Trabajar como el infeliz Romero Díaz; seguir la penosa existencia del literato desconocido y del periodista laborioso, ó acudir por largo tiempo al despacho de un abogado; de todas suertes estar en lucha con lo imposible, en pugna y rivalidad con muchos; ora intentar la conquista de una cátedra, ya una reputación, ó un bufete... No se le ocurría ningún otro modo de vivir y de trabajar, ignorando, tal vez, que entre los literatos había muchos empleados en empresas particulares, muchos comerciantes y muchos obreros. Lo práctico para él era la manera de vivir de su tío; *¡lo práctico, lo práctico!*

Esto al detalle no era conocido por Rafael... que no veía en su tío sino el hombre de importancia... un hombre práctico.

El agio, con apariencias de negocios el fingimiento constante, estafa, que tal nombre ha de dársele, aunque se desentrañe la pomposa apariencia, real ó mentida, ¡vaya V. á saberlo!; vender influencia para destinos y empresas, combinando todo á la vez con algo del trabajo, de policía secreta... Semejantes arterías encubrían su exterior de hombre de alto comercio y alta industria... Había hecho en Francia manejos contra la república de España, ¡había pagado traiciones!

Blanca le ayudó en todo.

Asomado al mirador de la cortesana, pensativo, vió Rafael un obrero comiendo al sol, sentado con las piernas tendidas y abiertas en el



suelo, y sobre éste y entre aquéllas, extendida una servilleta; encima humeaba una cazuela con amarillentas patatas y trozos de carne, la libreta de pan, la botella; la roja guindilla, entremés del pobre, en una mano, y la cuchara de palo en la otra. La mujer del artesano hallábase frente á él sentada, con su blanco pañuelo á la cabeza y dos pequeñuelos junto á sus faldas.

El sol iluminaba aquel grupo, que hacía comedor de un corto espacio abierto entre los amontonamientos de vigas, las piedras que trabajaban los canteros, los montones de cal y de tierra y bajo el andamiaje de la obra. Comían reposadamente, y aquel hombre humilde y sin duda honrado, que exponía su existencia á todas horas con más serenidad y menos gloria que un General, parecía contento; partía el pan... dábase en comunión á sí mismo, su martirio, su perseverancia, sus penas todas representaba aquel pan; el fin único de su vida mantener á los seres queridos que le rodeaban... debía deleitarse viendo mover con gustoso afán las boquitas de sus niños.

Aparecíasele á Rafael la familia y la miraba asomado por una abertura del lupanar.

Blanca tuvo que ir aquel día á su finca, y dejó á Rafael. Este se echó en una butaca del gabinete; no quiso salir aquella tarde; quedóse profundamente dormido y soñó que estaba viviendo en la casa de Blanca, pero no con Blanca, sino con la sordo-mudita, y que sorprendía á su tío seduciendo á su esposa haciéndole



traición y abusando de la desgracia de Enriqueta... él se arrojó sobre Peña Rosales para matarle á puñadas.

A aquella hora tal vez Enriqueta mirase por el balcón como otras tardes por ver si dando la casualidad de que Rafael, habiéndose dicho voy á visitar á «la niña,» aparecía por el extremo de la calle.

Durante algún tiempo, Rafael, enardecido por las continuas lisonjas de Blanca, deliraba en ambiciosos ensueños; ella echándole los brazos, posando en su hombro la cabeza y mirándole con languidez, perdíase en charla difusa como si fantasease en alta voz, y le hablaba de que ya que no le pudiese ella ofrecer la pura y dulce felicidad de la esposa, cuando menos quería llegar á significar en la vida del joven un poderoso estímulo para que él se animara, cobrara bríos y llegara á los más altos puestos. Algunas veces le llamaba «Sr. Ministro.»

¿No había llegado á serlo éste, el otro, el de más allá?...

Un día le entregó las cartas que había llevado Pedro para él, y Blanca le dijo:—V. E. puede ocuparse del despacho.

Y se reían; Rafael estaba desengañado ya; era fácil, muy fácil ser hombre de importancia; después de todo, lo mismo eran unos que otros.

Asistieron á la representación de *La Pasionaria*; Rafael medio se escondió en el palco; Blanca halló mucha exageración en la obra, pero le deleitaban las maneras de Vico; era mucho hombre aquel esgrimiendo el tremendo mache-



te. A Rafael le impresionó el enérgico carácter de Marcial, en contraste con la hipocresía y repugnante egoísmo; se le ocurrió pensar que él también había llegado á Madrid con alientos de independencia... pero había sucumbido. Aquello no era real.

¿Hay cosa menos real que la voluntad para los esclavos, ó la salud para los enfermos?

Una tarde gozó en exhibirse en público con Blanca; de todos los carruajes miraron al joven con admiración, y los caballeretes que en jacos ingleses paseaban, parecían envidiarle, volvían la cabeza y cuchicheaban.

—Esto te da tono de hombre alegre y de rumbo—le decía Blanca;—al fin y al cabo estoy de moda.

¿Por qué sentía él orgullo con todo esto?

Su vida era extraña; acostábanse tarde, comían ya en cualquier parte; una noche Rafael vió iluminado el comedor, y puesta en él la mesa, y multitud de cajitas de turrón y de mazapán.

¿Qué es esto? ¿Habrá convidados? Jamás comían ni cenaban allí. Chavalico, el niño de *la portera de la otra casa en que había vivido Blanca*, estaba limpio y vestido; era la primera vez que le veía así Rafael.

Cuando llegó la hora de cenar, sirvióse la sopa de almendra... era Noche-buena, la primera que pasaba Rafael lejos de su madre... levantóse bruscamente de la mesa y se fué disgustado al gabinete.

Blanca y él hubieran disputado, si el dulce



carácter del joven y la gravedad que aún aparecía ciertos momentos en su rostro no fueran lo único que Blanca respetara.

Una mañana apareció la tierra y los tejados cubiertos de nieve; acababan de pasar Blanca y Rafael dos días como los llamados noche de setenta y dos horas.

Salieron á corretear á pie por las calles, la impresión que les produjo aquella blancura de plata brillante, acostumbrados como se hallaban sus ojos á la luz artificial; el tonificante y oxigenado aire, el crujido imperceptible de la nieve bajo los pies, que se hundían dulcemente en aquella blandura, al calor del ejercicio, el frío que *quema*, todo esto les causó placer y les hizo loquear, y poseídos por descompasado regocijo, anduvieron de una á otra parte; llegada la noche, cenaron en un cuartito de Fornos, y por último, disfrazada Blanca, recorrieron tres ó cuatro bailes de máscaras, poblados de diversas jovenzuelas, de mujeres de vida sospechosa, dependientes de comercio y atolondrados estudiantillos.

Rafael estaba encantado con aquella existencia; habíase hecho á ella, tenía ya fácil la risa ante todo, hablaba con locuacidad desusada en él, comparaba todas las otras mujeres con Blanca y hallaba á ésta más hermosa; había perdido la repugnancia que por un momento le hubo inspirado... y solamente el recuerdo de Peña Rosales y ese hastío que acomete á los que pasan mucho tiempo sin el empleo de la actividad en útil ejercicio, y algo como vergüen-



za de aquellos misteriosos excesos le apesadumbraban...

Un día Blanca le recordó que debiera ir á ver al Conde de Casa-Marins, no para hacerle entender que pretendía ni aun que accedería á casarse con Lola... esto, si ocurriera, para bien de Rafael, Blanca lo vería resignada; pero pudiendo evitarlo, mejor, ella se alegraba, así no pertenecía á nadie sino á ella; pero Rafael debía de hacerse valer ante el Conde. El joven había contado á su amada todo lo acaecido en el banquete de las Nieves y Blanca deseaba que le *achuchase*.

—Que vea ese hombre lo que vales, y verás cómo se rinde á ti—decía Blanca al joven.—Mira, cuando él quiso saber el paradero del director de *El Proceso*, se gastó engañando á un redactor de dicho periódico haciéndole creer que su agente tenía el propósito de afrontar por amor al periódico liberal los gastos de los denuncias y prisiones, un dineral, que le robó el pillo de su agente por el servicio... porque el engañado periodista no hizo sino fumarse unos puros... que creyó le eran galantemente dados... y el Conde no supo nada... y yo lo averigüé en un santi-amén. Estaba aquí el director.

Blanca mentía; ni ella ni el Conde podrían hallar al director de *El Proceso* en Madrid, porque el periodista referido se hallaba en París.

Rafael fué, en efecto, á casa del Conde; y éste le recibió con vivas muestras de cortesía deferente, Lola estuvo muy cariñosa, y la Condesa dió más presión á sus apretones de manos y más



expresión á sus miradas; sólo el imbécil de Gonzalo mostró su ceño de encono, mal disimulado. En un momento, durante el cual Lola y Rafael hablaban, sorprendió Rafael extrañas miradas de odio en el atún del muchacho.

—¡Está visto que no me perdona el lance de las fresas!—pensó Rafael.

Había cambiado éste; en ocasiones, solía hablar emitiendo ideas absurdas, mescolanza de su idealismo pueril y de aquella grosera experiencia de vicioso, que ya tenía; sólo una cosa le preocupaba de continuo, la llegada de su tío.

Habían convenido con Blanca en decir en sus cartas al tío que el joven se hallaba en el Escorial.

Blanca también había escrito á Peña Rosales, engañándole á su vez y refiriendo lo acaecido según la convenía.

Al día siguiente recibió Rafael de manos de Pedro una carta del tío, en la cual venía otra para un Ministro; el joven no tenía sino que hacer pasar á S. E. la carta; S. E. tenía vivos deseos de conocer al sobrino de su mejor amigo.

Blanca le dijo que debiera ir; ella había conocido al Ministro de quien se hablaba; no hacía cuatro años era un calaverilla del que nada podía esperarse; tenía labia, eso sí, había ya hablado en el Parlamento por entonces, pero no se hubiera creído que aquel muchacho valiese tanto é hiciera tan rápida carrera.

—Ya ves tú, Ministro...

Rafael se decidió á ir, un poco halagado en su vanidad. Hallóse en una antesala lujosa, en



la que esperaban multitud de personas de buen porte algunas, otras de aspecto tristón, como si se vieran convertidos en gaitas desinfladas, que al menor soplo tornáranse quejumbrantes sacos de gemidos. Los primeros apenas fijaban sus miradas en los segundos, y á punto era la soberbia de sus rostros, que en cada uno [de aquellos sujetos creyera hallar Rafael al Ministro; hablaban entre sí misteriosamente y con gesto tal que se hubiera dicho trataban de gravísimos asuntos de Estado. Pasaban y repasaban continuamente por la antesala empleados pluma á la oreja, con expresión de personas abrumadas y aire de profunda preocupación; llevaban bajo el brazo tremendos papelotes.

No bien se abría la puertecilla que daba al despacho de S. E., los rostros lamentosos mandaban miradas suplicantes como ánimas del purgatorio católico, que según dicen, ven continuamente ir y volver al ángel llevando las redimidas. Los soberbios mudaban de expresión, poníanse rientes, humillados, cuasi doblados ya como si temieran darse con el quicio de la puerta al atravesarla.

—El Sr. de Peña Garcés—gritó el ugier gravemente ante la puerta.

Rafael penetró, suscitando la envidia en unos y la extrañeza en otros.

Cuando volvió casa de Blanca Rafael, llegó encantado; era un alegre muchacho el tal Ministro, apesar de sus muchas y muy graves preocupaciones; recibió afectuosísimamente al joven. Hablaron de todo, de mujeres, de política;



principalmente en este punto casi estuvieron conformes, el ideal encantaba á aquel notable hombre de Estado, y en confianza confesó á Rafael que si aquel fuera otro país, todo sería posible, marcharía á maravilla; pero un pueblo combatido por los ambiciosos... necesitaba ante todo hechos prácticos, administración, un poco de sacrificio en las opiniones por parte de los hombres que valían... y eran honrados; el país... el país... el país era una desdicha, decía aquél pícaro, *no quería dejarse administrar*, un país bárbaro... *Un presidio suelto*; esta era la verdad, esta era la verdad, había repetido el Ministro poniendo cara de enfermo de peritonitis aguda, que siente por el recuerdo del último dolor la acometida del siguiente; mas luego alejó las ideas tristes y habló de los asuntos del joven, animándole y tratando con él de su porvenir.

Rafael se enorgullecía pensando que su padre no había podido jamás lograr ver al Ministro de la Guerra cuando le interesaba, y él se había hecho casi el amigo íntimo de un Ministro. Habló á Blanca gravemente, dando á entender que su visita había parecido una conferencia política.

Al día siguiente Blanca le dijo que debiera irse al Escorial, el tío podría venir de un momento á otro; ya el joven se disponía á hacerlo, cuando, llamándole la atención la insistencia de Blanca, inquietado repentinamente por los celos, hubo de dudar; mas al penetrar por casualidad en el comedor, donde era la tercera vez que en-



traba, sorprendió á Soledad llenando de botellas y fiambres dos grandes cestos. Blanca iba de campo seguramente, y nada le había dicho; de aquí sin duda la insistencia empleada para que saliese aquel mismo día.

El joven resolvió disimular; á las cuatro se despidió de Blanca, la cual le hubiera acompañado hasta el andén; pero habían hecho ya demasiadas locuras, y convenía entonces guardar la mayor prudencia.

No bien hubo llegado á la primera estación, hallóse Rafael con otro tren que tornaba á Madrid, y en él se volvió; tomó un simón, y dirigióse á casa de Blanca. Le dijo el portero que la joven había salido.

—¡Lora, Lora!—exclamó Rafael llamando á la vieja.

—Jozú, zeñó, qué ez ezo—contestó la vieja, apareciendo cargada con Chavalico.

—¿Ha salido la señorita?

—¿Que zi ha zalío la zeñorita? Espere osté... He desir, zalir yo no zé zi ha zalío.

—¿Dónde ha ido?—preguntó con voz irritada Rafael.

—¿Que dónde ha ido?—replicó sin salir de su calma insoportable la vieja.—¿Y yo qué zé dónde ha ido?

—*Ca ampo... po taté ico.*

Esto dijo el niño, á quien la presencia de Rafael excitaba á hablar lo poco que sabía decir. El chocolate era el grado sumo de toda felicidad para el pobre *Chavalico*, que lamoteaba las jícaras... Ca, era Blanca; ampo, era la quin-



ta de Blanca, único campo que había para Chavalico.

Rafael salió de allí, dirigiéndose precipitadamente, no á la estación del Norte, sino á la del Mediodía, y esperó allí hasta la salida del primer tren; se embarcó y llegó á las Nieves.

Era ya muy entrada la noche, una de las últimas del mes de febrero; Rafael caminó hasta el hotel de Blanca, arrojó algunas piedras al jardín por ver si estaba atado el perro; lo estaba efectivamente; era señal de que esperaban gente de fuera de la casa, y Rafael, recordando cómo y por dónde había subido Gonzalo, subió como él; hallóse en el jardín, rodeó la casa y quedóse parado frente á una ventana del piso bajo; se oía ruido y algazara de voces, chasquear de platos, tintinido de copas. Rafael se encaramó al balconcillo y miró entre los visillos; á aquel cuarto llegaba la luz de la habitación contigua; las maderas no estaban plegadas. Describió Rafael en el cristal un círculo con el diamante de su sortija, hizo leve presión y cayó el cristal cortado. Por el boquetillo introdujo la mano, abrió la ventana y penetró en el cuarto.

Asomóse á la puerta de la habitación inmediata, oculta en ella por un ancho cortinaje.

En la estancia aquella había dos mujeres, la rubia Carmela, amiga de Blanca, otra vividora cortesana, treintona, dos sujetos desconocidos y el Marqués de Biensielúa con su aspecto de res cerdosa cebada y remolona. Había en medio una mesa de roble de recias patas, descubierta de todo tapete y libre como una peana sin san-



to, y á la espalda de las escotadas medio desnudas mujeres, otra mesa larga llena de botellas de manzanilla y fuentes enmonteradas con coberteras de metal blanco resplandeciente; champagne, las dos clases de la última erudición de los gastrónomos, la variedad de quesos y de vinos.

No lejos de esto, sentado cuasi al filo de una silla, un hombre con traje andaluz, calañé caído á la ceja izquierda, puro chispeando enristrado al vértice derecho de la boca; medio cerraba los ojos al humo del cigarro é inclinaba la cabeza con donaire sobre la guitarra que mantenía en las rodillas, y templaba celosamente dando el oído á cada vibración de las cuerdas.

Veíase el pelo cuidadosamente peinado, tenía la cara afeitada como los toreros, y gotillas de luz en la camisola, y en las manos hacían saltar los brillantes á la vista.

Tenía el semi-señorío, recato y burla, confianza y altivez de los hijos del pueblo andaluz.

Blanca no se hallaba allí... todos estaban un poco silenciosos... Oía Rafael el resoplido de los caballos y el maceo de los cascos sobre la arena del jardín; allí había un coche oculto, que no había descubierto Rafael al entrar.

¿Qué sería aquello? Rafael quería esperar, y luego trataría á Blanca como ella debiera ser tratada.

—Vaya, Sr. Breva... unas cañitas—dijo Carmela, colocando sobre la mesa diez ó doce copitas de cristal de las llamadas cañitas; había



cogido todas con una sola mano, al modo que las diestras y graciosas gaditanas y sevillanas acostumbran hacerlo... todos, azotando el licor de oro, dándole un hilillo de ebúrnea espuma, bebían en líquido la misma luz.

En esto penetró Blanca, y Rafael sintió que la sangre le ahogaba; venía su amada tentadora y bella como jamás la hubiera visto.

Hecha una sevillana del pueblo.

Acompañábala un jovenzuelo, empatillado á la andaluza, con larga nariz, un poco acachiporrada, de esas que dan á algunas caras la semejanza con aves de largo pico; ojos pequeñitos, voz gangosa; movía á uno y otro lado la cabeza como si no tuviera flexibilidad en su largo y estrecho cuello, y á pesar de sus maneras á la parisiense, su gravedad y la malicia de su rostro, era éste trivial á lo sumo.

Tal sujeto no decía sino sandeces, chulerías y necesidades.

Rafael, sin duda deseando ver bien, sin interrumpir nada de lo que allí podía acaecer, no quiso ó no se atrevió á entrar.

Aquel señorito era el pagano de la fiesta; el noble hijo de papás de antigua nobleza; el rico y oculto amante de Blanca.

—Juguemos al tanguillo—dijo el señorito.

Y puso una botella de champagne de sesenta francos sobre la mesa.

—Aquí están los abuelicos—dijo, Bensiélua colocando algunas onzas de oro, aludiendo, sin duda, á los bustos del viejo rey empelucado, que había en las antiguas monedas.



Tomaron las onzas y las tiraron á distancia sobre las botellas; cada vez que se quebraba una, acudían todos á recoger el espumoso licor vertido, y así estuvieron derrochando en juego loco, hasta que hubieron de romper treinta botellas; luego cenaron opíparamente.

Estuvieron bebiendo y en su charla relatando los accidentes acaecidos en una cacería, hora y media.

Después, la escena que tuvo lugar fué espantosa para Rafael, que ardía en celos.

El Breva entonó canciones andaluzas, llenas de picaresco sentido, y contestóle Blanca, subida sobre la mesa, moviéndose en ligera danza, alzando los brazos por cima de la cabeza como en íes griegas, extendiéndolos en cruz, echándolas á la espalda, ladeando el busto á compás y opuesto al brazo que extendía, repiqueteando el suelo con las puntitas de los pies cual si, asediada de hormigas, fuese matándolas rápidamente una á una, ó taloneando de pronto como si por un desmayo fuera á caerse de espaldas; jaleaba, echábase á la izquierda brusca y airoosamente y luego á la derecha.

Esto lo veían todos con sonrisa de indiferencia.

—Lo bueno, lo bueno—dijo el señorito.

Y vino lo bueno. Cambiáronse aquellas graciosas vueltas, aquellas ondulaciones de pluma llevada al aire, aquel movimiento leve y rápido como de mata de flores, en estremecer de hojas y balanceo de ramas al soplo de la brisa, aquella gentil, ora dulce pendulación, ora vi-



vaz carrera, sin moverse de un mismo sitio; aquellos brazos, que parecían tejer hilos invisibles, lanzar rosas, responder á señas lejanas; el bajarse como para pasar bajo un arco florido; las promesas mudas, más llenas de sentimiento delirante que de sensualidad torpe; pulverización leve de malicias, cortadas por un no sé qué lleno de recato y de honesta gracia, por lo cual, no bien se mostraba un movimiento tentador, asaltaba fiero el rostro de la andaluza... reina de su hermosura, tirana del bien querer, enamorada de la luz, de las flores, y del amor mismo... pero señora de sus gracias, dueña de su corazón y altiva diosa, que juega con las apariencias, con los pecados... inmaculada, librándose de todo como ágil, pasaba por capas y sombreros culebreando con sus pies por todos los obstáculos sin un tropiezo.

Esto apenas fué sino indicado por Blanca; lo bueno, lo que le pedían que hiciera, repugnaba; era como la bambochada grotesca junto á un cuadro de Murillo; el baile chulo acancanado, lo que deleita ver á los concurrentes del café Imparcial; el giroteo asqueroso de caderas; las languideces de perro sensual...; la métrica hediondez de una lasciva candombera; lo que es corrupción del airoso y libre baile andaluz... ¡Lento compás, de pesada bestia!... No la linda niña provocando al juego porque roba una flor, y promete un beso y huye riente al saltar los arroyuelos, cruzando por el laberinto de los bosquecillos... era una danza en el cieno.



Berrearon todos, la furiosa lascivia pintóse en aquellas caras torpes, de seres gastados...

Rafael sintió un repentino movimiento de cólera al ver de aquel modo prostituída á la mujer que amaba... ¡Ah, sí, la amaba, la deseaba, la idolatraba!... y separando las cortinas, penetró... mas le detuvo otra vez el miedo; estaba pálido y convulso, apenas dió tres pasos en la estancia.

Blanca se detuvo sorprendida al verle; todos le miraron...; por fin la cortesana dijo:

—Es un amigo.

Satisfizo la explicación. Blanca, dijo que se hallaba rendida.... en realidad, estaba enojada consigo misma; había estado muy torpe, cuando Rafael llegó á descubrir aquello.

Después, no supo Rafael lo que acaeció.... bebieron, cantaron, él permaneció silencioso.... y por último, el señorito dijo que se iba, debería estar con los amigos y la familia á la mañana siguiente en el punto en que se habían reunido á cazar. No era cosa de que se descubriese todo; á la noche siguiente volverían.... y el señorito y los que le acompañaban salieron; oyóse á poco el coche que se alejaba del hotel.

Carmela, Breva y la otra cortesana que se habían quedado, comprendieron por la expresión del rostro de Rafael que allí había ocurrido algo muy grave y había de ocurrir algo más grave aún; se despidieron, y en otro carruaje salieron con dirección al pueblo inmediato.

—¿Qué es esto, Blanca? ¿Esto es seguir prostituída?—dijo furioso el joven....



—Esto es....—Blanca se detuvo; su rostro se demudó y echóse á llorar;—es sencillamente ganarme por otra parte...

—Lo que yo no te puedo dar... ¡ah infame! ¿quieres que te ajuste? ¿me engañas? hubiéraslo dicho en un principio... ¡Toma!...—gritó amenazándola; íbala á pagar... pero se detuvo.

Entonces ella se desató en insultos terribles... tales, que Rafael no pudo dominarse al oírlos; había llegado Blanca á nombrar algo muy sagrado para él... y el joven descargó un terrible bofetón en la faz de la cortesana....

Rugió ésta de dolor, y al propio tiempo, como si hubiera recibido la más grata é inesperada de las sorpresas, arrojóse ébria de alegría al cuello de Rafael, exclamando:

—Bendita sea tu madre, y la leche que mameste.... pégame una y mil veces.... te quiero, más que al sol.

Rafael sintió eso que conmueve al amo, luego que su perro herido viene á lamerle la mano.

Y ella venció de nuevo.

Prometióle no volver á aparecer á la noche siguiente, negarse, decir que estaba mala, y ambos volvieron á Madrid en el tren que pasó por allí á las nueve y media de la mañana.

Al entrar por el Prado, hallaron una multitud de más de tres mil obreros, con caras ceñudas, puños apretados, pálidos, voceando con rugiente irritación; ancianos, mozalvetes, hombres, vestidos con blusas de todos colores...

—¡Trabajo, pan y trabajo!—decían unas veces sorda, otras desaforadamente.



Primeros truenos de una tempestad terrible, sin duda.

Atravesaron por entre la multitud cogidos del brazo Blanca y Rafael, llegaron á casa de aquélla, la cuál se puso á preparar el chocolate como todas las mañanas.

A Rafael le apenaba verse rendido á aquella mujer tan envilecida; parecíale que había perdido á sus propios ojos; pero le hubiera sido imposible separarse de su lado.

Blanca vertía el oscuro chocolate en las jicarrillas, y abriendo los brazos, se arrojó de pronto frenética y enamorada á los de Rafael.

La puerta se abrió, y una voz dijo:

—Catón, el sátiro....

Blanca y Rafael miraron.

Era Peña Rosales.







## XVI

### Corona y palma

**P**LENÁBASE el espacio de sonoridad armónica; á él acudían tonantes lejanas canciones, bulliciosas risas; resonaban los bosquecillos de los paseos, como si en ellos agitaran por todas partes millones de sonajeros de plata; todo el alegre estruendo se mezclaba y confundía en un rumor intenso continuo, formado por la algarabía de los pájaros y el acentuado clamoreo de las voces.

El sol difundía su luz en un cielo diáfano; vertía sus rayos, haciendo brillar como polvo de brillantes la arcilla de los paseos; rayos de colores y transparencias purísimas de los arroyuelos y de los saltos de agua; tomaban un ligero barniz de plata sobre su verde oscuro las hojas de los árboles, éstas y las ramas proyectaban en el suelo el bordado de sombra abierto



por el sol, semejante á levísimo velo de negro crespón moteado por oro fulgente.

Aspirábanse aromas de primavera, misteriosos dones de flores ocultas tras el boj, esencias delectosas que apenas hacían sino suavizar el aire refrigerado por brisas, y templado por el sol.

Se encontraban en todas partes personas cuyos ojos, reflejando la luz, parecía como que mostraban más limpidez en la mirada, bocas en las que palpitaba la alegría; rostros animados; seres henchidos de ese gozo de vivir que embriaga en las mañanas de primavera. Llenos irían los cerebros de impresiones gratas, y á ellas se referirían las esperanzas suscitadas y los dolores calmados. De esta á la otra copa sorprendía en rápido cruzamiento, dejando instantáneamente ver cuerpecillos grises relucir al sol, y oír el ruido de las alas, turba desordenada de pajarillos; por entre los troncos y el bosque sorprendían, aparecían á corretear persiguiéndose los niños; y sobre los cuadros de flores, con alas como corolas blancas, copiando unas veces en fijo, otras en desigual movimiento, el flamear de una luz que se extingue, ó el escintilar de un astro, volaban las mariposillas temblorosas al efluvio primaveral.

Un mozo de carga había bajado por el Prado de vuelta de la estación del Norte, llevando en la mano un talón de papel rojizo, cruzaba del paseo á la calle de Atocha, por la que bajaban, golpeteando con su pesada marcha, seis carros cargados, de los cuales tiraban en cordón cuatro



ó seis mulas, azaradas por las voces broncas y bruscas de los carreros, y agitando sus colleras de campanillas.

Al llegar hacia la mitad de la calle, habiendo dejado atrás la rumorosa puerta de San Carlos, por la que entraban y salían los jóvenes estudiantes, y después de pasar ante otras oscuras y tristes de casas á las cuales no llegaba ni el ambiente ni la luz de aquel hermoso día, el hombre se detuvo; una mujer de cara un poco pálida, ojos soñolientos y enrojecidos, ancho pañolón, vestido de percal y cubierta la cabeza por un pañuelo blanco atado bajo la barba, se había parado frente á él.

—Nicolás—le dijo,—te esperan... ¿ya se mató el gusano, eh?—dijo medio sonriendo.

—Ola, Isabel, ¿dónde bueno?—replicó el mozo.

—¡Bueno! A nada bueno... Mira, estate quieto, y no me toques, que no soy *vigüela*. Buena estoy para fiestas.

—Vaya, ¡que estás guapa de verdad!

—Las vacas; pero mira, déjate de funciones, Nicolás. Bajaba al almacén á llamar al señor, y á decirte, si te hallaba, que fueras...

La moza se detuvo, y algo muy parecido al miedo y no muy desemejante á la tristeza le debió acometer de repente, y añadió en voz muy baja y con expresión de misterioso dolor:

—Ves á San Sebastián á avisar á *aquello*.

—¿Pero no ha habido remedio?—replicó el mozo con tono de terror íntimo y de sorpresa.



La moza alzó y bajó los ojos, dejó ver una sonrisa de ironía triste, y dijo:

—Ya lo dije yo, en cuanto la *vide* arañar con los dedos la ropa... Bah, dije, esta vez se va... —y la criada, hizo unos pucheros asomaron dos lágrimas á sus ojos, miró al mozo y rompió por fin en gimoteo, ocultando su cara con el delantal...

No, lo que es ella lo sentía de verdad; la noche anterior había estado junto á la cama sin moverse de allí, y la enferma volvía los ojos y la miraba, la miraba la pobrecita de un modo que partía el corazón. Y todo por no haber acudido á tiempo, pues si la hubieran dado buena asistencia, tal vez no hubiera llegado á tal extremo. Lo que ella decía: agua caliente á los pies; ¿que uno era poco? dos, tres, un ladrillo al costado, «para quemar aquella parte del dolor.» ¿Tosía? Pues malvas y malvas á más no poder, que se *reblandara* el pecho, y quietita en cama... Pero ya... ya no tenía salvación. Isabel ya lo sabía, y bajó la voz y dijo que el doctor había-le dicho la tarde anterior: «No hay esperanza, no hay esperanza.»

El mozo quedóse como uraño y ceñudo.

Y la criada dábale prisa para que fuese á la iglesia á por los sacramentos, pero al propio tiempo comentando los sucesos de la noche anterior, hablando de si el señor se volvería loco, si había peligro de que se muriese detrás la madre ó de si Nuncina sentía más que Luisilla la desgracia... y la criada exclamaba constantemente: «No sé, no sé qué va á ser. ¡Oh qué



desgracia tan atroz;» consolábase á sí misma con la consideración de que al fin y á la postre todos hemos de seguir el mismo camino, y de que para ser desgraciada como había de serlo una muda, valía más que muriera; parloteaba sin tino hasta que se unió á ellos la criada de la horchatería, con el pretexto de avisar á Isabel de que el Sr. Martinotte había subido hacía un momento y había vuelto á salir como un loco.

—¡Ay! voy, voy,—dijo apresuradamente la criada, y volvió á instar al mozo para que fuera á San Sebastián, y tornó á la charla con la moza de la esterería, sobre si era buenísima y lista la pobre señorita y recordando mil detalles de la vida de la sorda-mudita,—¡Era una santa del cielo!... los buenos no eran para el mundo—y cosas de este modo y forma.

En tanto por el extremo de la calle, de prisa y rastreando los pies, ajado el rostro, llorosos los ojos, amoratadas las mejillas, más viejo, más débil, sucio, con su gorra de seda deslustrada en la mano, hecho un miserable polvo-riente con su traje del almacén... Mr. de Martinotte, al aire su cabeza encanecida, sin ver siquiera dónde caminaba, autómata del dolor, venía guiando á un cura de blanca y rizada casulla que con paño bordado sobre los hombros y encubriendo el cuello y un vaso sagrado que llevaba entre las manos; negro bonete á la cabeza, y dejando ver su rostro enjuto, moreno, y sus ojos, expresando tristeza y asustando á la vez; murmurando á media voz palabras del re-



zo latino, seguía con paso más ágil y firme. A su lado marchaba un mozalvete de cabeza despeinada y aire indiferente que contestaba distraído á las palabras latinas zarandeando su gran farol.

¡Ah! ¡qué desorden tan horrible existía en casa de Mr. de Martinotte! En el despacho de éste estaban cerradas las maderas de las ventanas, y lucía sobre la mesa una lámpara encendida, y eso que eran ya las diez y media de la mañana... En un rincón lloraba sin consuelo la pobre Luisilla; Nuncina, pálida como la misma muerte, sin tener conciencia de lo que hacía, de un lado á otro, se movía como si del trabajo de los días anteriores le hubiese quedado aquella agitación; le acometían respectivamente bruscos golpes de llanto y pesaba sobre ella aquel tiempo sin medida, aquellas horas sin fin del dolor.

Había sido horrible; durante el invierno, tuvo la sorda-mudita un catarro que, apenas curado, volvía á reaparecer varias veces. Una tarde entró «la niña» en la sala cerrando el balcón, estremeciéndose de frío, quejándose de un dolor al costado...; tres días, tres no más, y ella, que había resistido durante los meses del invierno... cuando tantos morían de pulmonías, había sido herida de muerte... Su delito hubo de ser la esperanza; ¡nadie conocía su secreto!

Pilar con el velo prendido al pecho por un juguetillo dorado, recostando su cabeza en el respaldo de un sillón, lloraba en silencio, é Isabel Henaz, señora religiosa, rezaba de continuo



á la Santísima Virgen del Carmen, con lágrimas en los ojos y fe en ellos, moviendo sus labios, prendidos al ruego sus manos.

El Duque de Eguskija había mandado aviso á su médico, el Dr. Darío; el joven fué llamado cuando ya no había remedio.

Conversó con el médico de cabecera; convenciéndose de que su compañero había agotado los recursos, y salió de allí, uniendo aquel dolor á tantos otros como de continuo hallan en su rudo trabajo los de su profesión.

A él, como á todos los amigos de Isabel Henaz, afligía aquella desgracia.

En el cuarto de las niñas multitud de objetos hablaban de Enriqueta, á la cual desde que hubo de iniciarse la enfermedad se la había acostado en la alcoba de su madre. En el cuarto se veían las acuarelas con que ella enriquecía las paredes de la habitación, la caja de colores, los acericos, los bordados, los primores de aquellas lindas manos... allá las cajas de sombreros, recordando otros días y otras modas. El sombrerito que estrenó «la niña» para ir á Dax, el que lució en paseo durante el último verano... desastrosa crueldad, objetos inútiles, coloreados por reflejos que en ellos dejara la felicidad pasada. Ella, la niña, unía con sus misteriosos signos, con sus risas, con sus miradas á todos; aun parecía que le esperaba su pequeña silla de trabajo, su bastidor, en cuya tela brillaba la aguja prendida al último toque del bordado; aquel tejido quedaría incompleto; no había pacientes manos que le acabasen; había



alguien invisible cortado el hilo para siempre; lo que no había sido aún estreno era ya reliquia.

En tanto en la sala veíase el desorden de los muebles, y sobre un velador los medicamentos sucesivamente comprados; de cada uno de ellos se esperó un bien; aquella botellita se compró para calmar la excitación, este otro emplasto extinguiría el dolor; el menjurje de la tacilla la fiebre, y ahora todos se hallaban ostentando sus etiquetas pomposas como charla de pedantes desacreditados, mentiras despreciables.... cómplices del misterio aquel que todo lo llenaba de aterrador aspecto; extraños que hacían impuro el ambiente con sus olores ingratos. El veladorcillo se hallaba frente al lavabo en que solían peinarse Nuncina y Enriqueta cuando debían ir á casa de Isabel Henaz, que eran las reuniones, éstas las únicas diversiones á que asistían; en el tocador se veían los pulverizadores de esencias y las botellas de agua florida en contraste con los cachivaches de botica.

Mr. de Martinotte había tenido que ir á la iglesia; nadie hizo cuenta de dónde podrían hallarse los criados....

El drama de la muerte atacaba ya con su última y cruel rudeza; al penetrar el sacerdote en la casa, fué recibido por Pilar é Isabel arrodilladas, y sucedió una cosa horrible, pero cierta; el cura sacando una de sus manos, puso misteriosamente en las de la señora de Henaz una como estampa que tal pareció á Isabel á primera vista: cuando el cura entró en la sala fué la



buena señora á mirar qué podía ser aquello, y hallóse con una tarjeta, anuncio de una casa de pompas fúnebres.

¿Cómo? ¡Dios mío! ¿era posible? ¡el sacerdote que llevaba en sus manos la última forma sagrada, hacía de corredor de una casa explotadora del dolor y de la vanidad!

¡Tales bruscas realidades indignan, y aquella devota, cuya fe era superior á todo, fué más que un pontífice, y maldijo la infame simonía en nombre del Señor... ¡hubiera ella gritado, si la aflicción no redujera á lo más despreciable, aquel hecho de suyo bien repugnante!

¡Ah profano! Y como allí, donde tal vez se opera la misteriosa transformación; donde oficia el dolor ante la cama que parece altar, ante el agonizante que es víctima, allí en aquel lugar donde el dolor se refleja en todas las caras, el sagrado pavor estrecha los corazones, en un momento supremo y grande.... al punto del cual, el médico, ese audaz luchador contra la fatalidad, se aparta triste, impotente y abatido.... algunos aparecéis como por cumplir con una fórmula rutinaria... ¡Oh Cristo libertador del género humano, escribas hay y fariseos, perdónalos, no tienen ni mujeres ni hijos, olvidaron que hubieron madres.... no saben lo que hacen, son hijos de las tinieblas!

.....  
La ceremonia fué extraña.... y pasó.

Y la niña hundida en el lecho, con su cabeza apoyada en la almohada, mostrando su cutis ya en esa tensión por la cual la carne va convir-



tiéndose en mármol, el vivo en estatua; porque esta maravilla del trabajo del hombre, no es sino recuerdo de la última obra de Dios; con sus labios cárdenos, la respiración fatigosa, la nariz afilándose, huyendo de su cara el último fulgor de la vida y tiñéndose ya en la sublime y misteriosa luz de la muerte.... la niña, aquella pobre criatura que había vivido mirando, sonreía dulcemente, ó parecía sonreír cual si habiendo pasado por el mundo más bien que castigada con la falta de un sentido, libre del castigo de oír, volviera á escuchar armonías por ella oídas antes, apenas recordadas por el color y los aspectos de las cosas... que viera en vida...

Todos codiciaban sus miradas, los últimos fulgores de expresión.

La moribunda paseaba sus ojos en torno á la cama, de la cual no se apartaba Madama Martinotte... tal vez esperara aún en los ojos de la niña; la esperanza es como la sed... inextinguible. Por fin vióse «la niña» acometida del estertor, por último dió en su rostro un relámpago de expresión, y la muda miró á su madre.

—¡Adiós, hija, hija mía!! ¡Me habla por última, por última vez!—rugió la madre.

Y aquella luz que les había alegrado con su claridad... se extinguió; la santa niña, sin conocer otra felicidad que la de la infancia, había vivido lo bastante para sentir el peso de su cruz, el martirio de un amor imposible.

Murió. Sobre su ataúd se pondría la conquistada corona de sus bodas con lo ideal... celebra-



das ¡quién sabe dónde! ¡la virginal corona y la palma santa!

El llanto de todos resonó de un modo desgarrador.

La madre abrazóse al cadáver, sin que nadie pudiera arrancarla de allí, sintiendo cómo se iba enfriando su hija apesar del creciente fuego de sus besos... y de las candentes lágrimas...

El amor es la fuerza del alma contra lo imposible aparente; sólo el amor, hijo de los cielos, intenta encender de nuevo la vida en el cadáver...

La madre hizo una cosa extraña, habló al oído de la que en vida no oía...

Dulces besos sobre el cuerpo helado, sollozos, hondos suspiros, desesperación sagrada que lanza rayos á lo desconocido.

El dinero del *onclé* Gregoire sirvió para el entierro, porque Martinotte estaba arruinado y muerto por el dolor.







## XVII

### El pecinal de la muerte



OR QUÉ se trocaron abrojos lo que fuera lozanía y florecimiento? ¿Quién hizo que la simiente, aun antes de abrirse y germinar, fuera desperdicio y despojo? Cae cenicienta y espesa niebla, encubre toda perspectiva, y el espacio está impregnado de un gas venenoso, marchitas las plantas, desnudos los árboles, los troncos pelados como huesos, los retorcidos y graciosos brazuelos secos como el costillaje de esqueleto, y las horquilladas ramitas donde brotaran los botones, y el verdor cual los dedos descarnados de la muerte. Semejante cambio repentino y brusco, acometida inesperada del invierno, fué para Rafael la fatalidad á que se veía condenado; hallóse sumido en tristeza y vergüenza



profundas, melancolía senil, nostalgia abrumadora y precoz.

¡Voluntad, voluntad! ¿Qué fué de ti? Energía potente, fuerza inicial constante y acelerada, vida de la vida, has muerto; ya no revuelves y atizas el foco ardiente de toda determinación libérrima, ya no flamea en la fantasía la codiciada y noble esperanza, ya el juicio no pesa y mide el acto ajustándole á la proporción del tiempo, del obstáculo y del personal vigor, ni resuelve una en otras las acciones para acabar progresivamente el audaz propósito... Esa escala, que sube desde lo inanimado é inerte hasta lo humano, y que establece en éste una relativa libertad, y entre los hombres, desde el esclavo, que se asemeja á la bestia, hasta el hombre que reina, como ser autónomo por la razón, el sentimiento y la noble emancipación lograda con el trabajo, ofrece una serie ascendente de peldaños, habíala rodado Rafael... porque la suprema razón de la libertad, es la virtud lograda por el ejercicio atinado de la voluntad, entonces presa á los sentidos; los apetitos dominaban ya casi en el desventurado Rafael.

Ese todo armónico en que se da la imaginación que promete y la razón que cumple, el hombre, hallábase á merced de ciegos impulsos.

.....  
Acababan de llegar Peña Rosales y su sobrino al hotel.

He aquí lo que había sucedido:

No bien apareció Peña Rosales en la puerta del cuarto de Blanca, punteando con sus ojos



la más aguda malicia, y bruscamente disparando sus irónicas palabras, cuando Blanca huyó á esconderse, y Rafael quedó anonadado ante su tío, sin atreverse á fijar sus inciertas miradas... El tío dijo que no esperaba seguramente hallarle allí; que esto habíale causado la más viva sorpresa; pero que al fin y al cabo celebraba haberle hallado, y luego, como tornándose grave, le dijo que de los asuntos verdaderamente serios, tendrían ocasión de hablar; volvió, al decir esto, al tono voluble y burlón, en él habituales, y exclamó:

—¡Vaya... eso es la carne, seré yo el diablo! estás á merced de dos de los enemigos del alma. ¡Pobre muñeco!... En fin; he de decirte, que se hallan en Madrid y en mi hotelillo..., tu madre y tu hermana; los años, como te dije, han sido malos; tu madre, para sostener una explotación de industrias agrícolas, miel, queso, cría de aves, y otros *fantásticos artificios*, pidió dinero á réditos, y medio se ha arruinado; los renteros, como podían gimotear cerca de ella, la han engañado; ¡claro, con la confianza... éste es el mundo!

Rafael dejóse llevar por su tío; que le fué advirtiéndole, no diese á entender su estado, y Peña Rosales se había propuesto salvarlos á todos; era necesario que Rafael pusiera algo de su parte.

Había creído que Rafael se hallaba en el Escorial, hasta que Pedro *todo* se lo había dicho. Rafael no sabía cómo ocultar su vergüenza al oír esto.



Al llegar al hotel, halló en el comedor á su madre y á su hermana hablando con la señora Andrea y Teresilla.

Había allí maletines, mantas de viaje arrolladas y sujetas á blancas y delgadas correítas, cestillas de todas formas y tamaños; los menudos bultos que á mano, en la red-percha y bajo las banquetas del vagón llevan siempre en sus viajes las señoras, y especialmente las provincianas.

Arrojóse á los brazos de su madre Rafael, y echóse á llorar como si hiciera muchos años que no la hubiese visto, nervioso cual nunca había estado, ocultando el rostro en su hombro.

—¡Madre mía, madre mía!—murmuró.

—¡Hijo! ¿no me esperabas, verdad? No te quisimos apenar contándote todo lo que hemos sufrido; —y en abrazos, caricias, preguntas desordenadas á merced de esa verbosidad que ataca después de un viaje, luego del brusco cambio de vida que éste produce en las personas habituadas á la paz y á la monotomía de una existencia tranquila, dió cuenta á su hijo de los disgustos que había sufrido, las pérdidas que le habían acarreado las miserables intriguillas de aldea con que la hirieran constantemente los zafios lugareños...

Por poco no se ve expuesta á hipotecar la casa y á vender el huertecillo. El Sr. Julián, aquel señor tan devoto á quien hería los oídos el primer latido del esquilón de la iglesia tan vivamente, que antes de volver el badajo á tocar en el bronce, ya estaba el hombre de hino-



jos ante el altar mayor como un santo ¡era el más inicuo especulador, el más despreciable usurero.... habíala llevado á la madre del joven el cuarenta y cinco por ciento! ¿Quién sabe lo que la buena señora hubo de sufrir con Marcialote, el hijo del escribano, que no bien Rafael saliera del pueblo dió en zanganear alrededor de la casa, rascar por la noche su guitarro frente á á las ventanas de Carmen canturreando con voz de ganso... y por último, hacer á todo el mundo creer que se hallaba en relaciones con la señorita?—así llamaban á Carmen en el lugar.—Luego, se presentó con el padre sin más ni más á solicitar la mano de Carmen, y ¡nunca se la negaran! ¡Qué mapa de enredos, qué serie de chismes, qué ruines enconos trazó, sonajeó, revolvió el bruto del muchacho!

—Razón tenías, hijo, razón tenías, en odiar el lugarón. Cuántas veces lo he dicho... y gracias, gracias á este bendito de Ramón, que nunca sabré pagarle como se merece sus cariñosos y útiles servicios, si no... sabe Dios lo que nos hubiera acaecido.

—Vaya, no se hable de eso, Rafaelillo está contento... no piensa sino en hacerse un hombre, pronto le tendremos en el Congreso... Porque supongo que la vida les habrá á VV. enseñado que aquí hay que desprenderse de multitud de generosidades románticas, de ideas inútiles... hay que pensar en lo práctico.

Convinieron todos en ello; hubo como una porfía de lamentosos desengaños; el bien podía realizarse en todas las esferas y aun por todas



las opiniones; además, buena lección dejaba el coronel, que nunca vió recompensados sus buenos servicios.

Retiráronse las viajeras á descansar, pretextando tener muchos y urgentes negocios; salió Peña Rosales y quedóse Rafael en su cuartito á merced de esa impresión moral extraña, semejante á la que acomete al que desembarca de un buque en el que navegara mucho tiempo; estaba como si echara de menos el vértigo del movimiento y del mareo.

Comprendía que iba á suceder algo muy importante en su vida, se resolvería entonces su porvenir; habíase encadenado todo de manera que no parecía sino que alguien disponía los acontecimientos á voluntad.

Casi hubiera pensado que se relacionaba la llegada de su madre y de su hermana con aquella inexplicable conducta de su tío, aquella broma impertinente del vale-talón supuesto. Peña Rosales, además, habíale dicho que tenían que hablar en *serio*; temía y deseaba Rafael que llegase este momento.

Había estado ebrio y ciego... y debía confesar que no le era dado ya alardear de hombre convencido; la vida, la realidad, eran otra cosa de lo que él pensara, había sido un iluso; creía que todo encontraba resolución maravillosa, como en las aventuras de un personaje de *Las mil y una noches*.

Sucedieron á este día otros, durante los cuales Rafael acompañó á su madre y á su hermana por las calles; llevólas á las tiendas, y fueron



á la nueva casa, admirablemente amueblada por su tío; allí proyectaron acerca de cómo y cuándo debían ir á habitarla, y la madre no hacía sino alabar á Peña Rosales; era buenísimo; no les cobraba alquiler por aquel lujoso cuarto, y no pensaba sino en el porvenir de todos. Si Carmencilla me hiciera caso...—decía la madre, y en la reticencia bien daba á entender que podía ser conveniente á todos la boda del tío y la sobrina.

En cuanto á Rafael, no debía ser *tonto*; su tío tenía razón, el mundo era así, y había que tomarle como era, y puesto que al joven se le ofrecía un partido tan ventajoso como la boda con Lola, debía aceptarle. Había ella conocido en el poco tiempo que pasó en el pueblo el egoísmo humano, único móvil de las acciones de aquellos palurdos; habíale conocido más y mejor que durante toda su vida, sin duda porque los campesinos, como más toscos, mostraban más claramente el fondo...

Rafael desconocía á su madre; parecíale al oírla hablar de la boda de conveniencia, y luego combatir el *egoísmo* de los lugareños, que algo de aquel egoísmo la había tal vez contagiado.

¡Ah, pero era cierto debía de sacrificarse por su familia!

¡Ah! ¿Pero podía hablar él? ¿No había caído en el lazo de su tío, no le había probado éste, quizá más de lo que Peña Rosales se esperaba, que nada resiste la voluntad á las pasiones? ¿que la edad, el temperamento el medio que nos



rodea, todo esto es lo que determina en nosotros las acciones que consideramos resultados de la conciencia, determinación libérrima de la voluntad?

Debieron ir á casa de Isabel Henaz y su hija, allí oirían algo acerca de la familia de Martinotte, de la sordo-mudita y de la afición que á ésta tenía Rafael, ello fué que habló de esto la madre.

Breve alusión que hiriera agudamente el alma de Rafael.

Este, durante durante algunos días, anduvo vacilando; sentía deseos de ver á Blanca, le detenía la presencia de su madre; pero un día no pudo dominarse; en todo lugar y en toda ocasión presentábase á su deseo el incitador estímulo; aquella mujer ebria, loca, perversión que tentaba como los licores fuertes al bebedor empedernido, que tiene conciencia de que le destruyen, pero siente la constante irritación de aquella sed de fuego en el paladar...

D.<sup>a</sup> María y Carmen fueron á casa del Conde; Lola trató á la joven con tales y tan vivas muestras de afecto, una simpatía expresiva, extraña por demás en ella, desdeñosa y apática generalmente, y solo ardiente y vivaz en ocasiones. Esto se tuvo por buena señal.

Rafael fué. Rafael llevó después una vida vulgar hasta el extremo, parecía cumplir con todo cuanto se le exigía, á nada oponía resistencia; iba á las reuniones, escuchaba los vanos discursos del Conde, las impertinentes zalamerías de su mujer, y hasta se entregaba á con-



versar con Lola, como si realmente le interesara. El mismo estúpido Gonzalo, que seguía lanzando al joven las miradas coléricas, no llamaba la atención de Rafael... éste no vivía sino para esperar el momento de huir al lado de Blanca.

Se habló de boda, á nada se opuso Rafael; se hizo la petición oficial, Rafael; siguió impasible... Disimulaba á maravilla, se encogía de hombros como los demás; era vano luchar. ¿A qué? Y al fin, la boda sería un hecho. ¡Bueno!

Vivía agitado por esa impaciencia y ese temor que atormenta á los que tienen conciencia de su empequeñecimiento moral; hacía traición á todo, sonriente é ingenuo á veces en la apariencia y como esforzándose por aparecer cual antes y siempre había sido; corría por ese oculto camino que siguen tras el hogar y la familia, bajo la aparente rectitud de intenciones y severidad de costumbres, muchos hombres tenidos por severos y morales. Estrechó su vida, redújose á seguir pasivamente en tanto pudiera esconderse algunas horas en aquel gabinetito donde Blanca le esperaba. Ella misma dábale consejos que él seguía como un niño repite la doctrina ó canta la tabla de pitagórica, esperando no bien termine la hora de escuela corretear libremente...

Y aunque nadie daba importancia al cambio que en él se había operado, cuán grande era éste, como en breve tiempo mudó el sano color de su mejilla en palidez, la firmeza de sus músculos en irritación ó flojedad morbosas en



cierto modo; aquel vivo y candoroso mirar y aquella gravedad, la alegría que asomaba risueña, y la voluntad que se manifestaba potente; lo que dejara en el joven la niñez, lo que señalaba la presencia no lejana del hombre hecho perdíanse oscurecidos por una mirada tímida, indecisa, un tanto vidriosa...

Un día supo que la boda sería un hecho.

Un punto quedaba en todo que era suficiente á detener al joven y moderar en él cualquier movimiento de resistencia la conducta de su tío; no acertaba á explicarse bien cuáles fueran las intenciones y los proyectos de Peña Rosales. Continuamente repetían todos al joven que la boda sería para la familia el más poderoso medio de salvar ciertos graves compromisos de Peña Rosales, y la apurada situación de la madre, y sobre todo, de hacer que el joven comenzara brillantemente su carrera política.

En ciertos momentos, halagaban á Rafael las brillantes esperanzas que le ofrecía el camino para él abierto por su tío; no podía, por otra parte, lograr fortuna más próspera y pronta de otro modo, y agujijoneábale el deseo de ser dueño completamente de aquella Blanca tan codiciada y amada.

Apenas si como débiles recuerdos de otro tiempo asaltáronle escrúpulos; allá estaban multitud de hombres, falsos tribunos, botarates de la charla, servidores de esta idea hoy, mañana de la opuesta, y él á nada faltaba; nadie conocía cuáles habían sido sus opiniones... Fácil prestigio, posición, libertad, dinero, todo esto de-



seado por tanto muñeco de la librea Moreta, ó de Lepe Domingo, ó de Martes, no espera inútilmente.

Sólo le detuvo un tanto la oscura conducta de su tío; hubiera pedido acerca de esto explicaciones, si no le detuviera tener que darlas á su vez.

—Pasado mañana en la capilla de Las Nieves pueden VV. casarse. Como tú no te has ocupado de nada, yo escogí algunos regalos; el Conde no pretende que hagan VV. boda ruidosa; á propósito; veo que huyes de hablarme, y sé en lo que consiste; no te expliqué la razón de mi broma.

Pero todo tuvo fácil explicación; el tío no cesó de reir al dársela; confesó que él mismo, de acuerdo con Blanca, lo había preparado.

—Tú eres un chiquillo... y yo no sé condenar como un dómine.

Quince días después Rafael se había casado. Realizóse la boda, á la cual acudieron el tío de Rafael, el Conde, la madrastra de Lola y dos ó tres personas más. Rafael distraído, impaciente, inquieto, como venía estando desde hacía pocos meses; Lola exaltada de un modo extraño, diríase que enamorada de Rafael tanto más cuanto más se marcaba la frialdad del joven. Debió de haber ocurrido algo misterioso; cuando preguntaron por Gonzalo al Conde y á la Condesa, respondieron que había salido aquel mismo día de Madrid.

Esto no era cierto; uno de los concurrentes aseguró á Peña Rosales que acababa de verle en la estación del Mediodía...



Habíase terminado la ceremonia, y Rafael estaba asomado á una ventana, fijos los ojos en el hotel de Blanca; ésta le había escrito el día anterior que fuese al siguiente á los toros. Al volver la cabeza vió Rafael llegar por el sendero que de la línea férrea se extendía hasta la quinta de las Nieves un sujeto. Era Romero Díaz.

La tarde anterior habían estado á verle la vieja que vendía el jabón, la Sra. Andrea y Teresilla, ésta llorosa y triste como quien acaba de recibir el más terrible desengaño; ella era la que había impulsado á su tía y á la vieja á dar el paso aquel. Noticiáronle que al día siguiente había de casarse Rafael, y era una infamia que engañasen al joven; según la vieja criada del Sr. Conde de Casa-Marins, éste, que sabía lo acaecido, había resuelto que fuera la boda hecha sin ruido, sin duda lleno de temor, no sólo por la referida aventura, sino por otras muy semejantes; era necesario...

Romero Díaz se encogió de hombros; pero Teresilla dijo que estaba dispuesta á todo; la vieja dijo lo propio, y á Romero Díaz tales amenazas de escándalo y tales horrores le anunciaba aquello, que no vaciló y pasó á referírselo todo á su amigo.

Un solo detalle medió en esto; Romero preguntó con gesto grave y entonación tal á Rafael si se había ya casado, que entendió Rafael le ocultaba algo muy grave aquella pregunta; venía á decírsele sin duda lo que luego de casado nadie le hubiera dicho.

Y Rafael todo lo supo, y supo más, supo lo



que significaba el negocio aquel de las minas. Rafael estalló al fin. El Conde jugaba con él, había jugado. El joven tenía su venganza, ¡imponerse!

¡Su venganza, su venganza sería rendirse, al fin estaba en el pecinal de la muerte!

Y como herido de viva indignación y sintiendo profunda repugnancia, presentóse al Conde; encerróse con él en una habitación, le apostrofó, le insultó, estuvo á punto de ahogarle entre sus manos; impuso condiciones terribles; su mujer viviría separada de él para siempre... Y allí luego le habló en tales términos, entregado á la desesperación:

—Sí, Sr. Conde—le dijo.—Es V. un villano, y todos los que me rodean lo son... yo mismo estoy envilecido y no me conozco. Tenía nobles aspiraciones, esos generosos impulsos de todo joven; impulso que estas sociedades de convalecientes contrarían por temor á perder el reposo y no hacer bien la digestión... Sé ya por mí que esto que llaman sentido práctico, no es trabajar en el taller, contentarse con la modesta felicidad, aspirar á ser respetado de los conciudadanos, vivir libre en un país culto, donde no haya hombres con libreas, vendidos á las ambiciones de un pedante endiosado ó de un General aventurero... Sé que eso es imposible... sé que en estos pueblos decadentes no cabe más proceso que el de la descomposición lenta ó rápida. Morirán todos como yo, moriendo en el cebo... debilitados... luchando entre estos dos términos: ó aceptando el martirio aba-

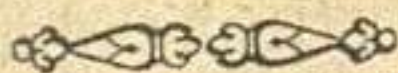


jo, ó agarrotando al país con el monopolio... Yo mismo no sabré dar cuenta de lo que me sucede... de lo que ha pasado por mí. ¿Por qué todo, el amor propio herido por la burla y los deberes de familia, me impulsan á las aventuras de mi tío?... El vicio me ha hecho trocar en sensualidad el amor; en torpe deseo el ideal... ¡Oh, ideal; santo ideal! amor al sér débil y protegido, pureza de intenciones, amada tan digna y pura como lo fué la mujer que nos parió, tan honrada por nosotros, que miramos en ella enorgullecidos la madre de nuestras hijos... Sépalo V., petate... no me propuse vivir nunca para este sórdido egoísmo; caído en el cieno, voy al agio; pero ya tengo la intención de ustedes, y soy el más fuerte... ¡Qué no lograré teniendo mayor instrucción que todos los liliputienses! Aquí se dará una lucha; cuando no es dado trabajar, cuando la voluntad es esclava del apetito, no hay para los hombres como yo sino dos caminos: ó combatir abajo ó explotar arriba... mi energía para el primer intento es nula; familia, ambición, deseo, todo me doblega... sería de los vuestros... y lo seré para vengarme...

Antes que nadie pudiera detenerle, había huído.

Al día siguiente hallábase indiferente, jovial, como si tal cosa, en el hotel del tío; era la hora de los toros, tomó un carruaje, y dijo al cochero:

—¡A la plaza!







## XIX

### La carnaza



**E**N la calle de Alcalá se daba el mayor grado de baraunda y rebulicio, como aguas corrientes siguiendo apresuradas, partiéndose en mil brazos; detenidas en remolino, acometiendo saltos en hondo rumor é inesperados tumultos, iban las gentes á uno y otro lado de la calle, rodaban los carruajes por el centro.

Un sol ardientísimo caldeaba el suelo y lo iluminaba todo con deslumbradora luz.

De trecho en trecho, enmedio de la calle desde la Puerta del Sol hasta la Plaza de Toros, se hallaban parejas de Guardia civil á caballo, soldados graves, de poblados bigotes á la veterana, con tricornios galoneados de lanilla como plata, correajes amarillos sobre el uniforme azul, calzones blancos de punto y botas de montar,



apostura de tranquila vigilancia, mirando con indiferencia á las gentes derecha é izquierda. Corrían apresuradamente multitud de vehículos de todos tamaños, formas y categorías, lujosos landós, en los que se veían damas con impalpables mantillas, leves como tejido de pavesa, y con prendido de flores al pecho; señorones inflados con rostro de estúpida suficiencia y vulgar vanidad, ó viejas acartonadas y pretenciosas con sus recuerdos de artificiosa juventud; victorias abiertas en las que iban algunas mujeres de rumbo y fama con blanca mantilla andaluza flotante como plumilla de edredón, blanca como espuma; en otros los asiduos concurrentes á la Castellana y al paseo de coches del Retiro. Pasaban medias fortunas, tilburís, faetones; cochecitos toscos, híbridos del moderno ómnibus y de la antigua calesa, ligeros y trasteantes siendo tan pesados como aquéllos y tan reducidos como éstas; pero sin la seguridad de los ómnibus ni la gentileza y libre rodar de las calesas; tal como la chula no es ni la manola, ni la griseta; solía aparecer alguno que otro cochecillo de tiros y campanillas, jaezes y porte jerezano, y gran número de tristes simones con jacos rechupados y enjutos, sacos de huesos avivados al látigo; hormigueaban todo aquello, bien como de la copa del árbol parten en la misma dirección y abriéndose, al esparcirse, bandadas de aves en vuelo acelerado.

Seguían en la misma unos y otros, en opuesta marcha, tranvías, deslizándose en los rails suavemente, atestadas de personas las dos



plataformas y dejando oír incesante el flageolo agudo de los silbatos de aviso; y grandes y pesados ómnibus, largos como galeras rodadas, altos como casas, bajaban de la Puerta del Sol; por las escotadas ventanas de éstos veíase en su interior apretándose y sofocándose mujeres y hombres, y sobre la cubierta, apiñados, sentados unos, los más de pie, hombres de pueblo con traje de domingo, dependientes de comercio ó estudiantes con americanas y sombreros anchos; voceando, canturreando, riendo, en algazara, mondando naranjas, cuya corteza lanzaban á la calle. Clamoreo continuo, carretadas de gentes en agitación incesante, que aumentaban el rápido movimiento y la libertad de la costumbre; gran parte de los vividores de las calles, que van y vienen de este al otro cafetuchito, de esta á la otra casa de alegres desenfrenos, el mundo pequeño que rebulle en la noche y el público que llena á todas horas del día los cafés; oleadas que acometían de la ciudad al circo taurino, con ese loco deseo que el pobre pueblo niño tiene de gozar, medio hambriento, del juguete de una epopeya de los tiempos en que el pastor conquistaba la res salvaje con algo de destreza, astucia y arrojo.

La febril actividad hacíase ya sentir en aquella pulsación violenta, al tostar del sol y al ensordecir del vocerío y el estruendo; llegaría á crecerse cuando la gente llenara el redondel, las impresiones rudas gastarían aquella morbosa energía; el enfermo apetito de emociones iba á saciarse, y lánguida y débil, no bien el crepúscu-



lo vespertino diera grises colores á los aspectos, intensidad gradual á las sombras, aquella multitud volvería con un vago é indeciso malestar ávida de reposo, libre de la neurótica orticación de la impaciencia volvería desvigorizada. La intensa luz del sol reflejando sobre la arena, la infinita variedad de colores vivísimos, rojos, blancos, oro luciente, centelleo de escamas de plata, y sobre todo el color de la sangre fatigarían aquellos millones de ojos. Tornarían aquellos seres con las gargantas doloridas de gritar é irritadas por el polvo, las cabezas en el vértigo de un vocerío sin fin y con un mareante movimiento, y llevando en el alma la vergüenza que deja haber presenciado por complacencia un espectáculo en el cual, como en los de los circos y las plazas de toros, hay quienes juegan eso tan útil á las sociedades, la vida del hombre; eso tan sagrado, el valor.

La valentía tiene su recato y su pudor; la valentía descocada, frívola é innecesaria, es una prostitución; jugar con el peligro puede ser no estimar mucho la propia energía ó desconocer el peligro por necia confianza; pero ciertamente es bárbaro, ciertamente no es propio de un pueblo que aspire á la dignidad de libre y de cristiano.

¡Oh pluma mía; pobre y oscura pluma, dicen los doctos, que ha de ocultar el novelador sus intenciones, y repítenlo aquéllos que quieren pintar cuanto ven y no aceptan la responsabilidad de lo que escriben; mercaderes del arte, desean vivir con todos bien avenidos, aspirando á re-



galar, no sólo ocios, sino instintos; pero tú, pluma laboriosa, huirás del españolismo de relumbrón, de la patriotería de las calles...; ¡eres obrera, pero no ramera!...

Por bien opuesto camino, mas dirigiéndose á la calle de Alcalá, venía en el carruaje que había alquilado poco antes nuestro desgraciado Rafael. Iba éste satisfecho de haber abrumado á golpes al petate del Conde, á aquel viejo verde, untoso de afeites, huero de ideas, repleto de codicias, vano y vulgar, veíale aún el joven sofocado, haciendo por desasirse de sus vigorosas manos, arreglar después su corbata, revolverse con furia y deshecho trocar su cólera impotente por destemplanza, en la cual la ira cambiábase en cobarde adulación, y por último, transigir, transigir, obligado á aceptar las imposiciones del sobrino de su consocio Peña Rosales.

Rafael habíase echado, como había dicho, el alma atrás; ya ni le apenaba el recuerdo de la sordo-mudita, ni de Martinotte, á quien ayudaría como le fuera dado, haciéndole partícipe de lo que él tenía por fabulosa fortuna.

¡Era tarde ya para Rafael! No había visto en torno suyo pacientes energías, desplegadas en el porfiado empeño de libertar y progresar, con relación á la apurada medida del tiempo y al áspero obstáculo de las circunstancias.

Rafael tenía la sed de goces vivos, de riquezas fáciles... Daríase al solo trabajo de lo que para hombres serios puede ser no más que un pasatiempo y un ejercicio del pulmón, la oratoria.



Olvidaba que todo hombre debe educarse en emitir fácil y sentidamente sus ideas y defender con la palabra sus intereses, sin hacer de este natural uso un medio de engañar, y entraba en la comedia pública dispuesto á la charla ostentosa, con malos remedos del verdadero é inimitable don... y por estos y con los ampulosos artículos en algunos periódicos de doble juego, engañar á esa multitud que tanta estimación rinde á lo que no entiende cuando las más triviales mentiras se le ofrecen con misterio y petulante estilo. Artículos campanudos, discursos de á seis horas, biografías semanales ó sueltitos sobre si él fué ó vino..., intriguilla de tertulias políticas... y luego... luego el placer, el loco placer, el placer sin límites aunque se abrasara antes que la socarronería y el hábil retiro del viejo vividor, falsario político, le envolviese en aparente gravedad y le hiciera *repolludo* personaje.

Al pasar el coche delante de la casa de la Moneda, por entre ésta y la estatua de Colón, se detuvo; Rafael miró, por ver de explicarse el motivo de aquella brusca parada, y hubo de apartarse con disgusto y un si es no es supersticiosa y rápida sorpresa, algo como si le hubiese oprimido de pronto el corazón; la impresión duró poco; la parada se debía al paso de un entierro, que atajaba la marcha del carruaje de Rafael. La muerte no es buen encuentro, especialmente, para el que va á la locura de los deleites.

Pasó un carro fúnebre blanco, con ringleras



doradas y paños azules con fleco de oro; en el carro iba una caja de azul más oscuro que los paños y adornos de cinta plateada; y sobre la caja, una corona de flores de azhar y una palma.

Cabeceaban los caballos empenachados con plumas blancas y azules, é iban marchando lentamente; seguía un carruaje de todo lujo, era el coche de los Duques de Egustkija; llevaba los faroles encendidos, y con los cristales encresponados por luto, seguíanle dos ó tres coches de alquiler, cuyos cocheros mal trazados, iban como soñolientos.

Nada de esto vió Rafael.—He ahí uno que descansa—se dijo;—debió de ser una joven, quizá esperara casarse y hacer la felicidad de cualquier pobre diablo.... y ahora.... ¡arrea tú, mostrenco, ya habrá comenzado la corrida!—El silencioso cortejo se había desvanecido, y bien pronto Rafael hallóse en medio de la tumultuosa calle de Alcalá, golpeteaba el monótomo estruendo por las risas de los que pasaban en los vehículos, por los gritos alegres de las aguadoras y naranjeros, y por las voces de arreo y azuzamiento de postillonaje de los conductores de ómnibus.

¡Oh, qué venganza y qué gozo, presentarse en público con su querida; llenábale de orgullo—aquello, desafiar á todos, superar á todos, mostrarse frente por frente de cuantos pretendieran solicitar á su amada; convertido en majo y jaque, y ella en reina de las buenas mujeres! ¡Victoria de la sensualidad! Ostentando la querida como se luce un caballo... En aquel cerebro, sólo



formado para apreciar la superficie de las cosas, mezclábanse y se revolvían los más extraños pensamientos, brillanteces engañosas, colores falsos, mentiras del momento, seducciones al segundo....

Todo lo adulteraba. Según Rafael, Blanca encenagada, era igual á las doncellas andaluzas cuya gracia es más inocente, y cuyo corazón es más sensible de lo que nunca pudiera sospechar el joven.

Aquel pueblo ebrio, antojábasele un pueblo de holgazanes, cuando no era sino un pueblo engañado, condenado á trabajar en rudas tareas, y sin conocimientos que le dispusiesen y estimulasen al progreso individual.

El mismo Rafael se desconocía.

Sobra de juventud era para él una fuerza que excedía por falta de digno empleo, exceso de imaginación el delirante sueño, voló la timidez con que en los placeres se olvidaba de la lucha, conocimiento práctico, aquella ligereza por la cual era un fragmento de ese horrendo comunismo del jolgorio que le arrastraba.

¡Vaya un pueblo, según se le aparecía á Rafael! Pobre, cobarde, ebrio... Rafael se había colocado en carrera para poder ser espléndido con todos...

Rafael bajó, pagó su coche y entró en la plaza.

—Señorito, estamos en la plaza.

La acumulación de aquellos seres, fragmentos del gran público que allí se reunía, habíase acabado, formando todos al rededor de la arena



una serpiente enroscada cuyo cuerpo se estremecía en erizamientos continuos, producido por el movimiento incesante de todas aquellas cabezas que allí no ofrecían desde lejos sino un compacto y apretado conjunto, en el que como caja de colores, como en oscuro follaje de jardinería, resaltaban vivamente blancos, rojos y brillantes matices; el abigarramiento extraño, lleno de potente tonalidad de las muchedumbres unida por la condensación á que las reduce el inmenso vaso circular de un circo extenso y grande.

Aquello era formidable y pequeño; cada uno se hallaba perdido en el todo; el mundo anónimo; nadie en medio de todos se apretaban, las gentes se mezclaban, se confundían; latían en facilidades de disputas vulgares; se estimulaban unos á otros á la irresponsabilidad por la cual se gesticula con cinismo, se insulta en masa; algo que parecía no establecer sino dos divisiones: de una parte, eso, todo el pueblo reducido á populacho; de otra, el toro.

Sonó la marcha real.

Entraban los Reyes.

Después se hizo el despejo, luego el alguacil quevedesco, llevó la llave del toril. En este instante Rafael entraba en el palco de Blanca, y recibía esa impresión singular que acomete cuando se ven casi juntas millares de caras, en el revivir de la animación, millares de cabezas anónimas, como calaveras en el osario, reco-  
piendo al chocarse en el serón del cavador que las arroja para ahondar la zanja sepultura.



—¡Oh, te esperaba, niño mío!—dijo Blanca.  
—¡Viva mi tierra!

Silbidos, voces, canciones, un grito ensordecedor un calor sofocante, un todo igual y variado, vulgar y extraño; botellas empinadas acá y acullá, algo como conocimiento de la pequeñez de unos en otros, consuelo triste, y sobre todo ello veíase como si sobresaliese la risa de un estúpido contento y de un infantil afán.

Vibró la corneta y sonaron los timbales y comenzó el espectáculo por la salida rápida de un hermoso toro, á quien pincharon y azuzaron, sin duda por ocultas rendijas del toril.

Y comenzó ese juego, lucha en que, con timideces fingidas, burla el bípedo, que puede torcer la dirección de su marcha y tiene ojos para apreciar mejor las distancias é inteligencia para el engaño, á la bestia cuadrúpedo, de ojos grandes si rápido en la acometida, torpe en volver y seguir las vueltas y revueltas del mozalvete que, además, casi le ciega con la capa.

Y el gozo, el gozo salvaje de ver un hombre valeroso, sin duda, padre que arriesga su vida por mantener á su mujer y á sus hijos, hombre humilde, que con su arrojo y orgullosa independencia, escapa de la explotación de un amo... y se hace algo como volatinero príncipe, ver á un hombre apuesto, joven, ágil, halagado por los aplausos de una multitud, en la que se ocultarán tantos cobardes, ó temiendo los insultos de éstos, verle ofrecerse al toro... exponer su



vida, no ya como el gimnasta á su descuido, sino á su descuido y á la intención de la fiera que, irritada, le persigue... ¡le coge, le coge... ya, ya!... Deliciosa incertidumbre, hilo de la crueldad bestial que va alargando aquella fuga... ¡No le cogió! En algunos alegría, que resulta como el alimento á los romanos, después del vomitivo tomado para comer; en otros... en otros tal vez pena...

Luego el asqueroso juego de las picas; el bandullo abierto en el caballo vendado; los intestinos que el animal se pisa; la carambola del toro prendido á la capa del torero, que está cerca del picador y dando en el caballo.

Allí rugían todos...

Rafael no pudo, sin embargo, ocultar su repugnancia... y quiso no mirar más, y habló á Blanca, cuya mano derecha, que la cortesana tenía apoyada en el balaustre del palco, estrechaba el joven.

Aquella monotonía del espectáculo; aquel juego sangriento; aquella multitud siempre voceando; la refracción de luz sobre la arena, el mismo relucir de los trajes de los toreros, que huían á la achocolatada barrera seguidos del toro, y volviendo al correr á uno y otro lado su cabeza, haciendo bailar los madroñuelos negros de sus gorras...; el rojo charco que dejara el último caballo, todo le abrumaba, tenía deseos de salir de allí... besar pronto en el niveo cuello de Blanca, estrecharla enloquecido entre sus brazos.

En breves palabras le explicó todo lo que



había ocurrido... apesar de lo cual no se hallaba ya tan entusiasmado.

—¡Pobres toreros! Y pensar que esos que hay tan sueltos y bravos, corren haciendo flamear las capas, jugueteando con las banderillas, como dispuestos á bailar entre los dos cuernos... puedan hallarse rígidos, fríos, cetrios sus juveniles rostros, moteados los golpes de oro lujosos y el raso de sus trajes con su propia sangre...

—¡Ay! mira, mira quién está allí y nos mira —dijo Blanca alargando á Rafael sus lindos gemelos...

Miró Rafael, y vió á Gonzalo en un palco con ancho sombrero, alzando el bastón en alto, y sin duda hablando á voces con algún torero; había con él algunos jóvenes que hacían como por sujetar al mostrenco hijastro del Conde; debía de hallarse borracho el tal Gonzalo. Lo estaba, según pensó Blanca, pues aunque á él no le había visto hasta entonces, sí había visto á los de aquel palco, y toda la tarde anduvieron entre ellos las botellas. Cuando el espectáculo iba á su fin, al ir á salir el último toro, nublóse el cielo; ya de antes, el viento había azotado á la multitud, zarandeando capas y pañuelos y arrojando sombreros al redondel.... De pronto, sonó un trueno y comenzó á llover.. Una infernal gritería, una irritación sin término, se alzó en millares de voces; algunos espectadores cantaban como por despecho ó burla, y se produjo general confusión... Las personas que tenían carruajes abandonaron los palcos. Rafael salió



á buscar el coche de Blanca; los pasillos y las escalerillas estaban llenos; al atravesar por un claro y dirigirse á una como salida, en la que no se veía gente, quedóse sorprendido Rafael repentinamente; Gonzalo le había visto y venía hacia él, descompuesto, pálido, con ojos de embriagado, cólera brutal y risa sardónica... No entendió bien lo que cuasi en voz baja venía á decirle; sólo acertó á comprender, más por las trazas del joven que por sus palabras, que venía á desafiarle.. pero de nada le dió tiempo el señorito chulo... acometió á Rafael, dándole un tremendo empujón, y le arrojó rodando por la escalerilla, y... luego Gonzalo, bruscamente, desapareciendo de la vista de Rafael cuasi como había venido, huyó.

Rafael quiso levantarse y perseguirle; pero, cosa extraña, no podía, y acometióle, sin motivo, un terror singular; diríase que como si se hallara ante el mayor peligro; un hormigueo en las venas y acreciendo esa sensación que á todos nos advierte que palidecemos, como otra nos anuncia que nuestra faz se enrojece, volvió á hacer por levantarse, y entonces sintió un vivo dolor en el costado.

—Un hombre, un hombre herido, un herido—gritó una voz en lo alto de la escalerilla, y se juntaron en gran tumulto muchas personas. Había hallado un individuo una navaja ensangrentada. Rafael entonces sintió humedad y vió su camisa empapada en sangre; sus ojos se nublaron y cayó en un desmayo. A los pocos minutos Rafael había muerto, herido á traición,



inesperadamente, como á vuelta de encrucijada.

Su muerte, al ser referida por *Los Sucesos*, haría exclamar á alguno: «Para éste sí que hubo cogida.» Luego, los tribunales tardarían en averiguar el hecho, y cuando lo averiguasen...

Sólo la madre se acordaría de aquel pobre iluso, víctima como otros, herido en la sombra.

En tanto, la lluvia seguía incesante y fuerte, los carruajes iban recogiendo á sus dueños, los pilluelos silbaban con pitidos crugientes; muchas personas asaltaban los coches; la tempestad hizo una tregua, siguieron los truenos en las oscuras y azuladas nubes; pero cesó de llover por un momento, durante el cual la multitud, que se había cansado de esperar, ya salía de la plaza; el coche de los Reyes, seguido de los lacayos, los carruajes y los ómnibus venían hacia Madrid; la nube volvió á verter raudales de agua, tonante y relampagueando en incendio de rayos con sorda cólera... y deshizo en un punto la muchedumbre y borró el cuadro.





# ÍNDICE

|                                       | PÁGINAS |
|---------------------------------------|---------|
| DEDICATORIA .....                     | V       |
| AL LECTOR .....                       | VII     |
| CAPÍTULO I. En el saco .....          | 9       |
| II. La ciudad en sueños .....         | 21      |
| III. Mr. Martinotte .....             | 30      |
| IV. Enriqueta .....                   | 40      |
| V. El medio ambiente .....            | 48      |
| VI. El Sr. Peña Rosales .....         | 53      |
| VII. Flores y estrellas .....         | 77      |
| VIII. En las Nieves .....             | 86      |
| IX. El paladín entra en combate ..... | 96      |
| X. El canastillo de fresas .....      | 132     |
| XI. Ráfaga de luz .....               | 153     |
| XII. Madrid-laberinto .....           | 167     |
| XIII. Cautivo en el lazo .....        | 209     |
| XIV. A Nuncina .....                  | 235     |
| XV. Relámpagos lejanos .....          | 247     |
| XVI. Blanca .....                     | 260     |
| XVII. Corona y palma .....            | 300     |
| XVIII. El pecinal de la muerte .....  | 311     |
| XIX. La carnaza .....                 | 325     |

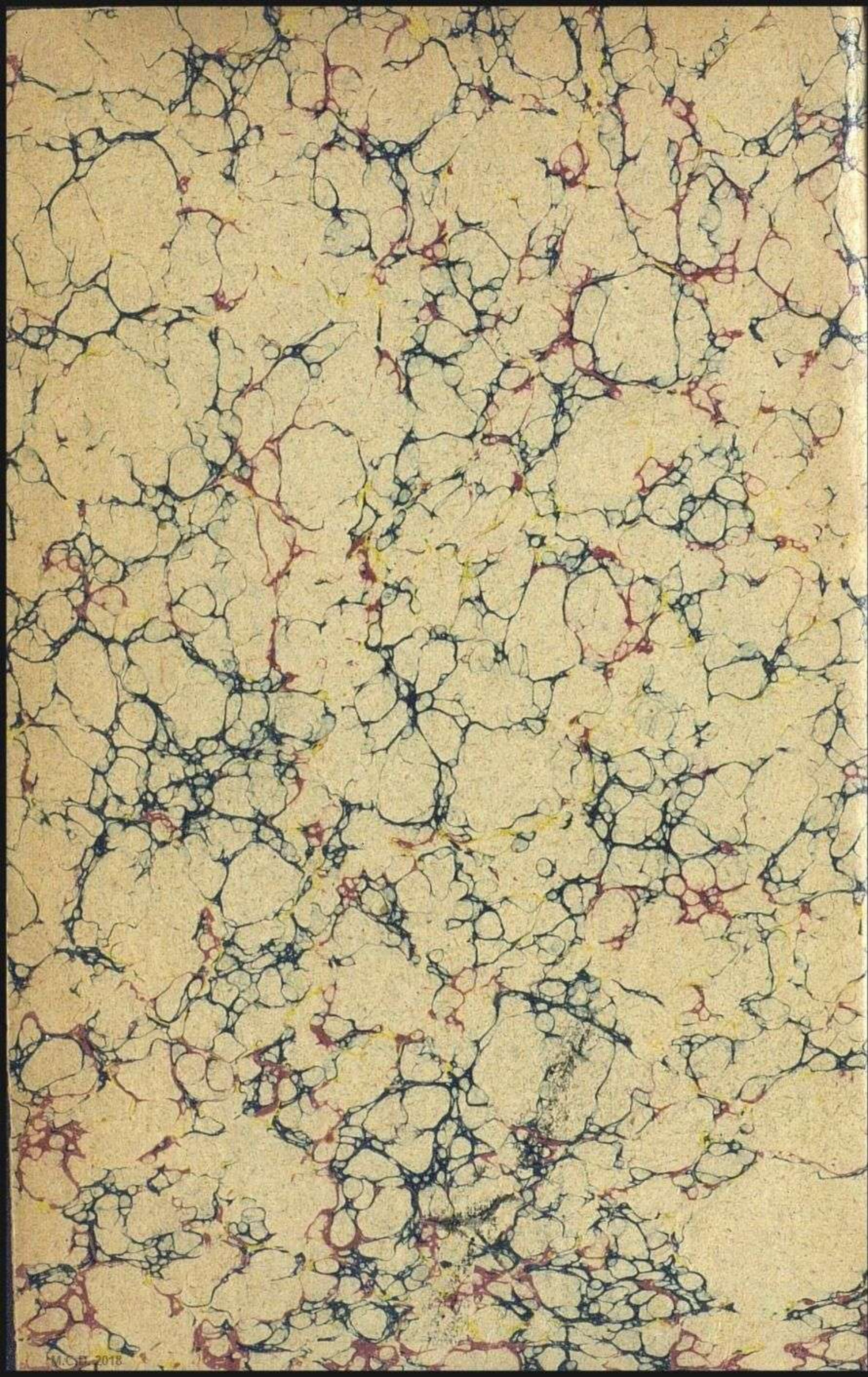




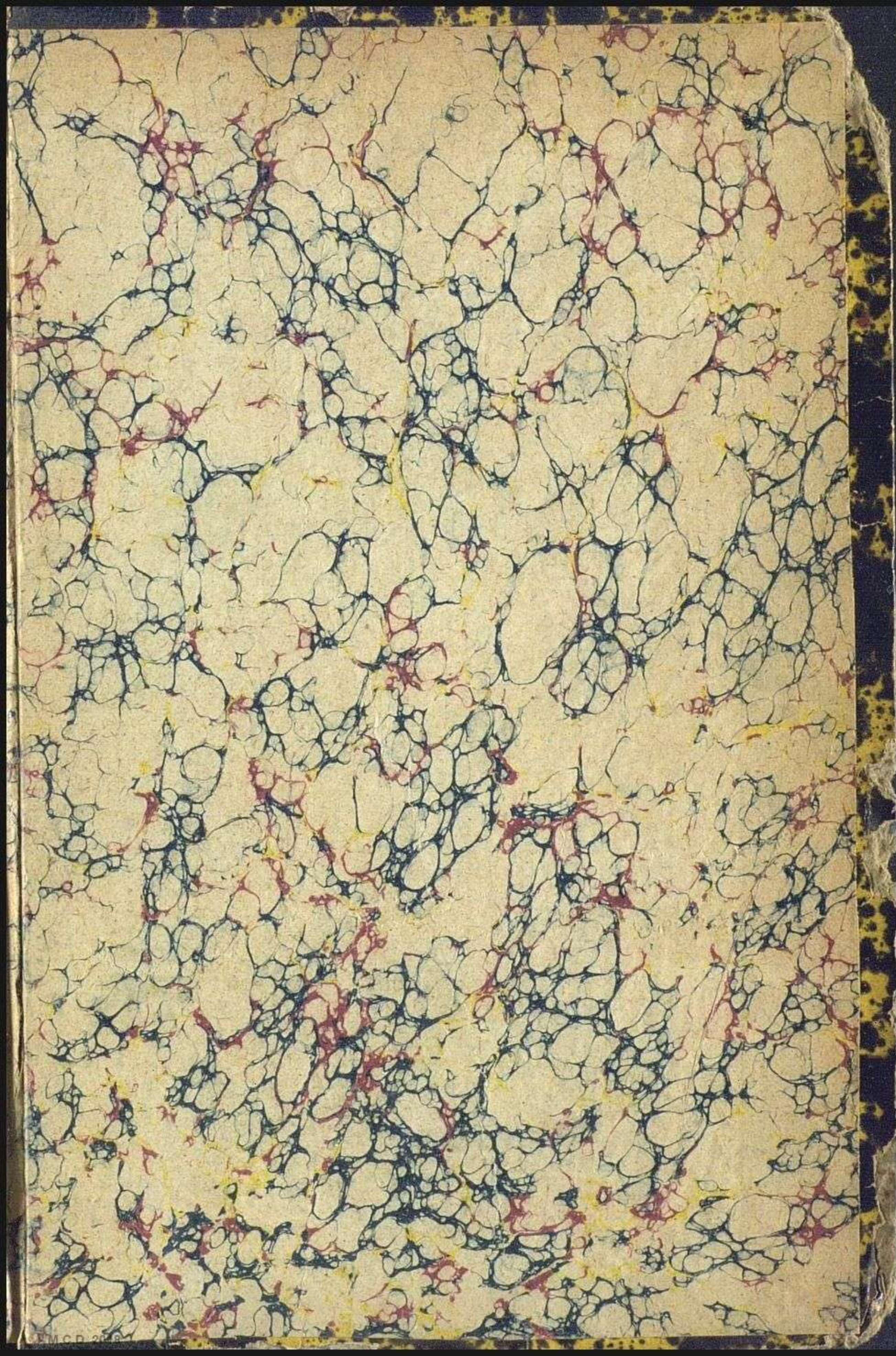




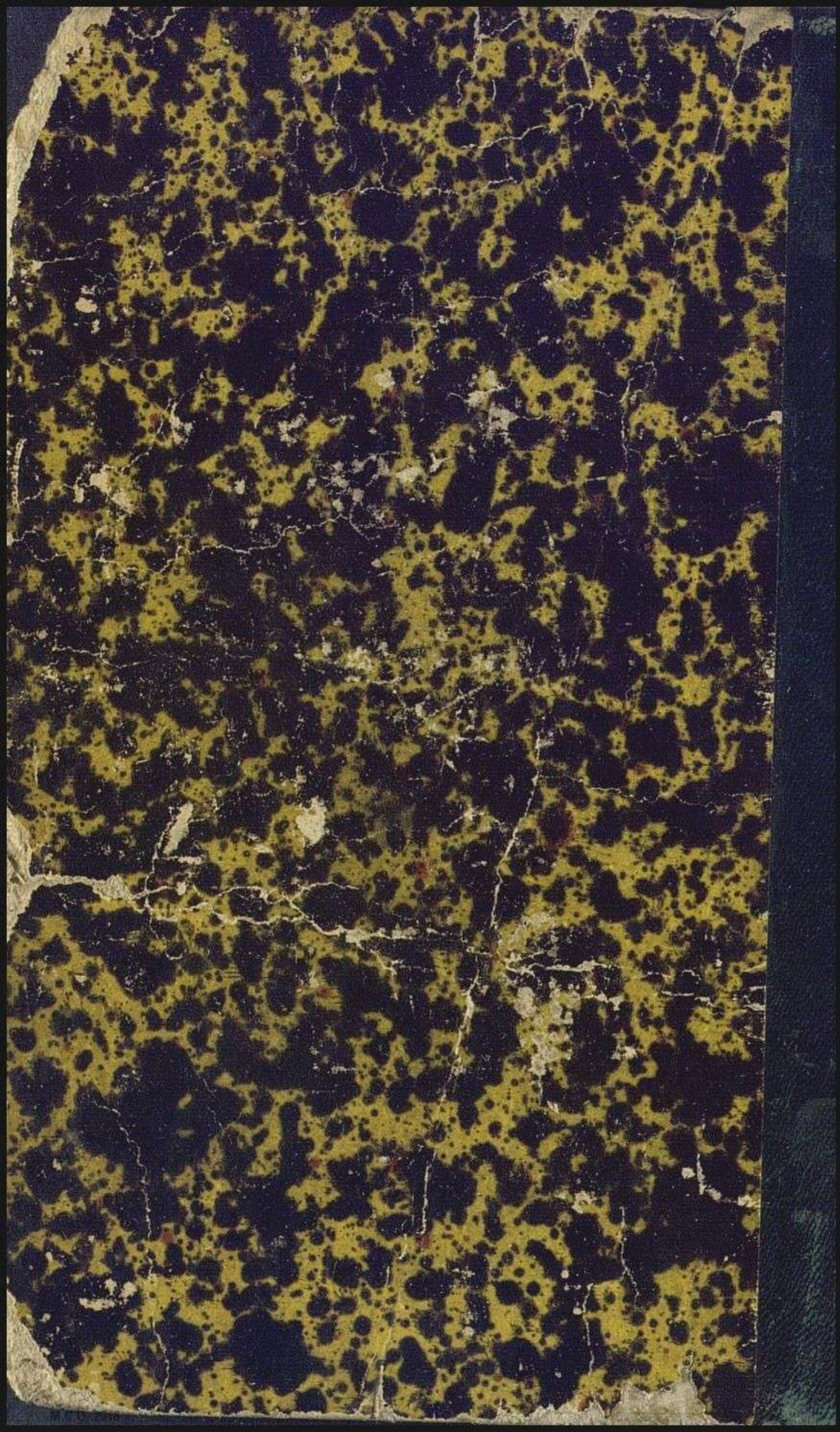














ZAHONERO  
—  
LA  
CARNAZA

D

703

ATENRO



Hacia poco que habían llegado del campo él

